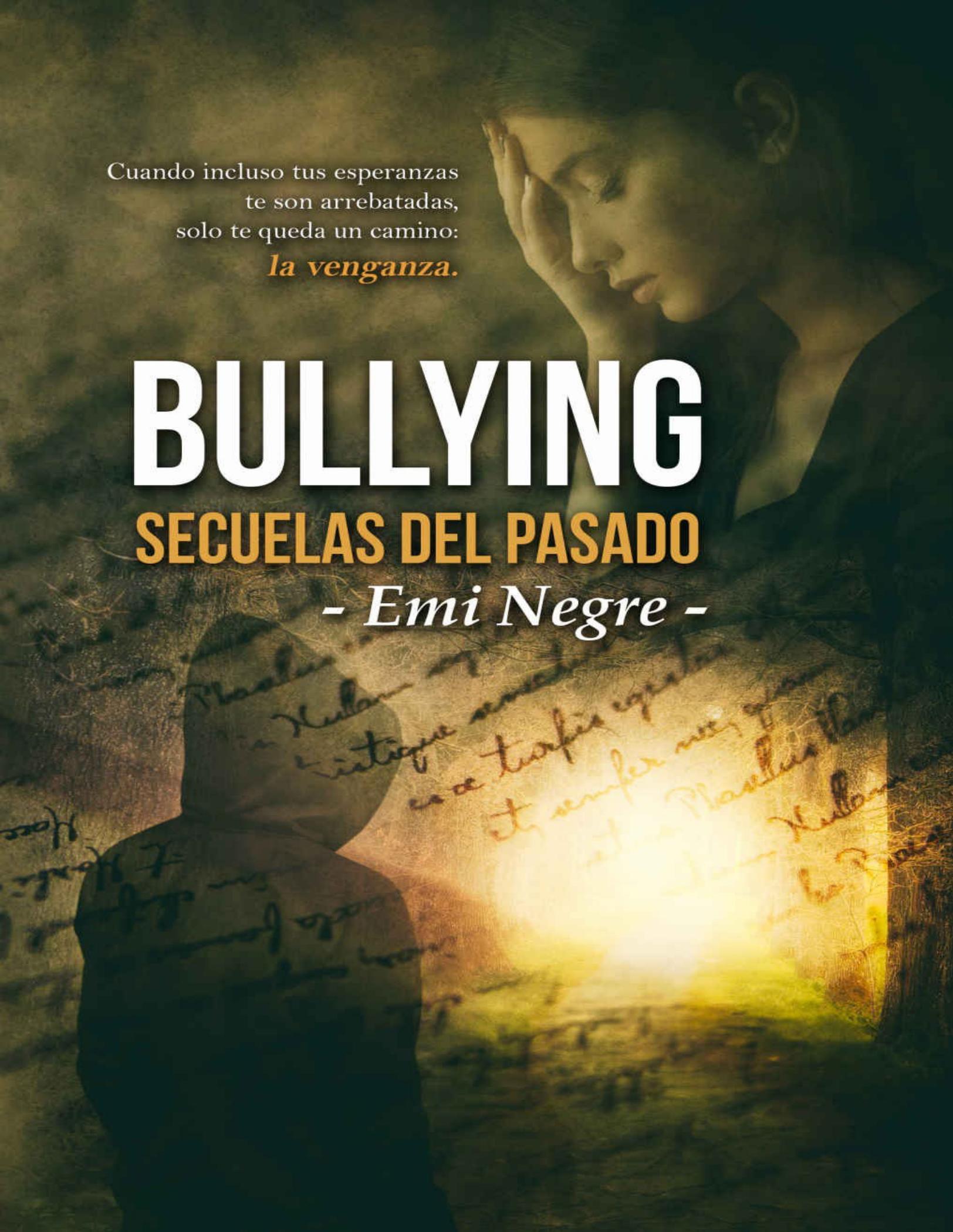


Cuando incluso tus esperanzas
te son arrebatadas,
solo te queda un camino:
la venganza.

BULLYING

SECUELAS DEL PASADO

- Emi Negre -



BULLYING

Secuelas

del

pasado

de

Emi Negre

©BULLYING. Secuelas del pasado

©Autor: Emi Negre

eminegre.bsdp@gmail.com

Todos los derechos reservados.

Primera edición EBOOK: julio 2018

Corrección y maquetación: Isabel Mata Vicente

isalbamatadiccionario@gmail.com

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

info.alexiajorques@gmail.com

ISBN: 978 1981048960

Quedan rigurosamente prohibidas, sin el permiso escrito del titular del copyright, la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Gracias, querido lector.

Nos separa la distancia,
pero este camino lo vamos
a recorrer juntos



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Introducción (11 de abril de 2017)

PRIMERA PARTE

CUANDO TODO SE ACABA

Capítulo 1 (14 de febrero de 2002)

Capítulo 2 (24 de marzo de 2017, viernes)

Capítulo 3 (14 de febrero de 2002)

Capítulo 4 (25 de marzo de 2017, sábado)

Capítulo 5 (20 de febrero de 2002)

Capítulo 6 (27 de marzo de 2017, lunes)

Capítulo 7 (1 de marzo de 2002)

Capítulo 8 (27 de marzo de 2017, lunes)

Capítulo 9 (14 de junio de 2002)

Capítulo 10 (1 de abril de 2017, sábado)

Capítulo 11 (6 de septiembre de 2002)

Capítulo 12 (8 de abril de 2017, sábado)

Capítulo 13 (15 de febrero de 2003)

Capítulo 14 (9 de abril de 2017, domingo)

Capítulo 15 (5 de mayo de 2003)

Capítulo 16 (9 de abril de 2017, domingo)

Capítulo 17 (6 de septiembre de 2003)

Capítulo 18 (10 de abril de 2017, lunes)

Capítulo 19 (8 de septiembre de 2003)

Capítulo 20 (11 de abril de 2017, martes)

Capítulo 21 (13 de febrero de 2004)

Capítulo 22 (12 de abril de 2017, miércoles)

SEGUNDA PARTE

AL FIN, LA OSCURIDAD VENCE

Capítulo 23 (1 de junio de 2004)

[Capítulo 24 \(14 de abril de 2017, viernes\)](#)

[Capítulo 25 \(12 de junio de 2004\)](#)

[Capítulo 26 \(15 de abril de 2017, sábado\)](#)

[Capítulo 27 \(14 de junio de 2004\)](#)

[Capítulo 28 \(15 de abril de 2017, sábado\)](#)

[Capítulo 29 \(15 de junio de 2004\)](#)

[Capítulo 30 \(16 de abril de 2017, domingo\)](#)

[Capítulo 31 \(25 de febrero de 2010\)](#)

[Capítulo 32 \(17 de abril de 2017, lunes\)](#)

[Capítulo 33 \(30 de marzo de 2010\)](#)

[Capítulo 34 \(17 de abril de 2017, lunes\)](#)

[Capítulo 35 \(10 de abril de 2010\)](#)

[Capítulo 36 \(17 de abril de 2017, lunes\)](#)

[Capítulo 37 \(25 de junio de 2013\)](#)

[Capítulo 38 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[Capítulo 39 \(25 de marzo de 2014\)](#)

[Capítulo 40 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[Capítulo 41 \(4 de marzo de 2015\)](#)

[Capítulo 42 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[Capítulo 43 \(25 de marzo de 2015\)](#)

[Capítulo 44 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[TERCERA PARTE](#)

[EL FINAL DEL CAMINO](#)

[Capítulo 45 \(24 de marzo de 2017\)](#)

[Capítulo 46 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[Capítulo 47 \(9 de abril de 2017\)](#)

[Capítulo 48 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[Capítulo 49 \(18 de abril de 2017\)](#)

[Capítulo 50 \(18 de abril de 2017, martes\)](#)

[Capítulo 51 \(18 de abril de 2017\)](#)

Capítulo 52 (18 de abril de 2017, martes)

SOBRE EL AUTOR

A ti, que desde lo más alto guías mi pluma y dictas a mi alma para hacer de mi inspiración tu legado.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecerte a ti, querido lector, que sin conocerme, me hayas dado la oportunidad de poder abrirte mi mente para que vagues alegremente por ella. Espero poder corresponder como se merece al regalo más importante que puedes darme: tu tiempo.

Y siguiendo con los agradecimientos, este libro no hubiera podido ver la luz sin la ayuda de todos los que se han dignado a perder unos minutos valiosos para que esta obra sea lo más atractiva posible.

A ti, fea. Por tu apoyo incondicional desde el primer día en que decidí emprender este duro camino.

También quiero agradecer a mi familia, en la que incluyo la de mi pareja, sus consejos y su permanente apoyo.

A mis compañeros de trabajo por aguantarme desde el primer día con una sonrisa en la boca.

Como bien dijo mi padre un día: «La humildad es lo único que puede hacer rico a un pobre y arruinar a alguien que lo posee todo».

No puedo dejar pasar un nombre en concreto: **Fernando**. Primer lector y crítico de mi obra y, para mi sorpresa, un enorme apoyo que he encontrado entre las letras que a continuación os acompañarán durante un tiempo.

A dos nombres en particular debo este libro:

A Isabel Mata Vicente por su ayuda desde el primer día. Por educarme, acompañarme y mostrarme las vicisitudes del mundo literario. Ayuda que nunca podré agradecer lo suficiente.

Y a Alexia Jorques, un tesoro escondido que descubrí por casualidad. Gracias por plasmar en la portada lo que mi mente albergaba.

Espero que disfrutéis leyendo, por lo menos la mitad de lo que he disfrutado yo escribiéndolo. ¡Gracias!

Antes de que inicies esta lectura, me gustaría explicarte algo que para mí es muy importante: la historia que se oculta detrás de estas letras.

Estás a punto de entrar en mi mente y espero que cuando llegues al final del camino, te sientas contento con el sendero recorrido porque para mí esta es la obra más importante que he escrito. Y es por eso que he decidido que sea la primera en publicarse.

El título te ofrece un adelanto de lo que vas a encontrar en esta obra que va más allá de la ficción. Yo diría que es una historia de ficción extraída de un caso real.

Esta narrativa que estás a punto de conocer es una historia que creé cuando apenas tenía doce años. Fue durante una dura época para mí, el acoso escolar que recibía era constante y progresivo.

Una época donde mis ganas de seguir adelante eran alimentadas, por suerte, por mi familia y algunos amigos que, en mi caso, sí tenía.

Aun así, esa presión persistente me llevó a crear este texto que estás a punto de leer, y que espero disfrutes.

Hoy, casi veinte años después, me atrevo a presentar esta novela, obviamente algo modificada, pero conservando la base que hace ya tiempo contemplé.

Sin más demora, te dejo con ella deseando que te guste.

Introducción (11 de abril de 2017)

—¿Sabes, Dennis, por qué la vida es tan bonita?

Aquel momento se apodera sin piedad de mi mente, imponiéndose al resto de pensamientos que se agolpan a las puertas del recuerdo.

La imagen de mi madre con aquel pañuelo rojo y blanco cubriendo su cabeza calva se presentó nítida ante mis ojos. Recuerdo su joven sonrisa y cómo con un sutil movimiento de pulgar me arrebató una lágrima que se escurría por mi mejilla.

Intentar explicar a un niño de tan solo trece años lo complicada e irracional que es la vida, no debe de ser una tarea sencilla, pero ella siempre sabía cómo disfrazar las penas para convertirlas en algo mágico y bello.

La conversación se entonaba en mis oídos con tanta claridad que parecía estar viviéndola de nuevo.

—¿Por qué preguntas eso, mamá, si sabes que...?

—Eso no es una respuesta, Dennis.

—No, mamá, no quiero saber por qué es bonita la vida. Digas lo que digas, será mentira. ¿Cómo puede ser bonita una vida si tú no estás?

Su húmedo beso todavía seguía marcado en mi frente, y en mi mente, su sonrisa, su voz dulce y serena.

—Hijo, lo que te voy a decir ahora responderá a todas tus preguntas. Nunca me paré a pensar cuánto tiempo podría quedarme, por el mismo motivo que afirmo que la vida es tan bonita: porque es un enigma. Aunque supiera cuánto tiempo me queda, no cambiaría nada, pero lo único que haría sería estar siempre pendiente del reloj. Piensa, cariño, que en la vida, igual que en el amor, si conociéramos la fecha de su final, se nos haría muy duro y perderíamos el poco tiempo que nos quedaría aferrándonos a cualquier piedra que nos encontráramos por el camino para no avanzar, dejando de valorar todo lo bueno que nos rodea.

—Pero...

—No, Dennis, es así, si te dijeran que mañana ya no vas a estar aquí, solo tendrías dos formas de actuar: vivir este día con toda la intensidad que tu corazón resista o encerrarte en un rincón para lamentarte. En el amor es igual, si supieras que acabará mañana, quizá lo dejarías ir hoy. Solo las personas realmente fuertes podrían afrontar el hecho de saberlo, de tal manera que vivirían al máximo su último día, y yo no tengo esa fuerza.

—Sí, mamá. Sí la tienes.

—El que la tiene eres tú, hijo, por eso sé que siempre cuidarás de Martha, pero a mí me cuesta mucho aceptar que mañana ya no voy a estar aquí, que dejaré de bailar, de disfrutar de la vida como he hecho hasta hoy. Siempre he preferido dejar que el destino me guíe, como así debería ser siempre. Por eso te digo que la vida es tan hermosa, porque nunca sabemos cuándo puede acabar todo.

Hoy, casi veinte años después, comprendo cuánta razón tenían sus palabras. Entiendo lo que significa conocer la fecha del final, pues soy muy consciente de que el mío está a punto de llegar. Tan solo unos días quedan para acabar con todo.

El fuego que quema mi interior se aviva con cada paso que doy mientras me alejo de esa casa.

Desde que empezó todo, estoy deseando que llegue el momento. Por fin estoy tan cerca del final que puedo sentirlo, como un *déjà vu*.

Huyo de la vivienda donde acabo de dejar su diario, oculto entre los destrozos propios de un delincuente que decide llevarse todo lo que tenga un mínimo de valor.

Aquel diario que tanto daño ha causado, ese que ha destruido tantas vidas, incluida la mía.

Ahora es el momento de dejar esas amarillentas páginas, llenas de dolor y pena, a quien originó toda esta historia, para que sea consciente de todo el dolor que ha provocado.

Quince han sido los años que Sarah ha vivido al margen de sus consecuencias. Quince años sin que le importen las vidas que ha arruinado, pero pronto tendrá que enfrentarse a su pasado. Pronto llegará el momento en que se encuentre de nuevo con Martha. Igual que lo hicieron todos y cada uno de los que la maltrataron.

Pronto acabará todo.

Mi hermana podrá descansar en paz porque por fin se ha hecho la justicia que un día le fue negada a ella.

Hoy soy consciente de que mi final se acerca, pero no siento pena, ni miedo, al contrario.

La impaciencia domina mis sentidos, como un niño ilusionado a la espera de que llegue el día de su cumpleaños.

PRIMERA PARTE

CUANDO TODO SE ACABA

Capítulo 1 (14 de febrero de 2002)

Loco no es aquel que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo, todo menos la razón.

Gilbert Keith Chesterton.

Las piernas me ardían a causa del esfuerzo tan grande y repentino que tuve que hacer para poder acelerar mis pasos. Todo porque Lucas y Simón me dijeron que habían visto a Martha salir llorando del instituto un rato antes de que saliéramos los demás.

Dos coches clavaron sus bocinas en mis tímpanos al tener que frenar con brusquedad para evitar atropellarme cuando cruzaba la calle. En mi interior tan solo las palabras «Martha» y «llorando» daban vueltas sin cesar.

Mis pasos, al igual que mi respiración, se iban acelerando. Cuando salí del instituto no me fijé en si Martha estaba o no ahí. Yo siempre salía corriendo para llegar rápido al taller del señor López, donde trabajaba como ayudante desde hacía casi un año, por las tardes, para poder aportar algo de dinero en casa. Ella estudiaba en la planta inferior y nunca nos cruzábamos.

Tan solo me faltaba girar una esquina, ya llegaba a casa. Me pregunté qué habría pasado ahora, cuál sería la razón por la que Martha se comporta de esa forma tan rara. Desde hacía un tiempo, apenas salía de su habitación. Normalmente, me contaba todo lo que le pasaba, pero en las últimas semanas apenas me dirigía la palabra. Y con papá tampoco se podía hablar mucho, siempre estaba serio y enfadado. Todo cambió desde que murió mamá: todo se derrumbó.

Me detuve un segundo en esa esquina acristalada, que tantas veces había observado, donde se anunciaban viajes y cruceros bajo un cartel luminoso que ponía VIAJES COLÓN. Ya casi llegaba. Un escalofrío recorrió mi espalda en cuanto doblé aquel canto afilado de hormigón. Un desfile de luces azules y naranjas inundaban la calle, como si hubiésemos retrocedido varios meses de golpe, justo en ahí. Me paré un par de segundos. Una ambulancia y dos coches de la policía estaban mal aparcados frente al portal donde vivíamos.

Cuando al fin reaccioné, corrí hacia casa. Creo que nunca había tardado tan poco en recorrer esos cien metros que hay desde el principio de la calle hasta la finca donde vivíamos, el número 23, en el segundo piso. Era un viejo edificio de dos plantas, con las paredes agrietadas.

Me planté justo delante del portal. Dos policías custodiaban la puerta. Parecían las dos caras de una misma moneda, uno era gordo y feo, muy cerca de poder jubilarse, el otro, alto, joven y con un físico muy cuidado. Otros dos estaban junto al coche patrulla. En cuanto se percataron de que mi intención era entrar, los dos agentes que aguardaban en la entrada se juntaron el uno con el otro para cerrarme el paso por completo.

—Lo siento, muchacho, no se puede pasar —dijo el policía más viejo—. ¿Necesitas algo?

—Yo..., vivo a... —Apenas conseguía encajar más de dos palabras, se había formado un nudo en mi garganta que no me dejaba ni respirar.

Mis manos comenzaron a sudar, noté cómo varias gotas recorrían mi espalda, unas gotas frías como el hielo. Volví a mirar hacia la calle, detrás de la ambulancia acababa de aparcar una furgoneta Mercedes negra. En su lateral había un letrero en blanco que ponía FUNERARIA HERMANOS TORRES. No pude verla venir cuando giré la calle porque yo caminaba en dirección contraria al tráfico.

El miedo se apoderaba de mí. Poco a poco, los sonidos se iban alejando, no sé si ellos de mí o yo de ellos. Iba perdiendo la capacidad de controlar mi cuerpo, me sentía como si estuviese viendo una mala película donde yo era el protagonista.

—¡Ey, chico! —El policía más joven bajó el pequeño escalón de mármol gris que daba acceso a la finca y me puso su mano en el hombro, como si quisiera lograr que mi alma volviera a estar presente en ese portal.

Ambos policías me miraron para después mirarse ellos de nuevo, el policía mayor le hizo un gesto al otro, levantando las cejas al tiempo que movía los ojos hacia un lado.

El agente que se había acercado a mí volvió a mirarme.

—¿A que piso vas, chaval?

—Voy... —dije sin apenas voz—. En el segundo, vivo en el segundo..., la puerta...

El policía giró la cabeza, miró de nuevo a su compañero y otra vez se dirigió a mí.

—¿Por qué no me acompañas, muchacho? —Bajó la mano, que aún tenía en mi hombro, y la puso en mi antebrazo mientras me empujaba con suavidad, apartándome de la zona—. Será mejor que hablemos en otro lugar.

Yo sospeché que algo grave estaba pasando, los nervios iban en aumento. Notaba el corazón en el cuello. Un cosquilleo recorría mi espalda y bajaba hasta mis testículos con esa angustiada sensación de querer hacer pis. Mientras el policía me escoltaba lejos de allí, vi que el otro, el regordete, cogía su radio y se ponía a hablar por ella, dando la espalda al portal. No dudé en aprovechar la ocasión, me libré del brazo del agente que iba a mi lado y corrí en dirección a casa.

—¡Espera, quieto! —gritó saliendo disparado detrás de mí.

Atravesé el marco de metal acristalado de mi portal sin que nadie pudiera evitarlo, ni siquiera el hombre gordo que custodiaba la entrada. Subí a toda velocidad por las escaleras, saltando de tres en tres esos escalones que siempre se me hacían eternos. Me dio la sensación de que vivía en un décimo piso, las escaleras eran interminables. Por fin, llegué a mi casa, la puerta estaba abierta. Sin meditarlo, entré en ella, no imaginé que aquello iba a ser mi fin, el fin de todo. Las cosas, desde que mamá murió, habían ido a peor, pensaba que habíamos tocado fondo. Luego descubrí que cuando uno piensa así, no imagina nunca que ese oscuro suelo que está pisando siempre puede romperse para dar paso a un abismo todavía mayor, uno que jamás podría contemplar.

A mi derecha estaba el comedor, con las luces encendidas, pero ahí no había nadie. Seguí buscando, volví al pasillo, justo frente a la entrada.

—¡Martha! —grité desesperado.

Un hombre salió del baño y se giró hacia donde yo estaba. Clavó su mirada en mí y con rapidez cerró la puerta, dando un fuerte golpe.

—Creo que no deberías estar aquí, joven. —El hombre, que llevaba una camisa amarilla y negra con la cruz roja que lo identificaba como enfermero, me miró con la expresión marchita y un baile extraño en sus ojos. El policía, que había salido corriendo detrás de mí, entró en ese instante.

Corrí hacia el enfermero para no darle tiempo a que me atrapara, sabía que detrás de esa

puerta pasaba algo. Sabía que tras ese umbral me esperaba una cruel verdad, una verdad a la que dudaba si enfrentarme. Lo empujé con todas mis fuerzas y el hombre, que aparentaba ser una persona fuerte, no pudo contener el golpe, salió disparado y cayó de espalda contra la pared. Un fuerte quejido retumbó por todo el pasillo.

Abrí la puerta del baño y la vi, en el suelo, otro enfermero estaba junto a ella, tomando apuntes. Martha estaba cubierta por una manta y no se movía. Apenas pude ver nada más, el joven agente que me había seguido se abalanzó sobre mí para sacarme con rapidez y con los pies en el aire fuera de la escena. Me llevó hasta el final del pasillo, metiéndome en la habitación de mi hermana y cerrando la puerta tras eso.

Durante varios minutos no dije nada, mi boca había quedado sellada, esa imagen la había cerrado de un plumazo. Todo me daba vueltas, los sonidos eran como un lejano eco en mi cabeza, las voces pasaban por dentro de ella, retumbaban y salían de nuevo. Estaba sentado, mirando sin mirar las paredes blancas de su habitación. Fue entonces cuando lo vi, cuando me di cuenta.

En la habitación no había nada, las paredes estaban desnudas, sin ningún póster o calendario. Tan solo quedaban varias esquinas de papel retenidas contra la pared por precintos transparentes. Prueba de que antes ahí había habido algunos carteles o fotos de algún famoso al que ella idolatraba. Todo estaba siniestramente vacío, una habitación, que siempre había estado llena de vida, ahora era una cárcel sin rejas, con tan solo una ventana que daba a los huertos que había justo detrás de casa. La tristeza se palpaba entre esas frías paredes. El policía estaba de pie junto a la puerta, de vez en cuando la abría tan solo un par de dedos para mirar por el hueco que dejaba, pero la cerraba casi al instante.

—Sé que no es fácil, chico, pero ahora tienes que ser fuerte. Todo pasará pronto. Enseguida podremos salir.

Lo vi en el escritorio blanco de Martha, un diario que no estaba cerrado del todo, un bolígrafo se colaba entre sus páginas y dejaba a la vista las hojas amarillentas de su interior. Aproveché que el guardia miraba lo que pasaba fuera de nuevo para cogerlo y guardarlo en el bolsillo delantero de mi sudadera gris. Me puse la capucha para aislarme, para ver si así conseguía desaparecer de esa casa y reaparecer en ella varios años antes. Años en los que todos éramos felices: mi hermanita pequeña, mamá, papá y yo.

—¿Sabes dónde puede estar tu padre? Tu vecina ha dicho que lo ha visto entrar y salir al cabo de dos minutos dejando la puerta abierta. Ha sido ella la que nos ha llamado.

Mi piel, que siempre había sido de un tono moreno oscuro, se puso blanca como la leche. Tan solo conseguía apretar la mandíbula, con tanta fuerza que pensé que se iba a romper. No pude responder a esa pregunta. «¿Qué ha querido decir? ¿Que mi padre ha matado a Martha? No, eso nunca, nunca haría algo así. Sé que desde que murió mamá, lo lleva muy mal, muchas veces ha llegado borracho o de mal humor, pero nunca nos ha levantado la mano. No, eso seguro que no».

—Quiero salir de aquí.

—Tendrás que esperar un poco, chaval, créeme, es lo mejor.

—Necesito salir, lo necesito, lo... —Mi cuerpo volvía a descontrolarse, otra vez perdía el control sobre él. Noté que mis piernas comenzaban a temblar, mis manos, todo. No podía detener el temblor, era imposible. Empecé a balbucear palabras sin sentido, me levanté y me puse a dar vueltas por la habitación, repitiendo que necesitaba salir de ahí.

El policía joven que me custodia volvió a abrir la puerta para asomarse al exterior. Al verme en ese estado, quiso pedir ayuda al enfermero que estaba fuera. Aproveché para darle un empujón por la espalda con la intención de apartarlo de la puerta. Cayó al suelo, entre los pies de la cama

de Martha y el armario empotrado.

Salí al pasillo, a la realidad. El enfermero estaba ahora acompañado por su colega, pero no estaban ellos dos solos. Mi cuerpo se debilitó, mis piernas flaquearon. De pronto, me vi en el suelo, arrodillado y con los ojos llorosos. Era Martha, la estaban sacando del baño en una camilla, una manta blanca cubría todo su cuerpo. No pude ver su rostro, no pude despedirme, el agente me volvió a sujetar. Mis gritos rebotaban por todas las paredes de ese estrecho y blanco pasillo. El olor a plástico se incrustaba en mi nariz como una chincheta en un panel de corcho.

Una imagen se apoderaba de mí por momentos: la de Martha despidiéndose antes de entrar en clase. Sonriendo. Tan guapa, tan viva, pero ahora todo era borroso, ahora ya no estaba. Mi hermanita ya no estaba. El chirriante ruido de las ruedas fue su último adiós. Su cuerpo se alejaba con un tambaleante movimiento. Mi vida se iba con ella. Gritos, solo gritos. De pronto, todo se hizo negro.

Capítulo 2 (24 de marzo de 2017, viernes)

Las gotas de agua martilleaban las ventanas del cuarto de Leissy con un constante repiqueteo. El molesto sonido que causaba la lluvia consiguió despertarla varios minutos antes de que sonara el despertador.

Miró el reloj digital que tenía sobre la mesita, marcaba las ocho menos cuarto. Desconectó la alarma.

Todas las mañanas acostumbraba a desayunar en la cafetería que está justo enfrente del edificio donde trabaja, pero el lóbrego y lluvioso día que había amanecido la invitó a tomarse su habitual café con leche en casa.

Leissy se acercó al ventanal del salón con la taza humeante entre sus manos, embelesada por el aroma del café. Las vistas desde su ático, en la periferia norte de Gandía, eran espectaculares. Si el día era despejado, se podía ver desde la playa, a lo lejos, hasta el verde y frondoso bosque de las montañas que daban sombra al pueblo.

Apenas llevaba bebida media taza de café cuando sonó su teléfono móvil, que descansaba sobre la mesa del salón. En la iluminada pantalla apareció el nombre de Victoria Sonler junto a la foto de una mujer mayor, con el pelo largo y gafas blancas de pasta, sonriendo. Victoria era la directora de una pequeña y desconocida cadena de televisión, y su jefa.

—Less, ¿estás levantada ya? —preguntó una dulce voz a través del auricular. Less era el diminutivo con el que solían llamarla.

—Sí, Victoria. Estaba desayunando —dijo, intrigada—. ¿Ocurre algo?

—Sí, hoy necesito que te pongas en marcha rápido. Elson te recogerá a las nueve. —La voz de Victoria se apagó un segundo, se oía cómo rebuscaba entre unas hojas—. Tenéis que ir a la carretera nacional 332, el temporal ha causado un gran desprendimiento que se ha llevado por delante un autobús y varios coches. Elson ya tiene todos los detalles.

—Entendido, ya mismo me preparo.

Less dejó su taza, aún caliente y por terminar, sobre la encimera de la barra americana que unía la cocina con el salón y corrió hacia su habitación. Cogió del armario unos sencillos pantalones negros, una fina blusa blanca y su parka color calabaza. Eran las ocho y media, así que debía darse prisa en maquillarse y peinarse, en media hora llegaría su compañero para llevarla al lugar del accidente. No quiso excederse con el maquillaje por si el agua de la lluvia se lo estropeaba.

Con la ropa colgada en la percha del baño y ella delante del espejo en ropa interior se dispuso a arreglarse.

A las nueve y cuatro minutos sonó el timbre. Contestó con un breve y directo «ya bajo» sin asegurarse de que era su compañero quien la reclamaba, podría haber sido cualquier extraño.

Al llegar al portal, lo vio a través del cristal de la entrada, sí, era él. Había aparcado en doble fila justo delante de su puerta. Elson la esperaba en la calle, de pie y encorvado, como era costumbre en él, con un paraguas abierto. Cuando la muchacha salió, la escoltó hasta la furgoneta, una vieja Mercedes Vito blanca con el símbolo de la cadena en un lateral.

—¡Dios, qué frío hace! —dijo cuando se sentó dentro de la furgoneta frotándose las piernas para entrar en calor.

—Lógico. Tú tienes frío hasta en agosto.

Elson soltó una ronca carcajada y se acomodó en el asiento del conductor. Aquel tipo tenía apenas dos años más que Less, pero estaba algo más deteriorado que ella, aparentaba estar más cerca de la cuarentena que de los treinta y dos que tenía.

Leissy puso los ojos en blanco y sacó del bolso un pintalabios de color rojo pálido, bajó la visera y se dispuso a terminar de acicalarse. Se pusieron en marcha. Su compañero era un tipo bastante raro, tosco y huraño, de cabeza cuadrada y cejas prominentes. Ese carácter ya le había costado caro antaño, ella incluso llegó a pedir que le designaran otro colega varias veces.

Al fin, después de un cierto tiempo, consiguieron ser un equipo casi perfecto.

—Conduce con cuidado, por lo menos hasta que termine de maquillarme.

—Siempre conduzco con cuidado.

—¡Ya! ¿Te recuerdo lo de la semana pasada? —dijo ella señalando el retrovisor de su lado, que estaba amarrado al resto de la pieza con cinta americana.

Llegaron a la zona del accidente pasadas las diez de la mañana. Ya había varios compañeros de otras cadenas en el lugar, algunos esperando retransmitir en directo, otros haciendo grabaciones para el noticiero del mediodía.

El tiempo había dado una pequeña tregua. Las nubes grises le ganaron la disputa a las negras, dejando un paisaje un poco más iluminado que unos minutos antes.

—Vamos a aprovechar que no llueve —dijo Elson mirando a su alrededor para ver cuál era la mejor ubicación.

—Sí, vamos allá.

Varios equipos de rescate se habían movilizado hasta allí, varias dotaciones de bomberos y ambulancias junto con algunas patrullas de la Guardia Civil. Elson, que llevaba varios minutos corriendo de un lado a otro de la carretera, poniendo posturas y caras raras, se paró, se colocó la cámara al hombro y le hizo una señal a Less para que se preparara.

La joven tardó unos minutos en posicionarse. Necesitaba documentarse primero para poder dar una noticia más fiable y clara. Preguntó a varios testigos de los hechos, apuntaba todo lo que decían las personas que estaban allí a la velocidad de una estenotipista en un juicio. Tardó poco en estar lista. Se colocó su larga y cuidada melena negra sobre uno de los hombros y cogió el micrófono.

—Cuando quieras —dijo Less resoplando y sacudiendo todo el cuerpo para aliviar la tensión y relajar los músculos.

—Listo. —Elson le hizo un gesto con la mano, acomodó sus negras gafas sobre el visor y la luz roja de la cámara se encendió.

«Un desprendimiento de rocas ha dejado parcialmente sepultado un autocar escolar con alrededor de treinta y cinco jóvenes, de entre doce y trece años de edad, atrapados en su interior.»

El alud, que ha destrozado el vehículo por completo, ha dejado la calzada intransitable. Por suerte, no hay que lamentar ninguna pérdida humana, tan solo el conductor del autocar ha sufrido diversas contusiones y una fractura en uno de sus brazos.

Los equipos de rescate han tardado casi una hora en poder sacar a todos los menores, ya que el autobús había quedado suspendido en un pequeño barranco al borde de la calzada.

Varios testigos afirman que si no hubiera sido por la pericia del conductor, que consiguió

esquivar la mayor parte de los fragmentos, quizá estaríamos lamentando una tragedia.

El temporal, que está azotando con extrema dureza a la comunidad estos últimos días, ya ha ocasionado varios accidentes, con no tanta suerte como en este. El balance, por ahora, es de cinco muertos y más de doce heridos.

La carretera nacional 332 ha quedado cortada, hasta nuevo aviso, a la altura del kilómetro ciento sesenta y cuatro en dirección a Alicante. Las autoridades han abierto el peaje en la zona afectada para que los conductores puedan desviarse sin coste alguno. Pueden seguir todas las novedades en la página oficial de Tráfico.

Les ha hablado Leissy Cotton para el canal Telenueve».

—No me gusta, Less. Voy a ponerme un poco más a la izquierda, así el autobús quedará mejor encuadrado.

Su compañera movió la cabeza a ambos lados en gesto de disgusto, pero accedió a volver a grabar la secuencia. Al fin y al cabo, ella lo conocía ya demasiado, sabía que Elson era un perfeccionista. Hacía ya dos años que trabajaban juntos. Cuando terminaron, después de cuatro insufribles intentos, y de casi estrangular a su compañero con la correa de su cámara, recogieron los aparatos y volvieron a la furgoneta. Ahora, él tenía que editar el vídeo, a las tres de la tarde saldría en el noticiero. Le quedaban poco más de dos horas para dejar la grabación perfecta.

Less colgó una publicación en su perfil de Twitter deseando que la gente la viera y así ganar algo de popularidad. Antes de guardar el teléfono, pudo ver un mensaje de Claudia: «¡Ey! Nena, ¿nos vemos esta tarde?». Había otro mensaje, era de Sarah, lo ignoró.

Llegaron a la sede de Telenueve, en el centro de Gandía, casi a las doce. El estudio no era más que un par de edificios de dos plantas con el logo de la cadena en uno de sus laterales y unos grandes jardines que decoraban el patio interno del complejo.

Elson se quedó en la sala de montaje, era su santuario, se pasaba casi todo el día ahí encerrado. Una vez sentado en su sillón negro, colocó la cinta en el ordenador y se preparó para hacer su trabajo, tras quitarse la sudadera. Unos brazos velludos quedaron a la vista, brazos más propios de un animal que de una persona.

Less se dirigió a la sala de reuniones para terminar con el orden del día y preparar los programas siguientes. Al ser una pequeña cadena independiente, sin apenas financiación, la mayoría de los programas eran grabados. No se hacían programas en directo. Y ella participaba en casi todos ellos.

Acabaron sobre las dos y cuarto de la tarde, tras ver el resultado final de la noticia. Ese cámara malhumorado había vuelto a hacer un trabajo estupendo. Era tan bueno que varias cadenas nacionales le habían ofrecido trabajo, pero él ponía como condición que contrataran a Less también. Vieron el noticiero en la pantalla del estudio de grabación de la cadena, un pequeño habitáculo con tres cámaras y varios decorados distintos.

—Cómo te gusta eso de «Les ha hablado...» —dijo Victoria en tono burlesco—. Tienes complejo de periodista americana, Less.

—A mí me gusta como me queda, suena más profesional.

Salieron los tres juntos, media hora después que el resto del equipo. Leissy se quedó mirando la cafetería donde siempre desayunaba y decidió hacerle la visita que se había negado por la mañana.

Apenas había cinco o seis personas esperando a ser atendidos, así que el servicio sería rápido. Después de ella, llegaron varias personas más. Un té era lo que le apetecía a esas horas de la tarde. El día también era propicio para una infusión bien caliente.

—Un té, por favor. Para llevar.

—Pensaba que eras más de café con leche —dijo una suave y masculina voz a su espalda.

Sobresaltada, Less se giró sobre sí misma de inmediato. Un joven moreno con ojos de ámbar estaba justo detrás de ella, vestido con una chaqueta negra y un vaquero claro. Su blanca sonrisa, junto al ácido pero seductor perfume que lo acompañaba, la deslumbró por completo y durante un segundo no supo bien qué decir.

—Perdona, no quería asustarte. —El muchacho se disculpó al ver la cara de asombro de ella —. Solemos coincidir todos los días en el desayuno, por eso sabía lo del café.

Less, que había recuperado la cordura, lo miró de nuevo intentando recordar si lo había visto antes, pero no conseguía capturar ninguna imagen de ese chico.

—Pues yo no te he visto en mi vida.

—Debe ser porque cuando tú entras, yo estoy ya sentado. Y como nunca te quedas... —El joven sonreía.

—¿Qué eres, un acosador o algo así?

—No, ¡por Dios! —Torció el rostro, incómodo ante la acusación de Leissy—. ¿Por quién me has tomado?

—No sé, dices que coincidimos todas las mañanas, pero ahora son las cinco de la tarde.

—Por eso me ha extrañado verte aquí. Oye, creo que me has entendido mal. Trabajo aquí al lado y siempre vengo antes y después del trabajo. Tan solo quería ser amable.

El muchacho pagó la cuenta en la barra y se marchó del local sin volver a mirarla. Ella, que se había quedado con mal sabor de boca tras ese fatal encuentro, cogió el té, lo pagó, y siguió al chico moreno.

—¡Oye! —gritó Less detrás del joven—. Espera.

Él se giró, sorprendido por el repentino cambio de actitud de aquella cautivadora muchacha, que cada mañana se presentaba de manera fugaz en la cafetería para desaparecer hasta el día siguiente.

—Creo que hemos empezado con mal pie. No pretendía ofenderte, es solo que me he asustado un poco. No es muy común que un chico que no conoces de nada...

—Lo entiendo.

—Bueno, ¿y si empezamos de cero? Mi nombre es Leissy.

—Sí, sé quién eres, te he visto en la televisión. Yo me llamo Gregor.

Volvió a mirar de arriba abajo al joven, era un muchacho alto y corpulento, con una barbilla muy definida y el pelo corto. Desde el primer momento le pareció muy seductor.

—Encantada. —Extendió la mano. Gregor le ofreció la suya. Tenía unas manos grandes y ásperas, con dedos largos y finos. Sonrió, sonrojada.

—El placer es mío. Dime, ¿qué te ha hecho entrar en la cafetería esta tarde?

—Me apetecía tomarme algo, esta mañana no he tenido tiempo.

Gregor sonrió ante la muestra de confianza mostrada por Less. Habían empezado con mal pie, pero, poco a poco, parecía que la situación se iba enderezando.

—Bueno, solo quería disculparme, he sido muy brusca ahí dentro. He de irme ya.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta al joven. Gregor, que la observaba alejarse, levantó las comisuras de sus labios dibujando una suave sonrisa.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó él con descaro, ansioso por escuchar la respuesta de ella.

—Pues si siempre desayunas en ese bar, es probable. —Sabía que la pregunta de Gregor iba

encauzada hacia otro ámbito, pero la esquivó con disimulo.

La muchacha morena se encaminó hacia la parada de taxis que había al otro lado de la calle. El semblante de él se tornó un tanto serio ante la dudosa respuesta de la hermosa periodista, que se marchaba sonriendo, sin mirar atrás. Era un duelo de intereses, y ella quería ganar. Gregor también siguió su curso.

Antes de subir al taxi, Leissy volvió a mirar su teléfono, hacía horas que lo tenía desatendido. Tenía varias notas de voz y dos mensajes más de su amiga Sarah.

«Mañana, a las 17:30, en mi casa, cielo. No llegues tarde. Ya sabes qué día es».

Less frunció el ceño tras leer el mensaje. Sabía a la perfección qué día era, pero odiaba tener que celebrar esa fecha. Volvió a guardar su teléfono.

Capítulo 3 (14 de febrero de 2002)

Cuando desperté, estaba acurrucado sobre unas frías y duras sillas negras de plástico. Las típicas sillas que ponen en las salas de espera de los hospitales. No fue hasta unos minutos después cuando descubrí que ahí era precisamente donde estaba: en la sala de urgencias del hospital de Gandía.

Por un momento pensé que había sido todo un sueño. «Sí, eso es, debo de haberme tropezado cuando iba de camino a casa. Me caí y me desmayé. Seguro que eso fue lo que pasó», pero pronto volví a la cruda realidad. Los dos policías, que había visto en casa, estaban aquí también.

—Se ha despertado —dijo el viejo policía al otro después de verme con los ojos abiertos.

Ambos me miraron, no decían nada pero notaba en sus ojos la pena, como si se compadecieran de mí. Ya me había sentido así antes.

—Todo acabará pronto, chico —dijo el otro policía—. En cuanto encontremos a tu padre, te podrás ir.

Miré el reloj que había en una de las paredes blancas, decorada con varias campañas publicitarias sobre el peligro de fumar o la prevención de enfermedades, un reloj de agujas, negro y grande. Marcaba las 22:35. «Llevo más de dos horas dormido». Volví a acurrucarme en una de las incómodas sillas negras mientras los dos agentes seguían con lo suyo. Uno de ellos sacó una especie de carpeta marrón y comenzó a escribir algo. Los escuchaba hablar entre ellos. El gordo preguntaba mientras que el otro, el joven, con algunos papeles en la mano, respondía.

—¿Nombre?

—Martha Duga.

—¿Edad?

—Catorce años. Los cumplió hace poco. Apenas había empezado a vivir. ¿Cómo puede alguien...? —Parecía afectado mientras pronunciaba aquellas palabras.

—En rasgos, ¿qué ponemos?

—Pon morena, ojos negros y piel bronceada. Era una chica muy hermosa, pero eso no lo pongas. No hacen falta muchos detalles. Y lo de la pierna también, eso habrá que ponerlo, lo de la pequeña deformidad en su pierna derecha. Irá en minusvalías.

«¡Era mucho más que eso!», pensé. Siempre le decía que éramos de distintos padres. Lo único que teníamos en común era la piel. Yo soy de ojos marrones claros y de cara más cuadrada. Mientras que ella era de detalles más finos y redondeados, con ojos color café y una nariz achatada.

—Solo nos queda la causa.

—Pues viendo las pruebas que han recogido en la escena, todo apunta a un suicidio, pero eso déjalo en blanco. Falta que aparezca el padre, su testimonio es clave.

Estaba claro. Mi hermanita tan solo era un número de ficha más, una carpeta marrón nueva que rellenar. Sobre todo para el policía gordo, que apenas parecía afectado. Hablaban de ella como si solo fuera un informe. La rabia aumentaba por segundos. Mi frustración, la impotencia. Era como un cóctel imprevisible, y esos dos agentes lo único que hacían era sacudirme de un lado

a otro, a la espera de ver el resultado final.

Mis pies daban pequeños y rápidos golpes contra el suelo, mis dedos tamborileaban encima de mis piernas. Todo en mí era un continuo redoble. De pronto, dos agentes más entraron en la sala. Supuse que era el relevo de los otros dos. Pasaron por mi lado sin apenas mirarme y se dirigieron a sus compañeros. Comenzaron a hablar casi en susurros, tapándose la boca con las manos. Supe que algo iba mal cuando el policía joven, que no recuerdo si me dijo su nombre en algún momento, se llevó las manos a la cabeza y se quitó la gorra con una mano mientras que con la otra acariciaba su frente. Su rostro se desencajaba por momentos. Todos me miraron.

Volví a ponerme la capucha de mi sudadera, que no sé en qué momento me la quité. Necesitaba desaparecer de ese mundo. Mi negro y desgredado pelo no era lo suficientemente largo como para usarlo de telón, pero le faltaba poco. Notaba otra vez el calor en mi cuerpo, la misma sensación que tuve en casa.

—¿Y qué le decimos? —dijo el policía joven que había estado conmigo desde el principio.

Nadie contestó. Se limitaban a poner gestos raros. Todos en esa sala debían saber lo que pasaba, todos menos yo. Los brazos y las piernas comenzaban a picarme. Notaba el sudor recorriendo mi cuerpo. Apreté con gran fuerza las manos, tanto que notaba cómo las uñas se me clavaban y atravesaban mi piel.

—Chico —volvió a dirigirse a mí el policía de siempre. Se sentó en la silla, a mi lado—. ¿Tienes algún otro familiar, aparte de tu padre, con quien podamos hablar?

Negué con la cabeza. Papá y Martha eran mi única familia. Teníamos una tía, pero murió cuando yo era muy pequeño. Por parte de mamá nunca llegué a conocer a nadie. No sabía de ningún otro familiar.

—Voy a necesitar que lo pienses bien, es importante. Cualquier familiar que conozcas: un tío, un abuelo... —La cara del agente estaba blanca, parecía que iba a desmayarse—. Cualquier persona.

No contesté. El nudo de mi garganta no me dejaba hablar. En mi cabeza todo eran preguntas, muchas más que respuestas.

—¿Nada?

Volvió con sus compañeros y se pusieron a charlar entre ellos. Yo de forma instintiva, buscaba la forma más fácil de poder huir. Era lo único que quería, huir de allí, de ese infierno. Todo parecía una broma. Esperaba el momento en que salieran papá y Martha de alguna habitación gritando: «¡Sorpresa!». Al cabo de unos minutos, vino de nuevo el joven policía, pero ahora acompañado por los dos agentes que acababan de llegar. Una chica rubia de unos treinta años, con el pelo corto, ojos negros y redondos y cara de pocos amigos y un hombre de más o menos la misma edad, feo y con unas gafas de pasta rectangulares.

—Chaval, necesito que me prestes atención. ¿Vale?

Lo miré, el tono de su piel seguía siendo claro, como si no terminara de recuperarse.

—Sé que esto no es algo por lo que un chico de dieciséis años debería pasar. Pero vas a tener que ser fuerte. —Los ojos verdes del policía comenzaron a brillar.

Tragué saliva tan de golpe que creo que hasta los que estaban a mi alrededor lo escucharon. Mi piel se endureció por completo. «¿Fuerte?». Mi hermana acaba de morir, ¿que más podía pasarme? Me dieron ganas de golpearle.

—No sé cómo decirte esto. Hemos encontrado el vehículo de tu padre.

El tono en que me dio la noticia me hizo darme cuenta de que no significaba nada bueno. Otra vez volvía a notar que las luces se iban apagando, hasta el punto de casi oscurecerse la sala. Sabía

que las siguientes palabras que oíría iban a golpearme con tanta fuerza que no sé si llegaría a soportarlo. Apreté los dientes, agaché la cabeza, cerré los ojos y me preparé.

Capítulo 4 (25 de marzo de 2017, sábado)

«Me ha llamado Sarah, dice que mejor quedemos en su tienda. Que tiene una sesión de fotos y acabará un poco más tarde. Besos».

Aquel mensaje de Rebecca modificó los planes de Less, que eran los de acabar con todo lo más pronto posible.

Less y Sarah siempre habían sido inseparables. Se conocieron con siete años y enseguida hicieron migas. Pero hacía ya quince años que aquello había cambiado, después de lo que pasó con Martha, la relación no volvió a ser la misma. Fue entonces cuando Rebecca ganó posiciones con su amiga, supliendo a Leissy en ese aspecto emocional. Cuando regresó de Madrid, Less encontró en Claudia la afinidad que había perdido con Sarah, aunque nunca la llegó a dejar de lado por completo.

Apenas podía concentrarse en la cita que tenía con sus amigas. Tampoco es que le hiciera mucha ilusión. Su mente divagaba entre recuerdos del día anterior, que le enviaban sin cesar imágenes de Gregor, el chico que conoció en el bar al que siempre iba.

Eligió vestirse un poco informal. Un pantalón largo de vestir de un tono azul marino, una camisa estampada y una americana a conjunto fue su elección. Cogió de su vestidor también su bolso Armani junto a unos zapatos del mismo diseñador.

Cuando llegó al centro de Gandía, en apenas diez minutos, aparcó en el parking público subterráneo. Gandía no era una gran ciudad, desde el centro se tardaba poco en llegar a cualquier otro punto de la misma. A veces resultaba más complicado utilizar cualquier medio de transporte que recorrer la distancia a pie.

Poco antes de llegar, Less vio a lo lejos a Rebecca, que esperaba ante la puerta del local que tenía un rotulo sobre la entrada que ponía SARAH MODA. Recordó el día en que su amiga decidió ese nombre. Su intención era ponerle SARAH MOLA, pero su padre se lo quitó de la cabeza, decía que era demasiado arrogante para un local que vive del cliente. Por eso se decidió por SARAH MODA, que suena casi igual. Su amiga siempre era muy narcisista y presumida, desde pequeña. El hecho de haberse criado en la opulencia la había moldeado de esa peculiar manera.

—Hola, Rebecca. ¿Está dentro Sarah? —saludó a su amiga dándole un par de besos en la mejilla, como era costumbre.

—¡Ey, guapa! —respondió jubilosa ella. Rebecca siempre ha sido muy alegre. Incluso llegaba a sobreactuar en muchas ocasiones—. Sí, está abierto, podemos pasar, yo he salido a fumar y te he visto llegar.

Rebecca portaba un vestido negro, corto y ceñido, con un escote en “V” cruzado que resaltaba su busto. Siempre, por lo menos desde que Less recordaba, su amiga fue una niña muy insegura, así que intentaba llamar la atención de cualquier forma. A pesar de tener unos rasgos muy comunes: ojos marrones, nariz fina y estilizada y un cobrizo y ondulado cabello, estos hacían de ella una mujer muy atractiva. Su único defecto, podría decirse, es que era una mujer de estatura baja, apenas superaba el metro sesenta, pero desde muy joven decidió que intentaría solventar cualquier defecto físico que tuviera. Y así lo hizo en varias ocasiones.

—¿Llevas mucho aquí?

—No sé, habré llegado sobre las cuatro. Más o menos, hará una hora.

Less torció la comisura de sus labios en un amago de sonrisa. Asintió con la cabeza y entró en el local de su amiga. Rebecca la siguió. Era una tienda de moda, como bien indicaba el rótulo de la entrada, de tres plantas. En la superior tenía toda la moda masculina y complementos, y en la planta baja, que era la más grande y la que se ofrecía al público femenino, todo lo demás. El sótano lo usaba como almacén y ahí era donde también hacía sus sesiones de fotos para una pequeña revista de moda que comercializaba con su nombre, pero que apenas tenía éxito más allá de las fronteras de aquella ciudad.

Cuando llegó al sótano, pudo ver, a lo lejos, a su amiga posando en un bañador negro de dos piezas. Sarah, en cuanto la vio, detuvo la sesión para saludarla.

—¡Cielo! —canturreó ella con voz dulce—. Ponte cómoda, ya estamos acabando.

Sarah se volvió a colocar en el *set* para terminar la sesión. Una manta blanca como fondo era el único detalle que adornaba el estudio. Posó un par de veces de pie y le hizo un gesto con las manos al hombre que le estaba sacando las fotos para darle a entender que ya habían terminado. Cogió un batín blanco y cubriéndose con él ocultó unas largas piernas y un torso delgado y sinuoso.

—¿Cómo ha quedado, Robert? —preguntó al joven que le estaba haciendo las fotos.

Robert era un muchacho joven, que aparentaba la misma edad que las tres amigas, aunque les llevaba un par de años, moreno y con un estilo hípster. Su frente despejada relucía en un semblante que resaltaba sus rasgados ojos de un tono marrón claro. Se sentó ante una mesita improvisada con varias cajas de ropa y colocó allí su portátil.

—Mira a ver qué te parece —respondió él con una voz muy grave y áspera.

Sarah se situó a su espalda y apoyó una de sus manos sobre el hombro de su compañero. Usó la otra mano para sacar su cabellera rubia de dentro de su batín y dejarla caer sobre sus hombros. Cuando se agachó para ver el resultado, asomó su rostro por encima del hombro de Robert y sus mejillas se rozaron. Él apartó su cara con un torpe disimulo mientras el tono de su piel adquiría unas tonalidades más vivas en cuestión de segundos.

—No sé. No se me distingue mucho la cara. —Sarah amplió su rostro en una de las fotos. Sus ojos azules, labios rosados y carnosos y una piel bronceada y aterciopelada hacían de ella una mujer de una belleza casi perfecta. Su problema era que ella lo sabía. Siempre ha sido muy superficial e interesada

—Se puede ampliar, si quieres.

—Hazlo, sí. Mañana me lo traes y vemos el resultado, que ahora me voy con mis chicas. —Miró a Less, que la estaba observando de pie junto a una pila de cajas—. Hola, cielo.

Se dieron dos besos y enseguida Sarah la condujo hasta Robert.

—Este es Robert, es quien me hace los álbumes. —Señaló a su compañero al tiempo que empujaba a Less hacia él.

Less pudo observar más de cerca al muchacho de frente despejada y pómulos marcados. Cubría casi todo su rostro con una negra barba de apenas unos centímetros de largo pero frondosa. Robert ladeó la cabeza a modo de saludo, sin llegar a mirarla siquiera, y recogió sus aparatos. Daba la impresión de ser un joven bastante huraño.

—Bueno, mañana te traeré los resultados. Un placer, Leissy —dijo Robert tras recoger todo. Se despidió también de Rebecca con un frío movimiento de cabeza y se marchó como una sombra cuando se apaga la luz de una vela.

—Me suena mucho ese chico.

—Puede ser, Less, cielo. Lleva unos años haciéndome las fotos. No habéis coincidido, o lo más seguro es que ni te hayas fijado en él.

—No sé, lo habré visto por la calle, supongo.

—Es muy raro, pero hace muy buenas fotos —comentó Sarah.

—¿Solo las fotos las hace buenas? —preguntó Rebecca a lo lejos, una risotada aguda acompañó al comentario. Se dirigía hacia las otras dos amigas con una botella de champaña entre sus manos. En su etiqueta ponía KRUG CLOS DU MESNIL.

—¿Sabes lo cara que es esa botella, reina? —inquirió Sarah con la cara un poco desencajada.

—No lo sé, pero si es tan cara debe saber muy bien. —respondió sin vacilar y descorchó la botella, sin miramientos. Sarah se llevó las manos a la frente, pero acto seguido se sumó a su amiga para brindar. Less las acompañó

Tras servir en tres copas el caro y exclusivo *champagne*, el grupo de amigas levantaron sus copas. La joven periodista se mostró algo más incómoda que sus dos acompañantes.

—Hoy va por ti, Carmen —comentó Rebecca.

Todas brindaron dirigiendo sus copas hacia una foto en la que se veían a las cuatro chicas juntas, sonriendo, años atrás. Carmen aparecía a la derecha de la imagen con el pelo negro recogido, unas gafas pequeñas del mismo color que su cabello, que hacían de lupa sobre sus ojos marrones, y una sonrisa blanca y perfecta.

El afinado tintineo del cristal de bohemia de las copas selló la promesa entre las amigas como un notario da fe de un documento con su firma. Todas recordaron en silencio a Carmen durante un minuto.

—Dos años sin ti, amiga, pero siempre estarás en nuestros corazones —dijo Sarah tras el brindis—. Bueno, ¿qué?, chiquis. ¿Nos vamos?

Sarah pasaba de la alegría a la tristeza y del amor al odio en tan solo segundos. Desde que nació ha sido una niña malcriada y eso ha creado en ella un inconformismo continuo.

—¿Adónde se supone que vamos, Sarah? —preguntó con desinterés Less.

—Ja, ja, ja, ¡ay, nena! Déjate llevar, aunque solo sea por una vez. Vamos a tener que buscarte un novio.

Rebecca, que se lanzó a reír de forma burlesca tras el comentario, miró el teléfono móvil y comentó que era mejor ir saliendo ya. Eran casi las siete de la tarde y querían tomar unas cervezas antes de cenar.

La luna se asomaba en un negruzco cielo despejado, decorado con pequeños y solitarios puntos brillantes cuando las tres amigas llegaron al restaurante. Sarah vestía un elegante vestido de color crema ceñido hasta el cuello, con una apertura que dejaba a la vista su escote.

—Este restaurante me encanta, suelo cenar aquí —comentó orgullosa Rebecca, que trabajaba como jefa de barra en un pequeño bar de Gandía, el MÁS COPAS. El local más selecto de la zona.

La cena resultó bastante amena y divertida, las tres amigas compartieron recuerdos y anécdotas de su compañera fallecida y otras propias. Less lo pasó bien. Recordó que, durante un tiempo, las cuatro eran inseparables.

—Y bien, neni, dime, ¿ya te has echado novio? —interrogó Sarah a Less.

—Ni se me pasa por la cabeza. —Una imagen de Gregor sí se le pasó por ella justo segundos después de contestar a su amiga. Todas rieron.

—¡Jo! Con treinta años que tenemos, prácticamente, y ninguna tiene a la vista una boda. ¡Qué

triste! —repuso Rebecca con ironía.

Sarah y Rebecca eran solteras. Ambas compartían el mismo «don» de no poder soportar a nadie más de medio año. El récord lo tenía Sarah. Su relación más larga fue con Patrick, y eso fue con quince años. Patt fue su primer amor. A Rebecca, en cambio, nunca se le ha conocido pareja oficial.

La cena transcurrió de manera agradable para Less, que en un principio se mostró algo reacia a la cita. Las tres amigas disfrutaron de una bonita velada en el restaurante El Palacio. Era un restaurante especializado en pasta italiana, con decoraciones antiguas y un trato exquisito. El tiempo pasó volando para ellas entre improvisadas conversaciones de todo tipo. Rebecca y Sarah contaban sus experiencias sexuales al estilo de «Sexo en Nueva York». Intentaron ambas sonsacar a Leissy detalles íntimos, sin éxito. Ante el plato principal, Sarah lanzó su típica crítica de niña bien. Le pareció que un cubierto estaba sucio y no dudó en reclamar con su habitual tono de soberbia y arrogancia.

La velada finalizó pasadas las dos de la madrugada y las tres se despidieron con la promesa de otra pronta cita. Less se marchó primero, Sarah y Rebecca se quedaron hablando enfervorizadas.

El parking estaba desierto. Tan solo el ruido de sus tacones resonaba por todo el subsuelo. Con pasos ágiles y los nervios oprimiendo su pecho, se acercó a su coche, una vez abonado el parking, y se preparó para la vuelta a casa. No se percató hasta que se hubo sentado en el interior de su Ford blanco, de apenas un año, de que en el cristal delantero había atrapado por el limpia-parabrisas un papel amarillento de no muy grandes dimensiones. Sacó parte del cuerpo fuera del vehículo para recoger aquel trozo de papel, visiblemente corroído por el tiempo. Su cara expresó un gesto de asombro y desconcierto. Miró alrededor suyo, en busca del sujeto que había dejado aquello en su coche. Tras unos segundos, concluyó que lo mejor era salir de allí.

Revisó de nuevo la nota, solo tres palabras: NO HAY JUSTICIA.

Capítulo 5 (20 de febrero de 2002)

La locura es relativa. Depende de quién encierre a quién en la jaula.

Ray Bradbury.

Todos me miran. Desde que llegué aquí, soy el centro de atención. Un mono de feria. Soy ese león enjaulado que todos esperan tras los barrotes a que ruja y enseñe los colmillos para desafiarlo y, de esa manera, satisfacer esos morbosos instintos de tener el control sobre una fiera superior a ellos.

Recuerdo cómo, hace casi una semana, me dieron la noticia. Fue Josh, así se llamaba el policía que siempre estuvo a mi lado, me dijo su nombre más tarde.

—Hemos encontrado el vehículo de tu padre.

Recuerdo sus palabras, llevan resonando en mi mente desde entonces. Nunca olvidaré esa conversación, esa noche.

—No sé bien cómo decirte esto. El coche estaba a los pies de un barranco, totalmente destrozado.

Sé que lo miré a los ojos, esperando a que en un momento dado no aguantara la risa y me dijera que era una broma. Pero ese momento nunca llegó.

—La furgoneta Peugeot Partner que llevaba tu padre se incendió tras el impacto y, dada la complejidad del terreno, los bomberos tardaron mucho tiempo en acceder a la zona del accidente porque tuvieron que hacerlo a pie. No pudieron sofocar el incendio, solo consiguieron que no se expandiera el fuego.

¿Qué quería decir con eso?, ¿que habían dejado a mi padre consumiéndose ahí solo? Intenté golpearle, tenía ganas de matarlo, de matarlos a todos. Josh me atrapó entre sus brazos hasta que me relajé de nuevo, más por el cansancio que por haber dejado mi ira a un lado.

—Lo siento con toda el alma. Sé lo duro que es todo esto. —Su voz temblaba y los ojos le brillaban como si quisiera contener las lágrimas.

No articulé palabra alguna, no tenía fuerzas para hablar, pero él debió considerar que merecía conocer toda la historia porque siguió contándomela.

Al parecer, cuando llegaron los bomberos, el coche llevaba más de una hora quemándose. Poco pudieron hacer por él. El fuego fue tan violento que tan solo se salvó una pequeña parte del chasis de la furgoneta de mi padre. La identificación se hizo gracias a la matrícula, que no se quemó porque salió despedida. De mi padre solo encontraron una zapatilla ensangrentada, a unos metros del accidente, restos orgánicos, varios restos de huesos y lo que creían que podría ser un diente.

También me dijo que hallaron una botella de anís seco fuera del coche, que podría haber sido el potenciador del fuego, y que puede ser que por culpa de eso ardiera tan rápido todo.

A medida que me contaba toda la historia, mi mente se alejaba cada vez más de aquel centro médico. Intentaron localizar algún familiar, pero fue imposible. Así que tras varias horas, ya casi

de madrugada, los dos agentes que habían llegado para hacer el relevo me acompañaron en el coche patrulla al juzgado. No llegué a bajar del vehículo. Era el preso en mi historia, el culpable de mi dolor, era quien debía pagar por los actos de otros.

Descubrí adónde me llevaban cuando llegué ahí, es decir, aquí. Un maldito centro de acogida de menores. Es aquí donde me dejaron a mi suerte. Es aquí donde he de pasar los días hasta que cumpla la mayoría de edad. Entonces, seré una presa para mi destino, que intentará devorarme sin contemplaciones. El centro está a casi una hora de Gandía, en un pueblo de montaña llamado Altea. Se ha de pasar un cementerio y justo a cincuenta metros, por un camino sin asfaltar, se llega aquí. Parece sacado de una película de terror o de un libro de Stephen King.

Desde que llegué, soy el centro de atención, la novedad. Todos me observan, me controlan. Soy persona de alto riesgo «por posible tentativa de suicidio». Eso me consideran, una persona de alto riesgo. Pero se equivocan, no moriré, aún no.

Me han dejado en una habitación, de la que no me he movido en estos seis días, que es un poco más grande que la que yo tenía. Con tres camas individuales, de un blanco sucio, triste y apagada. Tan solo una ventana cerrada, con un seguro para que nadie pueda abrirla, decora la pared. Apenas una mesita blanca y corroída junto a mi cama es todo el mobiliario que tengo. Ni siquiera un armario, varios huecos en la pared a modo de estanterías cumplen esa función. En uno de esos huecos está mi sudadera, esa que me ha acompañado hasta ahora, con aquel diario aún dentro.

En la primera noche me desperté de golpe y me incorporé sobre la cama, un crujido, seguido de un intenso dolor, recorrió mi columna. Me levanté y fui hasta donde estaba mi sudadera gris. Con las manos temblorosas rebusqué en el bolsillo hasta que palpé ese pequeño libro de amarillentas páginas. Cuando lo saqué, percibí que algo impedía que se cerrara del todo —no era el bolígrafo, este lo saqué antes de esconder el diario—, al restar presión, la libreta se abrió un poco y de su interior cayó un colgante al suelo. Lo reconocí enseguida.

Era el colgante que mamá le había regalado a Martha. Un colgante de oro con un corazón que bailaba al son del viento. Antes de morir, mamá se lo dio. No entendía por qué lo había dejado ahí. Me aseguré de que nadie pudiera entrar, bloqueé la puerta y me senté en la cama con el pequeño libro en mis manos. Tardé unos minutos en decidirme, no sabía qué iba a encontrar entre sus páginas, pero al fin, lo abrí.

Era su diario, un pequeño diario blanco con lunares rojos y azules. El diario en el que ponía todo lo que le pasaba. Volví a cerrarlo. «¿De verdad quiero saber lo que pensaba mi hermanita?», me pregunté. Sabía que iba a entrar en un mundo muy duro, muy difícil, pero necesitaba hacerlo. Tenía que saber quiénes eran los responsables. Lo abrí de nuevo. El diario comenzaba el 3 de octubre. Seguí pasando páginas, quería llegar al final. Fui directamente a las últimas y encontré su nota final:

Para Dennis y papá:

Perdonadme, Dennis y papá. Sé que es difícil leer esto. Para mí tampoco es fácil escribirlo. Supongo que estaréis tristes por lo que he hecho. Pero no os preocupéis, ha sido mi decisión. Y creo que ha sido la correcta.

La distancia entre nosotros tres, desde que murió mamá, mis problemas con la pierna y un poco todo me ha traído hasta aquí. Ya no lo soporto más, me veo cada día ante un espejo infiel que refleja todos los defectos que siempre tendré. Sé que no vivimos en un paraíso, por eso me voy. Me voy en busca de un lugar mejor. Quizás solo encuentre oscuridad, no lo sé, pero todo será mejor, mejor para todos.

Quiero que me perdonéis. Sé que te he decepcionado, papá, pero quiero que entiendas que es lo mejor. Desde que mamá no está, has dejado de ser el mismo. Apenas hablas, todo son problemas. Y sé que gran parte de ellos soy yo. Y por mi culpa, Dennis ha perdido muchos amigos, por tener que ir a trabajar en ese taller para pagar mis gastos.

Lo siento. Sé que me odiaréis, pero no puedo más. Todos me ignoran y los pocos que no lo hacen se dedican a burlarse o insultarme siempre.

Sé que nunca entenderéis el porqué lo hago, la verdad es que incluso a mí me cuesta saberlo. Quizás no haya hueco en este mundo para una solitaria niña amargada y coja como yo.

Papá, perdón por tomarme las pastillas que te recetó el médico después de la muerte de mamá. Perdón también por el vodka que guardas en tu mesita, el que usas casi siempre para poder dormir; sobre todo en fechas señaladas.

Dennis, perdón por haber sido una carga siempre. Ahora podrás volver a salir con tus amigos, podrás dejar el taller del señor López, que sé que no te hace gracia. Nunca quise arruinarte la vida. Sabes que siempre te he querido. Siempre lo has sido todo para mí. Te he dejado junto con esta nota el collar de mamá. Quiero que lo cuides tú.

Solo os pido que, por favor, no me olvidéis. Recordadme cuando veáis las cosas que me gustaban. Recordadme sonriendo, por favor.

Os quiero.

El alma se me desgarraba, retorciéndose con cada letra, cada frase, cada párrafo que leía de ella. Fue lo último que escribió, y hasta en sus momentos finales se disculpaba. Un sentimiento de desesperación se apoderaba de mí. Lo que en un principio había sido pena y dolor, se estaba transformando en odio, en rabia. Mis ojos fueron perdiendo el brillo que habían tenido hasta ese momento. La oscuridad estaba venciendo dentro de mí. El deseo de seguir leyendo me dominaba. Necesitaba conocer quién estaba detrás del dolor que expresaba mi hermana.

Antes de retroceder al inicio del diario, pude ver las siguientes páginas, todas escritas con las tres mismas palabras: NO HAY JUSTICIA.

Mi promesa fue clara: la habrá.

Volví a revisar el diario. Poco a poco, sabría quién estaba detrás de todo. Poco a poco, conocería la verdad de su dolor. La verdad de sus sentimientos.

«Algún día tu dolor será el suyo», dije al tiempo que me ponía el collar alrededor del cuello.

Capítulo 6 (27 de marzo de 2017, lunes)

El despertador sonó media hora antes que de costumbre. La noche anterior, Less lo programó con una intención clara, pero con mil dudas en su mente.

Había pasado toda la tarde del domingo tumbada en el sofá, viendo películas románticas, Titanic era su favorita. Tanto que decoraba su hogar con todo tipo de detalles representativos de ese buque. En el salón, varios cuadros de fotos antiguas del transatlántico colgaban en una de las paredes, incontables libros y documentales gobernaban su librería. Siempre que se sentía triste o cansada, se dejaba llevar por el mismo ritual: una manta, sofá y películas.

En cambio, esa tarde no fueron sentimientos de tristeza o abatimiento los que la indujeron a ello, no tenía motivo alguno para sentirse así. Pero un hecho le rondaba la cabeza desde hacía varios días. Un nombre, una persona. Desde que se cruzó Gregor en su camino, algo despertó en su interior. La última vez que tuvo una cita fue a principios de año. No recordaba ya lo que era tener una relación seria. Hacía muchos años que no tenía una.

Se levantó de un salto cuando oyó la alarma del despertador. Una mezcla de ilusión y nervios conducía su cuerpo y solo pensaba en una cosa. Rápidamente, se puso un pantalón a cuadros gris y un jersey negro de punto. Una americana a conjunto con el pantalón completó su atuendo. Decidió maquillarse, aunque ya tenía a alguien que lo hacía en el estudio. Frente al espejo ensayó, como todos los días, su rutina de gestos y autocrítica.

Sobre las ocho y media salió de casa. Aunque acostumbraba a ir al trabajo con Elson, ese día iría por su cuenta, ya lo había avisado por teléfono. No tardó mucho en llegar. Apenas un cuarto de hora. Aparcó en la zona reservada a su nombre en la cadena y se dirigió al bar donde siempre pedía su café con leche.

Antes de entrar, lo vio sentado ante una mesa de metal negro, junto a la cristalera que daba a la calle contigua. El bar tenía un curioso nombre: 7as7e Me, un juego de números y letras. Fue ese el motivo por el que Less acudía siempre ahí, le gustó tanto la originalidad del nombre que decidió entrar a probar, y se convirtió en costumbre. Situado en la esquina entre San Pérez y Gregorio Mayans y totalmente acristalado, el local destacaba sobremanera entre todas las cafeterías de la zona. Sus precios competitivos y la calidad de sus productos lo convirtieron en el local de moda.

Como todos los días, pidió un café con leche.

—Para tomar aquí —especificó.

La camarera, que conocía a Less porque casi siempre la atendía ella, sonrió ante la petición de su clienta.

Tras recoger su bebida servida en una taza blanca y grande con el nombre del local, aspiró el olor del café recién hecho y se dirigió hasta donde Gregor aguardaba, con pasos lentos, el rostro sonrojado y revolviendo su café con la mirada. Él torció las comisuras de sus labios imitando una sonrisa desinteresada.

—¿Está ocupada la silla? —preguntó con una dulce y temblorosa voz. Los nervios y la vergüenza se habían apoderado de ella.

—Pues lo cierto es que no. No tenía pensado recibir visita.

—Oh, si molesto me voy, no era mi intención ser importuna. —Less se dio media vuelta y se dispuso a volver a la barra. Gregor la asió del brazo para que volviera a su posición original.

—Que no lo tuviera pensado, no significa que no la quiera. —Le hizo un gesto para que tomara asiento inclinando su mano mientras mostraba su fila dental superior por el espacio que dejaban sus carnosos labios—. Y dígame, ¿qué la trae por aquí, señorita Cotton?

—No lo sé. Podría decirse que me siento en deuda por mi comportamiento del otro día.

—Es decir, que has venido a ofrecerme disculpas. ¿Es eso?

—Bueno, si así es como lo quieres ver. —Less no tenía intención de dejárselo fácil al joven de piel bronceada. Pero cada vez que le sonreía, se convencía de que había hecho lo correcto.

—Bueno, de ser así, yo solo aceptaré las disculpas si me da usted la oportunidad de invitarla a cenar. Porque aquí no dispongo de mucho tiempo.

—¿No estás yendo muy deprisa? Tendremos que conocernos primero, digo yo.

—Lo veo bien, y dime, entonces, ¿qué quieres conocer?

—Y ahora me tuteas. Muy mal. —Ambos rieron. La complicidad entre los dos era palpable. La química resplandecía en todo el local. No existía nadie más. Solo ellos dos—. Pues no sé. ¿A qué te dedicas, que edad tienes, de dónde eres, si tienes pare...? —preguntó ella a tanta velocidad que no se percató de su última pregunta hasta después de haberla soltado. Se tapó la boca con las manos de inmediato.

Gregor rio a carcajadas ante el gesto de Less, no pareció molestarle o incomodarle para nada la pregunta. Dio un sorbo a su café solo.

—Bueno. Trabajo en una empresa de seguridad aquí al lado. Sobre todo en ruta. Ya sabes, dentro de los camiones blindados. —Ella lo escuchaba con atención—. Tengo treinta y dos años recién cumplidos. Soy de un pueblecito de Tarragona. Pero me vine aquí hace un par de años, por eso no conozco a mucha gente. —Tras responder con gusto a las tres primeras cuestiones de Less, volvió a sorber el café hasta terminárselo. Se levantó de la mesa y le cogió con suavidad una mano—. Y a la pregunta sobre si tengo pareja, si te interesa saberlo, te esperaré esta noche aquí a las ocho. Un gusto, señorita Cotton, he de irme —dijo Gregor dando un cálido beso en los delgados y pequeños dedos de Leissy.

—¿Es una cita?

—¿Vendrás?

La joven periodista se quedó observando cómo se alejaba Gregor. Su perfume había quedado atrapado en el local, dejaba un rastro tras él. «¿Me ha pedido una cita?», se preguntó. Las dudas y la emoción la invadían. Una combinación de nervios y miedo la abrazaba por momentos. Dio un sorbo a su café y lo dejó casi entero sobre la mesa, se había enfriado.

El día le pasó con más lentitud que de costumbre. Cada diez minutos miraba la hora, contaba el tiempo que quedaba para su cita con Gregor. Sin acabar de decidir si acudiría a ella. Era un amasijo de nervios. Durante los primeros diez minutos de cada hora tomaba la decisión de no presentarse, durante el resto anotaba en su cabeza todas las opciones sobre lo que podía ponerse. Y de esa forma, poco a poco, dejó pasar el día.

Revisó el teléfono cuando llegó a casa sobre las seis de la tarde, antes de centrarse en lo que realmente le importaba. Tenía varios mensajes de sus grupos de amigos y de trabajo y una llamada perdida de su madre. Enseguida se la devolvió. Para ella, su madre era su pilar maestro, todo lo compartía con ella y no había un solo día en el que no hablaran. Le hizo un breve resumen de lo acaecido en su jornada y, tras varios minutos de amena conversación, continuó con sus quehaceres.

Eran las seis y media. Le quedaba ya poco para la cita. Se plantó delante del espejo tras salir de la ducha. Varias gotas resbalaron por su brazo hasta descolgarse hacia el suelo. Todavía desnuda, con una toalla blanca de algodón cubriéndole su húmeda y sedosa piel, caviló buscando la respuesta definitiva a si acudir o no a la cita de Gregor. Al final, se dijo que sí. Su teléfono vibró a modo de respuesta automática a su pensamiento. Una cierta inquietud recorrió su cabeza, en ese momento tuvo un mal presentimiento.

Cogió su Smartphone, lo desbloqueó y revisó sus aplicaciones de mensajería buscando al responsable del aviso. Cuando llegó a él, un frío y punzante puñal le atravesó la espalda hasta llegar al estómago. Su cuerpo se estremeció al ver una imagen que Sarah había mandado. «Yo también tengo una». El título de la foto estremeció de tal forma a Less que el teléfono se volvió a bloquear solo. Se había quedado congelada, intentando asimilar esa imagen. No solo la imagen, también esas palabras, ese «yo también tengo una». Un corto aviso notificaba varios mensajes sin leer encima del comentario de su amiga. Less dudó.

Dejó su teléfono sobre el lavabo y salió del baño. Corrió hacia su bolso y de su interior sacó el trozo de papel que había encontrado en su coche el pasado fin de semana. Aquella nota amarilla con esas escalofriantes palabras. Volvió al baño y recuperó la conversación. Abrió de nuevo la imagen. La foto que había mandado Sarah era la de una nota, exactamente igual que la suya. Tenía una nota idéntica, con las mismas palabras. «Pero ese título...», retrocedió sobre la conversación. Su cuerpo se heló por completo cuando vio que Rebecca, varios minutos antes, también había mandado una foto. Esa nota, donde salía una nota idéntica a la suya, con el mismo texto, con la misma caligrafía. «¿Qué significa todo esto? ¿Qué tipo de broma macabra es esto? ¿Quién está detrás de todo?», se preguntaba.

El miedo se introdujo en su cuerpo con tanta fuerza que una lágrima resbaló por su mejilla.

Capítulo 7 (1 de marzo de 2002)

Hoy han venido dos policías. Entraron con un chubasquero amarillo, llovía a mares. No querían verme a mí. Han venido a comentar algo a la directora del centro. Se han pasado casi una hora hablando en su despacho. He podido oír algo sobre la ratificación del juez. Uno de los agentes le comentaba a Clara, así se llamaba la directora, que el juez ya había dado la orden para que ingresara en el centro. Poco más pude escuchar.

Volví a uno de los salones interiores. El centro no es muy grande, pero tampoco éramos muchos, así que resultaba cómodo. Desde las habitaciones se podía acceder al patio interno. Un patio abierto dentro del hogar, con varias mesas de piedra asentadas sobre una base de grava y césped del que los tutores se aprovechaban para que los niños aprendieran a cuidarlo. Unas salas grandes, para alojarnos a todos, rodeaban el patio. Cada una de esas estancias era usada para una cosa distinta.

Pasé por el salón-comedor, que era el que estaba justo al lado de la oficina de Clara, una enorme mesa de madera antigua con más de quince sillas ocupaba la estancia. En una de sus paredes, una puerta conducía al almacén. Ahí guardaban toda la comida que recibían de donaciones y la que compraban ellos mismos. Tras el salón, estaba la cocina, bastante grande y sucia.

Es el segundo día que salgo de mi habitación. Desde que llegué aquí. Todo son preguntas. Primero vino la directora. Quería saber cómo estaba, si necesitaba algo. Es una mujer rubia con el pelo medio largo. Por las arrugas de su cara, sobre todo en los ojos y frente, debe tener más de cincuenta años. Pero es bastante amable. Después de ella, apareció una psicóloga, o eso dijo que era. No recuerdo lo que me decía, no le presté ni la más mínima atención.

Los niños eran quienes más me miraban y cuchicheaban entre ellos. La mayoría eran niños de menos de diez años. Y alguna que otra niña de once o doce. Aparte de mí, solo hay otro niño de mi edad. Creo que un poco mayor. Se hace llamar Toni. Desde el segundo día que estoy aquí, está encima de mí. No deja de hablarme, como si quisiera ser mi amigo. No ha entendido que yo no quiero saber nada de él. Pero sigue insistiendo.

Cuando los policías se fueron, Clara vino a verme. Me trajo ella la medicación. Esa que normalmente me traen los tutores o una chica que es enfermera, que suele venir todas las mañanas. Desde que llegué, estoy tomando esa medicación. Tienen miedo de que cometa alguna tontería.

Cuando Clara vino a verme, yo ya había vuelto a mi cuarto. Estaba tumbado en mi cama cuando entró.

—Hola, Dennis. ¿Puedo pasar?

No respondí. Nunca lo hacía. Pero ellos, de todas formas, me seguían hablando.

—Bueno, solo era para decirte que los policías que han venido me han comentado que ya puedes quedarte con nosotros —dijo sentándose a los pies de mi cama antes de darme la medicación—. Toma, hijo, tienes que tomarte esto, ya lo sabes.

Eran varias pastillas que, según decían, servían para hacerme sentir mejor. Pero no notaba nada. Tan solo me daban sueño. Así que cuando no miraban las escupía, no siempre podía, pero la

mayoría de las veces sí evitaba tomarlas. Las cogí y me las puse en la boca, tomé un poco de agua y tragué con fuerza, noté como bajaban por mi garganta, incluso llegué a sentir cómo saltaban en mi estómago. Clara solía controlar que me las tomaba de verdad.

—Bien, verás cómo poco a poco te sientes mejor. Los demás niños están como locos por ser tus amigos, sobre todo Toni. No deja de preguntar por ti. —Se levantó sin dejar de mirarme—. Bueno, ya me voy. Cuando quieras, puedes salir para pasar un rato con nosotros.

Aún era media tarde, pero el temporal que llevaba azotando varios días no remitía. La tormenta acechaba con fuerza las ventanas de las habitaciones, sacudiéndolas con golpes de viento y agua. Cada cierto tiempo, un destello recorría el cielo que comenzaba a oscurecerse, dejando un ruidoso testigo de su paso. Una sola cosa rondaba por mi mente: Martha, sus últimos días, sus últimas letras. Su diario. Volví a cogerlo entre mis manos. Era lo único que tenía de ella, eso era su recuerdo, era su legado.

Lo abrí de nuevo. Su primer escrito era del 3 de octubre del año pasado. Había pocas palabras escritas. Por lo que leí, el diario fue idea de su psicóloga. Recuerdo que me dijo que había tenido una reunión con ella. Pude observar en sus notas que, poco después, todos los días pasaba algo. No lo supe. Nunca fui consciente de que eso estuviera pasando. Cada página de ese diario era un cuchillo que se clavaba en mi alma.

Pasé por el 5 de octubre y por el 7 de octubre. Me detuve en el día siguiente. Su hoja comenzaba así:

Lunes, 8 de octubre de 2001

Otra vez la han vuelto a tomar conmigo. Esta vez ha sido Sarah. Cuando hemos entrado en clase a primera hora, ella ha venido corriendo, antes de que yo me sentara en mi sitio, y me ha cambiado la silla por la que ella traía. La silla estaba coja.

—Esta es perfecta para ti —dijo.

Todos se pusieron a reír. El hecho de que haya nacido con una pierna más corta que la otra es siempre para ellas un motivo de burla.

Cuando he llegado a casa, me he puesto a llorar. No quería que nadie lo supiera, pero Dennis me ha escuchado y ha entrado en mi habitación para preguntar qué me pasaba. Se lo he contado y se ha puesto muy furioso.

Lo escuché discutir con papá por la noche.

La rabia se apoderaba de mí cuando volvía a ese horroroso día. Me estaba odiando en ese mismo momento por no haber hecho nada cuando aún estaba a tiempo. Todas las ideas que pueda tener ahora, no sirven de nada. Ya no sirven. Me acuerdo de que se lo conté a mi padre y de que tan solo daba largas, como casi todos los días que llegaba borracho. Sabía que era yo el que tenía que hacer algo, pero no hice nada. No pensé que pudiera ser tan grave, nunca lo imaginé. Ahora ya es tarde. Sabía que mi hermana sufría por su pequeña deformidad, pero no que era castigada tanto a causa de ella también.

Cerré de un golpe el diario, me levanté y lo volví a dejar en su sitio. Debajo de mi sudadera en ese armario hecho de obra. Me acerqué a la ventana, quería romperla y lanzarme por ella. Pero no conseguiría nada, el centro tan solo tenía dos plantas de alto y lo que me esperaba allá abajo, si decidía lanzarme, era un terreno fangoso debido a la lluvia. Todo eran huertos entorno al centro. Así que me quedé apoyado con los brazos en la pared y la cabeza contra el frío cristal de la ventana. Las gotas de agua distorsionaban la imagen del exterior.

Miraba fijamente los árboles, que eran agitados con violencia de un lado al otro. Un leve y agudo chirrido entraba por un recoveco de la ventana a causa del viento. Puse la mano sobre la

rendija, dejando que esa pequeña y helada corriente me la acariciara. Un nuevo destello iluminó el paisaje.

Una imagen me estremeció con tanta fuerza que no pude mover músculo alguno de mi cuerpo. Como si las paredes hubiesen atrapado mis brazos. Noté cómo mis ojos se abrían al máximo, tanto que pensé que iban a salirse de sus órbitas. La acababa de ver. Era Martha. El relámpago que había iluminado el exterior del centro me ha permitido verla. Detrás de un árbol. Me miraba, estaba mirándome, la vi, me vio. La desesperación se apoderó de mí. «¿Qué hace mi hermanita ahí?», me pregunté. «Está sola, necesita mi ayuda». La vi con tanta claridad. Con su batín blanco, el que usaba siempre dentro de casa. Comencé a golpear la ventana.

—¡Marthaaa, Marthaaa...!

Debí de haber hecho mucho ruido. Varios trabajadores del centro no tardaron en llegar. Yo estaba intentando romper la ventana a puñetazos. Uno de ellos me cogió por la espalda y atrapó mis brazos. Intenté zafarme, pero otro más vino en su ayuda. Me tumbaron en el suelo. Me impedían moverme. Mi desesperación aumentó. Tenía que ir a ayudarla, estaba sola, tendría frío. Me necesitaba.

—¡Marthaaa...! —grité de nuevo. No podía moverme—. Dejadme.

—Dennis, escúchame. No hay nadie. Relájate —decía uno de los chicos que estaban encima de mí.

—¡Noo! Está ahí, me necesita.

—Dennis, respira, fuera no hay nadie. Necesito que respires hondo. Por favor.

—¡Que me dejeees!

Poco a poco mis fuerzas se apagaron. Noté cómo una lágrima recorría mi mejilla y rompí a llorar con ganas. Mis músculos se relajaron, mis manos comenzaron a latir, los chicos que estaban encima de mí se apartaron y me acariciaron la nuca con suavidad. Clara llegó cuando todo había terminado.

—Llévadlo al salón —ordenó a uno de los chicos en voz baja.

—Vamos, Dennis, acompáñame —dijo el chico. Haciendo caso a la directora, me levantó del suelo y me sacó de la habitación.

Volví la vista hacia la ventana. La sangre de mis manos dejó su huella en el cristal.

La duda de si Martha seguiría allí, me acompañaba.

Capítulo 8 (27 de marzo de 2017, lunes)

Gregor miró su enorme reloj plateado que, según contaba él, fue un regalo de su madre por su trigésimo cumpleaños. Marcaba las 20:05. Una duda comenzó a crecer en su interior, «quizá fui demasiado descarado con Less». Se propuso esperar diez minutos más y si no aparecía, volvería a su rutina diaria.

A través de la cristalera del bar donde siempre desayunaba, vio cómo la luna se reflejaba por encima de una fila de edificios. Volvió a mirar su reloj. Cinco minutos más, intentaba convencerse, «ella vendrá». Cumplido el tiempo, decidió no esperar más. Le había dado plantón, apostó fuerte y perdió. Se disponía a marcharse cuando a lo lejos vio una figura que se acercaba. Era ella, caminaba hacia él por la misma acera del bar. Los ojos de Gregor brillaron, encandilado por la belleza de la joven de pelo negro y sonrisa arrolladora.

Vestía un elegante vestido evasé con estampado de flores y cuello de pico y calzaba unos zapatos negros. El movimiento de su falda a merced del viento hipnotizaba a Gregor, que no podía apartar la mirada. Volvió su vista de nuevo a la cristalera del local, con intención de juzgarse a sí mismo. Él iba ataviado con unos vaqueros chinos y un jersey rojo de punto fino.

—Pensaba que no vendrías —dijo él con una sonrisa apretada cuando Less llegó a su lado.

—Hasta el último minuto yo también lo pensaba. —Una carcajada casi inaudible acompañó su comentario.

Se saludaron con dos besos casi eternos. Dos húmedos y lentos besos, Gregor se recreaba con cada acercamiento a los sonrosados pómulos de Less. Ella disfrutaba del tacto de su rostro, tiznado por una áspera barba de dos días.

—Bueno, lo importante es que estás aquí. Estás hermosa, por cierto. —Desvió su mirada hacia un lado, preso de un repentino sentimiento de vergüenza por su declaración.

La joven se inclinó ligeramente hacia delante, pellizcándose la falda y flexionando un poco las rodillas, agradeciendo el halago como una actriz da las gracias tras una obra de teatro. Ambos se lanzaron una sonrisa cómplice. La química entre ambos era notable.

—Y dígame, señor... —inquirió Less mirándolo con una intensa y cerúlea mirada.

—Hanson, Gregor Hanson.

—Perfecto. Entonces, dígame, señor Hanson, ¿cuál es su plan? Recuerde que mañana es día laborable.

—Lo sé, lo sé. No se preocupe, señorita Cotton, no le robaré mucho tiempo. Será como en el cuento de la Cenicienta, a medianoche estará usted en casa.

Comenzaron a reír mientras caminaban hacia la parada de taxis, situada a tan solo cincuenta metros del bar. Subieron al primer coche de una fila de tres. Era un Mercedes blanco con varios carteles publicitarios, sobre todo de ópticas. Fue Gregor quien dio las indicaciones al conductor. El restaurante SAL DE MAR, situado en la playa de Gandía, era el destino. Un bonito restaurante enclavado en primera línea, elevado unos metros para poder observar el mar desde las mesas en su interior, acristalado por completo. Llegaron sobre las nueve de la noche. No tenían reserva, tampoco era necesario, el local estaba casi vacío. Una pareja de ancianos, atrapados en su propia

conversación, al fondo a la izquierda, y un grupo de tres jóvenes en la esquina opuesta era toda la clientela de esa noche. Gregor y Less se sentaron junto a la cristalera central.

—Bonito restaurante —indicó ella. Se sentía a gusto con él. Poco a poco, iba relajándose, aunque de vez en cuando recordaba la conversación que tuvieron unas horas antes y se le torcía el gesto.

—Gracias, me alegra que te guste, hay poca gente, así que estaremos más tranquilos.

Ella asintió sonriendo mientras el camarero se acercaba a tomarles nota. Less pidió una ensalada César y un plato de raviolis con salsa boloñesa. Él coincidió con ella en pedir la ensalada, la compartirían. De plato principal, una milanesa sin guarnición fue su comanda.

—Y bien, cuéntame. ¿Cómo es la vida de un famoso?

—No lo sé, cuando veamos a alguno, se lo preguntamos. —Lanzó una pícaro sonrisa mientras jugueteaba con la servilleta—. En mi caso, trabajar en una cadena que apenas llega al millar de espectadores no es para considerarme famosa.

—Por algo se empieza, hay muchos famosos, mira, por ejemplo, a Brad Pitt, que antes de ser famoso llegó a trabajar de chófer. Incluso fue mascota de un restaurante. ¿Te imaginas?

Comenzaron a reír tras la anécdota de Gregor. Parecería una tontería el comentario que le regaló su acompañante, pero a Less le dio un aire de esperanza. Una visión distinta de lo que hasta ahora había sido su carrera. Podría llegar a algo.

—Hombre, visto así, creo que tampoco voy tan mal entonces —dijo la joven morena todavía riendo. Se acarició el pelo con las dos manos, como si quisiera peinárselo. Esa noche había optado por hacerse unos grandes tirabuzones con la plancha, haciendo que su rostro empequeñeciera tan solo en apariencia, resaltando sobre todo sus ojos y su nariz fina y puntiaguda.

—Nada mal —repuso Gregor.

—Y tú, ¿qué se siente yendo dentro de esos camiones, sabiendo que en cualquier momento puede pasar alguna desgracia? —preguntó con un serio interés por conocer la respuesta.

—Bueno, uno procura no pensarlo. Por suerte, esta zona es considerada de bajo riesgo. Como no movemos grandes cantidades de dinero, es más difícil que pase algo así. Pero nunca se sabe, por eso vamos armados igualmente.

—¿Y nunca has pensado en entrar en la Policía?

—Sí, lo he intentado varias veces, pero no he llegado a pasar todos los filtros. Siempre me quedaba a las puertas. —Sonrió de nuevo y sirvió dos copas del vino tinto Rioja que había pedido. Tomó un trago tras dejar la botella de nuevo en la cubitera.

—¿Y por qué no te admitieron?

—Técnicismos, más que nada —contestó un poco más serio—. Hablemos de algo que no sea trabajo. ¿Eres de aquí?

Less, que se dio cuenta del cambio de actitud ante su pregunta, prefirió no insistir en el tema. Optó por seguir el curso de la conversación.

—De toda la vida. Siempre he vivido aquí, lo que pasa es que estudié la carrera en Madrid. Estuve unos cuantos años allí, hace poco más de dos que volví. Trabajé un tiempo en un periódico, pero luego me ofrecieron este puesto y hace un par de años que trabajo en la cadena.

El camarero trajo la ensalada mientras Less resumía su vida a su compañero. Comenzaron a picar del mismo plato al tiempo que seguían hablando sobre gustos en común. Él le explicaba lo que hacía en su trabajo a diario, ella escuchaba embelesada todas las curiosidades que Gregor le exponía. Tras más de una hora conversando, los platos vacíos sobre la mesa con los cubiertos

encima de ellos daban fe de que estaba concluyendo la cena. Tan solo quedaba el postre, un delicioso Muffin para ella y una tarta al whisky para él. La cena llegó a su fin pasadas las once de la noche. Cuando trajeron la cuenta, Less rebuscó en su bolso tratando de localizar su monedero, pero la vibración de su teléfono la apartó de su propósito. Tras sacarlo, lo desbloqueó y vio más de cincuenta mensajes de la conversación con sus amigas, todos sobre las malditas notas que encontraron. La expresión del rostro de la joven se endureció, algo que no pasó desapercibido a su acompañante.

—¿Ocurre algo?

—No, una tontería.

—¿Estás segura, te encuentras bien? Estás pálida. ¿Algún problema en casa, tu pare...?

—¡No, no, por Dios! —Less contestó con tanta rapidez que las palabras sonaron sin espacio entre ellas.

—Vale, pensaba que había algún lío en tu casa. —Las palabras de él sonaron más relajadas —. Si puedo ayudarte.

—No es nada. Es que...

Gregor sintió que Less no se atrevía a contar el motivo real, su rostro se mostraba más serio y distraído. Había bloqueado ya el teléfono, pero seguía mirándolo de reojo.

—No te preocupes, no tienes que decírmelo, pero estoy para ayudarte si puedo hacer algo. Solo quiero que lo sepas. —Hizo un gesto al camarero y sacó su tarjeta de crédito.

—Espera. Pago yo la mitad —dijo ella volviendo a introducir su mano en el bolso.

—Ni pensarlo, a esta cena invito yo.

Estuvieron unos minutos discutiendo hasta que quedó claro que Gregor no iba a aceptar ningún pago por parte de ella. Ya con el camarero recogiendo, tras cobrar el importe a la cuenta de él, se levantaron y salieron del local.

Caminaron por el paseo marítimo. Un amplio paseo que se extendía a lo largo de toda la zona edificada, con varios carriles por donde se podía pasear tanto a pie como en bicicleta. También había una zona arbolada con un cuidado césped. El frío comenzaba a amenazar la piel de la joven, que iba desabrigada, haciendo que su vello se erizara por completo. Gregor se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la acarició con cierta presión para que entrara un poco en calor. Ella no se opuso, pero sonrió con timidez ante la acción del joven. El perfume que la cautivó días atrás volvió a azotarla, se dejó llevar por sus sentidos y apoyó con suavidad la cabeza sobre el pecho de su acompañante.

—Vamos, Cenicienta, que te vas a transformar si no te llevo a tiempo —dijo Gregor rompiendo el silencio pasional que se había generado durante el cálido abrazo. Llamó a un taxi, se hacía tarde.

Ella lanzó una carcajada, levantó la vista y vio a lo lejos el taxi que les esperaba a un lado de la calle.

—Vale, pero no me hagas correr, que no quiero perder mi zapato. —Rio de nuevo tras el comentario.

Subieron al taxi y ella indicó su dirección. El conductor puso el contador a cero e inició la marcha. Durante el recorrido, ella se mostró distante mientras observaba el paisaje cruzar por la ventana del vehículo. Pensaba en la nota, no se la quitaba de la cabeza.

—¿Estás bien? —se interesó él.

—Sí, no tiene nada que ver contigo, tranquilo, es que...

Less no se atrevía a contarle lo que le había pasado, pero tras unos segundos, decidió confiar

en él, necesitaba una opinión ajena a todo ese mundo que la atormentaba de nuevo. Le contó lo de la nota. Todo lo que pasó la noche de la cena.

—Pero ¿pasó algo, hicisteis u ofendisteis a alguien?

—No, Sarah siempre tiene algún comentario burlón o jocosos para todo el mundo, pero no creo que nadie se sienta ofendido por eso con ella.

—Quizás dijo algo a alguien y no le gustó. No sé, alguien que os conoce, al fin y al cabo, esta es una ciudad pequeña.

—Solo sé que, esa noche, ella le recriminó al camarero que un cubierto estaba sucio, pero el chico no dijo nada.

—Quizás a él sí le dijeron algo y decidió asustaros, meteros miedo. ¿Quieres que pregunte en el restaurante si saben algo?

—No, no, tranquilo, no vamos a hacer un mundo de esto. Será una tontería, ya verás.

A Gregor le alegró que ella se abriera de esa manera, aquella muestra de confianza. Ella también agradeció haberlo podido soltar y, sobre todo, que él la escuchara con tanta atención. Llegaron a su casa a las 23:57.

—Justo a tiempo —dijo el joven riendo.

Leissy sonrió abiertamente, con toda la cara. Miró al joven, no sabía si ofrecerle un último «café» o dar por concluida la cita. Su deseo la incitaba a invitarlo a pasar, pero su cabeza le pedía paciencia. Una combinación de pasión y cobardía, deseo y sensatez. Un segundo que se hizo eterno. Y una pregunta que zanjó esa duda.

—Y bien, ¿nos volveremos a ver, señorita Cotton? —preguntó Gregor, dejando claro que no iba a exigir nada más.

—Pues si sigues desayunando en ese bar, es probable —contestó ella, aliviada al constatar que él no pretendía más y defraudada por que no podría sucumbir a sus deseos más íntimos.

No fueron dos besos, sino uno, un intenso, pero corto beso de despedida. Sus labios se juntaron por la comisura, ella cerró los ojos, sus pulsaciones se aceleraban, su respiración se agitaba, su cuerpo, poco a poco, adquiría unas décimas de temperatura. Se bajó del coche y tras entrar en el portal, se apoyó contra el cristal de la puerta de entrada, acariciándose la zona donde Gregor la había besado. Lanzó un pequeño suspiro, como el de una adolescente enamorada.

El taxi siguió su camino, recorrió varias calles en la misma dirección y tras unos quinientos metros, torció a la derecha.

—Pare aquí —indicó con voz seria y firme al taxista, pagó lo que marcaba el contador y bajó del coche.

Capítulo 9 (14 de junio de 2002)

El infierno está todo en esta palabra: soledad.

Victor Hugo.

Cuatro meses. Llevo cuatro meses aquí, incluso los días y las horas he contado, preso en esta falsa cárcel.

Dicen que uno puede salir cuando quiera.

La verdad queda muy lejos de esas palabras. Dejan salir para ir a estudiar, pero tienen un registro de entradas y salidas. A veces, si tardas un poco más de lo normal, incluso salen a buscarte, lo he visto.

Cuatro meses sin salir de entre estas blancas y desconchadas paredes. La soledad se ha convertido en mi mejor amiga.

Hace un mes tuve noticias de casa, según pude saber por un periódico local, que no he dejado de rebuscar en la basura cada día desde que pasó todo, el banco se ha quedado con todo. Por lo visto, mi padre hacía meses que no pagaba la hipoteca. Así que el banco se ha quedado la vivienda. «¿Qué habrán hecho con lo que había dentro, con todas las fotos?». Recuerdo que en la habitación de Martha había una foto de mi madre y ella en la que ambas sonreían. No consigo acordarme de cuándo fue la última vez que vi a mi hermana sonreír. Volví a coger su diario, de vez en cuando necesito volver a esa vida.

Jueves, 11 de octubre de 2001

Hoy ha sido uno de los peores días de mi vida. Me he dejado los deberes en casa y encima la profesora me ha pedido que los corrija yo. Cuando le he dicho que no los tenía, me ha puesto un negativo, y cómo no, Sarah y Rebecca han empezado a burlarse. Me han llamado tonta y despistada. También me han dicho que soy una mentirosa, que lo que pasa es que se me ha olvidado hacerlos y he puesto esa excusa.

Después, cuando he salido de clase, el zapato con la prótesis que llevo se ha vuelto a romper. Hace ya más de un año que lo usaba y se estaba desgastando por la suela, que se iba soltando. No le había dicho nada a papá para que no se enfadara. La última vez que rompí el zapato, se puso hecho una furia. Dijo que lo estaba haciendo a posta, que lo que quería era amargarle la vida.

Cuando ha llegado Dennis del taller, se lo he comentado y me ha dicho que no pasaba nada. Que él iba a hablar con papá para que me comprara uno nuevo.

Cuando vino papá, Dennis me pidió que fuera a mi habitación. Había vuelto a llegar mal. Se pusieron a hablar y al rato escuché cómo empezaban a gritar. Papá le decía que ya estaba cansado de gastar en esa mierda de zapatos, que yo lo que estaba era coja, no tonta, que no sabía por qué tenía que aparentar ante los demás. Dijo que ya no iba a comprarme más zapatos, que me buscara la vida.

De nuevo, un abrumador sentimiento de impotencia me hizo llorar sobre la almohada hasta que me dormí, solo recuerdo que Dennis entró en mi habitación y me arropó.

Recordé esa noche. Martha me contó lo que había pasado con esa chica que no albergaba más interés que el de amargar a los demás. Un sentimiento de rabia, odio y dolor sacudía mis tripas, mi alma se partía en dos cada vez que veía el sufrimiento de mi hermana en esas letras, escritas de su puño y letra. Mi padre había llegado tambaleándose, iba de una parte a otra del pasillo. Normalmente no solíamos esperarlo, por eso se sorprendió al verme.

—¿Qué... qué ha..., qué haces aquí? —intentó preguntarme.

El olor a cerveza me revolvía las entrañas. Lo miré con cara de desprecio, hacía ya mucho tiempo que no lo soportaba. Su aspecto era bochornoso. Tenía su negro pelo enmarañado y varios mechones se le habían pegado a la frente, estaba completamente sudado. Su barba necesitaba ya un buen afeitado y el olor a sudor provocaba que tuviera que aguantar la respiración.

—A Martha se le ha roto el zapato, necesita uno nuevo.

—¿Y esso porr qué?

—Sabes que no puede caminar bien sin ellos, si ya cojea un poco, sin ese zapato será peor — dije en un tono serio.

Él comenzó a hablar entre dientes y a levantar cada vez más la voz. Cada vez que intentaba gritar, las palabras salían entrecortadas de su boca, como si fuera un tartamudo intentando recitar un trabalenguas. La discusión fue a más y al final acabó por gritar que no iba a comprar nada. No quise insistir. Lo dejé en paz.

En el diario decía que nos había escuchado. Una lágrima intentó salir de las cuencas de mis ojos, pero no la dejé. Respiré hondo, cerré los ojos un segundo y cuando los abrí, seguí leyendo. Sus letras parecían más alegres al contar que yo le di unos nuevos zapatos con su prótesis. Recuerdo que me había gastado todo lo que tenía ahorrado. Eran unos zapatos muy caros. Tuve que pedirlos para que se los hicieran a medida. Tardaron varios días, en el diario decía que no fue ninguno de esos días al colegio. Si hubiese sabido lo que sé ahora, no la hubiera dejado ir nunca más.

Un golpe en la puerta me devolvió a la realidad, a este oscuro mundo en el que ahora me encuentro. Guardé el diario en mi zona designada del armario, en una caja de zapatos junto con varios recortes de periódicos que había ido coleccionando sobre ese día.

—¡Ey, chaval! Vamos, tienes que venir a ver esto. —Era Toni, el chico que se interesaba tanto por mí. Acababa de entrar en mi habitación sin avisar siquiera—. Vas a flipar.

Toni era un chico demacrado, flaco y feo. Llevaba tanto tiempo en el centro de acogida que todos lo tomaban como el mediador del cotarro. Era el que recibía a los nuevos y despedía a los que se iban, que no eran muchos. Él llegó de muy niño. Su madre fue prostituta, y no conocía a su padre. Cuando enfermó su madre, ingresó en el centro. Desde entonces no volvió a salir de aquí.

Sus ojos verdes y saltones llamaban la atención, más que por el color porque uno de ellos se desviaba un poco. Era un chico acostumbrado a vivir preso dentro de ese hogar. Con una personalidad extrovertida y de una extraña alegría.

—Vamos. ¿A qué esperas? —volvió a insistir.

—¿Qué quieres?

—Que vengas.

Resoplé. Desde la primera semana en que llegué, está intentando acercarse a mí. El hecho de ser el único chico de su misma edad le debe haber llamado tanto la atención que me ha convertido en su mejor amigo, sin apenas haberle dirigido la palabra. No le importaba, él sí me hablaba a mí. Al final, pasados varios meses, he comenzado a abrirme un poco más a él. Era demasiado insistente como para ignorarlo, aunque esa fuera mi primera intención.

—Déjame en paz.

—No vengo para convencerte, he dicho que vamos, o te llevo a rastras, tú verás.

Al final, tuve que ceder, era muy apasionado con algunas cosas. Salimos del cuarto y cruzamos el patio hasta la sala que estaba justo enfrente. Una sala grande y sin muebles, tan solo había unas sillas y un televisor con un reproductor de vídeo al fondo. Las paredes, desconchadas como el resto de habitaciones, eran blancas. Varios cuadros de corcho llenos de dibujos sobre papel hechos por los niños era la única decoración. Esa era la sala de audiovisuales, que en ese momento estaba vacía. Los niños estaban merendando en el comedor. Toni cerró la puerta y puso el seguro.

—Vaya chorrada, si sabes que pueden abrir desde fuera —dije con un tono arrogante ante la tonta ocurrencia de Toni.

—Es para que los demás niños no puedan entrar, payaso. —Fruncí el ceño, ofendido por su insulto. Él sonrió orgulloso—. Mira lo que me he *encontrao*.

Era una cinta, GARGANTA PROFUNDA era su título. Por las imágenes de la carátula, no tenía pinta de ser una película de acción, bueno, no de ese tipo de acción en el que hay tiros.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté agrietando el rostro, mostrando que todavía me sentía ofendido.

—Se lo he *encontrao* dentro de un cajón a Pablo.

Pablo era uno de los voluntarios del centro, un muchacho de unos treinta años, alto y pelirrojo. Era bastante flaco y orejón. Tenía un pequeño despacho junto al de Clara, según contaba Toni, de ahí sacó la cinta. Con ágiles movimientos, algo nervioso, encendió el televisor, puso la película y de pronto, la imagen se trasladó a la pantalla, que hasta ese momento había permanecido en un negro brillante con el número cero en verde anclado en una esquina.

El rostro de Toni se iluminó cuando apareció el título y la película dio inicio. La imagen mostraba una mujer rubia, hermosa, con unos grandes pechos y unos labios enormes y rojos. No tardó en ponerse manos a la obra. Apenas habían pasado unos minutos cuando la chica ya le había bajado los pantalones al protagonista y había comenzado a jugar con su enorme miembro dándole besos y lamiéndolo. Toni no apartaba la mirada de la pantalla y comenzó a frotarse sus partes por encima del pantalón. Yo no comprendía el motivo que le llevó a hacerme ver esa película. Lo miraba perplejo, con asombro y asco a la vez.

—¿Qué haces, tío? —me preguntó sin desviar la mirada de la pantalla—. ¿No te pone nada o qué?

—¿Para esto me has traído?

Un golpe en la puerta nos sobresaltó. Toni, con gran maestría, apagó la pantalla y sacó el vídeo a tiempo para que no lo descubrieran. Era Clara.

—¿Por qué os habéis encerrado?

—Ha sido sin querer, ya nos íbamos —contestó Toni empujándome para que saliera de allí. Obedecí sin mostrar interés.

Clara se quedó rebuscando por dentro de la sala para ver si encontraba algo, nosotros nos fuimos a la cocina. Toni iba riendo, un tanto excitado aún por el vídeo que acababa de ver.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Toni mirándome a los ojos cuando volvió a la realidad.

—Dieciséis.

—¡Puf! Pues aún te queda un rato aquí dentro, chaval. —Sacó del frigorífico una lata de cola y se la bebió casi de un trago.

Un aroma a algo guisado salía de una de las ollas que estaba a fuego muy lento. Casi todos los

días comíamos cocido o si no, sopas u otras porquerías realmente baratas. Desde que llegué, había perdido mucho peso. Antes era un chico más bien gordito, ahora, se me caían los pantalones. Cogí el cuchillo, corté un trozo de pan y me puse a abrirlo para hacerme un bocadillo.

—Pues a mí me queda ya menos —siguió hablando Toni—. En menos de un año estaré fuera. ¡Qué ganas!

No le respondí, lo miraba de forma indiferente, él, en cambio, siempre estaba haciendo algo, era hiperactivo. Siempre necesitaba movimiento o estar molestando a alguien. Los niños solían enfadarse mucho con él, pero no parecía importarle.

No fui consciente de sus palabras hasta segundos más tarde. Lo que dijo era verdad. Aún me quedaba para rato. Casi dos años tenía todavía por delante para aguantar ese encierro. Yo aquí dentro, y los que me han traído hasta aquí, disfrutando de la vida ahí fuera. Jugando, siendo felices. Riendo y sin pensar en lo que hicieron. En lo que le hicieron a Martha, en lo que le hicieron a mi padre, en lo que me hicieron a mí. Todos los que se rieron de ella, los que se burlaron de su problema.

—¡Ey, ey! ¿Qué haces, tío, estás bien? —La cara de Toni se había vuelto blanca mientras miraba la encimera de mármol contra la que estábamos apoyados.

De pronto reaccioné. No sé en qué momento me había vuelto a trasladar allá. Había dejado de cortar el pan y había apoyado el cuchillo sobre mi mano. Un hilo de sangre caía de los pliegues de mis dedos. La sangre se escurría sobre el mármol, dejando un pequeño charco de un rojo vivo. Solté el cuchillo, el dolor se hizo presente.

Capítulo 10 (1 de abril de 2017, sábado)

Less salió de casa sobre las diez y media de la mañana, su destino era una pequeña cafetería en la plaza Rey Jaime I, situada en un pequeño parque que se hallaba junto a la calle Mayor, donde Sarah tenía su tienda. Era un parque con varios columpios destinados al ocio infantil, perfecto para huir del típico bullicio que provoca el tránsito de vehículos que suele haber en otros parques de la ciudad. Este estaba en una zona peatonal, rodeado por una jungla de edificios y árboles, alejado de todo tipo de transporte.

«Mañana a las 11:00 en la cafetería del parque de los palomos, tenemos que hablar».

Eso fue lo que motivó a Leissy para acudir. El mensaje lo había enviado su amiga de la infancia. Rebecca había respondido con el emoticono de un pulgar hacia arriba. Estaba claro que la nota que ambas recibieron sería el punto más importante del día.

Llegó puntual a la cita en la cafetería, un bonito local decorado con madera de castaño y detalles metálicos negros. En una de las mesas del exterior esperaban ya Sarah y Rebecca. Ambas, cuando vieron llegar a su amiga, dejaron de lado la conversación que estaban manteniendo y la saludaron tras levantarse de sus asientos. Sarah se mostró algo fría e indiferente. En cambio, Rebecca saludó con una sonrisa en la que sus dos filas de dientes blancos se veían a varios metros de distancia. Less devolvió con cordialidad el saludo al tiempo que observaba los atuendos de cada una. Eran dos mundos distintos sacados de una misma tienda de ropa: la de su amiga Sarah. Esta vestía un elegante pantalón de pitillo negro de pana, unos botines negros con tacón de aguja y un jersey lila. El atuendo que eligió Rebecca eran unos shorts de algodón beige y un jersey de textura suave con lazos y escote de pico, todo bien conjuntado. Less pensó que su amiga debería estar pasando frío pues, a pesar de ser primavera, la brisa que las acariciaba ese despejado y azulado día era bastante fresca. De todas formas, Rebecca era así, le gustaba presumir de sus atributos, que no resultaron nada baratos.

—Te estábamos esperando —dijo Sarah antes de sentarse de nuevo.

—He tardado en salir de casa porque recibí una llamada. —No mentía, Claudia la había llamado, diez minutos antes de salir, para interesarse por su relación con Gregor.

—Bueno, lo importante es que has venido. ¿Te apetece algo?

—Sí, pediré un cortado, odio el café solo.

—A lo que hemos venido, chicas, que se nos pasa la mañana —rechinó Rebecca entre dientes mostrando un atisbo de celos que nacía en sus cejas enarcadas y continuaba en su labio superior arrugado. —Less volvió a observarla. Su cabello rojizo estaba más ondulado que de costumbre y dejaba su frente despejada—. ¿Tenéis la nota?

Ambas asintieron y Sarah soltó, además, un pequeño gemido indescifrable como acompañamiento a su movimiento de cabeza.

Less sacó su nota del bolso, la tenía doblada en cuatro pliegues dentro de su cartera. Sarah la tenía dentro de la funda de su iPhone rosado. Rebecca también mostró la suya. Juntaron los tres trozos de papel sobre la mesa, como quien intenta armar un puzle.

—Son idénticos —infirió la joven periodista.

—¿Quién nos las habrá hecho llegar? ¿Tú, Rebecca, dónde la encontraste?

—Yo la encontré en mi buzón el lunes por la mañana, pero no sé cuándo la habrán dejado allí. Nadie vio nada.

—A mí me la pusieron en el parabrisas del coche.

—Pues yo sí que tengo algo. A mí me la pasaron por debajo de la puerta de la tienda, y la cámara de seguridad lo grabó.

Sarah desbloqueó su teléfono, estiraba la comisura de sus carnosos labios en un amago de sonrisa. Anduvo jugueteando con los dedos hasta que dio con lo que buscaba y dejó el terminal sobre la mesa para que pudieran observarlo todas. Era un vídeo gris, de apenas unos segundos de duración, donde se veía una figura, alta y de hombros anchos, que pasaba un papel por debajo de la puerta. Llevaba una sudadera, cuya capucha cubría su cabeza al tiempo que con el cuello de la misma ocultaba su rostro hasta los ojos.

—Es imposible distinguir nada —sentenció Less tras analizar las imágenes.

—Pues no, pero ya sabemos que era un chico y que, por lo que se ve, es alto y no muy gordo. ¿A nadie le suena?

Las tres chicas guardaron silencio. Todas conocían a algún chico que podía encajar con esas características. Rebecca comentó que se parecía a un chico de su gimnasio. Lo cierto era que ese hombre podía asemejarse a cualquiera que acudiera a un gimnasio con asiduidad.

Less también reconoció facciones en esa persona que podían ser parecidas a algunos conocidos suyos, desde su vecino del primero, un chico de unos veinte años, alto y corpulento, hasta, incluso, Gregor, su más reciente amistad. Mientras tomaba unos sorbos de su cortado, que acababa de dejar el camarero en la mesa, Less hizo un repaso a su semana. Desde la cita con Gregor, todo parecía pasar con más lentitud. Se seguían viendo todos los días, pero tan solo durante la media hora de por la mañana y algún que otro rato por la tarde. A pesar de eso, todo iba por buen camino, la complicidad entre ellos crecía con cada cita, por muy corta que fuera. Compartían detalles sobre sus infancias, anécdotas, parejas anteriores y de todo un poco.

Less supo que Gregor era hijo único, al igual que ella, y eso la animó mucho. Se entristeció, en cambio, cuando él le contó que su padre había abandonado a su madre en cuanto se enteró de que estaba en estado. Él nunca descubrió la identidad de su progenitor. Averiguó también, después de tener que sonsacárselo de nuevo, que no tenía pareja. Poco a poco, la joven periodista fue interesándose por aquel muchacho que la abordó en la cafetería una tarde loca. La semana concluyó con que le mantendría informado sobre la nota. Ambos indagaron sobre el tema el día antes. Se encontraron a la salida del trabajo de ella y conversaron durante más de una hora. La historia sobre la nota fue el tema predominante.

—¡Ey, morena! Vuelve a la Tierra, que te has ido —dijo Sarah tras darse cuenta de que su amiga se había quedado ahogada en su mundo interno, abrazada a su humeante vaso.

Less respondió con una sonrisa apretada y se reincorporó a la conversación con sus dos amigas.

—¿Alguna tiene idea de qué puede significar esto? —preguntó Rebecca mientras ponía un papel encima del otro—. Parece que los tres papeles son iguales.

—La letra también es la misma —añadió Less introduciéndose del todo en el tema.

—Sí. ¿No os suena? A mí me resulta familiar. —dijo Sarah.

—Ni idea, yo no la reconozco para nada. Lo que sí sé es que esa letra no parece de chico.

Less revisó de nuevo las notas. Rebecca tenía razón, no podía ser la de un chico. Era una caligrafía en cursiva, muy fina y bonita, demasiado para ser la de un hombre.

—Lo que... Parece que estas hojas son antiguas. Fijaos. —Leissy las separó de nuevo y las puso una al lado de la otra—. Están muy desgastadas. Se ven muy viejas.

Rebecca y Sarah las miraron. Esos tres trozos de papel tenían muchos años. Las esquinas estaban dobladas, uno de ellos incluso tenía grietas y partes rotas. Sobre todo, lo que más denotaba la antigüedad de las notas era que las letras se veían bastante difusas. La tinta se había descolorido un poco y el papel, reseca.

—¿Qué hacemos, vamos a la policía? —Sarah se mostró asustada—. Está claro que esto nos lo ha hecho llegar alguien con alguna intención.

—Y seguro que no será buena —repuso Rebecca.

—¿Habéis notado algo raro? Que os siguen o algo por el estilo. —Less se preguntaba si realmente debían temer por su integridad.

—Yo no he notado nada.

Rebecca también negó haberse sentido espiada o acosada.

La conversación se desvió de su rumbo cuando Sarah recriminó al camarero que su té con limón estaba horrible. No podía evitar mostrarse arrogante y escrupulosa. Insufrible, decían algunos.

—Si lo llego a saber, hubiéramos ido a la cafetería donde trabaja mi Julián —dijo entre dientes cuando el camarero se dio la vuelta.

—¡Ah! Pero ¿sigues viéndote con él? —preguntó Rebecca con un aire de reproche en sus palabras.

—Sí, pero solo nos vemos para... —Hizo un gesto con las manos cerrando el puño y moviéndolo a ambos lados. Ambas rieron a carcajadas. Less tan solo sonrió, incomodada por su comentario.

Julián era un chico de treinta y pocos —Leissy solo lo había visto en un par de ocasiones—, moreno y de ojos marrón claro. Alto y flaco, aunque con un cuerpo bastante trabajado. Las facciones de su cara estaban muy marcadas: barbilla definida, mejillas rudas y ojos rasgados. Era normal que Rebecca se sorprendiera. La relación entre ambos se dio a conocer hacía varios meses. Era raro que durara tanto, pero el hecho de ser algo ocasional podría ser la respuesta. Se conocieron hacía varios años, cuando Julián posó para su revista, pero Sarah no se fijó en él hasta que volvieron a coincidir, cuando él empezó a trabajar en la cafetería que hay junto a su tienda.

—Bueno, si alguna ve algo raro, que avise. Me tengo que ir, que se me hace tarde —Less se despidió de las chicas y se dispuso a marcharse.

—¿Acaso has quedado con alguien, picacona? —inquirió Rebecca mirando de soslayo a su amiga. Después dirigió su mirada hacia su otra compañera y le guiñó un ojo, buscando una complicidad que no tardó en recibir.

—¡Oh! ¡Vaya, qué calladito lo tenías, morena! ¿Quién es el Romeo? ¿Lo conocemos?

—Romeo y yo Julieta, anda... —La joven, que no sabía bien cómo salir de aquella encerrona, tan solo se limitó a usar la burla a su favor—. Ojalá encontrara yo uno. Bueno, lo que os he dicho.

Dejó a sus dos amigas y se fue por donde había venido, por un pequeño callejón que daba a la calle Mayor. Se detuvo ante dos tiendas a mirar sus escaparates, una de antigüedades y otra de ropa de bebé. Se preguntó si sería una buena madre. Ya tenía edad de plantearse. Su teléfono vibró a tiempo para alejarla de aquellos pensamientos, anunciando un mensaje. Cuando lo desbloqueó, vio que era Gregor. Le había dado su número dos días antes. Desde entonces, solo habían cruzado unos pocos mensajes y emoticonos.

«¿Cómo ha ido la cita?».

Less se sorprendió, parecía una conexión mística que se preocupara por ella justo cuando ya había acabado la reunión. Justo cuando ella estaba pensando en ser madre.

«Pues acabo de irme ahora mismo. ¡Qué oportuno!».

Sin apenas margen de tiempo, vibró de nuevo.

«Es que te estoy siguiendo. Por eso lo sabía».

Un dibujo de un rostro guiñando el ojo acompañaba al texto. Less miró a su alrededor. Un pequeño sentimiento de miedo la inundó en ese momento. Respondió con otra carita sonriente seguido de un «todo bien» y se marchó en dirección a casa acelerando el ritmo. Algo dentro de ella la hizo recapacitar.

Pensó que estaba siendo un poco paranoica. Esa nota la estaba trastornando. Desde que la recibió, su vida se había tornado hermética. Cerrada a cal y canto contra cualquier posible peligro. Ignoró esos malos pensamientos y volvió a coger el teléfono.

«Sábado, 8 de abril, 20h, ¿mismo sitio de siempre?».

El destino de ese mensaje era el terminal de Gregor, que no tardó en responder.

«Estaré ahí cinco minutos antes».

Capítulo 11 (6 de septiembre de 2002)

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz... —Toni entró en mi habitación, cuando apenas eran las nueve de la mañana, con una pequeña magdalena en un plato de porcelana blanco.

—¿Cómo sabes que hoy es...? —dije, aún con los ojos medio cerrados.

—¿Tu cumpleaños? Vamos, chaval, que yo aquí lo sé todo —dijo con una sonrisa que enseñaba todos sus dientes, completamente sucios—. Va, que tienes que soplar la vela.

Dos trozos de cartón hechos a mano estaban clavados sobre el duro bollo que traía. Eran los dos números que formaban mi nueva edad.

—Diecisiete tacos, tío. Ya te queda menos para salir de este infierno.

—¿Que cómo sabes que hoy es mi cumpleaños? —exclamé, furioso. ¿Quién le ha dicho qué día cumplo yo años? Y sobre todo, ¿qué le hacía pensar que quería celebrarlo?

—¡Ehh! Relájate. Lo he visto en tu informe. ¡Qué difícil eres a veces, macho! No te dejas querer.

—Vete de aquí.

—¡Puf! Paso de ti, tío. Eres un caso. —Se marchó cerrando de un portazo.

—¡Largate! —grité, y lancé el postre contra la puerta ya cerrada. No se oyó respuesta alguna al otro lado.

Mi cuerpo comenzaba a acalorarse, por alguna extraña razón, el hecho de que entrara en mi habitación con esa estúpida cancioncita hizo que me alterara. Comencé a dar vueltas por la estancia hasta que decidí detenerme ante la ventana, esa ventana. Eso que parecía un umbral hacia otra dimensión, hacia otro mundo totalmente oscuro. Apoyé mis manos contra la pared y me quedé observando el exterior. El cielo rojizo comenzaba a calentar el cristal. La luz iluminaba todo el paisaje, un paraje verde que se extendía hasta donde alcanzaba mi vista. Observé el punto donde la vi, donde apareció Martha, justo delante de ese árbol, esperando a que volviera a asomarse. Recuerdo que tras calmarme, cuando me dejaron solo, salí en su busca. Tan solo encontré barro y frío. Volví a mi cama con la caja de zapatos en mis manos. Introduje una de ellas en su interior y lo saqué. De nuevo, el diario se apoyaba en mis piernas. Era mi droga ahí dentro. Mi forma de evadirme de todo. Lo abrí.

Sábado, 20 de octubre de 2001

Hoy Dennis no ha salido. Se ha quedado toda la tarde en su cuarto. Está algo raro. Me recuerda mucho cuando murió mamá. No olvidaré aquel día. Cuando la enterramos, llovía mucho y yo estaba con papá bajo su paraguas. Dennis se quedó a un lado, no le importaba mojarse, era una especie de zombi. Desde el día anterior, no hablaba. Después del entierro, nos fuimos para casa, pero Dennis, justo antes de entrar, salió corriendo. Papá salió detrás de él, pero no lo alcanzó. Dennis se metió por los huertos y desapareció.

Me asusté mucho. Salimos a buscarlo. Había dejado de llover, pero aún estaba todo muy mojado. Intentamos encontrarlo por los huertos, pero el barro no nos dejaba casi caminar. Papá me pidió que me quedara en casa, así que subí y me quede asomada a la ventana que daba a la zona por donde se había ido.

Unas cuantas horas después, apareció. Pero algo había pasado. Algo había cambiado. Llegó con las mangas llenas de sangre y algún corte en las manos. Intenté que me contara lo que había hecho, pero nunca me lo dijo.

Durante casi una semana no habló. Tampoco lo hizo papá. Fueron unos días duros. Muy duros.

Hoy lo he encontrado igual. Solitario, un Dennis distinto a mi hermano. Como si ya no existiera el Dennis cariñoso, ese que siempre estaba pendiente de mí. Recuerdo que cuando estaba algo enferma, él siempre venía a animarme, me abrazaba antes de dormir o se sentaba conmigo a jugar a las muñecas. Todos esos momentos ya han quedado lejos.

Muy lejos...

Dejé el diario sobre la cama y salí de la habitación. Esa página se me clavó como un cuchillo en mitad del pecho. Necesitaba salir de ese cuarto, que en ese momento me había transportado al mismísimo infierno. Me encaminé hacia la cocina. Cogí del frigorífico una botella de agua y del escurridor un vaso con un dibujo de Superman que alguien había dejado allí. Un niño entró justo en ese momento. Me miró a mí, bajó un poco más la vista y observó el vaso. Frunció sus cejas y volvió su mirada hacia mí.

—Ese vaso es mío. Déjalo donde estaba.

—Yo solo quiero beber un vaso de agua.

—Me da igual, te he dicho que lo dejes donde estaba.

El muchacho, que tendría unos once años, se acercó a mí cuando estaba a punto de servirme el agua, me quitó el vaso y se dirigió al armario. Era un niño moreno y bastante gordito para su edad, de cara redonda y pelo corto. Abrió el armario que había debajo de la encimera, junto al frigorífico, intentaba esconder el vaso haciendo sitio con sus dedos rechonchos y pequeños. Notaba de nuevo el calor en mi cuerpo. De pronto, me dominó el descontrol otra vez. Mis brazos, mis piernas, mi rostro, todo cobró vida propia. Todo, salvo una diminuta parte de mi mente, que intentaba, sin éxito alguno, retomar el control sobre el resto del cuerpo.

Dirigí mi vista hacia una botella de cola vacía, de cristal, que alguien había dejado junto al fregadero. La cogí por la parte más estrecha y me encaminé despacio hacia el crío. Miré a mi alrededor, estábamos solos. Seguí acercándome sin hacer ruido, por la espalda del mocoso. Mis dedos apretaban con fuerza la botella y mis ojos estaban fijos en el centro de su cabeza. Me encontraba a escasos centímetros del niño, ni siquiera me había oído llegar. Noté cómo rechinaban mis dientes de lo fuerte que estaban presionándose unos contra otros. Mis labios temblaban, mi corazón latía fuera de control. Levanté mi mano con la clara intención de darle con tanta fuerza que no le diera tiempo de gritar. Apreté más la botella y me dispuse a dejarla caer.

El ruido de la puerta devolvió el control de mi cuerpo a esa pequeña parte de mí que llevaba luchando desde el principio. Escondí con rapidez la botella a mi espalda, a tiempo de evitar que mis intenciones se revelaran. Toni acababa de entrar.

—¿Que hacéis aquí? —preguntó con un raro gesto y mirándome extrañado.

—Quiero agua.

El enano ni respondió, pero se sorprendió al verme a su espalda, tan cerca. Se levantó tras guardar su vaso, cerró el armario y se marchó, ajeno a su suerte. Toni se acercó a mí.

—Te perdono —dijo dándome una palmada en la espalda.

Lo cierto es que en realidad yo estaba arrepentido de haberlo echado de aquella manera, pero no iba a decírselo. Su gesto, como si me estuviera leyendo la mente, fue suficiente. No parecía ser rencoroso. Retomé mi misión de beber agua.

—¿Qué ha *pasao* con el niñato ese? ¿Le pegamos? —preguntó con su natural tono de humor, que utilizaba en todos los casos.

—Nada, no ha pasado nada. —Dejé con disimulo la botella, cogí un vaso nuevo y, por fin, me serví esa fresca y transparente bebida.

Pronto fui consciente de lo que acababa de ocurrir. Una serie de imágenes comenzaron a pasar ante mis ojos, como una tira de diapositivas. Todos los recuerdos que conservaba del día al que hacía mención Martha aparecieron en mi mente. No olvidaba lo que pasó, nunca olvidé el día en que salí corriendo por el interior de esos enfangados huertos que había detrás de casa.

Llevaba más de una hora corriendo sin parar. Tan solo me detuve cuando escuché un ruido a lo lejos. La curiosidad me llevó hasta el origen del mismo. El ruido procedía de una familia de gatitos. Vi a la madre junto a tres crías. Recuerdo que tan solo quería mirarlos, solo sentía curiosidad, nada más, pero cuando me acerqué, la madre me lanzó un bufido.

No sé por qué lo hice. Cogí una rama dura y grande y, sin dudarle ni una vez, comencé a golpearlos. Levantaba y dejaba caer con todas mis fuerzas el brazo, y no paré hasta que no pude más. Cuando ya no conseguía levantar los brazos, dejé caer la rama, los gatitos habían dejado de maullar hacía mucho rato. Tan solo quedaba sangre donde antes los cuatro animales descansaban, bajo un árbol grueso, protegiéndose de la lluvia, ajenos a otro peligro que acechaba no muy lejos de allí: yo. Un amasijo de sangre y restos irreconocibles de los animales se escurría por el tronco. En el suelo, todo era rojo, incluso mi ropa y mi rostro. Me limpié la sangre de la cara con las mangas de la sudadera y volví a casa.

Cuando llegué, pude ver a Martha desde nuestro huerto. Estaba asomada a la ventana de su habitación. Mi padre aguardaba ante la puerta. No dijo nada, tan solo me preguntó si estaba bien. Yo asentí con la cabeza y entramos en casa.

Muchas noches he soñado con aquellos cuatro gatitos. Y los recordé hoy, cuando vi al niño gordito. Reviví aquella tarde. Si no hubiese llegado Toni, quizás...

—Vamos, quiero darte algo —dijo Toni devolviéndome a la realidad. Ya había olvidado que antes lo había echado sin ningún reparo de mi cuarto.

—No me apetece...

—No seas así —repuso sin dejarme terminar la frase. Su tono de voz era más serio que de costumbre.

Accedí sin decir nada y lo acompañé a través del centro. El niño gordo estaba en el comedor, junto con dos niños y una niña. Me miró con un gesto de rabia, como desafiándome. Por un momento me arrepentí de no haber llegado hasta el final. Seguimos caminando hasta que llegamos a su cuarto. Era una habitación como la mía, solo que en la suya había solo una cama. Cuando entramos, se quedó bajo el marco de la puerta, miró hacia fuera, como si intentara asegurarse de que no había nadie cerca, y cerró con llave.

—Mira bien. ¡Eh! —Separó la cama de la pared. Una de las baldosas del suelo estaba suelta, la levantó. Dentro había una llave, algo oxidada, con un pequeño trozo de plástico y una pegatina —. ¿La ves? Bueno, esa llave abre la puerta del sótano. Yo voy ahí cuando quiero estar solo. Ya sabes dónde está. —Dejó caer la baldosa, con lo que la llave quedó oculta de nuevo, y continuó —: Cuando la quieras coger, no tienes ni que pedírmela.

No respondí, pero entendí que él sabía perfectamente por lo que yo estaba pasando y que a veces necesitaba estar solo. Ese gesto me descubrió una nueva faceta de Toni, una distinta. Una parte de él más humana.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque aunque no lo digas, yo sé que a veces también lo necesitas. Todos necesitamos soledad. Pero te aconsejo que no te encierres demasiado en ella. Sería posible que después no pudieras volver.

Esas palabras sonaron como las de un hermano mayor. Cuánta razón había en sus palabras de sabio. Pero algo se le escapaba. Yo no quería volver. Sabía que el camino que iba a elegir era un camino solo de ida, pero era lo que yo quería.

Salimos de su cuarto y se despidió de mí con una palmadita en mi espalda. Yo volví a mi habitación. Él se dirigió al salón. A lo lejos le escuché gritar una de sus típicas bromas machistas. Cerré la puerta y volví a mi cama. El diario seguía encima de ella, abrí la caja de zapatos y lo introduje en su interior. Un recorte de periódico descansaba sobre el fondo. «¿Qué lleva a una niña de catorce años a suicidarse?» era el titular de la noticia. Varios nombres recorrieron mi cerebro. Nombres presentes en su diario, responsables directos de sus penas, de su dolor. Varios nombres, varios rostros: Sarah, Rebecca... «Pronto Martha me dirá todo lo que necesito saber», pensé.

Capítulo 12 (8 de abril de 2017, sábado)

Leissy se pasó toda la semana pensando en la cita que tendría esa misma noche con Gregor. La curiosidad y sobre todo las ganas rebrotaban por cada uno de los poros de su piel. Un cúmulo de nervios e impaciencia la saturaba, deseaba que llegara ya la hora para verle de nuevo. Aunque ya se habían encontrado varias veces a lo largo de la semana, ninguno de los dos volvió mencionar esa cita, salvo Gregor, que al final hizo un chascarrillo cuando se despidieron en su último encuentro, aludiendo a lo que tendría lugar en la siguiente jornada.

De todas formas, por mucha prisa que tuviera de que llegara la hora marcada, otra tarea requería su presencia. Rebecca la había citado en la tienda esa misma tarde con una premisa que se antojaba angustiada, dado los acontecimientos que surgieron en las últimas semanas. Quería hablar de la nota.

Less se presentó sobre las cuatro de la tarde. Sarah y Rebecca estaban en el almacén revisando las fotos que Robert le había mandado.

—Pues siguen sin gustarme.

—A ti no te gusta nada —comentó Rebecca dándole un cachete que tan solo produjo un ruido sordo—. Eres una inconformista.

—Soy exigente, que no es lo mismo.

—¿Tú qué opinas, Less, exigente o inconformista? —Rebecca miró a su amiga lanzándole un guiño de complicidad, incitándola para posicionarla a su favor.

—Yo ahí no entro. Es Sarah, es especial.

—Esa es mi chica. Yo soy única. —Comenzó a sacudirse el pelo hacia un lado, orgullosa de su comentario—. Por eso me gusta que todo sea único. Y estas fotos no me gustan.

Cogió el teléfono, marcó el número de Robert y se puso el terminal en la oreja. Apenas unos segundos después, comenzó a hablar.

—Hola, Robert, cariño. A ver, esas fotos no me convencen. Te mando las que me gustan, las otras, retócalas un poco más.

No se oía lo que respondía Robert al otro lado, pero pareció no gustarle mucho lo que Sarah le decía porque no tardó ella en disculparse. Rebajó un poco su tono de voz, haciéndolo más suave y dulce. Le pidió que modificara un par más y tras varios minutos más dialogando, se despidió mandándole un par de besos.

—¡Ay! A veces es insufrible este chico. Está amargadito.

—Tendrás que proponerle una cita, a ver si lo que necesita es un poco de... —Rebecca movió las caderas, acompañando el movimiento con las manos también—. Creo que no tiene novia.

—¿Tanto lo conoces, cómo lo sabes? —preguntó Sarah.

—Lo veo en el gimnasio a veces. Está bastante bien el muchacho —comentó mientras sacaba su móvil—. Bueno, chicas, a lo que hemos venido. Mirad.

Se reunieron a su alrededor. Rebecca mostró una foto hecha en su gimnasio. En ella se veía un chico bastante alto, de espalda, con una sudadera muy parecida a la del vídeo que la semana anterior Sarah mostró. Según se apreciaba en la imagen, el muchacho estaba saliendo ya del

gimnasio.

—¿Quién es? Yo ahí no reconozco nada. ¿Tú, Less?

—No, ni idea.

—No sé quién era. No llegué a verlo bien. Se fue muy rápido. Pero estoy segura de que lo conozco. No sé, me suena.

—¿No será algún ligue tuyo? —indagó Sarah con un deje malévolo en su voz.

—Creo que me acordaría —respondió ella mostrándose ofendida.

—Ja, ja, ja. Bueno, no voy a opinar.

—¿Que ocurre con esa foto entonces? —inquirió Less, que no entendía nada de lo que estaba pasando y veía cómo la aguja del reloj, que su amiga tenía en el sótano de la tienda, avanzaba impasible ante la voracidad del tiempo que devoraba la paciencia de la joven.

—¿No lo ves? —repitió Rebecca.

—Pues no. ¿Qué tendría que ver?

—Está claro, mira esa sudadera. Es la misma que la del vídeo de Sarah.

—¿Cómo?

—Sí, mira. Es la misma. —Rebecca acercó el teléfono a su amiga, que apartó la mirada furiosa para clavarla en los ojos de esta.

—Pero a ver, esa sudadera podría ser la de miles de personas. El vídeo apenas muestra su color, es una sudadera muy común. Eso no demuestra nada. —Debería estar preparándose para la cita, pero Rebecca la había hecho acudir solo para enseñarle una simple foto de un chico. Sus mejillas adquirirían unas leves tonalidades rosadas mostrando la rabia que se contenía en sus delicados pómulos.

—Less tiene razón —dijo Sarah, que se había mantenido callada durante la discusión—. Esa foto no muestra nada.

—Pues yo sigo pensando que conozco a ese tío. Vosotras pensad lo que queráis.

—No te enfades, cielo. Solo decimos que no tiene por qué ser él. No hay pruebas suficientes. —Sarah intentó consolarla y Rebecca recibió los ánimos de buen grado, como alguien que ansía que llueva y nota en su mejilla caer una gota.

—Quizás tengas razón. Pero sigo pensando que lo conozco. Tengo esa corazonada.

Cambiaron de tema. Entre otras cosas, Rebecca se interesó por Julián. Sarah no lo había visto en toda la semana, era posible que quedaran esa noche.

—¿Y tú, Less, tienes planes hoy? —inquirió Sarah a su amiga con una mirada pícaro.

Less contestó con indiferencia, no quería dar detalles sobre su cita, pero una duda naufragó en su mente: «¿Sabrá algo de Gregor? ¿Me habrá visto con él tal vez?» De todas formas, Sarah no insistió. Rebecca trabajaba esa noche. Comentó que había un chico que llevaba varios fines de semana intentando ligar con ella, pero que no estaba de humor para nadie.

—Necesito hacerme un álbum de fotos. ¿Crees que Robert podría...? —indagó Rebecca dirigiendo la pregunta a Sarah.

—Le preguntaré cuando lo vea. A ver qué me dice, pero ya te he dicho que es muy raro.

Pasaron varios minutos más hablando y Less, que no dejaba de mirar la hora, decidió marcharse de una vez. Quería disponer de tiempo para arreglarse. Las tres amigas acordaron que si surgía alguna novedad sobre la nota, lo harían saber enseguida a las demás.

ooo

Eran casi las seis cuando llegó a casa. Tenía varios mensajes en su Whatsapp. Uno en

particular le llamó la atención por encima de todos. Era de Gregor. Preguntaba si sería puntual o le iba a tocar esperar. Ella respondió con una carita sonrojada, dándole a entender la alta probabilidad que había de que llegara tarde. Mostraba una tonta sonrisa cada vez que leía algún comentario sobre la cita y cuando era ella la que escribía. Desde hacía varios años no sentía esa sensación de complicidad con alguien.

Se probó toda clase de prendas, intentando decidir cuál sería el conjunto perfecto. Nada la convencía. «¿Pantalón o falda? Una falda será muy provocativa, pero un pantalón... quizás le hará pensar lo que no es». Al final, se metió en la ducha sin tener nada claro.

Tras unos minutos relajándose con el vapor, salió y se colocó frente al espejo. Su busto, poco desarrollado, siempre le había causado un terrible complejo, pero aprendió a vivir con él. En cambio, sus largas piernas jugaron siempre a su favor y su mirada penetrante derretía la voluntad de cualquier hombre. Se cubrió con una gran toalla blanca y corrió hacia su habitación. Sacó de su armario un vestido azul, largo y con botones, que resultaba sencillo y provocativo a la vez.

ooo

Gregor fue puntual, como siempre. Sonreía ante la situación que estaba viviendo, la misma que hacía varias semanas, aunque esta vez un mensaje le avisó que tardaría un poco en llegar. En concreto, veinticinco minutos fue lo que tuvo que esperar.

—Pensaba que no vendrías —dijo Gregor repitiendo la misma entrada que en la primera cita.

Less soltó una carcajada, rememorando la frase que abrió la velada en la última cita. Contestó de idéntica forma en que lo hizo la vez anterior, haciendo que Gregor riera también. Ella lo miró de arriba abajo. Su acompañante había elegido unos vaqueros marrones, una camisa blanca ajustada y una chaqueta negra a conjunto con sus zapatos. A la periodista le gustaba ese estilo, y la excitaba el hecho de que la camisa le marcara cada uno de los músculos del torso.

—¿Vamos? —preguntó él haciendo un gesto con la mano, invitándola a iniciar la marcha—. Hoy decides tú.

—Pues si te digo la verdad, no he tenido ni tiempo de pensarlo. —El gesto de Less se entristeció, en realidad eran sinceras sus palabras. No había podido planear qué hacer durante la velada con su acompañante.

—No pasa nada. ¿Y si vamos caminando? A ver adónde nos llevan nuestros pies.

A la joven le pareció un poco cursi ese comentario, pero también le hizo bastante gracia y aceptó de buen grado. Comenzaron a caminar, esta vez en dirección contraria a donde solían hacerlo. En vez de dirigirse a la parada de taxis, cruzaron la calle hacia el lado opuesto. Dejaron atrás la cafetería y la cadena de televisión. La calle por donde iban les llevaba a la zona comercial. Pronto llegaron al paseo que cruzaba toda la ciudad y comenzaron a recorrerlo con tranquilidad. Hablaban de todo un poco, de cómo les había ido la semana y de las novedades de cada uno. Gregor preguntó por la nota.

—Pues no hemos avanzado mucho —dijo ella en respuesta—. Tan solo tenemos una imagen del hombre que dejó las notas.

—Pero ¿estás segura de que es él quien dejó las notas?

—En el vídeo de Sarah se ve cómo deja el papel por debajo de su puerta.

—Ya, pero solo deja un papel. No sabes si el tuyo y el de tu otra amiga lo dejó el mismo hombre. —La afirmación de Gregor hizo meditar a Less.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no sabes si el que dejó esa nota es el mismo que dejó la tuya. ¿Y si son varias personas?

—¿Insinúas que podría ser más de uno?

—Yo solo digo que hay que tenerlo en cuenta. —Las palabras de Gregor encogieron el corazón de Less, que ya se había visto bastante mermado aquella semana. Sus esperanzas se desvanecían y su miedo aumentaba. Su temor crecía por momentos.

—¿Una secta? —propuso ella con voz temblorosa.

—Ja, ja, ja... No creo que sea para tanto.

—Entonces. ¿Crees que pueden ser varios locos?

—No sé, yo solo doy opciones —comentó Gregor algo más nervioso—. ¿Alguna venganza quizás?

—Pero ¿quién podría querer vengarse de nosotras? —Less se veía preocupada.

—No lo sé. Podría ser algún amante despechado o alguien que quiso tener algo con alguna de vosotras y lo habéis rechazado.

—No, eso no creo que sea posible.

—Bueno, no te preocupes, ya ha pasado un tiempo y no has sabido nada más. Habrá sido una broma de mal gusto. —Las palabras del joven fueron las más convincentes de la noche.

Less llegó a pensar lo mismo. Desde que recibieron la nota, no había vuelto a pasar nada, y antes de eso tampoco hubo nada raro. Se convenció. La charla resultó tan amena que no se percataron de que llevaban casi media hora parados en el mismo punto. Unas luces de colores refulgían en la acera de enfrente. Un bufé chino, de esos que han invadido todos los rincones de cada pueblo, llamó la atención de la pareja.

—¿Te parece que entremos? —propuso ella.

Él se encogió de hombros y ambos se encaminaron al restaurante. La cena duró más de una hora, aunque a ellos les pareció que habían transcurrido escasos minutos. Él se centró en platos calientes. Ella prefirió ensaladas y platos más frescos. Siguieron conversando, alejándose del tema que los llevó hasta allí.

Cerca de las once de la noche, se marcharon del local. Esta vez en dirección a la casa de Less. No dejaban de conversar, como si tuviesen mil historias que contarse. Ella le hablaba sobre su estancia en Madrid. Él le contaba cómo era trabajar dentro de un furgón. El vínculo entre ambos crecía con cada frase, con cada risa, con cada mirada.

Se detuvieron en una tienda de helados con frutas naturales, que tanto estaban de moda, para que la joven pudiera degustar un sabroso yogur helado con frutas tropicales. Tardaron cerca de otra hora en llegar a la finca donde ella residía, absortos en un mundo imaginario en el que se conocían desde hacía mil vidas. Se detuvieron justo enfrente. De nuevo, las dudas la embargaron. Otra vez la invadió esa indecisión entre invitarlo a entrar o dejarlo ir. Se miraron durante unos segundos.

—¿Te gustaría pasar a tomar la última? —se aventuró a preguntar en un tono tan bajo que Gregor tuvo que inclinar un poco su cabeza para escuchar con claridad.

—Me encantaría.

Caminaron hasta el ascensor. Un tenso silencio se adueñó de ambos. Nadie hablaba, ni siquiera se miraban. Ella pulsó el número cuatro. La puerta se cerró. Los nervios de los dos eran notables allí dentro. El calor los invadía.

—¿Te apetece...?

Gregor no aguantó más. No dejó ni que ella terminara la pregunta, le dio un fuerte beso que

impactó de lleno en los carnosos y jugosos labios de la joven. Less tardó unos segundos en reaccionar. Primero saboreó los sabrosos labios de Gregor para después atraparlo contra su cara con sus manos, que se juntaron por detrás de él, apoyándolas en su nuca. Comenzaron a jugar con sus lenguas, los besos eran cada vez más cortos, pero más intensos. Entre beso y beso se podía escuchar la respiración agitada de ella, que jadeaba casi sin control. Gregor puso sus dos manos sobre su redondo y respingón trasero y con un movimiento seco y casi sin esfuerzo la levantó del suelo. Ella cruzó sus piernas por detrás de las caderas de él, apretando con fuerza. La pasión crecía, el reloj comenzaba a acelerar el ritmo para intentar adelantarlos de cualquier manera. Sus rostros se fundían, sus miradas chocaban furiosas, más incluso que sus labios.

La puerta la abrió Gregor, que cogió las llaves de la mano de Leissy. Ella le indicó dónde estaba la habitación. Tardaron varios minutos en llegar, la pasión y el deseo lo impedía. El trayecto fue algo accidentado, varios golpes contra las paredes y el marco de la puerta hicieron que se desviarán un poco del tema que los atraía en ese momento.

La dejó caer sobre la cama, se tumbó sobre ella y siguieron ardiendo en un abrasador y entrecortado beso. Leissy le arrebató la chaqueta con rabia, él le quitó el cinturón del vestido y comenzó a desabrochar los tres primeros botones del mismo. Se miraron a los ojos durante un segundo. Ella, sin dejar de mirarlo, fue desabrochando poco a poco su camisa y vislumbró un torso esculpido por las pesas, firme y suave. Su deseo aumentaba con cada botón que iba haciéndose a un lado, el calor comenzaba a derretirla, a erizar cada pelo de su piel. El sudor resbalaba por sus cuerpos, atrayendo aún más la luz, que también quería formar parte de ese duelo. Después de quitarle la camisa continuó con los botones del pantalón. Gregor decidió que era su turno tras quedar semidesnudo, tan solo con unos boxers negros que le apretaban y le quedaban de una forma algo inusual al chico moreno que la conquistó.

Sus manos acariciaron el pecho de Gregor y poco a poco bajaron por su abdomen. Él comenzó a besarle el cuello. La respiración de la joven se aceleraba con cada beso. Lentamente, él siguió besándola centímetro a centímetro hacia abajo mientras iba deshaciéndose de los botones que impedían seguir su marcha. Se detuvo unos segundos en sus pequeños pechos para conocerlos en profundidad. Siguió bajando. Less notaba que sus pulsaciones se aceleraban a medida que él bajaba por su cuerpo hasta que sus latidos se localizaron en su zona íntima. Gregor se quedó sin botones de los que desprenderse, ahora estaba justo delante de la ropa interior de Leissy. Unas braguitas de color negro como su propio calzoncillo fue su siguiente objetivo. Ella no se opuso, levantó con suavidad las caderas para facilitarle la labor. Less jugaba con desventaja, se quedó desnuda por completo. Gregor comenzó a darle húmedos besos en las piernas, ayudándose con la punta de la lengua, que también se había convertido en una rebelde sin causa. Subió con lentitud desde las rodillas y la pasión fue creciendo hasta llegado un punto en que ella no pudo aguantar más.

Le agarró la cabeza con fuerza y lo atrajo hacia ella. Tras quedar desnudo del todo, el éxtasis llegó a su punto más álgido cuando ambos se fundieron en un solo movimiento. Los gritos de ambos retumbaban por toda la habitación. Su único testigo fue la luna, que observaba el dulce y apasionado baile de la pareja de jóvenes deseosa y muerta de envidia. Pasados muchos minutos, Gregor se dejó caer a un lado de la cama, observó el techo con el semblante cansado, dando fe de que había luchado hasta su último esfuerzo. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho sudado y comenzó a acariciarle la cara. Entonces, pudo apreciar que alrededor del cuello de Gregor sobresalía una cicatriz, pasó el dedo sobre ella.

—¿Y esta cicatriz? —consultó Less intrigada.

Gregor acercó su mano a la de ella y atrapándola entre sus dedos se la llevó a los labios para darle un cálido y apretado beso.

—Hace años que la tengo. Antes trabajaba como socorrista en verano. En la playa donde vivía. Una mañana vi que un señor mayor se estaba ahogando y fui a rescatarlo. Cuando le alcancé, empezó a agarrarse a mí y a hundirme en el agua. Intenté separarme de él, pero fue imposible. No recuerdo lo que pasó en realidad. Solo sé que no podía respirar, lo único que hacía era tragar agua. Al final, pude golpearlo y lo dejé inconsciente. —Gregor se pasó la mano por el cuello—. Cuando llegué a la orilla, estaba sangrando profusamente, me había herido con la cuerda del silbato.

Dicen que las heridas hechas en el mar, siempre dejan marca.

Pasados unos minutos se quedaron dormidos, los dos abrazados. Ella dejó su mano descansando sobre el cuello de su pareja, pensando en que era una marca de guerra. La marca de un héroe.

Sobre las cuatro de la mañana, los movimientos de Gregor despertaron a Less.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

—Nada, que me tengo que ir. ¿Recuerdas que te dije que mañana iba a visitar a mi madre?

—¡Ah! Es cierto. ¿Y no podrías irte desde aquí?

—Sí, pero mientras me ducho y lo preparo todo, se me hará la hora de irme, y debo pasar antes por casa.

—Si ese es el problema, yo te llevo. —Less se había incorporado y estaba apoyada sobre el hombro de Gregor, donde le dio un dulce beso.

—No te preocupes.

Se marchó sobre las seis y Less se quedó tumbada en la cama, analizando la velada con vergüenza, ilusión y alegría mezcladas. Había sido una noche espectacular, mucho mejor de lo que habría podido imaginar. Se volvió a dormir.

Capítulo 13 (15 de febrero de 2003)

En la venganza, el débil es el más feroz.

Honore de Balzac

Ayer se cumplió un año. Un año del fin de todo cuanto conocí. Del fin de mi vida, de todo aquello que algún día llegué a amar. Y de lo que no, también. Trescientos sesenta y cinco días. Encerrado entre estas frías paredes, que no dejan de susurrarme. Nunca he sido una persona ambiciosa, nunca soñé con poseer, en el futuro, una casa grande, un coche caro, una mujer hermosa o un trabajo importante. Pero tampoco imaginé nunca, ni en la peor de mis pesadillas, que esto llegaría a ocurrir. Que me acabaría viendo en un centro de acogida, deseando cobrarme todo el daño causado. Era más que un deseo, era un juramento.

Toni cumplió la mayoría de edad hace unas semanas. Desde entonces, todas las mañanas ha estado saliendo a solicitar algún trabajo. Según dijo Clara, hasta un par de meses después de cumplir los dieciocho, puedes quedarte en el centro, pero tienes que buscar un empleo. Toni no ha tardado en encontrar uno. Por lo que me ha contado hace unos días, era un trabajo de «alucine». Ya me iría manteniendo al tanto, prometió. Hoy se marcha del centro.

Estaba en mi cuarto, como siempre, cuando él entró.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó con su típico tono jovial—. ¿Qué haces?

—Nada, relajándome. Ya lo sabes —contesté mirando al techo de un blanco apagado.

—Cuando me vaya, ¿vas a seguir ahí *tirao* hasta que vuelva a por ti, o vas a salir de vez en cuando?

—¿Acaso tengo necesidad de salir?

—A comer o a cagar aunque sea. Bueno, cagar puedes hacerlo a un *lao* de la cama. — Comenzó a reír con la boca abierta. Su lenguaje obsceno y su carácter pegajoso hacían de él un personaje realmente único.

—Bocazas, pues no estaría mal tampoco.

—Anda va, levántate y acompáñame, ¿o es que vas a despedirte de mí desde la cama, ahí *tumbao*?

Había llegado la hora de quedarme solo. Aunque yo no le hablara, desde que entré, por lo menos para él, yo me transformé en su mejor amigo. A pesar de que yo al principio no lo toleraba, él siempre ha estado pendiente de mí.

Lo acompañé hasta la entrada por un pasillo largo donde estaban los despachos de Clara y Pablo. Al salir de allí, una verja negra daba paso a un camino terroso con una espesa vegetación creciendo justo por la zona central. El trayecto de salida era cuesta arriba. Lo acompañé hasta el final del camino. Tan solo llevaba una mochila pequeña con varias mudas. Todo en el centro era regalado, incluso la ropa interior.

—Bueno, chaval, uno que se pira. ¡Qué ganas tenía! —dijo Toni dándose la vuelta hacia el centro—. No sufras, un año pasa volando, ya verás.

—No sé yo.

Había contado cada uno de los días que llevaba ahí dentro, cada una de las horas. Tan solo el dolor me acompañaba, la soledad encerraba mi alma, desgarrando cada uno de mis sentidos, desangrando mi esperanza con cada suspiro que exhalaba. Mientras tanto, fuera estaban todos los culpables, ajenos a lo que ellos mismos crearon. Sin saber el daño que habían causado, sin pensar en cuántas vidas han arruinado.

—Te digo yo que sí. Cuando menos te lo esperes, yo estaré aquí viendo como tú también dejas atrás esta cárcel.

—Cuídate —dije en un tono serio, mirando al vacío, como si el que había dicho esa palabra hubiera sido un robot.

Me intentó dar un abrazo, yo me limité a no oponer resistencia. Vi cómo se subía a un taxi blanco y se alejaba. De nuevo solo. Volví al edificio y pude ver a Clara, que estaba en la puerta esperando a que llegara, sus brazos se relajaron cuando me vio aparecer. Entró en el centro justo detrás de mí. Yo seguí hasta mi estancia. Cerré la puerta de mi habitación y cogí el diario. Siempre que la extrañaba, lo cogía.

Miércoles, 24 de octubre de 2001

Por lo visto, no soy la única víctima de las guapas de la clase. Esta mañana me he dado cuenta de que hay más niños que sufren las burlas, sobre todo las de Sarah. Cuando hemos salido al patio, ha venido una niña de la clase de al lado comiéndose una napolitana de chocolate. La chica está algo rellenita y Sarah, en cuanto la ha visto, le ha dicho algo a Rebecca, Carmen y Leissy. Se han reído las cuatro. Sarah fue a donde estaba la niña comiendo y se ha burlado de ella. No pude oír nada porque estaba muy lejos, pero he visto cómo Sarah inflaba las mejillas para llenar de aire su boca con gesto de burla. Se ha puesto a reír a carcajadas y ha vuelto con sus amigas.

En parte, agradezco no haber sido yo la víctima hoy. Cada día que se burlan de otra persona, es un día que paso desapercibida. Aunque me siento culpable por pensar así. ¿Soy igual de mala que ellas por eso? ¿Es normal que me alegre de que no se metan conmigo, a pesar de que el motivo sea que están entretenidas con otros?

Por la tarde, Ronny me esperaba donde siempre, le bajé su comida y me quedé un rato jugando con él.

Un dolor penetró en mi alma como una flecha al rojo vivo al leer que mi hermana pensaba que era mala por agradecer no ser la víctima ese día. ¿Cómo tiene que estar una persona para alegrarse de que sus enemigas se burlen de otra en su lugar? Cada página de ese diario me mostraba un poco más de Martha, pero también me indicaba quiénes eran los protagonistas de su historia. Me señalaba cómo era Sarah, aunque algo ya intuía antes. También me mostraba a Rebecca, como la sombra perpetua de Sarah, y a las otras dos, a las que apenas nombraba.

Necesitaba salir de esa época, recordé que hacía unos meses, Toni me había enseñado su espacio secreto, donde guardaba aquella oxidada llave. Me encaminé sin dudar a su habitación y rebusqué bajo la baldosa de debajo de la cama, ahí seguía. La oculté en una sudadera amarilla, con la publicidad impresa de un bar, que alguien había donado hace un tiempo.

La puerta de acceso al sótano estaba al otro lado del pasillo, justo enfrente del despacho de Clara. Una puerta de madera blanca, algo corroída, daba paso a una pequeña estancia vacía, ni siquiera una ventana tenía, en ella solo había la puerta del sótano, una pequeña puerta de metal con el picaporte negro. Introduje la llave y tras forzarla, cedió varias veces, hasta que ya no pude darle más vueltas. El sótano estaba en la zona inferior del centro, tras bajar diez escalones de

piedra blanca. Sentí que un olor a humedad subía por la misma escalera por la que yo bajaba, a cada paso se hacía más intenso.

Cuando llegué abajo, revisé todo a mi alrededor. Cajas, había muchas cajas de cartón. Unas pocas estaban vacías, algunas guardaban ropa o juguetes y otras, en cambio, objetos del hogar: platos, vasos, muebles pequeños y electrodomésticos. También a un lado había una pequeña estantería donde reposaban botellas de vino y otros tipos de alcohol. En la otra esquina, justo por detrás de las escaleras, descubrí un pequeño sillón, donde seguro que Toni pasaba el rato. Lo probé, me senté en ese sillón, pequeño, rojo. Sentí el silencio, la oscuridad, la calma. Todo era paz y tranquilidad. Cerré los ojos un minuto.

Pasó más de media hora, no me di cuenta de que el tiempo pasaba deprisa. Un sonido en el piso superior me alertó, alguien estaba corriendo por el pasillo. Me incorporé y salí de la estancia.

—¿Qué hacías ahí? —Una voz infantil sonó a mi espalda mientras cerraba la puerta con la llave.

Me di la vuelta y lo vi, era el chico gordo y moreno, el odioso muchacho al que meses atrás estuve a punto de...

—¿Qué hay ahí dentro? —volvió a preguntar.

—Nada.

—¿Y por qué cierras con llave? ¿Quién te la ha dado?

—Piérdete, anda. —Ese mocosito estaba comenzando a crisparme. Notaba cómo mis piernas vibraban sobre el suelo. El frío, que hasta ese momento se adhería a cada centímetro de mi piel, poco a poco fue sustituido por un intenso y siniestro calor.

—Quiero ver lo que hay. —La inocencia del niño le hacía cometer un grave error debido a sus continuas insolencias y su despreocupada curiosidad.

Se acercó hasta donde yo me encontraba, justo delante de la puerta, custodiándola, como los dos policías el día en que Martha... Se plantó frente a mí con un gesto desafiante, frunció el ceño mirándome a través de las pestañas con los ojos hacia arriba e infló las mejillas, como Sarah según la nota de mi hermana. Sus labios apretados mostraban su predisposición a no moverse.

Me hice a un lado, decidí que si quería ver lo que había tras la puerta, no iba a impedírselo. El niño se colocó justo enfrente del marco, después de darme un empujón con su hombro. Con aires de triunfo, giró la llave, desbloqueó la metálica puerta y la abrió. La escalera quedaba a sus pies, miró hacia el interior, pero al no poder observar todo con claridad, bajó el primero de los escalones.

La rabia que llevaba acumulando desde que el crío me negó aquel vaso, estalló con un fuerte empujón que lo levantó del suelo. Un gemido llevó a otro más sonoro y prolongado. Trató de apoyarse en el tercer escalón, el segundo lo había pasado de largo, pero falló en el intento de recuperar la estabilidad y su rollizo cuerpo se inclinó sobre la escalera, dándose varios golpes contra la misma. En cada salto descontrolado que el muchacho daba, se podía escuchar cómo gimoteaba de dolor. Rebotó varias veces, golpeándose contra la escalera y la pared como si fuera una pelota la que bajaba dando brincos. Al final, salió despedido por un lateral de la escalera, que no tenía protección. Cayó desde una altura de aproximadamente medio metro, emitiendo el que sería su último sonido, después, solo quedó el silencio.

Esperé varios segundos para ver su reacción, pero no se movía. Estaba tumbado al final de la escalera. Mi corazón comenzó a acelerarse, mis pupilas se dilataron, me temblaban las manos y los pies. Bajé corriendo para ver si el chico estaba vivo o lo había matado.

No se movía, le di varias patadas con suavidad, pero no reaccionaba. Pude ver que de su cara le brotaba bastante sangre por encima del ojo. Un fuerte impulso subió desde mi estómago, pasó por la garganta y llegó a la boca, contuve como pude las ganas de vomitar. Volví a subir corriendo las escaleras y cerré la puerta, no sin antes mirar de nuevo su cuerpo inerte.

Corrí veloz hasta mi habitación, me tumbé en la cama y esperé un buen rato escuchar gritos. No se produjo ninguno, nadie se había percatado de la ausencia del niño regordete y molesto, ni siquiera los otros dos niños de su misma edad que siempre suelen estar con él.

De mi mente brotaban imágenes distorsionadas del momento. El chico en el suelo, inmóvil, con un brazo bajo su sobresaliente panza y el otro estirado sobre el frío suelo, sus piernas estiradas en forma de “V” invertida y sus ojos entreabiertos. Tras un buen rato tumbado, por fin se produjo el aviso que tanto esperé desde que llegué a la habitación.

Era él mismo quien gritaba. Había salido del sótano, llorando y pidiendo auxilio. Clara, que estaba en la cocina junto a Héctor y Lucía, salió corriendo al escuchar los aullidos. Pude ver desde la puerta cómo la directora se llevaba de prisa al pequeño a su despacho. No volví a oír nada durante un largo rato.

Pasados unos cuarenta y cinco minutos, o quizás una hora, ambos salieron de la estancia.

—Dennis. ¿Puedes venir, por favor? —exigió Clara en tono serio cuando me vio a lo lejos desde la otra parte del patio central.

Seguro que ese gordo lo había contado todo. Con tranquilidad me dirigí a su despacho. Durante el trayecto, un sentimiento fugaz de culpa pasó por mi mente. Era extraño, por momentos me arrepentía, pero de no haber terminado con él.

Capítulo 14 (9 de abril de 2017, domingo)

El agudo y punzante sonido del teléfono se clavó en sus tímpanos. No pudo evitar mirar la hora antes de coger su terminal. El reloj digital, sobre su mesita, marcaba las 09:55. Cogió el aparato y vio en la iluminada pantalla la cara sonriente de Sarah encuadrada a la perfección en el centro junto a un dibujo en rojo de un auricular y otro en verde. Estaba llamando. «¿Qué querrá esta, no ha visto la hora que es?». Leissy, molesta, decidió colgarle. Volvió a dejar el móvil sobre la mesita y recuperó la posición que el sonido le hizo abandonar. No habían pasado ni diez segundos cuando volvió a sonar. Los nervios se apoderaron de ella ante la insistencia de su amiga.

—Dime. ¿Qué pasa? —preguntó Less algo intranquila y soñolienta al tiempo que mostraba su enfado.

—Less. Tienes que... —sollozó Sarah sin poder terminar la frase. Se podía percibir lo muy agitada que estaba. Su respiración se entrecortaba con pequeños espasmos—. Por favor...

—Vale, Sarah, tranquilízate. ¿Qué ha pasado?

Se incorporó sobre la cama, sus ojos se habían despejado del todo, y frunció el ceño, como si de esa forma fuera a escuchar mejor a su angustiada amiga.

—Tienes que venir, Less. Por favor

—Vale, ya voy, pero ¿qué está pasando?

—No tardes, por favor —lloriqueó. Se notaba que estaba muy nerviosa, se palpaba en cada vidriosa palabra, como si en cualquier momento fuera a romperse del todo.

—Ya estoy saliendo. Pero, por favor, Sarah, necesito que me digas qué está pasando. —La voz de la joven periodista era más firme, pero también, poco a poco, comenzaba a desquebrajarse debido a la ansiedad que le producía tener que esperar a descubrir el motivo de aquella llamada.

—Es Rebe... —Al intentar pronunciar su nombre, Sarah rompió definitivamente a llorar. El sonido prolongado y agudo que prosiguió tras el llanto de su amiga corroboró la ausencia de la misma tras el auricular.

Un siniestro frío acarició la nuca de la joven de ojos azules y paralizó por unos segundos cada uno de sus sentidos. Se quedó petrificada a un lado de la cama con el teléfono todavía en su oreja, advirtiendo el fin de la llamada. Cuando pudo regresar al mundo que se había esfumado hacía escasos segundos, se incorporó por completo. Se vistió con lo primero que encontró y salió a toda prisa al encuentro de su amiga. En su trayecto hasta el coche, intentó comunicarse con Gregor, pero tan solo recibió el silencio como respuesta. Desistió cuando subió al coche. Las ruedas del vehículo chirriaron.

Tenía que cruzar el pueblo para llegar al hogar de su amiga, que vivía en las afueras también, pero justo en el otro extremo de la ciudad, en la avenida La Mar. Cuando Leissy enfiló la última calle hacia su destino, pudo observar a lo lejos un coche de la Policía aparcado ante la puerta del adosado de Sarah. Los nervios desaparecieron. En su lugar, el miedo y la desesperación se hicieron presentes. Por un momento, pensó que alguien había entrado en su casa, pero en ese instante la última palabra de su amiga la hizo cambiar de opinión. Sarah intentó decir un nombre: Rebecca.

Aparcó su coche casi encima de la acera, justo delante de una pequeña hondonada cubierta de maleza. La zona estuvo en pleno auge durante el boom inmobiliario, pero pronto se quedaron sin compradores, lo que provocó que los adosados acabaran rodeados por descampados y terrenos abandonados. El hogar de Sarah era el penúltimo, la casa que se anclaba en el extremo estaba vacía. Less corrió hasta la vivienda de su amiga. Entró, justo delante de la puerta una escalera enmoquetada llevaba hasta el piso superior, la ignoró y siguió hasta el salón. Ahí, sentada en un sofá negro de cuero, descansaba Sarah, con los ojos inyectados en sangre y aún brillantes. Su mirada estaba perdida y sus manos se encontraban en algún lugar intermedio entre sus rodillas y sus muslos.

—¡Eh! Ya estoy aquí —dijo sentándose a su lado, todavía agitada por la tensión generada, las prisas, al parecer, infundadas y el resuello que se había acomodado en sus pulmones. En tan solo veinte minutos había pasado de la paz más absoluta, a la tensión más extrema.

—¿Dónde estabas? —preguntó algo desorientada Sarah, como si estuviera en shock. Apenas la miraba y su cara mostraba seriedad—. ¿Por qué has tardado tanto?

—He venido lo más rápido que he podido. ¿Qué ha pasado?

—Es... —No terminaba de volver a su estado normal—. La han... alguien... —Seguía sin poder completar una frase. Aunque parecía más calmada.

En ese momento, entraron dos policías por una puerta blanca que daba acceso al piso inferior, donde estaba el garaje. Unos chicos bastante jóvenes, de pocos años más que ellas. Uno de ellos, un muchacho de pelo castaño, nariz puntiaguda y mirada oscura, se acercó a Less, que se levantó al verlo llegar. Tuvo que alzar la mirada para poder contactar con la del agente.

—Buenos días, señorita. ¿Me dice su nombre?

—Leissy. Leissy Cotton. Soy su amiga. —Señaló a Sarah con un rápido y nervioso movimiento de brazo.

—¡Ah! Perfecto. Verá, tan solo estamos confirmando coartadas. Su amiga nos ha contado que ayer por la tarde estuvieron juntas. ¿Es cierto? —Sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo y aguardó la respuesta de la joven.

—Sí, es cierto. Pero ¿qué está pasando?

—Se trata de su amiga Rebecca, ha aparecido esta mañana... —Dudó un momento—. Ha sido asesinada.

El policía y su compañero, la sala donde estaba Less de pie, así como todo lo que la rodeaba se difuminó tras oír aquellas palabras. De pronto, el suelo comenzó a temblar y tuvo que sentarse de nuevo en el sofá para evitar desplomarse. La noticia que había recibido acababa de destrozar por dentro a la joven. No podía creerlo, no podía ser cierto. ¿Quién sería capaz de algo así?

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó el chico que le estaba tomando declaración tras inclinarse delante de ella.

—¿Quién...? —Sus labios continuaron la frase, pero no se oyó nada más que aquella solitaria palabra.

—No lo sabemos. Estamos investigando. De todas formas, el inspector está a punto de llegar. Él le dirá lo que necesite saber.

—Tome, señorita, beba un poco. —El compañero del agente que se presentó como Oliver, se acercó hasta ella con un vaso de agua. Era un policía bastante agradable, moreno y menudo.

Less se bebió el contenido del vaso casi sin respirar, como si estuviera completamente deshidratada, que lo estaba. Sus labios se habían agrietado debido al tiempo que llevaba sin salivar. Miró a su compañera: que aún estaba en estado de shock, alejada por completo de todo lo

que la rodeaba. Ni siquiera llegó a vestirse. Su pijama rosa era lo único que cubría su bello cuerpo. Ambas se quedaron en el mismo estado, como si esa información fuese un virus que convertía a la gente que lo ingería en zombis. Pasados unos cuantos minutos, alguien más llegó. Los dos policías salieron hasta la entrada, hablaron fuera con quien acababa de llegar y después de que se hiciera el silencio, hicieron entrar a un hombre mayor.

—Buenos días —saludó el hombre en un tono cortés pero serio—. Mi nombre es Tomás Galas. Soy el inspector que está a cargo de la investigación.

Less lo miró. Era un hombre que pasaba la cincuentena casi con seguridad. Canoso y bastante demacrado. Las arrugas de su frente llegaban hasta sus ojos: de un marrón oscuro.

Tomás vaciló un rato antes de seguir hablando. Recorría con sus ojos toda la sala, como si buscara alguna pista que pudiera resolver el caso. Daba la impresión de que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Tengo entendido que la señorita... —Rebuscó entre sus notas—, Danez, Rebecca. Era una de sus amigas. ¿Correcto?

Leissy y Sarah asintieron con la cabeza, sin apenas levantar la mirada del suelo. Less era la única que estaba algo entera, así que decidió hacer de portavoz en ese duro momento.

—Ayer por la tarde estuvieron juntas. ¿No es así? —investigó el inspector, que tomaba apuntes de todo lo que veía, incluso de la vestimenta de ambas amigas.

Less no había tenido tiempo de ducharse. Por momentos, el olor a la pasión de la noche anterior la embargaba y, a la vez, la hacía sentirse incómoda, temerosa de que los demás también lo notaran. Aunque se había recogido el pelo, su abigarrado atuendo la hacía parecer una descuidada. Sarah, impasible a un lado, ni siquiera pestañeaba.

—Sí, estuvimos en la tienda de mi amiga.

—¿Puedo saber cuál era el motivo de la reunión?

—Una cita de amigas.

—¿De qué hablaron?

—Pues de todo un poco, ahora mismo no recuerdo exactamente de qué. —Recordaba a la perfección de qué habían hablado, pero le parecía sospechosa la actitud de aquel inspector. No era el momento de sincerarse.

—¿Nos estás interrogando? —escupió Sarah saliendo de su letargo—. ¿Insinúas que podríamos tener algo que ver?

—Señorita, mi obligación es saber todo lo que hizo la víctima en sus últimas horas de vida. Y «todo» significa que lo que hicieron ustedes también es importante.

Sarah se levantó de un salto y se marchó ofendida del salón. No estaba dispuesta a que la juzgara nadie. Una de sus mejores amigas acababa de morir a manos de algún miserable y el viejo amargado que la cuestionaba venía a perturbarla. Su rostro se encendió por completo.

—Sé que es difícil. Créame cuando le digo que para mí tampoco es fácil. Pero es importante que nos diga todo lo que sabe.

Less, que no terminaba de volver en sí, escuchó lo que decía el inspector sin prestar mucha atención. Trataba de asimilar lo que había pasado y no apartaba la mirada del teléfono. Le había enviado un mensaje a Gregor, pero este no había respondido aún. «Estará conduciendo», pensó. También se lo comunicó a Claudia.

—¿Sobre qué hora se marchó su amiga de la tienda?

—No lo sé. Yo me fui primero.

—Se fue a las ocho de la tarde —dijo Sarah bajo el marco de la puerta que daba paso a la

cocina. Volvía a perderse en su mundo.

—¿Dijo adónde iría?

—Todos los fines de semana trabaja en un bar de copas de la ciudad.

—¿Sabe usted si había quedado con alguien? —Tomás anotaba todo lo que decía Less, sin dejarse ni una coma. Apuntaba palabras claves para poder seguir toda la conversación.

—No, dijo que un muchacho llevaba varias semanas coqueteando con ella, pero no tenía intención de verse con él.

—¿Sabe quién era el chico ese?

—No, nunca dijo su nombre, ni siquiera dio detalles sobre él.

Sarah volvió de la cocina con un té en la mano.

—¿Tuvo contacto con ella tras marcharse de la tienda? —Volvió a interesarse el inspector Galas—. ¿Y usted, señorita? —preguntó a Sarah.

—No, cuando se fue ya no supe más nada de ella.

—De acuerdo. Bien, creo que tenemos lo que necesitamos, sentimos las molestias. Si recuerdan algo nuevo o tienen alguna novedad, pueden contactar conmigo aquí. —Tomás sacó del bolsillo interior de su cazadora negra una tarjeta con su número.

El inspector y los dos agentes se marcharon, dejando solas a las dos amigas. Tras unos minutos en silencio, mientras Sarah se tomaba su té y volvía poco a poco a la realidad, Less recordó la nota.

—¿Por qué han venido aquí? —cuestionó Less a Sarah.

—El policía que vino primero dijo que estaban haciendo una reconstrucción de sus últimas horas. Y como vieron los mensajes, sabían que nos habíamos visto.

—¿Y te ha dicho lo que pasó?

—No, tan solo que la han asesinado. —Tras unos segundos en silencio, asimilando esa palabra, continuó—: ¿Quién podría hacer algo así?

Less no supo qué contestar, la miró con los ojos humedecidos. Tanta tensión recibida en tan poco tiempo hizo mella en ambas mujeres, haciendo que rompieran a llorar y se dieran un sincero abrazo. Sarah lloraba entre gritos de rabia y dolor mientras apretaba las manos con fuerza. Less, en cambio, dejaba caer su dolor en un silencioso y contenido duelo. Tras unos eternos segundos abrazadas, ambas se calmaron.

—La nota —dijo Less sollozando todavía.

—¿Qué pasa con la nota?

—¿Crees que podría tener algo que ver?

Las dos amigas se miraron fijamente. En ese momento el miedo se apoderó de la periodista, haciendo que rebobinara sus recuerdos hasta el momento en que salió de la tienda. Buscaba en cada rincón, en cada esquina, alguna pista, algún detalle. No encontró nada.

—¿Se lo has dicho al policía? —Leissy se preguntó en ese momento si hubiera sido una buena opción.

—No, ni se me ha pasado por la cabeza.

—Quizás deberíamos contárselo.

—No creo que sea buena idea, Less. No sabemos qué ha pasado.

—De todas formas, estaríamos más seguras.

—Ya se han ido. Además, ahora ya está... Ya está muerta. —Sarah se levantó y se llevó el vaso con ella.

Mientras lo depositaba en el lavavajillas, se escuchó el timbre de la puerta.

—¿Puedes abrir, Less, por favor? —El habitual tono sarcástico y ese humor estrambótico de Sarah habían desaparecido.

Less fue hasta la puerta y tras observar por la mirilla, abrió. Se trataba de Julián. Sarah lo debía de haber llamado.

—¿Dónde está? —preguntó el muchacho moreno de ojos claros.

—En la cocina.

Julián se acercó a toda velocidad a su amante. Ella lo recibió con un fuerte abrazo y volvió a llorar. Less consideró que lo mejor era irse.

—Sarah, creo que será mejor que me vaya, así os dejo solos.

—¿Estarás bien?

—Sí, tranquila, ahora que estás bien acompañada, puedo irme tranquila.

Sarah asintió con la cabeza y volvió a centrarse en su pareja. Julián iba bien arreglado, y mejor perfumado. Vestía unos vaqueros ajustados y una camisa a cuadros junto con un gorro de lana. Less se fijó en la venda que enrollaba su mano. Se marchó sin despedirse.

Volvió a coger el teléfono.

«Rebecca ha muerto».

No puso nada más. Necesitaba decírselo. En ese momento, lo necesitaba.

«Que maldita fortuna la mía. Justo hoy se ha tenido que ir», pensó.

El teléfono sonó en aquel preciso instante. Era Claudia:

—¡Eh! Acabo de leer tu mensaje. ¿Dónde estás?

—Voy para casa.

—¿Quieres que vaya y hablamos?

—No, Claudia, tranquila, necesito estar sola ahora.

Se subió al coche y puso rumbo a su casa. Durante el trayecto, toda su vida junto a Rebecca pasó por delante de sus ojos, como si de un homenaje se tratara. Las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo. Aquella foto le vino otra vez a la cabeza. La foto del chico con sudadera. ¿Tendría razón ella? ¿Y si fue él en realidad? ¿Y si la descubrió?

Capítulo 15 (5 de mayo de 2003)

Desde que Toni se fue, y aunque me cueste reconocerlo, esto está más tranquilo. No sé si me gusta. Nunca me ha interesado su vida, pero sé que si alguien me puede ayudar, será él. De nuevo con el diario en la mano, me propuse leer otro capítulo más. Otra parte de su vida que desconocía. Quería conocer a todos aquellos que le hicieron daño.

Miércoles, 31 de octubre de 2001

Otro día más en el infierno del colegio. Otro día más de burlas y risitas. Hoy ha sido por una mancha en el pantalón. Apenas tengo cuatro pantalones, y hay días que no tengo jabón para lavarlos. Entonces procuro lavarlos a mano.

Dennis me ha estado comprando algunas prendas en el mercado. Si no fuera por él, no sé qué haría.

Hoy me he puesto un pantalón de pana marrón chocolate y un jersey blanco, aprovechando que no hacía mucho frío. Ignorante de mí, no me di cuenta de que el pantalón tenía una pequeña mancha en una de las perneras.

Cómo no, Sarah, que es una especialista en encontrar defectos, se ha dado cuenta en cuanto he llegado.

Cuando vio la mancha empezó a reírse. «Cochina, que no lava la ropa», y algún que otro insulto más le escuché decir. Las carcajadas de Rebecca no me dejaban entenderla muy bien.

Me da la impresión de que me están dejando de afectar sus burlas, me estoy acostumbrando. Como todos los días es lo mismo, ya una acaba haciéndose a la idea.

Si se estaba acostumbrando, ¿qué le llevó hasta esa maldita idea de quitarse la vida? Esas dos niñas. ¿Cómo alguien puede llegar a ser tan malo? Un profundo sentimiento de odio rebrotaba de mis entrañas como un reflujo. Una bilis que poco a poco me consumía. Volví a guardar el diario en la caja y lo dejé todo en el sitio de siempre. Tras eso, me asomé de nuevo a la ventana. Todos los días la buscaba ahí abajo.

Apenas era media mañana, poco más de las diez. El olor a churros me cautivó. Retrocedí hasta el umbral de la puerta que daba paso al resto del hogar. Para mí ese umbral era una barrera. Tras ella se encontraba la dura realidad. Aquí dentro no había crecido, era mi máquina del tiempo. Mientras observaba por el quicio de la puerta, vi como el niño gordo pasó con el rostro serio y sin torcerlo. Se le veía ahora un poco más desinflado, pero todavía llevaba el brazo paralizado.

Ese día algo cambió dentro de mí. Recuerdo el momento en que lo empujé escaleras abajo. Me acuerdo de su cara mientras caía, sus gestos de dolor. Pero no me arrepiento. Ni siquiera me supo mal. No sé por qué lo hice, pero si sé que volvería a actuar igual si retrocediera hasta ese momento.

Recuerdo que cuando salió del sótano, llorando, fue corriendo a contárselo a Clara, que no tardó en llamarme. Me reunió en su despacho con Pablo también, que esperaba dentro.

—Siéntate, Dennis. —Recuerdo que dijo Clara.

—¿Cómo estás? —preguntó Pablo cuando me decidí a sentarme en una pequeña silla negra de metal con el cojín rojo. Pablo me hizo la pregunta desde detrás del escritorio de la directora,

estaba sentado en una silla justo a su lado.

Yo asentí con la cabeza, como queriendo dar a entender que me encontraba bien. Lo cierto es que en ese instante la euforia me dominaba con un extraño sentimiento de miedo y placer.

—¿Podrías contarme lo que ha pasado esta tarde? —inquirió Clara.

—Nada.

—Pues entonces ¿dime por qué Héctor acaba de llevarse un niño al hospital? Dice que tú lo has tirado por las escaleras del sótano.

Héctor era el conserje del centro. Vivía en una habitación en el primer piso, al cual se accedía subiendo por una pequeña escalera de metal desde afuera. Era un hombre mayor, canoso y algo rechoncho.

—Yo no he tirado a nadie. —Intenté convencerla.

—Pues él nos ha contado que le diste un empujón —se interpuso Pablo con bastante autoridad. Su rostro se mostraba serio, los labios apretados y sus cejas caídas dejaban claro su enfado.

—¡Eso es mentira! Yo no empujé a nadie. Se cayó él solo.

—¿Cómo que se cayó él solo? —cuestionó Clara. Tenía sus manos juntas, con los dedos entrelazados, sobre la mesa.

—Yo me acerqué a la puerta porque la vi abierta y quise cerrarla. En ese momento llegó él y me exigió que le mostrara lo que había dentro. Yo intenté convencerlo para que no entrara, pero me empujó y se metió en la habitación —mentí. Era todo mentira, pero parecía que se lo estaban creyendo. Pablo desfrunció el ceño y Clara tomaba notas—. Creo que tropezó porque, un segundo después, lo vi tumbado en el suelo, sin moverse.

—¿Y por qué no dijiste nada? —cargó de nuevo Pablo contra mí.

—Porque me asusté. Salí corriendo hasta mi cuarto.

—Comprenderás, Dennis, que todo esto es muy raro, ¿no?

—Yo solo digo lo que pasó.

—Y yo no lo estoy negando, y Pablo tampoco. Solo queremos que entiendas que es muy raro.

—Ese niño me tiene manía y no sé por qué —argumenté furioso. En aquellas palabras, un rastro de sinceridad se percibía, como un pequeño camino cubierto de migas de pan que conducen hasta la verdad.

—¿Cómo que te tiene manía? Esa acusación es muy presuntuosa, jovencito. No me gusta que se acuse así a la gente sin pruebas. ¿Tienes alguna prueba, Dennis? —El tono amenazador de Clara dejó claro que no iba a tolerar acciones así.

—No, no las tengo.

—Bueno, entonces creo que deberías retirar lo que has dicho.

Tan solo el silencio respondió a la directora, que tras unos segundos esperando una respuesta que nunca se dio siguió con su cuestionario interminable donde me hicieron varias preguntas más. Se interesaron por lo que sentí cuando lo vi en el suelo. También quisieron saber si me hizo gracia y demás tonterías. Después de unos veinte minutos, me dejaron volver a mi cuarto. Me tumbé sobre la cama, furioso. Ese mocosito era un chivato, y volvería a hablar.

Regresó al centro casi de noche, con el brazo escayolado. Su cara era un cuadro mal pintado. Colores que iban desde el blanco pálido hasta una mezcla de morado y verde. Tenía varios puntos en la ceja rota, que supuse que fue lo que provocó tanta sangre. Vi sus labios magullados también, un ojo algo amoratado y un enorme chichón en la frente. Cojeaba un poco y apenas hablaba, sería por el efecto de algún tranquilizante.

—¿Estás bien? —Vi como una niña de unos seis años le hacía la pregunta. Caminaba a su lado, preocupada.

El enano no dijo nada, solo la miraba con su redonda cara y una expresión de tristeza mientras lo acompañaba Héctor hasta su cuarto. Él dormía solo, igual que yo. Los únicos niños que dormíamos solos éramos Toni, ese muchacho y yo. Los demás, dormían juntos. Tres niñas, una de seis años, otra de once y una tercera de diez años dormían en un cuarto. En el otro dormían dos niños de seis años y dos más de ocho. Héctor se marchó cuando lo dejó acostado.

El niño se durmió pronto, todos los demás aún estaban en el salón.

Yo nunca salía de mi cuarto a esas horas, ni siquiera cuando estaba Toni. Alguna muy rara vez pasaba la tarde con él en el patio o íbamos a un pequeño bar que hay a unos cien metros del centro, pero de noche, nunca.

Esperé hasta que la noche cayera del todo. El repelente niño moreno seguía plácidamente dormido. Salí de mi estancia en silencio, con la almohada entre mis manos, y me presenté en su cuarto, que estaba justo al lado del mío. Sin hacer ruido, me colé en la oscuridad de su habitación y pasé a ser una sombra más. Lo vi tumbado boca arriba con los ojos cerrados. Me acerqué con sigilo y, tras observarlo unos segundos, apoyé el cojín sobre su cara, con fuerza, apreté los dientes, también mis dedos se clavaban en el cojín blanco de algodón, mis muelas parecían querer devorarse las unas a las otras. Todo el odio se expresaba con mis manos en ese instante.

Pronto las piernas del niño iniciaron un raro baile descompasado. Pataleaba con fuerza y me daba golpes en el brazo con la mano que resistió la caída. No cedí, apreté con más fuerza. No aparté la mirada, fija en esa almohada. Tras unos segundos, cuando observé que sus movimientos aminoraban, aparté el cuadrante de su cara. Una expresión pálida, con los labios morados y su rostro sudado se me mostró. Una enorme explosión surgió de su boca, inhalando y expulsando todo el aire que le acababa de negar hacía unos momentos. Me incliné sobre él.

—Si se te ocurre decir una sola palabra más... —susurré con una siniestra voz y mirándolo a los ojos—. ¡Volveré!

Pude observar cómo sus labios temblaban, su rostro era el de un niño aterrado. Intentó incorporarse, pero su brazo inútil y su rolliza figura le complicaban el trabajo. Se revolvía dentro de las mantas, incómodo. Observé sus movimientos, algo raro ocurría ahí debajo. Las retiré con un fuerte y rápido movimiento. Una enorme mancha destacaba sobre las sábanas.

—¿Te has meado? —pregunté con un gesto de asco en mi rostro.

Supe que había comprendido lo que quería decirle. Esa mancha lo corroboraba, era su firma. Me marché a mi cama de nuevo. Me tumbé y cerré los ojos. Ese niño no diría nada, no se iba a arriesgar. Y yo tampoco lo haría, me quedaban tan solo unos meses para salir de ahí.

«Pronto comenzaré a cobrarme todo lo que te han hecho, Martha, y nadie lo va a impedir. Nadie».

Desde entonces, el mocoso está muy tranquilo. Desde aquel día, no ha vuelto a decir nada. Se ha recuperado casi del todo. Tan solo la cicatriz en la ceja y la del brazo quedan de ese día. Podría decirse, incluso, que es otro niño. Más calmado, menos entrometido.

Capítulo 16 (9 de abril de 2017, domingo)

Less se despertó en el sofá del salón de su apartamento sobre las tres de la tarde. Su intención era la de seguir durmiendo, pero algo en su interior no estaba de acuerdo. Su mente divagaba en un mar de dudas, miedos e inseguridades. Siguió tumbada unos minutos más y se quedó mirando al techo blanco en su totalidad. No era capaz de centrarse en nada. Su cuerpo temblaba, y no era por frío.

Tras deliberarlo, se levantó dispuesta a desprenderse de toda la tensión acumulada, sus músculos parecían ser de mármol: duros y fríos. Abrió el grifo y el agua comenzó a fluir, unos segundos después, el vapor de agua, poco a poco, se adueñó del pequeño habitáculo. Less se desprendió de su ropa y se sumergió en la bañera. Perdió la noción del tiempo allí dentro. Cuando salió, casi una hora después, algo más relajada, volvió al salón. Rebuscó en su bolso el teléfono, su cartera estaba a la vista, por alguna extraña razón, el monedero de falsa piel la llamaba. Lo abrió y vio la nota en su interior. Seguía doblada en cuatro pliegues, conservada a la perfección. Junto a ella apareció la tarjeta de visita del inspector Tomás Galas.

Dejó ambos papeles sobre la mesa del salón e intentó sacar conclusiones sobre qué opción debería tomar. Varias dudas resonaron en su interior. Tras varios minutos, que parecieron horas, creyó tenerlo claro. Cuando fue a coger el móvil, volvió a dudar y prefirió darse algo más de tiempo. Marcó el número de su amiga.

—Hola —contestó Sarah con una voz tranquila, pero desolada.

—Hola. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Less con un sincero interés. Ella nunca usaba términos cariñosos, no le gustaban—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, tranquila. Julián sigue aquí, está cuidándome. —Hablaban en un tono suave. Less dedujo que lo más seguro era que estuviera sedada—. ¿Tú estás sola?

—Sí, pero tranquila, me acabo de bañar y seguramente vaya a ver a mi madre o a Claudia.

—Vale, amor, sí, será lo mejor. No quiero que estés sola. Yo estoy en contacto con Vega, por lo del entierro.

—Cualquier novedad me la dices. La que sea.

—No te preocupes, en cuanto sepa algo te aviso. Chao. —Colgó sin esperar la respuesta de su amiga. Se notaba que estaba afectada. A pesar de todo, Sarah era una mujer muy sentimental.

Vega era la hermana mayor de Rebecca, aunque no era la mayor de todas. Rebecca era la pequeña de tres hermanas. Tres mujeres. Vega era la segunda, un par de años mayor que ella. Patricia Danz era la mayor de las tres. No siempre se llevó bien con ellas. Con Vega era con la que mejor se llevaba Rebecca, ya que tenían un carácter similar. Ambas eran muy superficiales e inseguras, mas Rebecca lo llevaba peor. Siempre quiso destacar, por eso desde muy joven se apuntó al gimnasio, con apenas quince años. Nunca lo abandonó. Cualquier complejo lo resolvía mediante operaciones, llevaba cinco en su cartilla: una rinoplastia, que fue la última que se hizo, unos implantes en los glúteos, un aumento de talla y varios retoques más. Con Patricia, en cambio, pasó varios años sin hablarse, es más, seguían sin hacerlo. «Me pregunto cómo se lo habrá tomado». Esa duda recorría la mente de Less repitiéndose sin cesar.

Sonó de nuevo el teléfono mientras pensaba en cada uno de los familiares de su amiga, sufría por ellos. «No deben estar pasándolo nada bien», pensó. Por fin, era Gregor.

—¡Eh! Acabo de leer el mensaje, estaba fuera de casa con mi madre —dijo con un claro tono de preocupación—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo has llegado? —preguntó Less disimulando su enfado. No era momento de rabietas de adolescente celosa, prefirió desviar el tema para tomar algo de aire y poder entablar una conversación algo más amena.

—Bien, pero eso es lo de menos. Lo importante eres tú. —Mantuvo un corto silencio—. ¿Qué tal estás?

—Ahora algo mejor, me he recostado un rato, pero...

—¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sabemos. Solo nos han dicho que la han... —Su garganta se bloqueó un momento cuando intentó dar la noticia al completo. Creía tenerlo más controlado, pero la realidad la azuzó de nuevo—. La han... —Volvió a fallar en su intento.

Por sus mejillas cayó una lágrima que acabo siendo devorada. Recuerdos de Rebecca atacaban sin control la memoria de Leissy, destruyendo su positividad ante cada diapositiva. Por momentos, la imagen de la periodista segura desaparecía. En su lugar, una mujer triste y rota tomaba posesión.

—Tranquila, Less. Esta misma noche estaré ahí.

—No, no. Estoy bien, es solo que, cuando lo pienso, me vengo abajo.

—Vale, de todas formas ya mismo salgo para allá.

—¡Que no! —dijo alzando un tono su voz—. Si quieres venir, descansa ahí primero.

—Estoy descansado, puedo viajar sin problemas. Si salgo ahora, podría llegar allí a la hora de la cena.

—Por favor. Duerme allí hoy. Si quieres venir, hazlo mañana... —Su voz volvía a desquebrajarse por momentos—. Si te pasara algo por venir cansado... —La idea de perder a Gregor la atemorizaba. No era amor, estaba segura de que aún no, pero ahora mismo no tenía a nadie más con quien poder abrirse, salvo, claro estaba, con Claudia y su madre.

—Vale, esta noche intentaré dormir aquí, pero tú ve con tus padres o con alguien de confianza. No quiero que te quedes en casa sola. —Gregor suavizó su tono de voz, las palabras de Less le habían ablandado por completo.

Less, al fin, le contó lo que había pasado, no sin complicaciones. Gregor, asustado, intentaba convencerla de que no durmiera sola. Un largo rato después colgó. La charla con su “no sabía bien lo que era” le levantó un poquito los ánimos. Ahora era el momento, seguía con el terminal en la mano. Marcó el número del inspector. No tardó en responder.

—¿Sí, quién es? —preguntó con una voz mucho más seria que hacía unas horas.

—Hola. ¿El inspector Galas?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Leissy. Leissy Cotton. La chica de esta mañana.

—¡Oh! Dígame, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —Su voz cambió radicalmente. La cordialidad volvió a resurgir.

—Es que... —Less dudó por momentos. De pronto, no lo tenía claro.

—¿Qué ocurre? ¿Necesita usted algo?

—No, no. Es por lo que me dijo esta mañana. Creo que podría tener algo que lo ayude.

—Dígame donde está. ¿Podemos vernos?

—Sí. Creo que sí. ¿Conoce el café 7as7e Me? —Less quería estar en un sitio donde sentirse cómoda. Su casa no era una opción. No quería que supiera dónde vivía. Un pensamiento algo estúpido, dedujo luego.

—Sí, el que está en el centro. De acuerdo. ¿En media hora? —Su voz sonó algo más eufórica.

—Vale, ahí estaré.

Leissy se vistió de nuevo, esta vez con algo más formal. Por la mañana se había puesto lo primero que encontró, que resultó ser una muy mala combinación. Salió de casa apenas diez minutos después de la llamada, así que llegó al bar-cafetería faltando aún cinco minutos para la cita. El inspector Tomás no se había presentado de momento. Y no lo hizo hasta pasados quince minutos de la hora acordada.

Se sentó en la mesa donde siempre se veía con su nuevo compañero. Desde ahí vio llegar al inspector en un Peugeot 508 negro. Aparcó justo enfrente del local, a pesar de ser un lugar donde estaba prohibido estacionar siempre. Iba solo y saludó a Less desde fuera en cuanto la vio. Sin demora, se dirigió a ella.

—Disculpe la espera, señorita Cotton. He intentado llegar lo más pronto posible —exhaló el inspector, agitado.

—No se preocupe, no he tenido que esperar mucho.

—Y bien. Cuénteme. ¿Qué es lo que sabe?

—No, no sé nada, es algo que tengo. —Less rebuscó en su bolso la nota, que seguía donde la guardó minutos antes: en su monedero. La sacó y mirando con celeridad a su alrededor para asegurarse de que nadie la vigilaba, se la entregó.

El gesto del inspector se endureció en cuanto vio la nota amarillenta, tanto que sus arrugas desaparecieron por momentos. Cogió la nota y la dejó sobre la mesa. Cuando entró en la cafetería, llevaba bajo el brazo una pequeña carpeta marrón que dejó sobre la misma mesa al sentarse. Después de apartar la nota a un lado, abrió la carpeta y empezó a remover unos papeles. Hizo dos montones e inició un peculiar ritual. Primero visualizaba la primera hoja de uno de los montones, después cogía una del otro, y así sucesivamente hasta que dio con lo que buscaba. Varios segundos más tarde, sacó una de las hojas del montón izquierdo, la observó y sacó del bolsillo interior de su chaqueta unas gafas negras para poder disipar las dudas que albergaba.

—¿De dónde ha sacado esa nota? —indagó el inspector con el semblante serio, incluso podría decirse que preocupado.

—No lo sé, alguien me la dejó en el parabrisas del coche hace unas noches.

Less inició su historia, rehaciendo todos los pasos de ese fatídico día, incitada por Tomás. Le contó cómo encontró la nota y que Sarah y Rebecca también tenían una, incluso le explicó lo del vídeo y lo de la foto que sacó su amiga el mismo día en que murió, la del chico del gimnasio y su sudadera. El inspector la escuchaba con interés y parecía preocupado. Cuando Less concluyó, Tomás Galas sacó su bolígrafo y le dijo:

—Señorita Cotton. Esto es algo que debería haberme comentado antes que nada en cuanto me vio. ¿Acaso no comprende lo peligroso de la situación?

—No creí que tuviera mayor importancia.

—Bueno. Ahora ya está. Usted está aquí y eso es lo importante. ¿Vive usted sola?

—Sí. ¿Por qué? —Less no entendía su pregunta—. ¿Qué tiene que ver eso con la nota, o con Rebecca?

—¿Puede irse a vivir un tiempo con algún familiar?

El tono canela de la piel de la joven reportera cambió hasta volverse blanco, un blanco níveo.

Esa pregunta paralizó cada uno de sus sentidos. Sabía lo que significaba. Entendía muy bien que su vida corría peligro.

—Sí. Pero no entiendo que tiene eso que ver con lo que le estoy contando.

—A ver, esto no debería hacerlo, pero tratándose de un caso tan especial, creo que debe saberlo.

Tomás desplazó la hoja sobre la mesa en dirección a la joven. Le dio la vuelta y la orientó hacia ella para que pudiera observarla con mayor claridad. Se trataba de una foto. En ella se veía una nota y algo escrito en ella. La foto era en color y tan nítida que le parecía tener lo que mostraba sobre la misma mesa. La nota estaba escrita en un papel del mismo color que el que ella tenía. Parecía la hoja de un diario. La joven prestó toda su atención a la foto para leer lo que ponía.

Lunes, 13 de enero de 2002

Esta mañana me he peleado con Rebecca.

Ya no aguanto a nadie. Ya estoy harta.

Cuando hemos salido de clase para ir a Química, Sarah y Rebecca iban detrás, burlándose de mí. Rebecca imitaba mi forma de caminar, haciendo más exagerada la cojera. He estado a punto de girarme para darle una bofetada, pero me he aguantado, con el puño cerrado y las lágrimas contenidas.

Ya en clase, nos han pedido que nos pusiéramos en parejas. A mí me ha tocado con Oscar, el niño colombiano del que se burlaron hace un tiempo las dos tontas esas.

El chico es súper majo y me ha ayudado un montón, pero Sarah y Rebecca han empezado a burlarse y a reírse de los dos. Que hacíamos buena pareja los dos marginados, decían. Y cosas peores. Yo, al final, he explotado y les he dicho que se callaran. Rebecca se ha levantado y ha venido a hacerse la chulita. Le he echado encima el líquido que había en la probeta en cuanto se ha puesto frente a mí. Estábamos haciendo pruebas con ácido. Le ha caído todo encima de la bata, menos unas pocas gotas que le han salpicado el cuello. Se ha puesto a gritar y a llorar. Me han expulsado una semana.

Pero me da igual, se merece eso y mucho más.

Si soy yo quien hace algo así, enseguida me expulsan, pero si es alguna de ellas, no pasa nada. Qué injusta es la vida cuando no tienes a alguien que mienta por ti. La mentira compartida es lo que acaba destruyéndolo todo.

Aquella foto terminó de romper los pocos soportes que aguantaban a Less dentro de su estado sereno y calmado. Una lágrima dio paso a la otra. Esa letra era la misma que la de su nota. Reconoció la letra y la fecha, recordó toda la historia. Como si todo volviera a su vida. Todo lo que había tratado de enmendar, ahora la atormentaba de nuevo. Era Martha, esa nota era de Martha. Rompió a llorar. Toda la presión recibida, el papel y, sobre todo, ese relato derrumbaron por completo a la joven morena que parecía ser tan fuerte.

—¿Le suena de algo, señorita? —preguntó Tomás intrigado ante la reacción de Less.

Ella tan solo asintió con la cabeza y acto seguido la escondió entre sus brazos, cruzados sobre la mesa. El inspector dejó que se desahogara durante unos minutos. Después volvió a preguntar lo mismo.

—Eso pasó hace mucho. Era una niña que iba a nuestra escuela. Se llamaba Martha.

—¿Y qué pasó?

—Poco después, se quitó la vida. —Less no quiso entrar en detalles. No quiso contar qué fue lo que llevó a Martha al suicidio. Le había costado mucho superarlo y no estaba dispuesta a

volver a todo eso—. ¿Cómo ha llegado esa nota a usted?

—Apareció sobre el cuerpo de la víctima. —El inspector volvió a guardar todos los papeles, salvo el que era propiedad de Leissy, que se lo devolvió—. Como podrá ver, se trata del mismo papel y, a simple vista, también la letra coincide con la que usted tiene.

—¿Quiere decir que yo... —El miedo atravesaba todo el cuerpo de la joven. Sentía por primera vez que su vida corría un peligro real.

—Lo mejor es que no se quede sola.

El inspector se levantó y recogió su carpeta. Less había entrado en un estado de shock y no sería de mucha más ayuda, así que dio por concluida la entrevista. Tenía mucho trabajo por delante.

—Señorita Cotton, voy a poner vigilancia esta noche delante de su apartamento, pero mañana, sin falta, busque un lugar más seguro —dijo Tomás mientras anotaba un último apunte—. Si tenemos alguna novedad, se lo haré saber. Tenga claro que si esto se trata de alguna venganza del pasado, quizás esa persona se halle en su círculo más íntimo. Le aconsejo que, por ahora, si no conoce su pasado, no se fie de nadie.

Ella asintió con la cabeza, no terminaba de creerse lo que acababa de ocurrir. Su mente empezó a investigar por cuenta propia la muerte de Rebecca. Cada cierto tiempo le mandaba una teoría: «¿Y si Rebecca descubrió al que dejó la nota? ¿Por qué ahora? ¿Quién está detrás de todo esto?». Mil dudas sin respuesta la saturaban. Todo volvía a empezar. Todo lo que tanto había tardado en «olvidar». Marcó el número de su madre.

Capítulo 17 (6 de septiembre de 2003)

*Una persona que quiere venganza, guarda sus heridas abiertas.
Sir Francis Bacon*

No ha venido. Me dijo que cuando cumpliera los dieciocho años vendría a buscarme, pero no ha aparecido. Era mi única carta para salir de estas frías paredes lo más pronto posible. No me sorprende. Desde que salió, ha cambiado por completo. Vino varias veces a verme, la última fue hace unos meses, en verano. Era una tarde calurosa, tanto que sudaban hasta las paredes. Parecía otra persona, lejos de aquel niño flaco y desmejorado. Estaba algo más relleno, pero no gordo, los músculos de los brazos comenzaban a definirse. Su actitud, en cambio, era la misma, seguía siendo soberbio y fanfarrón.

Sobre las nueve supe que ya no vendría. A esa hora ya no se permitían visitas, ni mucho menos salidas. La rabia se apoderaba de mí como si el espíritu de un ser maligno me poseyera. Me encerré en mi cuarto y empecé a lanzar todo tipo de insultos con su nombre como nexo común. «Maldito, sabía que me la ibas a jugar. Me la vas a pagar. No eres más que otro traidor». Daba vueltas en mi cama mientras derramaba todo mi odio sobre su recuerdo. Necesitaba evadirme. Necesitaba huir de ahí. El diario era la respuesta.

Viernes, 2 de noviembre de 2001

Hoy ha sido mi cumpleaños. En clase nadie lo sabía, nunca lo he dicho. Solo lo sabe Sonia, pero hace muchísimo que no nos hablamos. De todas formas, solía saludarme y felicitarme por mi cumpleaños, pero este año no lo ha hecho. Tampoco nos hemos visto.

Cuando he llegado a casa, la he limpiado y arreglado. Y me he comprado una pequeña tarta en el súper con el dinero de la compra.

Le he preparado su comida a Ronny y se la he dejado en su sitio de siempre. Sigo sin verlo. Pero todos los días el plato aparece vacío. Así que imagino que estará bien.

Dennis ha llegado, como siempre, pasadas las siete de la tarde. Ha visto la tarta, no se había acordado, y me ha felicitado dándome un beso en la frente, después me ha prometido que me iba a llevar al cine y a cenar cuando le pagara el señor López.

Le he dicho que no hacía falta.

Es el único que hoy me ha felicitado. Papá ha llegado un poco más tarde. Desprendía olor a cerveza, aunque no se le veía mal. Ha preguntado que de dónde había sacado el dinero para la tarta. Le he dicho que de la compra y me ha mirado mal. Le he recordado que era mi cumple y ha dicho que ya lo sabía, y nada más.

Creo que soy un estorbo, a veces lo pienso. Si no fuera por mi culpa, quizás Dennis no tendría que trabajar por las tardes y podría irse con sus amigos. No sé, creo que lo soy.

¿Cómo podía llegar a pensar así? ¿De dónde sacaría semejante idea? Mi corazón se detenía con cada frase que leía proveniente del fondo de su alma. Me estaba contando todo lo que pensaba. Sé que esas palabras iban dirigidas a mí, me narraba su vida. Quería mostrarme su dolor para que cuando llegara el momento supiera lo que tenía que hacer, pero también sé que en el

fondo ella nunca pensó que todo esto llegaría a pasar.

—Dennis... —Una dulce voz me acarició el oído con la suavidad de la seda—. ¿Por qué estás triste?

Abrí los ojos y la vi. Era Martha, estaba a los pies de mi cama, de pie, con su batín blanco, mirándome. Sonrió cuando nuestras miradas chocaron. Mi garganta se cerró de golpe y me aferré a la cama.

—¿Dónde...? —Miré a mi alrededor, estaba todo muy oscuro—. ¿Qué está pasando...?

—Hola, hermanito —dijo ella mientras se marcaban los hoyuelos de sus mejillas, que destacaban siempre que sonreía. Siempre me llamaba «hermanito». Era ella, sin duda, lo era.

«¿Qué está pasando?». De pronto, vi el diario en el suelo. «¿Me he dormido?». Mis manos temblaban incontrolables, con vida propia. Mi cuerpo, helado como un témpano de hielo, estaba rígido. Desesperado, rebusqué por todas las esquinas del cuarto, buscando una salida, algo que me devolviera a la realidad.

—¿Acaso no me quieres, Dennis? —preguntó cambiando su gesto alegre por otro más triste—. ¿Ya me has olvidado?

—¡No! —grité—. Como te voy a olvidar. Eso nunca. —Aunque le contestaba, seguía buscando la salida, sabía que esa Martha no era real, no era mi hermana. Ella estaba muerta. Pero entonces, ¿quién era?

—No eres tú. Tú estás...

—¿Cómo que no soy yo?, hermanito, ¿acaso no me conoces?

—No eres tú, tú no eres ella. Esto no es real —repetía de forma incontrolable.

Mis nervios aumentaban. Por momentos, parecía que mi pecho fuera a estallar. Lo que en principio comenzó como un temblor en las manos, poco a poco se iba apoderando de todo el cuerpo. Las piernas siguieron a mis manos, pero intenté ponerme en pie. Algo me lo impidió.

—¿Por qué te quieres ir? —Su rostro se volvía más serio. La veía erguida a los pies de mi cama. Su cara estaba algo más pálida que de costumbre.

Observaba los detalles que nos rodeaban. No me había movido de la cama, seguíamos en el centro de acogida. Pero todo era distinto. A pesar de estar en verano aún, el frío presente apenas me dejaba pensar. La oscuridad que reinaba era más intensa que la de otros días. El techo parecía estar lleno de humedades. Lo que más me aterró fue la cara de Martha. Siempre fue una niña de piel morena, pero ahora era como si se hubiese dado un baño en lejía. Sus ojos eran tan negros que no se distinguía el iris. Sus labios morados resaltaban como un detalle de color en una película en blanco y negro. Su mórbida imagen me destruyó por dentro.

—¿Ya has leído mi diario, Dennis?

—¿Eres tú realmente? —Un siniestro halo de misterio nos rodeaba y llenaba mi ser de temores.

—Pronto saldrás.

Mi mente se había bloqueado por completo. No sabía qué hacer ni qué decir. Mi cuerpo no me pertenecía en absoluto.

—Quiero que seas tú. —Sus palabras resonaban en toda la habitación, creando un tenebroso eco.

—¿Que sea yo?

Dejó de hablar. Me miraba sin apartar sus ojos negros de los míos. Una sonrisa aterradora helaba mi alma, haciéndola tan frágil que cualquier pequeño golpe podría romperla en mil pedazos.

—Quiero que seas tú, hermanito. —Miró el diario que seguía en el suelo. Y de pronto, su rostro se oscureció. Una sonrisa resurgió de entre las sombras, una tenebrosa sonrisa—. Tienes que ser tú.

Volvió a observar el diario y este comenzó a abrirse y a pasar las páginas tan rápido que parecía que fuera a romperse, como si fuese preso de un vendaval que lo agitaba con furia, sin control. Todo en la habitación salió volando, generando un estruendo que casi me deja sordo. Me agaché y me tapé la cara con las manos para evitar que algo me golpeará.

—Tienes que ser tú.

Un grito sordo me volvió a la realidad. Una pesadilla, eso es lo que fue. Una terrible pesadilla. Me incorporé sobre la cama: agitado, sudado. En algún momento, mientras revisaba el diario, debí quedarme dormido. Lo busqué entre las sábanas. No lo encontré. Dirigí mi vista hacia el suelo y pude verlo tirado a los pies de mi cama, abierto y boca abajo. Lo recuperé de nuevo. El diario de Martha se había quedado abierto en una página concreta, la leí. Fue en ese momento cuando comprendí lo que significaba aquel sueño. Eso quería decir ella: que fuera yo. Debo ser yo, no queda nadie más.

Cogí un bolígrafo de la mesa y subrayé un nombre, el nombre de una de las personas protagonistas de la historia de terror de mi hermana.

Capítulo 18 (10 de abril de 2017, lunes)

Leissy no se levantó a la hora de siempre para ir a trabajar. Había llamado el día anterior a Victoria.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo la directora.

Su ausencia se notaría, pero era preferible que no estuviera a dar una mala imagen. Aunque la realidad era que apenas tenía audiencia, así que no sería de mucha importancia que la joven se presentara o no allí.

La noche en vela se hizo eterna para la joven periodista, que en cuestión de pocos años tuvo que ver cómo la tragedia sacudía su vida. Primero fue Carmen, que murió en un desgraciado accidente de tráfico, y ahora, Rebecca. El hecho de que alguien pudiera ser capaz de matarla la aterrorizaba.

Las palabras del inspector Galas todavía resonaban en su cabeza. Varias veces en la noche se asomó por la ventana de su habitación, el inspector cumplió con lo que le prometió horas antes. Un coche patrulla daba vueltas por su vecindario con una constancia matemática. De vez en cuando, aparcaban y vigilaban desde dentro del coche un largo rato, hasta que volvían a recorrer las calles con lentitud.

Pasadas las nueve de la mañana, decidió levantarse. Miró la pantalla de su teléfono, no tenía avisos de ningún tipo, pero justo cuando iba a entrar en el cuarto de baño oyó que su Samsung vibraba a su espalda.

Intentó disimular sus oscuras ojeras con un poco de maquillaje, al fin, lo consiguió, pero no sin esfuerzo. Era Sarah la que había llamado, pedía que le devolviera la llamada.

—Hola, Less. ¿Cómo has pasado la noche? —Su voz sonaba cansada, más apagada que de costumbre.

—No he podido pegar ojo. ¿Tú cómo estás?

—Yo tampoco he dormido mucho, pero bueno, es normal. —Hablaba haciendo ligeras pausas, intentando respirar tras cada frase—. Me ha llamado Vega.

Leissy suspiró. Aquella llamada corroboraba que nada de lo ocurrido era producto de una falacia ni una broma pesada. Esa llamada las devolvía a la cruda y negra realidad.

—La policía le ha dicho que al ser un caso de asesinato, una muerte en extrañas circunstancias, el proceso a seguir es el de siempre. Le van a hacer una autopsia y hasta que no esté todo claro no le darán el cuerpo, que no podrá ser incinerado.

—Sí, eso está claro —afirmó Leissy.

—También he hablado con el inspector. No recuerdo el nombre, el viejo ese que vino ayer. El amargado. —Un brote de insolencia resurgió de ella como una burbuja de aire que emana del agua, estallando al llegar a la superficie—. Me ha pedido que procure no estar sola. ¿Qué le importará a ese hombre lo que yo haga?

—De eso quería hablar contigo. ¿Estás en la tienda?

—¿Por qué, pasa algo? —Su voz retrocedió varias décadas hasta convertirse en la de una niña preocupada.

—¿Estás en la tienda?

—No, he dejado a Cristine y a Mónica a cargo de ella.

—De acuerdo. Tenemos que vernos. —Less tenía claro que debía contarle lo de la nota. Tenía que saberlo—. Es importante.

—Estoy en casa, ven a verme.

—¿Y Julián, está contigo?

—¿Acaso importa? —inquirió alzando la voz—. ¿También vas a controlarme tú?

—No es eso. Solo que lo que tenemos que hablar es mejor hacerlo a solas.

—Vale, vale. Perdona, Less. No sé qué me pasa.

—No te preocupes. Te entiendo. En un rato estoy ahí.

Le sudaba el oído tras colgar, no se percató del tiempo hasta que revisó de nuevo el teléfono. Veintidós minutos compartieron las dos amigas, que en una época fueron inseparables. Ahora no conseguía recordar la última vez que una de sus llamadas durara más de dos minutos.

No quiso arreglarse, se vistió de forma sencilla y cómoda para evitar perder tiempo. Se recogió el pelo y se fue de nuevo a ver a su amiga. Dos visitas en apenas dos días, hace una semana ni se le hubiera pasado por la cabeza. Seguían siendo amigas, pero cuando murió Martha, Leissy se distanció de Sarah y Rebecca. Se culpaba por lo sucedido, al mismo tiempo que las condenaba a ellas por lo mismo. Pasaron varias semanas hasta que volvieron a hablar, pero ya nunca más volvió a ser lo mismo.

Tardó en llegar a su destino. Decidió comprarse algo para desayunar. No tenía hambre, pero la noche anterior solo se llevó a la boca unas tostadas para cenar. Cuando aparcó junto a la vivienda de su amiga, esta vez de una forma más adecuada a la del día anterior, observó que la casa estaba cerrada a cal y canto. Sarah tardó bastante en abrirle, tanto que Less tuvo que insistir varias veces.

—¡Me has asustado! —exclamó Less relajando su tensa mirada cuando vio a su amiga.

La muchacha, que días antes lucía perfecta, hermosa y deslumbrante, ahora hacía patente un rostro deshidratado e hinchado. Su melena, convertida en greñas apagadas y sin brillo, caía sobre un lado de su cuerpo. Se movía como un condenado a muerte que recorre sus últimos metros camino al patíbulo.

—Pasa al salón. Yo ahora voy.

Less hizo caso sin pronunciar ni una palabra. Se sentó en una silla del salón, junto a la mesa de nogal que tenía un cristal decorativo en su superficie. Sarah no tardó en acompañarla. Se había recogido el pelo y cambiado el pijama.

—Dime, Leissy. ¿Qué es eso tan importante que quieres que hablemos?

Less puso las manos sobre la mesa, le temblaban tanto que no podían sostenerse por sí mismas. Indicó a su amiga, con un gesto, que tomara asiento junto a ella. Sarah claudicó ante la insistencia de la periodista. Esta tomó aire para dar impulso a unas palabras que no querían salir. No sabía cómo tratar el tema. Pero al fin se decidió:

—Ayer llamé al inspector Galas —inició ella rompiendo el tenso silencio.

—¿Y por qué lo hiciste? —El rostro de Sarah comenzó a endurecerse.

—Le conté lo de la nota.

—¿Que le contaste lo de la ... —Se levantó de un salto, enfurecida—. ¿Cómo se te ha ocurrido? —Se movía con pisadas fuertes, rodeando la mesa, presa de la ira y la frustración.

—Tenía que hacerlo, Sarah.

—No sabemos quién es ese tío. ¿Por qué has hecho algo así?

—Por favor, siéntate. Hay algo más.

Sarah se paró de golpe, como si hubiese topado contra un muro. Miró de nuevo a Less y volvió a tomar asiento con calma, ayudándose con las manos.

—Cuando el inspector vio la nota se quedó atónito. —La joven aprovechó que Sarah se había quedado congelada escuchando cada palabra para contarle todo lo que pasó—. Sacó una carpeta y empezó a rebuscar. Me enseñó una foto, Sarah. La foto de una nota idéntica a las nuestras.

La imagen de Martha aquel catorce de febrero invadió la mente de Leissy. Cuando Martha salió de la clase llorando. Escuchó de nuevo las risas de Carmen, de Rebecca y de varios compañeros más de la clase. Volvió a ver cómo cojeaba mientras corría, llorando, desconsolada. Un nudo en su garganta atrapó sus palabras durante un instante.

—¿Qué ponía la nota? —preguntó Sarah al ver que su amiga se había quedado callada.

—Algo que escribió Martha. Las notas que hemos recibido son suyas. Era su letra.

—¿Martha?

—Sí, Martha. Todo está relacionado, Sarah. Sobre el cuerpo de Rebecca encontraron un papel. Una nota amarillenta, igual que las nuestras. Son..., no sé, como las hojas de un diario.

—No entiendo nada —exclamó Sarah poniéndose las manos en la cabeza para acariciarse el cabello—. ¿Qué tiene que ver Rebecca con Martha?

—Esa hoja era un escrito de Martha, de cuando tuvieron la pelea en clase de Química. ¿Recuerdas que Martha le lanzó el contenido de la probeta?

Todas se acordaban de ese día. En especial Rebecca. Aquella riña le había dejado una marca en el cuello en forma de dos puntos, como si un vampiro la hubiese mordido. Cada vez que se lo tocaba, recordaba lo sucedido. Incluso lo comentó en más de una ocasión.

—Claro que me acuerdo. Pero no entiendo qué pinta Martha en todo esto. Ella murió hace ya quince años.

—Lo sé. Pero algo raro está pasando. ¿Por qué ha aparecido esa hoja sobre el cuerpo de Rebecca? —Less intentaba relacionar el pasado con el presente. Buscaba alguna pista que pudiera dar luz a lo que estaba ocurriendo. Pero no encontraba nada—. ¿Por qué ahora?

—¿El inspector te ha dicho algo? —preguntó Sarah intentando ayudar a su amiga.

—Nada que nos sirva.

—¿Entonces?

—Por ahora no tenemos nada, solo sabemos que la muerte de Rebecca, de un modo u otro, está relacionada con la hoja de Martha. —En la universidad, Less había estudiado algunas nociones sobre investigación. Tenía alguna idea de por dónde moverse. Pero todavía no se le ocurría nada.

—¿Crees que nosotras...? —Sarah no pudo terminar la frase. El miedo la detuvo—. ¿Crees que tiene algo que ver con lo que pasó con ella?

—No lo sé. Pero de ser así, nosotras dos también tenemos una nota, es decir, corremos peligro. ¿Recuerdas lo que pasó aquella tarde con Martha?

—No.

La conversación no las llevó a nada. Tras deliberar y sacar todo tipo de conclusiones, ambas se quedaron con más dudas que antes de que llegara Less. Toda la presión que dominaba a las dos amigas era un obstáculo que les impedía buscar una respuesta en el pasado.

—¿Comemos juntas? —preguntó Sarah casi suplicando.

Less afirmó con una leve mueca que pretendía ser una sonrisa. Sarah le devolvió otra un poco más alargada, enseñando un poco los dientes.

—¿Aquí o te apetece salir a algún lado?

—No, no me apetece salir de aquí. Le diré a Julián que traiga algo del bar. ¿Te molesta?

—No, en absoluto —respondió Less—. Ayer pude ver que tenía la mano vendada. ¿Qué le ha pasado?

—Se cortó con un vaso el otro día. —Sarah tardó unos segundos en reaccionar. El cansancio ralentizaba todas sus facultades—. ¿Insinúas algo?

—¡No, no! —negó con rapidez la joven periodista.

—¿Y por qué has hecho esa pregunta? —La voz de Sarah se agravaba por momentos.

—Tan solo me ha venido la imagen a la cabeza cuando lo has nombrado. Nada más. —Less intentaba convencer a su amiga de que su interés no era otro que el de preocuparse por el estado de su pareja, pero la verdad es que le llamó mucho la atención ese detalle. No se lo había quitado de la cabeza desde entonces. Como buena periodista, al igual que los policías, estaba acostumbrada a fijarse en todo, aunque la situación no fuese la más propicia.

Sarah no insistió, la respuesta pareció satisfacerla, o quizás no quiso seguir avivando las llamas. Prefirió evitar un conflicto mayor.

Le ofreció un vaso de agua a su amiga, el cual Less aceptó sin objeciones.

Mientras charlaban, notó cómo su móvil vibraba en su bolso, colgado de la silla de la que se adueñó en cuanto llegó. Era un mensaje de Gregor.

«Llegaré sobre las 17:00».

El rostro de Leissy se iluminó tras leer el mensaje, un pequeño sentimiento de confort la embargó. Por fin, dispondría de un hombro donde llorar. Nunca llegó a imaginar que podría llegar a desear tanto a un, hasta hacía muy poco tiempo, completo desconocido.

Capítulo 19 (8 de septiembre de 2003)

—¡Dennis! Clara te espera en su despacho —dijo Pablo.

Sin mucho interés, me dirigí hasta aquel cuarto que compartían él y la directora. Cuando abrí la puerta, ahí estaba, Toni estaba sentado en una de las sillas ante al escritorio de Clara, la otra silla vacía, junto a él, me la reservaban a mí.

—Siéntate, Dennis. Si no te importa —pidió Clara con un tono de voz suave.

Mis ojos se entrecerraron cuando los vi. Aunque me había decepcionado el hecho de que no hubiese aparecido dos días antes, una pequeña parte de mí se alegraba de verlo. La última vez que lo vi fue hace varios meses. Se había presentado por sorpresa para visitarme. Ahora se mostraba distinto, tenía un tatuaje en el brazo derecho, que se veía todavía más desarrollado que la vez anterior.

—¿Pensabas que me iba a olvidar de ti? —susurró a mi oído cuando me senté a su lado. No le contesté.

Me limité a mirar un punto fijo de la pared, justo detrás de Clara, que movía unos papeles con sus manos. Tras unos minutos revisando algunos detalles de sus informes, volvió a mirarme.

—Bueno, Dennis. Toni dice que quiere llevarte con él, aunque yo no estoy segura de que sea una buena idea. Tienes ya la mayoría de edad, sí, pero no tienes nada previsto.

—Perdóneme, pero ya lo tengo todo *preparao*. Dennis vivirá conmigo, en mi casita. También le he *encontrao* un trabajo de puta madre.

—Tratarme de usted para luego proferir esos despropósitos suena un poco...

—Perdón, señora. —Toni agachó la cabeza sonriendo, me miró y guiñó un ojo—. Bueno. Lo dicho, si le parece bien, lo tengo todo *pensao*.

—Bien. Entonces, ¿te haces responsable de él?

—Sí, señora.

—¿Y tú, Dennis? ¿Qué opinas? —Clara, con la cabeza algo inclinada hacia sus papeles, me miró por encima de sus gafas—. ¿Te parece bien la idea?

Yo tan solo asentí con la cabeza. Las palabras no salían de mi boca. Toni, a mi lado, me miraba con cara extraña, como esperando que yo fuera a saltar de alegría. Mi alegría murió hace años, se fue con Martha a lo más profundo de los abismos.

—Pues entonces, visto lo visto, tendrás que rellenar unos datos y ya os podréis ir. —Clara sacó uno de los papeles y lo apartó del resto—. ¡Héctor!

Héctor apareció junto a la puerta con la fregona en la mano y una sonrisa amigable en su negruzco rostro.

—Héctor, por favor. ¿Puedes preparar la maleta de Dennis?

—Será un placer. —Se perdió de nuevo tras la puerta de madera.

—Bueno, Toni. Vamos allá. ¿Dónde vais a vivir?

—En Teulada, señora.

—Necesito el número de contacto de tu casero.

—Claro, tome. —Comenzó a anotar el número de teléfono—. Se llama Pedro.

—¿Dónde va a trabajar Dennis?

—En un desguace.

—¿En qué pueblo?

—También en Teulada.

Clara siguió haciendo alguna que otra pregunta, sobre todo detalles sobre direcciones, y nos pidió que estuviéramos localizables. Tras unos minutos charlando, mientras yo estaba atento a todo lo que decían, Clara cerró la carpeta y guardó en su interior el amarfilado papel que acababa de firmar.

—Pues bien. Ya está todo, Dennis. Creo que puedes irte. Tan solo quiero que sepas que te echaremos de menos —dijo ella con un suave y desgarrado tono de voz.

«Yo no».

Clara se levantó y me tendió la mano. Yo le presté la mía y ella la apretó y la sacudió un poco haciendo temblar mi brazo. También saludó con un cariñoso abrazo a Toni. Prometieron volverse a ver y los tres nos encaminamos hacia la puerta. Héctor estaba fuera, esperando junto a mi «maleta». Tuve que respirar varias veces.

—Mi caja...

—Está tal cual, hijo.

Revisé el interior de la mochila negra. Era cierto. Ahí estaba, tal y como la había guardado yo, enrollada en mi sudadera gris. Volví a cerrar la mochila y le hice una señal a Toni, que con gran astucia comprendió y comenzó a avanzar delante de mí.

—Despídete, chaval. No volverás aquí nunca más. Ya me ocuparé de eso yo.

Observé el centro a mi espalda mientras ascendíamos aquella cuesta sin asfaltar que lo separaba de la carretera que conducía al pueblo. Justo arriba del todo, un viejo Seat blanco nos esperaba.

ooo

El cartel que informaba de la llegada a Teulada daba credibilidad a lo que Toni había contado a Clara en el centro. Era casi la una del mediodía y mi estómago comenzaba a rugir. Toni se dio cuenta y antes de entrar en el pueblo, me miró y dijo:

—¡Eh! ¿Te apetece parar a comer algo?

—Prefiero llegar a tu casa primero. Luego ya comeré lo primero que encuentre. —Estaba tan acostumbrado a comer basura que apenas me importaba lo que me iba a llevar a la boca ese día. Tan solo quería llegar a casa, tumbarme y descansar, sin pensar en qué explicaciones tendría que dar para escaparme de allí. No tenía que estudiar ni rendir cuentas a nadie. Por fin, desde que Martha y mi padre murieron, era libre de nuevo. Incluso el sol, que ese día calentaba con rabia todo ahí abajo, me parecía más amarillento que de costumbre. Todo el blanco y negro al que estaba acostumbrándome, cobraba un nuevo tono más avivado.

—Como veas. Estamos llegando pues. Pero ahora es nuestra casa, tuya y mía.

Tras la primera rotonda, la cual tuvimos que pasar para desviarnos de la carretera, había otra más. Esta conducía al interior del pueblo o a la zona del polígono. A la mitad, un pequeño camino llevaba a una senda de piedra y grava. Por ahí se introdujo Toni hasta que llegamos a una zona con varias viviendas que tenían más pinta de ser casas de fin de semana o cabañas para pasar el día. Justo al final, estaba la de Toni, o eso declaró él cuando una edificación medio derruida apareció. Era una pequeña casa cuadrada y blanca, sin muchos detalles. Un gran jardín descuidado y un pequeño camino hecho con piedras era todo lo que decoraba el exterior.

—Ahí está.

Cualquier cosa era mejor que el centro de acogida, al que ni en sueños pensaba volver, pero la casa donde Toni vivía tampoco era, ni mucho menos, una mansión. Nunca podría considerarse un hogar. Era un cuchitril derruido y cochambroso.

La imagen del interior contrastaba con la del exterior. La cocina, el baño y el salón estaban tan juntos que se podía evacuar viendo la televisión y controlando que no se te quemara la comida al mismo tiempo. Lo único bueno era que las habitaciones, al fondo, estaban separadas y que cada estancia tenía su puerta, excepto la cocina, que estaba unida al salón.

—Desde luego... —dije sin terminar la frase. Necesité contenerme para no continuar.

—¿Prefieres el centro? —Acertó de pleno.

En cuanto entré por la puerta, me fijé en una maleta que había justo al lado del frigorífico. Una pequeña maleta negra Samsonite con cierre simple. Mi nuevo compañero de piso estaba sonriendo. Tanto que las comisuras de sus labios casi le tocaban las orejas.

—Ya la has visto, ¿eh?, canalla.

—No sé a qué te refieres.

—¡Va! no te hagas el tonto. No tengo secretos para ti, ya lo sabes. Eso es el trabajo tan cojonudo del que nunca quise hablarte en el centro. Mira. —Cogió la maleta, la dejó caer sobre la mesa, justo frente a mí, y la abrió. En su interior había una pistola negra y varias bolsas con algo de color verde.

—¿Es de verdad?

—¿Para que la iba a tener ahí si no lo fuera? ¿Te mola o qué?

—¿Qué es?

—Una Beretta 98 A1. Una joyita, pequeña, pero matona —comentó orgulloso mientras la acariciaba con cuidado—. No la toques, que está cargada.

—Me refería a la bolsa.

—¡Ah! Es maría. Esto son los trapicheos que hago. De normal, quedo con ellos el día que me dicen. Lo recojo y lo llevo a donde me ordenan. No hago nada más. Estas dos bolsas son mías. De vez en cuando, me gusta tener algo que ofrecer a mis invitados. ¿Quieres?

—Paso. ¿Sabes que podrías meterte en un buen lío si te pillan?

—Lo tengo todo fríamente calculado, chaval. Sé que soy el chivo. Normalmente dan el chivatazo de que va un coche con un cargamento por tal zona, pero yo soy más listo que todos ellos y siempre acabo llegando a mi destino. —Cerró la maleta, la volvió a dejar donde estaba y luego me indicó el camino hasta las habitaciones—. Tendrías que haber visto la cara que puso el colega cuando me presenté ante él el primer día. Ja, ja, ja... *Pa' fliparla*, tío. Se quedaron *to' pillaos*. En fin, la de la izquierda es tu habitación.

Era una habitación húmeda y descuidada, pero era perfecta. Todo era perfecto estando fuera de ese centro perdido de la mano de Dios. Dejé la mochila a un lado de la cama y me tumbé en ella mirando al techo unos segundos. Fueron pocos porque Toni volvió a requerirme enseguida. Me llamó desde fuera de la casa. Cuando salí, estaba mirando al infinito.

—¿Lo ves?

Tan solo verde nos rodeaba. Un gigantesco verdor hasta donde me alcanzaba la vista. A lo lejos, se podía divisar la carretera. Un fino trazo gris negruzco que recorría de lado a lado aquel lienzo verde.

—Pues..., no sé.

—Allá, al final —dijo señalando con el dedo. Varias hileras de coches destrozados se

alzaban por encima de los huertos, justo al lado de la carretera—. Ahí es donde trabajarás.

Observé todo a mi alrededor. El desguace a lo lejos, la casa de Toni, los huertos, el aire puro, el sol castigándome por ofrecerme a él sin ningún tipo de protección, salvo mis vestimentas. Parecía que todo comenzaba a mejorar. Una pequeña esperanza se refugió en mi interior, haciendo que creyera que había un futuro para mí. Pensé que podría funcionar, que podría volver a vivir.

Pensara lo que pensara, inocente fui.

Capítulo 20 (11 de abril de 2017, martes)

Less abrió los ojos con lentitud para que su visión se ajustara a la claridad que la luz del día otorgaba a su habitación. Observó el cielo encapotado a través de la ventana. A su derecha, Gregor dormía a pierna suelta. Su rostro estaba relajado, perdido en algún mundo que ni siquiera él llegaría a recordar un rato después. Se levantó sin hacer mucho ruido y se preparó una taza de café con leche, como de costumbre. Mientras la tomaba, asomada al ventanal de su salón, la masculina presencia de su acompañante se hizo notar a su espalda.

—¡Ey! —acarició con su voz los oídos de Less y acercó su boca al rostro de ella—. ¿Cómo has dormido hoy?

Leissy asintió sonriendo, intentando explicar que bajo aquel caparazón, serio y reservado, había una muchacha rota por el dolor de tener que soportar una nueva pérdida. Sobre todo de una forma tan terrible. Los noticieros no dejaban de hablar del tema.

«Una joven de 30 años aparece asesinada en su apartamento. Según los primeros informes, la causa de la muerte fueron varias puñaladas en el pecho. Se baraja la posibilidad de que se trate de una víctima más a causa de la violencia de género. De ser así, sería la número trece en lo que va de año».

—Sabes que eso no puede hacerte ningún bien. Ayer hablamos. Te dije que no pusieras la televisión para nada.

—Sí, lo sé. Pero necesito estar al día. Sarah y yo también tenemos una nota.

—No te preocupes. El inspector lo sabe. No creo que te deje desprotegida. Estaréis vigiladas. Ya lo verás, estarás bien. Relájate.

Less y Gregor habían pasado gran parte de la noche hablando. Desde que él llegó, a la hora prometida. Ella le contó todo lo que sabía sobre el tema y él, que apenas acertaba a no mudar la expresión de su cara, se limitó a asentir con la cabeza y a pronunciar algún «um» o «ajá» de vez en cuando. Charlaron casi hasta la madrugada. Al fin, Less, rendida de cansancio, se quedó dormida, apoyada en los brazos de Gregor.

Un mensaje de Sarah, enviado a última hora de la noche anterior, provocó que la intranquilidad, que había llamado a sus puertas en los últimos días, volviera a sacudirla.

«Han entregado ya el cuerpo de Rebecca. Mañana a las 17:00 será el entierro. ¿Me recoges, por favor?»

Ella respondió confirmando que la iría a buscar. Todo lo que les esperaba ese día suponía un duro golpe para las dos jóvenes. Gregor le aconsejó que estuvieran juntas en eso.

ooo

Unas pequeñas gotas resbalaban sobre el ataúd de Rebecca, un féretro de madera de Ayouz con una bonita cruz de metal y un interior de lujo en color crudo. Lo dejaron sobre una camilla metálica mientras el cura pronunciaba su habitual panegírico. Leissy y Sarah permanecieron juntas durante toda la ceremonia. Ambas, como dicta la tradición, engalanadas con oscuras vestimentas. La periodista optó por un traje negro y Sarah recurrió a un vestido del mismo tono, aunque algo más ajustado. El resto de asistentes también lucían atuendos grises o negros, excepto Patricia, la

hermana mayor, que vestía unos vaqueros claros y un jersey rojo. Una mancha roja sobre un decorado apagado era como una vela encendida en el centro de una sala oscura. La ceremonia acabó entre lamentos y llantos de todos los asistentes, sobre todo, de la madre de Rebecca, que con gritos y suplicas maldecía al destino por haberle arrebatado a su hija de tan mala forma. Qué cruel puede llegar a ser la vida, tan injusta y a la vez tan sencilla. Cómo se puede pasar de la risa al llanto con tanta facilidad. Less y Sarah prefirieron marcharse unos minutos antes para evitar la afluencia de la gente cuando todo acabara. Ya en el coche, de camino a casa de Sarah, esta comentaba, entre sollozos, lo duro que debió ser para su padre, sobre todo.

—Rebecca murió sin reconciliarse con su padre. Tiene que ser muy triste eso para él.

—Supongo. Se lo veía bastante mal.

—Sí. Estaba destrozado, pobre. No es algo que... —Sarah se acercó al parabrisas del coche de Less, mirando atónita a lo lejos—. ¿Está abierta la puerta de casa? ¿La dejé yo así?

Less se estremeció, recordaba que su amiga había cerrado con llave al salir y así se lo dijo a Sarah.

Ambas se quedaron afuera, analizando la situación e intentando visualizar algo que pudiera darles una pista. Nada, tan solo tranquilidad y paz se respiraba.

—Llama a la Policía, no se te ocurra entrar, Sarah.

—Sí, eso haré.

No tardaron más de diez minutos en llegar. Un coche de la Policía paró ante la puerta de la vivienda y los dos agentes se perdieron en el interior. Al cabo de un rato, salieron y se acercaron a las dos jóvenes.

—¿Es usted la propietaria? —preguntó uno de ellos. Un muchacho joven con barba descuidada y una espalda enorme.

—¿Qué han descubierto?

—Nada, está todo revuelto. Pero dentro ya no hay nadie. La puerta no ha sido forzada, así que debe de haber entrado por alguna ventana, la del salón estaba entreabierta. Revise todo y haga una lista con lo que le han robado para presentar la denuncia y para que después, el seguro cumpla con el pago.

—¡No puede ser! Recuerdo haber cerrado con llave al salir.

Ambos agentes se miraron, conversando mentalmente entre ellos para poder llegar juntos a alguna conclusión.

—¿Está usted segura, señorita?

—¿Acaso me estás llamando tonta?

—¡No! Faltaría más. Tan solo digo que quizás no se acuerde con exactitud de que cerró usted con llave. Es probable que esté recordando la acción de otro momento y la relacione con la de hoy. Es muy fácil que haya entrado por la ventana y haya salido por la puerta para no alertar a ningún vecino.

—Yo sé muy bien lo que he hecho, pero sé que acabará siendo lo que tú digas. ¡Gracias por la confianza! —Sarah resopló ofendida ante la desfachatez del hombre, que no hacía más que poner en duda sus palabras.

—Bueno, señorita. Si surge algún problema, no dude en llamarnos de nuevo.

—¿Y no van ustedes a tomar huellas o lo que quiera que hagan? —Sarah se mostró furiosa ante la parsimonia de los dos agentes, que tras reírse ante esa pregunta, contestaron, en tono jocoso, que ellos no eran del CSI. Se marcharon entre risas y cuchicheos, ya habían soportado suficientes insolencias de la joven.

Sarah entró decidida para ver la magnitud del desorden con el que el desalmado había osado terminar de redondear una semana perfecta. Mientras su amiga subía por la escalera enmoquetada para revisar su joyero, Less se quedó en el salón recogiendo un poco todo el desastre causado. Unos segundos más tarde, un grito alertó a la joven. Sarah, entre aullidos, reclamaba la presencia de su compañera, que no tardó en presentarse junto a ella. Leissy encontró a su amiga sentada en la cama con un pequeño libro en la mano. Extrañada, preguntó por qué estaba gritando. Sarah, tan solo, le mostró el cuaderno.

—¿Qué ocurre?

—Esto —dijo ensimismada, perdida por completo en algún lugar entre la tierra y su imaginación—. Estaba en mi cama. Aquí está todo tal y como lo dejé. Ni siquiera han tocado el joyero...

Less contempló todo lo que la rodeaba. Nada parecía fuera de lo normal. Todo estaba ordenado, limpio, impoluto. Estando a la vista por completo, incluso el joyero se veía perfecto.

—¿De qué se trata?

—No lo sé. No lo he abierto. ¿Puedes...?

Sarah le entregó aquel libro, con la tapa blanca estampada con círculos en rojo y azul, a su amiga, que con sumo cuidado lo abrió. El rostro serio y calmado de Leissy pronto comenzó a transformarse en una mueca de incertidumbre y terror. Sus ojos se abrían cada vez más a medida que avanzaba entre sus amarillentas páginas, el negro de sus pupilas destacaba.

Las primeras hojas las pasó con lentitud, recreándose en cada palabra, pero la velocidad de sus dedos creció después, adelantando más y más rápido cada página. Algunas se mostraban escritas por ambas caras, otras, en cambio, tan solo por una.

—¿Reconoces algo?

Less tan solo asintió. Lo reconocía perfectamente. Era un diario. Por lo que en su interior se plasmaba, era el diario de Martha. La joven periodista volvió a revisar todo el cuaderno y le mostró a su amiga el macabro hallazgo.

Miércoles, 7 de noviembre de 2001

Hoy le dejé a papá unas tostadas con varias mermeladas en la cocina, antes de ir a estudiar. Papá no había ido a trabajar. Ya me lo veía venir anoche. Llegó muy tarde y muy borracho. Se tambaleaba dando golpes por las paredes del pasillo y murmuraba algo que no podía entender. Tan solo palabras sueltas.

Hoy hacía mucho frío, así que me puse mi chaqueta de plumón rosa, que me regaló papá el año pasado. Cuando no está triste, es bueno y atento.

Entré en clase casi a la hora en punto, la profesora estaba en su sitio ya. Sarah estaba sentada con Less en su mesa, Rebecca y Carmen, en la fila de atrás, y Patt y Saúl, en la de delante.

Cuando me vio, se burló de mi chaqueta, decía que era la misma del año pasado, que si no tenía dinero para comprarme una nueva. Y que si yo quería, podía prestarme la suya de hace varios años, que la usaba como mantita para su perrita, pero que me la dejaba a mi si hacía falta. Sarah siempre está muy pendiente con el tema de la ropa, no se le escapa nada.

La ignoré. Suelo ignorarla bastante, pero es muy difícil. A veces me cuesta mucho no dejar que me afecten sus burlas. A veces, cada una de sus palabras se me clava tan adentro, que va dejando huella.

No se volvió a meter conmigo.

Sarah torció el rostro cuando terminó de leerlo, consciente tanto de la veracidad del

contenido como de la autoría del acto que ahí se expresaba.

—Recuerdo aquel día —dijo Less en un tono muy cercano al reproche.

—Yo me acuerdo de que le decía cosas en broma sobre su ropa, no sé si pasó así exactamente. Pero ¿qué quiere decir esto?

—Pues que alguien lo ha puesto ahí. Alguien nos está amenazando.

—¿Quién? —La voz aguda de Sarah se aflojó un poco cuando formuló la pregunta.

—Es lo que tenemos que averiguar.

—¿Su papá?

—No, su padre murió el mismo día. ¿No lo recuerdas? —Una imagen sacudió el recuerdo de la periodista—. Su hermano. Recuerdo que en un periódico hablaron de su hermano.

—Sí, es verdad. Tenía un hermano un poco mayor. Un chico gordo y feo, parecía un gitano. —Less entrecerró los ojos en un gesto de desaprobación ante aquella inapropiada observación. Sarah, incluso en sus peores momentos, no conseguía evitar sus típicos oprobios y comentarios vejatorios—. ¿Pero qué querrá? —preguntó todavía sentada en su cama. Tuvo que conformarse con un sepulcral silencio como respuesta. Su amiga se había vuelto a sumergir en el diario.

La cara de desconcierto de Less se tornó gris. Cerró el libro y lo volvió a abrir, y comenzó a pasar páginas a gran velocidad, hasta llegar a las últimas.

—¡Mira! —Less le mostró una de las hojas. Era un trozo de papel roto, anclado al lomo del diario—. ¡Hay más!

Siguió pasando las páginas hasta pararse en la siguiente. Sarah observaba incrédula toda la escena. Less volvió a avanzar hasta la siguiente página arrancada, y luego siguió con otra más. Casi llegando al final del libro descubrió que la nota que recibieron semanas antes pertenecía a ese diario. Tras la última hoja escrita, se podían observar los rastros de cinco hojas más que habían sido arrancadas de ese cuaderno. Tras ellas, todas las que quedaban mostraban la misma frase escrita: NO HAY JUSTICIA. Lo mismo que Less encontró en su coche, Sarah en su tienda y Rebecca en su buzón. A esta última, además, la condecoraron con otro de los fragmentos del libro del recuerdo.

—¡Tenemos que llamar a la Policía! —exclamó Sarah presa de un ataque de pánico mientras se levantaba de la cama y se dirigía al piso de abajo. Su amiga salió tras ella un segundo después.

Una vez llegaron al salón, y después de que Less abortara el plan de su amiga, continuó con sus alegaciones:

—Déjame averiguar qué hay detrás de todo esto.

—¿Averiguar el qué?

—Quién nos está amenazando.

—No quieras hacer el papel de detective, Less. No quieras arriesgar todo por una portada.

—¡No tiene nada que ver con eso! —espetó la joven ofendida—. Se trata de que nosotras conocemos toda la historia, podemos movernos mejor por ese pasado.

—Está bien, Less, pero por favor, ten mucho cuidado. ¿Por qué no llamas al inspector Gallo ese?

—Porque si es el hermano de Martha el que nos ha dejado aquí esto, es porque quiere meternos el miedo en el cuerpo. Por eso, debemos intentar acercarnos a él sin que sospeche. Cuando tenga claro todo, llamaré al inspector. Lo prometo. —Less convenció a Sarah de que investigar por su cuenta era la mejor decisión. Aunque en su fuero interno, un pequeño atisbo de esperanza había resurgido y se convenció de que estaba ante el caso de su vida. Quería resolverlo ella sola, quería demostrarse que valía para eso—. ¿Dormirás...?

Un pequeño haz de luz cegó a las dos jóvenes justo en ese momento, provocando que Leissy interrumpiera su pregunta. Sarah se levantó dando un brinco y mientras señalaba a la ventana comenzó a jadear.

—¡Ahh! —Su grito transportó a Less a un estado casi catatónico—. ¡Ahí, en la ventana!

Less corrió hacia su amiga, intentando ver a qué se estaba refiriendo. Sarah mantenía la mirada clavada en la ventana, su dedo índice también la señalaba.

—Estaba ahí, lo he visto.

—Sarah, cálmate. ¿Qué has visto?

—Ahí, ahí. —Se limitaba a señalar y gritar las mismas palabras.

—¡Sarah! —gritó Leissy con la mano en alto, dispuesta a abofetearla si su amiga no volvía en sí. No hizo falta—. ¿Qué te pasa?

Sarah se dejó caer sobre el sofá, agotada y rendida, tan solo repetía las mismas palabras: «Ahí, está ahí». Less miró hacia fuera a través del ventanal, pero no halló nada que pudiera merecer una denuncia en la comisaría. Cuando volvió a girarse para contarle a su amiga que ya había pasado todo, vio que se había dormido tumbada sobre el reposa-brazos, con el vestido aún puesto. Le quitó los zapatos, la tapó con una pequeña manta que tenía apoyada sobre el cabezal y la dejó durmiendo. Cogió su teléfono y marcó el número de Gregor.

—¿Te quedas hoy también?

—Me encantaría.

Una corta llamada, pero con un gran significado. Less se quedó mirando el teléfono, pensando en lo que acababa de suceder. A veces, los momentos más importantes se traducen en una pregunta sencilla y una simple respuesta.

Capítulo 21 (13 de febrero de 2004)

No importa lo rápido que viaje la luz, siempre se encuentra con que la oscuridad ha llegado antes, y la está esperando.

Terry Pratchett (El segador)

Ya casi han pasado dos años. Dos años desde que aquella maldita desgracia arremetió contra mí sin compasión. Dos años desde que me arrebataron todo cuanto creía tener. Pensaba que poco a poco me recuperaría del golpe, pero el destino es caprichoso, cuando decide encariñarse con alguien, lo hace aun sabiendo que no es correspondido.

Toc, Toc.

La puerta del baño retumbó con las sacudidas de Toni, que al otro lado intentaba llamar la atención.

—¡Yeh, loco! ¿Piensas quedarte ahí toda la noche? Me estoy cagando.

Resoplé ante la poca sensibilidad de mi compañero. Nunca he sido una persona vulgar, por eso odiaba a todos los que hablaban con la «polla» en la boca.

—Estoy acabando.

—¡Vamos, hostia!

—¡Que estoy acabando te he dicho! —Mi replica sonó más contundente que la primera. Se marchó rezongando algo que no conseguí entender. Yo seguí con mis tareas.

Acababa de salir de la ducha y el cristal del espejo estaba completamente empañado, cuando limpié un poco con mi mano el vaho, mi imagen cambiada se reflejó distorsionada en él. La barba comenzaba a cobrar importancia en mi cara. Al haber adelgazado, mis facciones se veían más definidas y mi peinado había mejorado bastante tras mi salida del centro, ya no llevaba mi pelo tan largo y descuidado. Ahora prefería tenerlo corto para no tener que preocuparme de peinarlo. En cuanto al físico, la importante pérdida de peso no ha sido en vano. En mi estómago se había formado una cantidad incontable de estrías y marcas, pero con el ejercicio iban desapareciendo. Volví a hundirme en mis pensamientos mientras terminaba de arreglarme hasta que un ligero ardor me devolvió al baño. Un escozor se impuso en mi cuello cuando pasé la toalla por esa zona, lanzando cuerpo abajo varios finos trazos rojos. Me sequé la sangre con la misma toalla blanca con la que me estuve secando el cuerpo y en el espejo se reflejó la herida que decoraba mi brazo. Una nueva marca de guerra, hecha ese mismo día. Todo lo ocurrido por la mañana volvió a mi mente.

El día se había presentado como otro cualquiera. Un sábado normal y corriente trabajando en el desguace en el que Toni había conseguido colocarme. Desde que salí del centro, todos los días trabajaba ahí, de lunes a sábado, desde que amanecía hasta casi anochecer. Me encantaba trabajar en ese viejo descampado lleno de vehículos, me ayudaba a desconectar de todo. Tan solo me centraba en los viejos coches que llegaban, o en otros destrozados por completo. Siempre me preguntaba cuál sería la historia que cada uno de ellos podría contarme, cuántos libros se podrían escribir contando las experiencias que esos deshechos me podrían ofrecer. El reloj, que el señor

Adelo tenía justo en la entrada, un reloj enorme de metal con una estructura que lo anclaba al suelo, marcaba las 10:05 y el sol ya castigaba con fuerza, a pesar de estar a mitad de invierno.

—¡Hijo! Vamos a almorzar, venga. Yo te invito —dijo el señor Adelo. Juan Adelo era el dueño del desguace, un viejo cascarrabias, pero de buen corazón. Nunca tenía malas palabras para nadie, salvo que fuera un político, contra ellos sí que escupía toda la bilis que se le acumulaba.

—No, gracias, señor Adelo, prefiero terminar con los dos coches que entraron ayer a última hora.

—No van a irse a ningún lado, muchacho. Puedes descansar un poco, no es necesario que estés todo el día rompiéndote el lomo con estos trastos viejos. Cuanto más ganes, más tendrás que declarar, chaval. Así es la sociedad esta en la que vivimos.

—Lo sé, pero prefiero quedarme, gracias de nuevo.

—Como quieras. ¿Te traigo algo del bar?

Negué con la cabeza mientras volvía a introducirme bajo el capó de aquel todoterreno negro en el que estaba trabajando. Ese y un Ford rojo fueron los dos vehículos que habían entrado el viernes.

Había visto cómo el señor Adelo se marchaba, renqueante y con lentitud, hacia su coche, aparcado justo en la entrada. El exceso de peso, y de vicios, habían castigado un cuerpo que tan solo pudo hincharse de una peligrosa forma, haciendo que cualquier mínimo esfuerzo acabara en un jadeo carrasposo.

Mirándome al espejo, recordé la imagen de Juan, subiéndose a su Mercedes blanco. Recordé cómo había gemido ese pobre coche al tener que soportar su embestida cuando se dejó caer en el interior. Yo seguí desmontando las piezas del motor de la furgoneta. Primero, bajo demanda de Juan, tenía que quitar todas las correas y el alternador, por eso preferí empezar por el todoterreno. Su amplio cajón delantero hacía que pudiera trabajar mejor en el interior del motor, aunque lo de «mejor» era relativo. Mientras terminaba de desmontar el alternador, una de las herramientas se me resbaló y se perdió en la oscuridad. Me asomé por debajo, pero no había llegado a caer al suelo, así que tuve que rebuscar por el interior ayudándome de una pequeña linterna. La encontré, escondida entre una de las vigas del chasis y el filtro de aceite. Conseguí, no sin esfuerzo, acceder hasta la llave, pero para ello tuve que introducir mi brazo casi hasta el hombro.

El espejo del baño mostraba mi rostro serio, contemplándome. El recuerdo de la siguiente escena era más borroso, como difuminado.

Había conseguido alcanzar la llave, pero cuando intenté incorporarme para sacarla conmigo, algo me retuvo. Algo en el interior del coche me había agarrado por el cuello y quería volver a introducirme dentro. Recordé la ansiedad que sentí en ese momento, el miedo, el terror de no saber qué hacer. Había intentado, por todos los medios, escapar de aquello que me sujetaba, pero no podía, me había atrapado con fuerza, quería sumergirme en esa oscuridad. En un último intento, me dejé caer un poco para coger impulso y con rabia salté hacia el exterior de ese oscuro infierno. Fue entonces cuando noté que algo en mi cuello me arañaba. Un ruido metálico se dejó oír bajo el capó justo un segundo después. Un sentimiento aún peor que el miedo me escupió en la cara, no había nadie intentando atraparme, tan solo se me había enganchado el collar en alguna pieza del motor. Entré en pánico al darme cuenta de que su collar podría estar perdido entre las sombras de la nada. Volví a rebuscar por dentro de la furgoneta, pero no lo encontraba. Mis nervios se trasladaban, a través del tiempo, hasta ese mismo momento en el que me estaba observando en el espejo del baño, recordando lo sucedido, y volvían a retroceder varias horas, hasta el desguace.

Recuerdo haber estado varios minutos buscando, desesperado. Haber golpeado el capó del

coche, con rabia. Había pasado un rato hasta que el brillo de la cadena se dejó ver en un pequeño rincón de algún oscuro y siniestro apartado. No sé cómo lo hice, pero metí tan rápido el brazo que cuando quise darme cuenta ya tenía su colgante de nuevo en mi posesión. Poco más recuerdo, tan solo que, tras recuperarlo, un fuerte dolor comenzó a palpitar en mi brazo, miré al suelo y vi cómo se formaba un pequeño charco de sangre. Sangre que procedía del calor que sentí unos segundos antes y resbalaba por mi brazo hasta el codo para descolgarse hacia el suelo desde ahí. Miré con temor y vi una enorme herida en mi antebrazo, desde la cual escapaba con furia una cantidad importante de sangre. Tras eso todo se volvió oscuro, me dejé caer sobre el paragolpes del Ford rojo y todo se apagó. «Tienes que ser tú, Dennis».

Cuando desperté, estaba en una camilla del hospital, con Toni adormilado a un costado, sentado en un pequeño sillón rojo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Eh! Menuda has *liao*, tío. Me ha llamado Juan, todo *asustao*, que no te despertabas. Estabas lleno de sangre y pensaba que la habías *palmao*.

—¿Dónde...?

—Nada, te han traído al hospital. Dicen que te desmayaste, nada más. Ya nos vamos.

No tardamos en salir de allí. Cuando comprobaron que todo estaba en orden y después de una buena vacuna, me dejaron irme. Por el camino, no quitaba la vista al colgante, que se había roto a causa del fuerte tirón que le di. Desde que me lo puse, después de encontrarlo entre las páginas del diario, nunca se había separado de mí. Sentí una extraña sensación de vacío, como si lo que se desprendió de mí hubiese sido una parte de mi alma. Un pedacito de mi recuerdo que parecía condenarme por haber pretendido deshacerme de él.

—No te preocupes, el lunes iremos al joyero a que lo arreglen. Aunque lo que deberían arreglarte es la cabeza. ¿Qué mierda te entró? —preguntó Toni apartando la vista de la carretera —. ¿Te has visto el brazo? Diecisiete puntos, chaval. ¡Diecisiete putos puntos!

—No me di cuenta.

—Ya. *Pos pa' haberte rajao* el brazo de esa forma, menos mal que no te diste cuenta. ¿Y lo del cuello, tampoco te diste cuenta?

—Olvídame, anda.

—Ahí está, el Dennis que yo quería ver. —No volvió a decir nada, sonrió, volviendo a poner atención a la conducción, y cerró la boca.

Pronto llegamos a casa, él se tiró en el sofá a seguir viendo la televisión, y yo me encerré en mi cuarto. «¿Qué significa todo esto?», pensé. Rebusqué bajo la cama y saqué mi caja de zapatos, que había llegado a acumular una fina capa de polvo. Fue entonces cuando lo comprendí todo, fue en ese momento cuando supe que mi pasado no me dejaría en paz. Aunque pensara que podría seguir con mi vida, mi destino estaba marcado. Hay caminos que no podemos evitar. Cogí su diario y comencé a perderme de nuevo entre sus letras, entre sus lamentos.

—¡Va, cojones! —gritó Toni aporreando la puerta de nuevo, sinceramente furioso. Su grito me devolvió a la realidad. Aunque la verdad era que ya no conseguía dilucidar cuál de todas era mi realidad. Tan solo estaba viviendo una proyección de la vida de mi hermana, hay días en que pienso que quien murió esa tarde fui yo.

Capítulo 22 (12 de abril de 2017, miércoles)

«Ja, ja, ja. Mira la mojigata, parecía tonta. ¡Zorra! Ja, ja, ja». Las risas de Rebecca y el resto de compañeros de clase sonaban distorsionadas en la cabeza de Less, que tan solo podía observar la escena, sin poder participar para nada en ella. Se incorporó de un salto sobre la cama, abriendo los ojos para corroborar que todo había sido un mal sueño, mientras, Gregor, a su lado, la imitó, aturdido a causa del susto.

—¿Estás bien?

—Sí, tan solo era una pesadilla.

Más que una pesadilla se trataba de un incómodo recuerdo, que pasado todo ese tiempo volvió a introducirse en su mente, como si intentara dejar algún mensaje que ella no acababa de entender. En él se veía a sí misma, de joven, el día en que Martha se quitó la vida. Rebecca había reunido a gran parte de la clase frente al aula de Tecnología, que por alguna extraña razón tenía el pequeño cristal, por el que se podía ver el interior, cubierto de papel. Fue a la hora del descanso, tras unos minutos esperando fuera, la puerta se abrió de golpe. De ella salió Martha, corriendo con los ojos rojos e hinchados. Cuando se vio rodeada, se limitó a observarlos a todos, como si estuviese pasando lista. Rebecca comenzó a burlarse y a insultarla, pronto, el resto de la clase también participó en aquel linchamiento público. Sarah no tardó en aparecer, algo que a Less en el sueño le resultó confuso, pero, realmente, ese día le había pasado inadvertido. Unos segundos después, Patrick salió de la clase riéndose. El sueño terminó cuando Martha salió espantada por la presión que estaba recibiendo mientras se agarraba con una mano el jersey, que había quedado desgarrado por el cuello.

—¿Todo bien?

—Está todo en orden, tranquilo.

A pesar de haber amanecido, el día se antojaba triste, apagado, como si tuviera pereza de agrandar a los humanos, su natural e irisado cielo se escondía entre grises nubarrones que no tramaban nada bueno. Ya en el noticiero de la noche anterior, la chica del tiempo había predicho que se acercaban fuertes tormentas, previstas, sobre todo, para el final de semana y principio de la siguiente, pero que a lo largo de esos días podrían descargar algunos chubascos por la zona de la costa.

—¿Te apetece un café? —preguntó Less con una sonrisa forzada y el pelo alborotado. Su larga melena negra, si no se la recogía por la noche, a la mañana siguiente amanecía deshecha.

—Por favor, solo...

—Con doble de azúcar, lo sé. —Se perdió por el pasillo regalándole otra sonrisa, pero esta vez más cariñosa. Gregor se quedó tumbado en la cama viendo cómo ella se alejaba.

Mientras el café de Gregor se enfriaba en la encimera de la barra americana. El que se había preparado ella, lo hacía en la mesita frente al sofá. Con la televisión encendida contemplaba el diario de Martha, que reposaba, cerrado, delante de ella.

«Fuentes policiales informan, que la víctima, Rebecca Danez, presentaba varias heridas de arma blanca en el tórax y una en el costado. Sospechan que pudo haber presentado resistencia.»

No se descarta la posibilidad de que haya sido un crimen pasional, aunque según informan los vecinos, no se le conocía pareja alguna».

En el programa se estaba abordando el tema, aprovechando para hablar también de la violencia de género. Less seguía mirando absorta el diario. Sabía que no tenía nada que ver con un crimen pasional, la Policía estaba muy lejos de la verdad. Sin dudar más, lo abrió y comenzó a retroceder hacia ese pasado que creía superado. A medida que avanzaba entre sus páginas, veía con horror cómo Martha no solo sufría por lo que ocurría en clase, sino que fuera de ella su vida aún se complicaba más.

Martes, 13 de noviembre de 2001

Llevaba unos días tranquila. Creo que es por eso que hoy me tocaba cobrar.

Cuando hemos salido al primer patio, Carmen ha pasado por delante de mí y me ha dado un empujón. Yo no le he dicho nada, pero ella se ha girado y me ha reprochado que la había empujado. Yo le he dicho que había sido ella quien se me tiró encima y Sarah enseguida ha venido a echar más leña al fuego. Ha dicho que ella lo había visto todo y que era mi culpa. Yo he intentado escaparme, pero no me han dejado. Sarah me ha empujado con fuerza, causando que me golpeará la espalda contra un armario donde guardaban la manguera contra incendios. Carmen se ha reído cuando he soltado un pequeño gemido de dolor.

Debbie, la profesora de Inglés, nos ha visto y nos ha mandado a las dos a hablar con el director. Pero el señor Jorge no nos ha dicho nada, tan solo que no lo volviéramos a hacer. Al salir de clases, Carmen y Sarah me han vuelto a buscar.

Sarah estaba siempre calentándole la cabeza a su amiga, y ella entraba en su juego. Se puso muy furiosa y me dijo que si no sabía caminar, que aprendiera, que no tenía por qué ir llevándome a los demás por delante. Luego soltó el típico «coja de mierda», y se fueron las dos riéndose.

Cuando he llegado a casa, me he puesto a llorar. Cada vez lo soporto menos, me gustaría estar a mil kilómetros de aquí. Estar con mamá.

Ronny ha vuelto, es lo único que me ha alegrado el día. Hemos estado jugando casi una hora.

Por la noche he escuchado a Dennis discutir otra vez con papá. Le ha contado lo que me ha pasado hoy, alguien se lo había dicho. Papá le ha asegurado que mañana irá a hablar con el director.

Había intentado tanto huir de su pasado, que el golpe que recibió, cuando este la encontró de nuevo, la dejó en estado de shock. Nunca imaginó tener que enfrentarse a algo así. Pero si alguien era capaz de averiguar algo, era ella. En la universidad había estudiado algunos temas de investigación, así que sabía por dónde moverse.

—¡Eh! Te veo perdida —dijo Gregor acariciándole los hombros mientras miraba por encima de ellos lo que hacía ella—. ¿Eso qué es?

—Nada, es algo que Sarah ha encontrado. Podría ser útil para saber lo que pasó con Rebecca.

—¿Y qué tiene que ver eso con Rebecca?

—Todo, tiene que ver todo. —Less se dio la vuelta sobre el sofá y comenzó a contarle toda la historia que había detrás de aquellas notas que le dejaron a ella y a sus amigas. Le habló de la hoja que apareció sobre el cuerpo de Rebecca, de las arrancadas del diario y de todo lo demás. Gregor iba perdiendo el color moreno de su piel a medida que Less avanzaba en su historia. Cuando al fin terminó, le suplicó:

—Less, estás entrando en un terreno muy peligroso. Si es cierto lo que dices, tienes que avisar

ya al inspector. No quieras meterte en todo eso. No sabes quién está detrás.

—Por eso mismo, creo que esto podría decirme quién lo está. Si se lo doy a la Policía, tardarán una eternidad en avanzar sobre él. Yo conozco todo lo que aquí se cuenta, yo lo viví.

El gesto de Gregor se torció. Se dio la vuelta en silencio y dejó la pequeña taza, que llevaba en una mano, de nuevo sobre la encimera, pero ahora vacía. Y sin girarse, le dijo:

—Aunque lo hayas vivido, eso no te garantiza conocer toda la historia. Puedes decir que crees que la conoces. Pero no puedes asegurarlo.

—Bueno. Pero ya conozco algo más que ellos. Y tengo que hacer algo, he de irme ya —dijo Less indicando, indirectamente, a Gregor que se marchara.

—Sí, yo también tengo que hacer unas tareas. ¿Quedamos para comer?

—Yo te llamo.

Gregor desapareció tras la puerta pasados unos minutos. Less, con una prisa desenfrenada, se marchó poco después. Salió a gran celeridad con el teléfono en una de sus manos. Sabía a quién buscaba y el porqué. El timbre intermitente se clavó en el cerebro de Leissy mientras esperaba, impaciente, la respuesta de Elson. Al fin, cinco tonos más tarde, contestó:

—¿Qué pasa? —Su voz encallecida, ronca y áspera, escupía cada palabra que pronunciaba, mostrando su clara incomodidad ante su llamada.

—Necesito tu ayuda.

—¿Y eso, por qué?

—Esa pregunta está de más, Elson. ¿Por qué habría de necesitar tu ayuda? Pues porque solo tú me puedes ayudar en esto —respondió ella, que sabía cómo controlar a aquel caniche enfurecido con piel, y pelo también, de oso.

—Estoy en el estudio —su cortante respuesta satisfizo por completo a la joven, que sabía que su compañero, aunque algo cascarrabias, era buena persona.

Cinco minutos tardó en llegar. El destino se había aliado con ella para que todos los semáforos y cruces estuvieran abiertos, para que nada se interpusiera en su camino. Su reservado seguía libre, así que en apenas siete minutos tras la llamada, se plantó frente a Elson, que se encontraba terminando un pequeño trabajo de realización para un programa vespertino.

—¿Qué necesitas que sea tan urgente?

—Yo también me alegro de verte.

—Tengo trabajo —El rostro de Elson parecía el de un maniquí de tienda, duro e inexpresivo. Añadido al mortecino color de su piel, llegaba incluso a dar miedo.

—Necesito que busques por internet, que sé que eres el mejor en eso, todo lo que puedas sobre el suicidio de una chica, hace quince años. —Less removía cada uno de sus archivos mentales para recordar con exactitud las fechas y detalles—. Fue el catorce de febrero de 2002, y se llamaba Martha, Martha...

—Ya lo tengo.

—¡Guau! ¡Qué velocidad!

—En la próxima pídemelo algo más difícil. Aquí tienes, todos los artículos y entrevistas que se hicieron sobre esa tarde.

Algo le llamó la atención. Era un artículo de un periódico provincial. En él se mostraba una imagen con dos policías y un titular: «¿Qué lleva a una niña de catorce años a quitarse la vida?». Mencionaba a Martha y daba detalles de la cantidad de suicidios por Bullying que se producían cada año. Condenaban al padre por su adicción al alcohol y a los docentes del centro por su inacción. Pero también hablaba de su hermano, del muchacho que lo perdió todo. Del chico

que se vio de golpe sumido en una tragedia sin precedentes en ese tranquilo pueblo. Alguien que de la noche a la mañana, o en este caso, al contrario, acabó en un centro de acogida, sin más futuro que el que pudiera proporcionarle el Estado. También había una entrevista a los policías que llevaron toda la investigación. Uno era un hombre mayor, el otro, un chico joven. A pie de foto se veía su nombre: Josh Rivera.

—Elson, ¿puedes buscar a ese agente?

—¿Qué quieres que busque?

—Mira, por favor, si sigue en Gandía.

Elson comenzó a golpear las negras teclas con gran agilidad y unos segundos más tarde, con una sonrisa en la boca y sus gafas casi a punto de descolgarse por la punta de su nariz, exclamó:

—¡Bingo! Aquí sigue, sí señora.

«¡Genial!». Less agradeció con un abrazo enorme el gesto de su compañero, que lo recibió toscamente, sin mover un solo músculo de su cuerpo para devolvérselo, y se marchó con el teléfono en una mano y las llaves del coche y el bolso blanco en la otra. Ahora el objetivo era saber si el agente estaba de servicio y concertar una cita con él.

Tras cinco minutos de conversación con una chica muy amable, esta le dio toda clase de detalles y la ayudó en todo lo posible para que consiguiera una cita con Josh. Al final de la llamada, pactaron verse a las dos de la tarde en un bar que estaba justo frente a la comisaría. Faltaban tan solo cincuenta minutos. Comenzó a preparar sus preguntas para Josh.

1: ¿Quién encontró a Martha?

2: ¿Qué sabe de Dennis?

3: ¿Qué ocurrió con él aquel día?

4: ¿Cómo se comportaba?

5: ¿Dónde está ahora?

Esa pregunta levantó un tsunami de dudas en el interior de Less. De pronto, todas las personas de su entorno pasaron a ser sospechosos. «¿Julián? Esa venda en la mano, ¿por qué? ¿Gregor? No, él no. No puede ser él». Todo cobraba un siniestro halo de misterio en torno a su pareja. Alguien que aparece de la nada, justo cuando todo empieza a ir mal, no puede ser buena señal. Justo mientras esa duda comenzaba a transformarse en una seria preocupación, un detalle, que la noche anterior pasó por alto, la azuzó con fuerza. «¡No, él no!».

SEGUNDA PARTE

AL FIN, LA OSCURIDAD VENCE

Capítulo 23 (1 de junio de 2004)

Sabía que no debía haber venido. Sabía que no me traería nada bueno volver aquí, pero un arrebato interno me condujo hasta el pueblo que alguna vez llegué a llamar mío.

El señor Adelo había cerrado el desguace una semana, así que estaba completamente aburrido, enclaustrado en la porquería de casa a la que me habían traído. Una mala idea recorrió mi cabeza mientras estaba en el jardín, tumbado bajo un sol abrasador. Supongo que tanta exposición a los rayos hizo que mi mente compusiera una ópera maldita. Aprovechando que Toni había dejado su coche en casa, un Seat viejo y oxidado, y que yo ya tenía el carné de conducir, decidí acercarme a la que una vez fue mi tierra.

Maldita la hora en que decidí venir. Desde que entré por el puente que cruzaba el río Serpis, un río que siempre se encuentra seco, pero que en época de tormentas es digno de ver, todo pareció volverse en mi contra. Me daba la sensación de que todos me observaban. Traté de evitar mi antigua calle, pero sin darme cuenta acabé justo frente al instituto. Algo en mí provocó que me detuviera durante más de una hora. Aparqué en una calle paralela a la que daba acceso a mi viejo colegio, y el que en su día fue el de Martha también.

Sobre la una del mediodía, todos los alumnos empezaron a deambular hacia sus casas. Primero salieron los más niños, con sus prisas y bromas típicas. Poco a poco, la edad media en aquella calle aumentaba, hasta que, al fin, les vi pasar. Cruzaron por delante de mí, que aún seguía dentro del coche, aparcado a un lado. A la primera persona que vi fue a Leissy, que caminaba con paso calmado al lado de su amiga Carmen, una muchacha de pelo castaño y gafas de pasta. Detrás de ellas iban Sarah, Patrick y Rebecca. Una terrible sensación de vacío se apoderó de mí en ese momento, un vacío que, poco a poco, se fue llenando de odio y rabia hasta casi rebosar por completo. Apretaba con fuerza el volante a la vez que aceleraba las revoluciones del coche, tanto que uno de los chicos que pasaba por mi lado se quedó embobado mirando. No podía entender cómo eran capaces de reír y bromear después de todo lo que habían hecho, y que seguro seguían haciendo. No tardé en comprobar que mis pensamientos eran acertados porque al cruzar la calle, Sarah comenzó a hacer gestos con las manos y a caminar de forma rara para burlarse de una chica gordita que iba por delante de ella. Patrick y Rebecca se reían con descaro. Recuerdo que Patrick, antes de que todo pasara, agachaba la mirada siempre que se cruzaba en mi camino. Es el típico chulito de compañía, que solo sabe burlarse y hacerse el gracioso cuando alguien lo mira y está con él para protegerlo si la cosa se pone más seria. De pelo rubio y ojos negros, solía ser el centro de atención de las chicas que iban con él. Y por lo que vi, Sarah era la que se lo ganó. Caminaban juntos, agarrados de la mano los ratos en los que ella no las usaba para burlarse de la muchacha rolliza.

Al fin, cuando los perdí de vista, decidí cambiar de aires, la imagen de mi hermana vino de

nuevo a mi cabeza. «Tengo que verla». Puse rumbo al sitio que más he odiado visitar desde que mi madre murió. Tardé apenas diez minutos en llegar. Había malgastado más de veinte mirando cómo aquellos indecentes niños me arrebataban una pieza más del puzle de mi felicidad, que llevaba años intentando armar de nuevo.

Me perdí durante casi una hora en ese laberinto de nichos que es el cementerio de Gandía, sin encontrar nada, tan solo desesperación, ansiedad y nerviosismo. Mi madre sí descansaba en uno de sus nichos, lleno de polvo y barro. Me detuve a limpiar su lápida con un fuerte nudo aprisionando mi pecho. Al fin, tras asegurarme de que Martha no estaba allí, me encaré al hombre que se encargaba de que ningún muerto fuera a escaparse. Era un hombre mayor, con unas enormes gafas marrones, bigote y una calva que brillaba más que el cristal de mi coche reflejando la luz.

—Estoy buscando a mi hermana —dije sin más. Tengo que reconocer que tantos años de aislamiento habían hecho de mí un ser intratable, un miserable.

—¿Y qué quieres que haga yo? —Sus modales tampoco eran los mejores del mundo.

—Quiero saber dónde está.

—¡Otra vez! ¿Y qué quieres que haga yo?

Me dieron ganas de pegarle, lo habría matado con mucho gusto, pero no podía permitirme que mi oscura personalidad se pudiera ver con tanta facilidad. De todas formas, mis piernas comenzaban a avisarme, el temblor se hacía intenso, estaban preparándose.

—Murió hace dos años. Necesito saber... quiero saber...

—Siento mucho lo tuyo, chaval, pero yo no estoy aquí para consolar a nadie.

—Solo quiero que me diga dónde está mi hermana. Tiene que estar aquí..., tiene que estar. — Mis nervios iban en aumento, mi rostro se arrugaba y mi mirada se clavaba en el alma de aquel viejo, que pareció darse cuenta.

—Bueno, a ver, dime su nombre. Si está aquí, tiene que aparecer.

—Martha Duga.

El viejo se sentó ante una mesita, en un despacho junto a la entrada, y empezó a buscar entre sus papeles hasta que al fin, se levantó y vino a donde yo estaba, tembloroso.

—Aquí no está, chico.

—¿Cómo que no está? —Unas profundas ganas de vomitar se apoderaron de mí—. ¿Dónde está?

—Pues no lo sé. Tendrás que ir a la Policía, que ellos te digan dónde está.

Tras unos segundos mirándolo fijamente y deseando estrangularlo con todas mis fuerzas, llegué a la conclusión de que no me quedaba otra que hacer lo que me acababa de decir. Subí de nuevo al coche y me alejé del cementerio ante la atenta mirada del vigilante, que se quedó grabado en el espejo interior del coche hasta que desaparecí de su vista.

El calor era insoportable, aunque el sudor que empapaba mi camiseta no era del todo culpa de ese tórrido sol. Los nervios y la angustia también tenían su parte de culpa. A todo eso había que sumarle que desde que bajé del coche hasta que llegué a la puerta de la comisaría, no dejé de correr. Cuando entré, un hombre me recibió de una manera no muy agradable.

—¡Está cerrado ya! Para hacer algún papeleo vuelve mañana de ocho a dos.

—Estoy buscando a mi hermana.

El agente bajó el brazo, que había levantado para impedir mi acceso, y cambió el tono de voz.

—¿Se ha perdido?

—No, murió hace dos años.

—¿Me estás tomando el pelo? —inquirió agravando el tono de voz y con un porte

amenazador. Era un hombre alto y tan grande que tenía que ladear el cuerpo para poder pasar por cualquier puerta. De piel blanca y ojos negros, era un verdadero guardián al que nadie se atrevería a discutirle ninguna decisión, pero había topado con una persona completamente erosionada, tanto, que no le importaba terminar de romperse.

—Se suicidó, y en el cementerio me han dicho que debía preguntar aquí.

—¿En el cementerio no está?

Negué con la cabeza. El agente pareció mostrar un ligero sentimiento de empatía hacia mí en ese momento. Al fin y al cabo, estaba ahí para ayudarme, aunque sus modales, y los míos, no fueran los más acertados. Me miró a los ojos, lanzó un soplido sonoro por la nariz, encogiendo unos centímetros su redonda barriga, y se introdujo en una pequeña habitación tras pedirme que lo acompañara. Dentro, un montón de mesas blancas con papeles y carpetas sobre ellas se extendía a lo largo de toda la sala, al final, varios ordenadores encendidos reposaban solitarios sobre otras. El policía se sentó ante una de esas mesas y comenzó a navegar delante de una enorme pantalla.

—¿Cómo decías que se llamaba?

—Martha Duga, se llama Martha —respondí negando la realidad.

Volvió a teclear algo que no pude ver desde donde me encontraba, a pesar de estar justo detrás de él, y tras unos segundos, se frotó la cabeza, se quitó la gorra y se levantó.

—Pues chico... —Su tono blanco de piel empezó a volverse un poco más rojo, podía ver cómo las gotas de sudor le resbalaban por la sien—. Esto..., no sé bien cómo decírtelo.

—¿Dónde está? —No me gustó su coletilla. La imagen del policía joven que me atendió cuando pasó todo volvía a atormentarme en el interior de mi cabeza. De nuevo presentía que lo que fuera a decir no iba a traer nada bueno.

—El caso es que..., nadie reclamó el cuerpo.

—Estaba en un..., pero ya estoy aquí. Quiero verla.

—Eso es lo malo. Cuando nadie reclama un cuerpo en un año, este se dona a la ciencia —dijo agachando la cabeza—. Lo siento.

Todo lo que amueblaba la habitación, de pronto, vibró con tanta fuerza que el ruido que producía parecía que quisiera dejarme sordo. La luz fue disminuyendo, concentrándose en ese policía que intentaba decir algo, pero su voz no salía de su garganta. Veía cómo movía los labios, pero mis oídos no atrapaban nada. La oscuridad, en cambio, sí que conseguía hacerse conmigo. Todo se volvía negro, todo desaparecía bajo mis pies. El mundo que había intentado regenerar, se desquebrajaba por momentos, haciéndome caer de nuevo en ese abismo de locura del cual había tratado de salir encarecidamente. Aquella noticia volvió a destapar al Dennis que intentaba salir. Al que por poco tiempo conseguí retener en lo más profundo de mi alma, ahora era él quien se apoderaba de ella, haciendo que yo me perdiera en la oscuridad más profunda de mi interior. Vi a Martha durante mi caída, sonreía mientras se alejaba de mí.

ooo

Un coche que no conocía de nada estaba aparcado frente a nuestra casa. No recordaba cómo había llegado. Mi mente había borrado por completo las últimas cinco horas. Tan solo reconocía la oscuridad que se alzaba en el cielo, dándome a entender que mi laguna mental llegaba más allá de las cinco horas anteriores. Tan solo destellos fugaces me atacaban cada cierto tiempo. En uno de esos destellos, me veía a mí mismo sentado en una silla de la comisaría de Policía. En otro, vi que me daban algo para beber. En el siguiente, ya volvía de camino a casa, aporreando el volante,

que al final acabó cediendo a mis golpes y hundiéndose por uno de sus radios.

Cuando entré en casa, Toni se sorprendió al verme, otros dos chicos estaban frente a la cocina, uno era gordo y bajito y el otro, alto y feo, de piel morena y con un tatuaje de una serpiente en el cuello. Toni tenía su maleta abierta y la cerró de inmediato. El otro chaval llevaba una bolsa de deporte en la que se podía ver algún que otro billete de veinte euros.

—¿Dónde te habías metido, tío? Son casi las ocho de la tarde —dijo en un tono algo más cordial que el que tenía por costumbre utilizar últimamente—. ¡Venga, va! Tira a ducharte y ahora iré yo a pillar algo de cena.

Miré a los dos chavales, que me devolvieron el gesto, e intenté seguir mi camino hasta la habitación, pero el alto me interrumpió.

—¡Eh, eh! Espera. ¿Qué pasa aquí? —preguntó desafiante con un canturreo en su voz—. ¿Quién es este tío?

—¡Yeh. Para el carro, eh! Este tío es mi colega y hermano. Así que nos relajamos.

—Me suda el rabo quién sea este tío. Por mí, como si es tu primo el de Cuenca. No quiero que ningún payo venga a meter los morros aquí.

—¡No vayas por ahí, eh, José! Que nos conocemos. —Toni parecía realmente ofendido. Yo tan solo observaba, como desde un anfiteatro, toda la escena. Como si no fuera dueño ni de mi propio cuerpo.

—*Pos dile a tu primo que espere fuera. ¡Eh, tú, payo. Tira pa' fuera! Va.*

—Yo paso de lo que hagáis vosotros. Yo me voy a mi habitación —dijo una voz que provenía de mí, pero que no salía por mi voluntad. De nuevo, fui consciente de que acababa de perder el control de mi cuerpo, pero, esta vez, el temblor que sentía en las piernas apareció de golpe para adueñarse de todo mi ser.

—¿Que tú qué? —El tal José cerró su mochila y en dos saltos se plantó delante de mí. Toni, que intuyó su movimiento, se adelantó y se interpuso entre los dos.

—¡Eh! Tranquilo, José, no vayamos a liarla.

—Tranquilo estoy, lo que me revienta es que vengan chulitos como tu colega a hacerse los graciosos.

—Paso. Que te den. —Me di la vuelta y me dispuse a entrar en mi habitación—. Toni, avisa cuando estos dos capullos se hayan ido.

José apartó a Toni de un empujón, en cuanto oyó lo de «capullos», y se acercó de nuevo a mí por la espalda. Cuando estaba a una distancia prudencial, me propinó un fuerte empujón que hizo que saliera despedido contra la pared que daba acceso al baño. Tuve que frenarme usando los brazos para no estamparme contra ella y enseguida me di la vuelta con un rápido movimiento para quedarme de pie clavando mis ojos en los del chaval, que me sacaba media cabeza, pero al que igualaba con mi anchura de cuerpo.

—¡Eh! ¡Payaso! ¿*Q'has* dicho?

No contesté. Me limité a mirarlo mientras dentro de mí se cocía una furia que nunca antes había sentido. Un fuego crecía en mis piernas y subía con gran intensidad hasta mi cara mientras se repartía por todo el cuerpo. Tenía las manos tan apretadas que podía sentir cómo mis dedos crujían.

—¿Que *q'has* dicho?! *The preguntao.* —Transcurrieron unos segundos de tenso silencio, bajo la mirada de su gordo colega, que disfrutaba de la escena con un cigarro encendido en la boca, que se consumía solo. Toni intentaba sin remedio separarlo de mí—. ¡Te he dicho que te largues! —gritó alargando la última palabra.

—¡Vamos, José! Vamos a terminar con lo nuestro y te vas a tomar por el culo ya —exclamó Toni.

—Yo no pienso irme a ningún *lao* antes de que el subnormal este no se pira de aquí. — Levantó el pecho como un palomo cuando camina. Acercó su mano al mío y comenzó a golpearme con su revés—. Que... —Dio otro golpe—, te... —Otro más—, pi...

No dio un cuarto. Mi furia estalló. Mi cabeza se lanzó contra la suya, como un ave de presa cae sobre su víctima. El golpe impactó de lleno en su nariz. Pude escuchar cómo sus huesos se rompían sobre mi frente, que comenzó a arder tras el golpe. Un gemido de dolor lo acompañó mientras caía de espaldas al suelo, el golpe contra el frío mármol le hizo soltar gemidos aún más fuertes. Toni se abalanzó sobre mí y el gordo corrió también en mi dirección. A Toni lo aparté con fuerza hacia un lado mientras propinaba una patada con toda mi rabia a la cabeza de José, que intentaba con alguna que otra dificultad incorporarse. Tras mi golpe, volvió a caer rendido al suelo. Su amigo saltó sobre mí para protegerlo, pero cayó desmayado tras un puñetazo que dio de lleno en su barbilla. Nada pudieron hacer por José. El demonio que me había poseído era demasiado fuerte como para ser dominado, y él era la presa que había seleccionado para devorarlo.

Todos los recuerdos, olvidados hasta ese momento, se presentaron de nuevo en mi cabeza mientras descargaba mi furia sobre el gitano que quiso hacerse el mafioso. Toni, al fin, pudo detenerme saltando encima de mí y tirándome al suelo.

—¡Para! ¡Para! —gritaba con sus manos sobre mi pecho—. ¡Lo vas a matar, Dennis!

Al fin, consiguió que mi oscuro alter ego me devolviera el control de mi cuerpo.

—¡Tira, métete en tu cuarto, y no salgas!

No dije nada, tan solo obedecí la orden de Toni. Nunca lo había visto tan serio, tan afectado. Me miraba de una forma extraña, como si le diera miedo, con una expresión de terror. Después de observar el cuerpo de José, comprendí su mirada. Mientras me alejaba hacia mi habitación, pude ver el rostro de aquel chico arrogante y engreído empapado en sangre. Su cuerpo convulsionaba sin control y de su boca brotaba la sangre a borbotones. Esa imagen se grabó en mi mente y una pequeña sonrisa me acompañó al dormitorio.

Capítulo 24 (14 de abril de 2017, viernes)

«Está a veinte minutos de su destino. En la siguiente bifurcación, continúe recto».

La voz femenina de su navegador hizo regresar a Less del extraño trance en que se sumergió cuando pasó justo por la carretera donde semanas antes hizo aquel reportaje sobre el desprendimiento. Recordó cómo había conocido a Gregor y todo lo que vino después. Las dudas resurgieron. Apareció de la nada, nadie lo conoce, nadie ha oído nada sobre él. No conocía a ningún familiar suyo. Y, por si fuera poco, en todos los momentos claves, había desaparecido. «No, estoy viendo fantasmas donde no los hay». Less siempre intentaba autoconvencerse de que todo era producto de su imaginación, pero el detalle que vio, cuando encontraron el diario de Martha, la tenía muy preocupada. «Si no se movió de casa, ¿por qué su coche no estaba donde lo vi yo aparcado antes?». Pudo darse cuenta, cuando llegó de casa de Sarah, que su Seat azul no estaba en el mismo sitio que cuando ella salió de casa un rato antes esa tarde. En principio, no le dio importancia, pero ahora, esa cuestión había cobrado más fuerza. Tuvo que sacudirse las dudas de golpe cuando entró en aquel pueblo que tenía costa y montaña a la vez, Altea, ahí la esperaba un tal Pablo. Pablo era el director de un centro de acogida, en teoría era el centro donde Dennis fue a parar. O eso fue lo que le dijo Josh durante su cita, dos días antes.

Habían quedado delante del bar que había enfrente de la comisaría. Ella esperaba puntual cuando vio aparecer a Josh junto a otro policía joven, no muy alto y moreno. A Less le había llamado la atención el cambio físico de Josh con respecto a la foto, la edad no pasa en vano. Lejos quedaba aquel chico joven y guapo del periódico, ahora era un hombre de unos cuarenta y pocos, con bastantes arrugas y el rostro consumido por el tiempo. Las presentaciones fueron escuetas y tras unos segundos, acordaron entrar en el bar para poder conversar con un poco más de intimidad.

Less recordó esa conversación justo antes de bajarse del coche. Sobre todo, recuperó el fragmento en el que Josh le hablaba de lo duro que fue aquel día.

La conversación había transcurrido sin problemas. Josh pidió permiso para que el muchacho endeble e inseguro les acompañara, que le fue concedido sin problemas. Comenzaron a hablar sobre lo acaecido aquella negra tarde. El policía le contó cómo Dennis se rompió en dos:

—Pronto dejó de resistirse. Cuando le contamos lo de su padre, se apagó. Definitivamente, dejó de luchar por todo. Hasta el momento en que me fui, ni siquiera se movió. Teníamos que ir a verlo, de vez en cuando, para asegurarnos de que respiraba.

Less anotaba todo en su libreta mientras que en su interior se derrumbaba por completo. El sentimiento de culpa que la acompañaba desde entonces, y que parecía haber dejado de afectarle, volvía a sacudir su vida como una atracción de feria.

—Mis compañeros lo llevaron a un centro de acogida en Altea. Allí se quedó, es todo lo que sé al respecto.

Ambos agentes se despidieron unos minutos más tarde. El comportamiento del compañero de Josh le pareció muy peculiar a Less. Se mostró en extremo interesado en la historia, tanto que en algunos momentos le pareció que se acercaba demasiado a su libreta para intentar averiguar lo

que había escrito.

Todo acabó, en esencia, bien para ella. Había conseguido una información relevante que no tardó en comunicársela tanto a Sarah, que se limitó a escuchar, como a Gregor que, al contrario que su amiga, intentaba evitar que Less siguiera con ese “descabellado” plan. No le hizo caso.

Bajó caminando los doscientos metros de sendero polvoriento que llevaba al centro, había concertado la cita con Pablo la tarde anterior. Este, en cuanto oyó el nombre de Dennis, accedió con resignación a la entrevista.

Cuando llegó a la puerta, un niño de unos nueve años le abrió con una sonrisa contagiosa y la vitalidad típica en niños de su edad.

—Este es el despacho del *dire*. ¿Eres su novia?

Less lo negó al tiempo que soltaba una sonora carcajada por la ocurrencia del muchachito, que se perdió entre las paredes del centro riendo también a carcajadas. Pablo no tardó en recibirla. Faltaban cinco minutos para las seis de la tarde, pero la joven periodista no podía perder tiempo.

—Hola, siéntate, por favor. Yo soy Pablo, el director del centro —dijo ofreciéndole su mano. Sus finos dedos se entrelazaron con los de la gruesa y áspera mano de Pablo, que con una sonrojada timidez la invitó a tomar asiento—. Según me comentó, quieres hablar sobre Dennis. ¿Qué sabes de él?

—Por eso precisamente estoy aquí. Porque quiero saber qué ha sido de él.

Pablo se dio la vuelta en su silla de oficina de cuero negra, dejando ver a Leissy un primer plano de su rizada y roja cabellera.

—Pues entonces no voy a poder ayudarte.

El rostro de la periodista se transformó por completo cuando oyó tan desesperanzadoras palabras. Pensaba que podría localizar a Dennis por medio de aquella cita o, al menos, acercarse a él. Pero la nada fue lo único que iba a obtener.

—¿Cómo que no puede...?

—Dennis dejó este centro hace ya muchos años. Desde entonces, no lo hemos vuelto a ver. Lo recuerdo perfectamente, no lo olvidaré nunca. Cuando entró él, yo apenas llevaba de voluntario un par de años y nunca había visto un caso tan dramático. Ni yo, ni Clara, que era la directora por ese entonces. —Pablo se levantó y del armario, que tenía justo detrás del escritorio, sacó una carpeta de un amarillo castigado por el tiempo, tanto que apenas conservaba un poco de su pigmento original—. Alguna vez me comentó que Dennis era el ser con el corazón más grande que jamás había visto, pero ese mismo corazón había sido muy castigado por la vida. Y que como pasa con todo, cuanto más grande es algo, también su capacidad es mayor, y de uno depende con qué decide llenarlo. Dennis lo hizo con miedo, rabia y odio.

Less escuchaba atónita cada una de sus palabras, como si intentara revivir esos días de Dennis en el centro, como si intentara autocastigarse, para poder introducirse en su mente, pero eso era algo imposible.

—Hubo un chico, Toni, que por alguna extraña razón, creyó en él. Intentó por todos los medios entrar en ese corazón que se había cerrado de un portazo y con las llaves dentro. Tanto fue así, que fue él quien se lo llevó del centro. Aunque yo mismo me opuse, Clara pensó que le iría bien. Desde entonces, no se ha sabido más nada de ninguno de los dos.

—¿Y no sabe dónde podría localizar a ese tal ...?

—Ese libro —dijo una voz a la espalda de Less, que asustada dio un salto sobre su silla al tiempo que se giraba para descubrir la procedencia de aquella voz cascada.

—No te asustes. Es Héctor, el conserje. Él también vivió aquella etapa, junto con nosotros.

—¿De qué libro habla?

—Ese libro que trajo consigo. Ese libro fue su maldición. Ese libro lo destruyó. Lo destruyó por completo —Héctor arrastraba la mirada por el palo de la fregona, hasta que llegó al cubo. Taciturno y melancólico, recordó el paso de Dennis por el centro—. Era un muchacho que debía estar lleno de vida a su edad, pero esa vela se apagó de golpe, de un fuerte soplo. El Dennis que salió no era el que entró un tiempo atrás.

—Pero ¿a qué libro se ha referido? —inquirió de nuevo Less, que se veía preocupada.

El rostro de Héctor, apagado y triste, se fundía con el oscuro moreno de su piel, que contrastaba con un pelo negro desteñido y unas verrugas pequeñas que le crecían en su cuello. Por su forma de hablar y su aspecto, se asemejaba a un indio, pero sin las plumas en la cabeza.

—Fue ese pequeño libro, traído del mismísimo infierno. Se perdió en él. Todos los días veía cómo se encerraba en su habitación y se perdía entre aquellas amarillentas páginas. Al final, Dennis ya no volvió, quien lo hizo no era él. Cuando se marchó, pude notarlo.

—¿Qué viste, Héctor? Nunca nos contaste nada ni a Clara ni a mí.

—Nada. Eso fue lo que vi, *la nada*, en sus ojos. Cuando se marchó, lo miré fijamente a los ojos y vi en ellos la ausencia total de alma. No fue Dennis quien se marchó de aquí.

—Bueno. Creo que ya has asustado bastante a nuestra invitada. Si no te importa... —Le mostró la puerta, a lo que el conserje obedeció sin oponerse para nada—. No le hagas caso, siempre ha sido así. Es muy místico, le encanta la poesía y siempre anda con esas frases raras y palabras bonitas. Pero sí es cierto que Dennis cambió mucho durante su estancia.

—No entiendo. ¿A qué se refiere?

—Verás. Al poco tiempo de estar aquí, sufrió una... llamémosle alucinación. Pero todo fue a causa de las pastillas para la depresión que le dábamos, nada más. Y luego tuvo un altercado con un compañero, pero eso es algo normal entre niños.

—¿Cómo que alucinación?

—Sí. Cuando uno está bajo una fuerte presión, como estaba él, es normal que a veces se sufra una crisis. Fue la tarde en que nos comunicaron que definitivamente se quedaría aquí. Supongo que la tensión del momento lo llevó a ver a su hermana en el huerto. Sufrió un pequeño ataque, pero nada más.

—¿Y ese tal altercado?

—Nada, un pequeño encontronazo con un niño del centro, pero que quedó resuelto. Algo sin importancia.

—Comprendo, entonces... ¿podría decirme dónde encontrar a Toni?

Pablo accedió de buen grado. Abrió su carpeta y de su interior sacó una serie de hojas. También sacó un papel en blanco y anotó una dirección para dársela a Less después.

—Bien, entonces, si lo encuentra, ¿me hará el favor de notificármelo?

Leissy asintió y, acto seguido, se despidió del director del centro. Cuando salía por la misma puerta por la que había entrado un par de horas antes, vio a Héctor, que limpiaba, cabizbajo, un pasillo a lo lejos. Las palabras de Héctor se habían clavado en la mente de la joven. «Ese libro fue su maldición. Lo destruyó».

ooo

La oscuridad abrazaba todo lo que no estaba a un metro por delante de los faros del coche de Less. Durante el camino de vuelta, su cabeza batallaba entre los recuerdos de hacía quince años y

los sucesos acontecidos en las últimas semanas, pero acababa de pasar por el pueblo donde debió vivir Toni, hace ya un tiempo, y la carretera se antojaba caprichosa, lo que causaba que la periodista necesitara prestarle toda la atención posible y dejara a un lado sus pensamientos. Las curvas se sucedían, una tras otra, a los lados tan solo un oscuro viento acariciaba los cristales del Ford de Leissy. El teléfono comenzó a vibrar en su bolso, pero para cuando la joven lo alcanzó, ya la llamada se había perdido en el registro de su terminal. «Ahora no es momento de devolver la llamada», se dijo, aunque hubiera podido hablar por el manos libres del coche, decidió no hacerlo.

Tras unas cuantas peligrosas curvas más, donde tan solo los árboles eran testigos del paso de Less, atisbó a través del espejo retrovisor dos amarillentos ojos que se acercaban con furia.

La joven morena no se percató del coche que la seguía hasta que ya lo tuvo encima, peligrosamente cerca de su parte trasera. Sus nervios comenzaron a hacerse patentes, su labio inferior temblaba como un pequeño metrónomo mientras intentaba analizar los posibles motivos que llevaban a que aquel vehículo estuviera tan pegado al suyo. No tuvo tiempo. Las mismas luces que la acechaban se encargaron de mostrarle un único propósito: alguien la seguía con muy malas intenciones. Por la silueta que Less llegó a divisar en el reflejo de su retrovisor, las luces pertenecían a una furgoneta, algo más grande que la que ella conducía, que era un Ford Kuga. Tras varios acercamientos peligrosos, el vehículo que la seguía impactó contra su coche, provocando que el volante temblara entre sus manos.

—¡Ah! ¿Qué quieres? —gritó Less en el interior de su coche.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar, volvió a arremeter contra ella, esta vez de forma algo más suave, pero justo antes de llegar a una curva. El coche de la joven perdió el control, saliéndose de la calzada y levantando una enorme nube de polvo tras ella. Aceleró a ciegas, las rayas discontinuas parecían convertirse en una sola, devoradas por su mismo coche a medida que Leissy aumentaba la velocidad. Los redondos y amarillentos focos no se despegaban de su maletero, volvieron a colisionar varias veces más. Las manos de la muchacha agarraban con fuerza el volante tras cada impacto, entre tanto profería todo tipo de maldiciones. «Sé que eres tú. Lo sé». De pronto, recordó que su Ford tenía un detalle especial, al que no le dio importancia cuando compró el coche, llegó incluso a hablar sobre él en una entrevista, y era que se podía colocar la cámara trasera aun yendo en marcha. Preparó su teléfono móvil con la función de grabación de vídeo y lo enfocó a la pantalla central de su vehículo.

—Vamos, vamos. ¡VAMOS! —gritó mirando con rabia el espejo retrovisor del interior del habitáculo.

Cuando la furgoneta que la perseguía volvió a acercarse, combinó el cambio de marchas con el accionamiento de un botón de la pantalla y se hizo la luz. La pantalla se iluminó mostrando aquellos dos focos en un perfecto primer plano. Fueron unos pocos segundos, su perseguidor volvió a acercarse, pero esta vez a toda velocidad. El impacto provocó que el coche de Less se levantara del suelo, el volante comenzó a sacudir los brazos de la joven sin control y los ruidos de la chapa desgarrándose, los cristales rompiéndose en mil pedazos y las ruedas chirriando dolidas mientras se deslizaban por el asfalto se complementaban con los alaridos de Leissy, que suplicaba clemencia entre lágrimas, perdiendo esa fuerza que la caracterizaba. Después de unos segundos intentando recuperar el control de su coche, todo volvió a la normalidad. Volvió a acelerar y revisó la pantalla que tan solo mostraba un *No signal* en color verde. Dirigió su mirada al espejo interior, que se había desplazado a causa del impacto, y tan solo halló oscuridad. De nuevo se había quedado sola en aquella oscura carretera. El que intentaba acabar con ella se había

esfumado. Buscó frenética su terminal entre los asientos, había salido despedido después del último impacto para quedar oculto justo bajo las piernas de su propietaria. Tras desbloquearlo y revisar la grabación, una leve sonrisa se esbozó en su rostro.

—Te tengo.

Capítulo 25 (12 de junio de 2004)

Si dejas que la oscuridad te abrace, si dejas que se apodere de ti, tu alma se perderá en el infinito.

Toni Martins

Acababa de vestirme con la camisa blanca y el pantalón vaquero que me había comprado en el centro comercial. Toni me había llevado a rastras para que me comprara algo decente. Incluso me obligó a adquirir ropa interior y un perfume.

—Si quieres mojar, hay que estar presentable. No pienses que porque vayas pagando, ya puedes ir hecho un trapo

Al fin, después de casi un año viendo cómo yo me encerraba en mi propia vida, con mi sombra como única compañera, sin conocer a nadie, salvo a Toni y mi jefe, decidió que era hora de «estrenarme». Llevaba insistiendo desde que salí del centro, pero mis continuas negativas acabaron por desgastar su tozudez. Tras lo de José, su insistencia se convirtió en un continuo «sí o sí».

—Vamos, chaval. Que llegaremos tarde. Son las nueve ya.

—¿Y qué más da? Si total, te van a cobrar lo mismo.

—¡Pss! ¡Qué ignorante eres, colega! —dijo Toni mirándome por el rabillo del ojo mientras asomaba la cabeza por el quicio de la puerta del baño—. ¿No sabes que cuando llegas tarde a un puticlub, los chochos ya están *requemaos*?

Miré con gesto de asco a mi compañero, que se marchó hacia la cocina soltando carcajadas. Mientras me terminaba de aseo, las dudas me avasallaban, impidiéndome incluso respirar con normalidad. «¿Le gustaré? ¿Cómo será...?». Eran dudas absurdas. Nunca sabría si le he gustado a una persona que cobraba por satisfacer mis más bajos deseos, le parecieran bien o no. Era un oficio en el que la pasión, las opiniones y cualquier sentimiento eran comprados por un simple puñado de billetes. Revisé mi reflejo en el espejo, mi imagen había mejorado bastante. Las estrías de mi vientre me recordaban lo que había sido, pero el resto del cuerpo cobraba un color distinto. El collar refulgía cerca del cuello de la camisa.

—¿Estás preparado ya?

No, no lo estaba, pero la curiosidad también formaba parte de mi carácter. Curiosidad por conocer las intimidades de una hermosa mujer, por saber cómo era hacer el amor, por ver la reacción de mi cuerpo al rozar mi piel con la de otro ser. Quería sentirme vivo, sentirme alguien, sobre todo esto último.

—Vale, va. ¡Arreando! —gritó Toni eufórico dándome un golpe en la espalda—. Verás, chaval, que mañana querrás volver.

ooo

Un gran letrero luminoso se descolgaba por la fachada junto a un cartel brillante que mostraba a una mujer posando con sensualidad. El club, que tenía por nombre LA FEMINE, estaba situado al borde de la carretera nacional 332, justo en la entrada del pueblo donde vivíamos. Desde

nuestra casa se podía ver el edificio, que en su época había sido un respetado hotel para camioneros, ahora reacondicionado para esos ciertos menesteres. El parking, donde Toni se estacionó, se encontraba justo detrás para evitar que quien fuera allí pudiera ser reconocido por su coche desde el exterior. «Casi todos los clubs tienen el mismo sistema», comentó Toni cuando salíamos de su Seat para dirigirnos a la entrada.

—¿Estás preparado? —preguntó de nuevo en un tono burlesco—. Mira que aquí, las putas son caras. Así que no me falles.

—¡Eres un gilipollas!

—Sí, ya lo sé. Pero un gilipollas generoso.

Tras haberme sacado una leve sonrisa, después de sus típicos comentarios, nos adentramos en el edificio. Un molesto olor a alcohol y lubricante me golpeó con tanta fuerza que me hizo torcer el rostro con un gesto de incomodidad. A Toni, en cambio, pareció encantarle, esnifaba el aire como si fuese una droga que lo estimulaba, de tal manera que parecía volar mientras se dirigía a la barra.

—Vamos, ahí está Kalea.

Vi a lo lejos a una mujer de piel muy morena, con el pelo negro como el carbón y rizado. A medida que nos acercábamos, constaté que era una mujer con rasgos africanos, debía ser de Cuba o de alguna zona próxima a esa isla.

—¿Qué pasa, mi negrita? ¿Está Cloe lista? —Toni se sentó en una butaca pegada a la barra, frente a Kalea, que vino al rescate con una copa que dejó frente a mi amigo.

—Claro, mi *amol*. Dele un minutico *na* más. Que ya baja.

—Bien, bien. ¿Has oído, Dennis?

—¡Oh! ¡Pero qué rico! ¿Este es tu amigo? —preguntó la mujer, que me miraba con unos extraños ojos marrones.

—Sí. ¿Tú crees que le gustará a Cloe?

—Pues claro, mi vida, si es un *papasito* bien rico.

Siguieron charlando entre ellos, muy cariñosamente. Deduje que Toni ahí era un cliente bastante cuidado y asiduo porque casi todo el mundo lo conocía. Mientras esperaba, en silencio, a un lado de la barra, Toni me ofreció el que ya era el tercer gin-tonic de la noche.

—¡Mira, mira! —exclamó señalando las escaleras que daban acceso al piso superior—. ¡Ahí está! Esa es Cloe. La morena.

Pensé que su nombre se debía al de Cleopatra, pues su parecido era asombroso. Era una chica de pelo negro hasta los hombros y caminaba escaleras abajo con un porte realmente seductor. La acompañaba una chica pelirroja, de pelo largo y mirada pícara. Ambas se acercaron a nosotros.

—¿Qué hay, Toni? —La chica pelirroja le dio un lento beso justo en la comisura de los labios mientras con las dos manos le agarraba la cabeza a la altura de las orejas. Toni le susurró algo al oído que la hizo lanzar una penetrante risa aguda.

—¿Este debe de ser tu amigo? —interrumpió Cloe, que me miraba a través de sus larguísimas pestañas negras con sus hipnotizantes ojos verdes.

—Así es. Trátamelo bien. ¡Eh!

—No te preocupes. Seré buena.

—¿Has oído, chaval? Vamos, que ahora te toca a ti. Demuéstrale lo que sabes hacer.

No sabía hacer nada. Todo lo que sabía era por las películas. Eso sí, cientos de películas. Desde que llegué a casa de Toni, todo el cine que se veía superaba como mínimo las tres equis.

Cloe me tendió una mano que presumía de unos perfectos dedos, finos y largos, decorados con

unas uñas de un rojo intenso a juego con el color de sus carnosos labios. Yo le regalé la mía y, cuando ambas se juntaron, pude sentir el tacto suave de su piel sedosa. Como un títere, me dejé llevar escaleras arriba mientras Toni, a mi espalda, me daba ánimos tras cada paso, nos seguía junto con la otra chica.

Nunca imaginé que mi primera vez fuera a ser así. Tan sórdido, tan artificial. Nunca pensé que iba a regalar mi virginidad a una especialista del «amor». A una mujer que tan solo deseaba que se acabara la hora para poder lavarse y dejar pasar al siguiente, como si de una carnicería se tratara, solo que en esta, lo que se vendía, era a ella misma.

Cuando entramos en la habitación, y al fin dejé de escuchar al pesado de mi compañero alentándome, fui consciente de lo que estaba a punto de ocurrir.

Era una habitación creada para no dejar nada al azar. Un baño pequeño te recibía en cuanto entrabas. Una cama con sábanas rojas de seda y un mueble con un televisor justo enfrente era todo el mobiliario existente, lo justo y necesario. Un hilo musical, unas cortinas a juego con la cama y un enorme espejo en el techo era lo que eligieron como decoración.

—Ponte cómodo —dijo Cloe acariciándome el brazo con suavidad—, y, sobre todo, relájate. Toni ya me ha contado lo tuyo, así que, tranquilo, lo haremos despacio. ¿Vale?

Asentí veloz, tan solo una cosa se me pasaba por la cabeza: averiguar lo que aquel vestido rojo y ajustado escondía. Aunque a simple vista ya se dejaba entrever. La hermosa morena me arrastró por la habitación con una sonrisa en la boca y el labio inferior atrapado entre sus dientes. Me acercó al borde de la cama y dio inicio al juego.

Cloe comenzó a preparar el terreno dándome húmedos besos por el cuello hasta que llego a la nuez, donde, con una lengua juguetona, se entretuvo unos segundos.

Un intenso calor se propagaba por todo mi cuerpo, empezaba en la zona donde Cloe me besaba y se centraba con intensidad en mi entrepierna.

—Quítame el vestido —susurró a uno de mis oídos con una dulce y refrescante voz. Mi corazón se aceleraba con cada movimiento de ella. No pude hacer otra cosa que obedecer sus órdenes.

Con unas manos torpes, que luchaban por dejar de obedecerme, intenté buscar por dónde se quitaba su sugerente y ceñido vestido. Tras un poco de ayuda por su parte, descubrí que era por su espalda, una larga cremallera la recorría toda hasta por debajo de su respingón trasero. Cuando acabé de abrirla, ella dejó caer el vestido al suelo. Unas medias negras unidas a un ligero y un tanga de encaje del mismo color era todo lo que le quedó encima.

Noté cómo de mi pantalón intentaba escaparse una parte de mí, pero la tela se lo impedía.

Cloe reanudó su besuqueo en mi cuello y con lentitud fue deshaciéndose de mi camisa, botón a botón, mi respiración crecía, tanto, que mi vista empezaba a nublarse. El olor a jazmín de su cuerpo, el suave tacto de sus manos, todo, me creaba un cúmulo de sensaciones que provocaba que estuviera a punto de estallar.

Con un suave empujón me tumbó en la cama y se puso sobre mí. Yo retrocedía sobre el colchón mientras ella, de rodillas, me perseguía con una sonrisa malévola y una mirada de diosa. Todo acabó cuando llegué al cabezal de la cama, ahí me dejé llevar. Cloe se colocó sobre mí y con suaves besos, que iban ascendiendo, hizo que mi control se perdiera entre los desgarradores deseos de poseerla. La cogí por la cintura. Ella jadeó. Mis manos iniciaron el camino desde su trasero hasta sus pechos, disfrutaba de cada centímetro de su piel. Ella se sentó sobre mi entrepierna y comenzó a bailar con movimientos suaves y circulares. Notaba cómo se humedecía mi ropa interior. Mis manos se perdieron entre sus dos pechos perfectos, redondos, y caros. Los

apretaba ansioso, queriendo devorarlos. Sus dos sonrosados pezones me miraban fijamente a los ojos, llamándome, incitándome a que los mordiera, y lo hice.

—¡Eh! Cuidado. No me los vayas a arrancar. —Se apartó cuando notó mis dientes clavarse en ellos.

No podía parar, había perdido el control por completo, mis manos apretaban todo lo que pillaban, sus pechos, su culo, su espalda... Mi boca se perdía en su cuerpo. Notaba la respiración acelerada, no sé si era la suya o la mía.

De pronto, me empujó con fuerza, haciendo que cayera sobre la cama, boca arriba. Me miraba sonriendo, con los ojos perdidos y un mechón de cabello negro cayendo por delante de su frente, parecía estar disfrutando. Volvió a besarme en el cuello, pero no se detuvo ahí, siguió bajando hasta el pecho. Su cintura se separó de la mía mientras bajaba un poco más, hasta que se topó con el borde de mi pantalón, que le impedía continuar. Sus manos, que sujetaban con fuerza las mías por encima de mi cabeza, empezaron a deslizarse en busca de su dueña, rozando mi cara, mi cuello y más abajo. Cuando llegaron a mi pecho, mi collar, el de Martha, se enredó en uno de sus dedos y me dio un pequeño tirón.

—¡Oh! Per...

Un destello se produjo en mi interior, tan intenso que todo cuanto me rodeaba en la habitación se volvió blanco, un blanco puro. Fueron unas milésimas de segundo, tras ese destello, el frío y la oscuridad se apoderaron de mí, de mi cuerpo y de mi mente. Aquella habitación tan colorida se esfumó.

De pronto, me vi en otro habitáculo, húmedo y con un fuerte olor a podrido. Notaba sobre mi cuerpo una fuerza que me aplastaba contra el suelo. Miré a mi alrededor, todo me resultaba conocido, era como si ya hubiese estado ahí. Era... su habitación, pero algo había cambiado. Estaba destrozada, corroída. Parecía que iba a desplomarse sobre mí. En el techo vi mi reflejo aturdido. Sobre mí, una sombra se posaba.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Escuché a lo lejos una voz femenina, apagada, como si fuera un eco. Miré sobre mi cuerpo y la vi, era ella. Era Martha.

Estaba sentada encima de mí con su batín blanco, pero su pelo negro estaba algo escarchado, como si estuviese dentro de un congelador. Vi sus ojos, tan blancos que parecían hechos de hielo, y lo que parecía ser una sonrisa se dibujaba en su rostro mórbido, pálido, con algún moratón en sus mejillas.

—¿Qué...? Martha... ¿Qué?

Un susurro se coló en mi mente, pero nadie me hablaba. Tan solo recorría toda mi cabeza, dando vueltas por dentro de ella, como si no quisiera escapar de ahí. «¿Ya me has olvidado? ¿Ya me has olvidado?». Se repetía una y otra vez.

De nuevo, otro destello, tan potente que causó un dolor tremendo en mi cabeza, tuve que sujetármela para que no reventara. Me levanté de un salto, Martha voló por encima de mí.

—Pero ¿qué cojones haces?

Pestañee con fuerza y tras unos segundos, todo volvió a la normalidad, salvo por el hecho que yo estaba al borde de la cama, de pie, y Cloe desparramada en el suelo, con un claro gesto de dolor y miedo, mirándome.

—Pero ¿qué coño te pasa? —gritó mirándome como si estuviese loco, como lo que era—. ¿Quién hostias es Martha?

—Yo...

No conseguía articular palabra, ni siquiera mover los labios, tan solo era consciente de cómo

todo había cambiado en un segundo, de cómo había pasado del cielo al infierno en tan solo un clic.

—Creo que lo mejor será que te vayas —dijo incorporándose. Acto seguido, recuperó su vestido y comenzó a ponérselo.

—No...

—¡Que te pires de aquí, tío! —exclamó furiosa. Su mirada había cambiado por completo. Me miró unos segundos más y, al no ver reacción, repitió—: ¡FUERA!

Salí de aquel cuarto con la camisa aún desabrochada y dejé a Cloe detrás, gritándome que estaba loco, que me largara.

Lo hice sin que tuviera que insistir y ante la mirada furiosa de los guardias, que me habían tomado por el típico violento. No me hicieron nada porque lo pidió ella, si no, creo que habría salido de ahí de otra forma mucho menos pacífica.

Toni no tardó en salir.

Yo lo esperaba apoyado en el capó de su coche. Todo en mi cabeza era un caos, desde mi visita a Gandía, todo se había descontrolado. Primero lo de José, ahora esto, sabía que algo se cocía en mí, pero no intuía todavía su magnitud.

—¿Qué mierda ha *pasao* ahí dentro? —preguntó Toni, enfurecido.

—¡Vámonos!

—¿Pero...?

—¡Qué nos vayamos!

No insistió. Agachó la mirada, abrió su Seat y me dio acceso desde el interior. Puso rumbo a casa.

Hubiese podido ir caminando, pero tenía mis llaves en su coche. Así que tuve que esperarlo y prepararme para soportar sus típicas reprimendas. No lo hizo, pero su rostro se apagó de igual forma que su silencio. Ya no era el mismo muchacho arrogante y fanfarrón, su cara era la de alguien preocupado. Cuando paramos ante el portón de casa, miró el volante y suspiró fuerte:

—Dennis, sé por lo que has pasado, pero no permitas que el odio te venza.

Lo miré fijamente, él me devolvió la mirada. Pude ver la tristeza en su rostro. Por primera vez, se sinceró con el corazón en la mano:

—Poco a poco ha ido a más. Siempre supe lo del gordo del centro. Entré cuando ibas a atizarle. Intenté impedir también lo de José. Está en coma. ¿Lo sabías? —Volvió a mirar el volante y se rascó la cabeza—. Dicen que no saldrá de él. Solo te pido que no pierdas la batalla. No dejes que te atrape, Dennis, si dejas que la oscuridad te domine, nunca volverás a ver la luz. —Abrió la puerta y sacó un pie del coche, pero justo cuando iba a salir del todo, se volvió y, mirándome a los ojos, me dijo—: Ten la seguridad de que si te adentras en las sombras, pronto serás una de ellas. Y yo no podré impedirlo, aunque lo intente. Dependerá siempre solo de ti.

Cada una de sus últimas palabras se grabó a fuego en mi alma. «Lástima, hermano, que ya hayas llegado tarde».

Capítulo 26 (15 de abril de 2017, sábado)

El sol se dejaba entrever en el horizonte gris, lanzando pequeños y anaranjados destellos sobre la ventana en la que Less había pasado apoyada gran parte de la noche. Apenas había logrado conciliar el sueño, había barajado todas las opciones posibles que pudieran dar una explicación al suceso acontecido la noche anterior. Gregor dormía bajo la atenta mirada de su compañera, que no dejaba de observarlo con el rostro meditabundo y con la firme convicción de que algo ocultaba ese personaje que hacía unos días le había arrebatado su corazón. Ahora, lo que la invadía era un enorme cúmulo de dudas. De vez en cuando, miraba por la ventana hacia el infinito del firmamento para ver si conseguía que este le aportara alguna luz a la que aferrarse. Otras veces, en cambio, se aseguraba de tener alguna vía de escape por si algo salía mal.

Tras dejar que el tenue calor del sol acariciara unos minutos más su figura, se fue al salón. Con su café con leche y el móvil encima de la mesa del comedor, empezó a dedicarse a su serie de investigaciones. Anotaba todas las pistas nuevas que surgían mientras, por otro lado, indagaba en las posibles causas de todo lo que estaba ocurriendo.

1: Cuando muere Martha, lo llevan al centro.

2: Alucinación. Comienza a cambiar.

3: Amigo.

El nombre, no recordaba el nombre del amigo. Revisó todos sus apuntes, pero no lo encontraba. Se maldijo por haber cometido semejante error. Pero algo no encajaba, ella juraría que había anotado todo lo que Pablo le contó en el pequeño bloc de notas que llevaba siempre consigo en su bolso. «¿Dónde está?», susurró para sí misma mientras buscaba la hoja. Volvió a revisar su teléfono, una grabación en concreto. En ella se veía con total claridad la matrícula del coche que la había perseguido, en el segundo 0:24, justo antes de que esos furiosos focos desaparecieran.

—¡Ey! No me has despertado. —La voz de Gregor sonó a su espalda, un tanto difusa y con un ligero carraspeo mañanero. Cuando Leissy se giró, lo vio de pie, junto al sofá, con el rostro soñoliento y todavía aturdido—. ¿Llevas mucho despierta?

—No he pegado ojo.

—Ya te lo dije. Eso no es cosa tuya. Podrían haberte matado.

—Lo sé. —La joven desvió su celeste mirada hacia el suelo. La noche anterior habían tenido esa misma conversación cuando llegó a casa. Gregor la había estado esperando en su portal. Cuando la vio aparecer con el vehículo destrozado, su rostro se volvió de fuego. La ira y un gesto de reproche aparecieron en su semblante.

Pasaron varias horas conversando con parsimonia sobre lo ocurrido. Gregor recriminaba a Less su comportamiento mientras ella se justificaba diciendo que cada vez estaba más cerca de resolverlo todo. Sabía que era Dennis, y ese ataque fue la muestra. La joven estaba convencida de que todo había sido una estrategia para que se asustara y abandonara la investigación.

—Pero sigo pensando que hay algo raro en todo esto.

—¿Sigues pensando que el tío ese, el hermano de la chica, está detrás de todo esto?

—Se llama Dennis. Y sí. ¿Quién si no?

—Podría ser cualquiera. A Rebecca, podría haberla matado cualquier tío medio loco. Ya sabes, o bueno, eso me has dicho tú, que era un poco...

Less se levantó de un salto de la silla, mirando con furia a su pareja tras su desafortunado comentario. Este, consciente de su error, intentó apaciguarla desviando la conversación hacia el tema de la noche anterior. Preguntó qué iba a hacer con el coche, pero Less no estaba dispuesta a callarse.

—Rebecca podría ser lo que quisiera, pero no por eso merecía morir. Eres... —Apretó el puño con fuerza sin llegar a separarlo de sus piernas. Tras respirar hondo, prefirió cortar el comentario y se volvió a sentar dejando caer de golpe todo su peso sobre el mueble.

—Less, no quise decir eso. Solo me refería a que quizá conoció a alguien que..., ya sabes, algún loco.

—¿Y lo del diario? ¿Cómo lo explicas?

—Quizá ese diario lo tuvo siempre Sarah. ¿Quién sabe?

—¿Y todas las hojas que faltan? ¿También las arrancó ella? —Less mostró el diario a su pareja, que apartó la mirada en cuanto lo vio, como si fuese una cruz bendita y él, el mismo demonio—. Todo coincide, las que tenemos nosotras, la que apareció sobre el cuerpo de Rebecca, todo.

—Entonces, si está todo relacionado, ¿por qué faltan tantas hojas?, como dices.

Less torció el rostro y analizó su pregunta. Pregunta que en ningún momento se había hecho. Dejó caer el diario sobre la mesa y comenzó a buscar todas las hojas rotas mientras contaba, una a una, todas las que faltaban. Cuando terminó y hubo revisado el resultado, sus ojos se abrieron como una pipa de girasol entre los dientes. Eran once las hojas que faltaban, once en total. «¡No es posible!», pensó. Las notas que recibieron Rebecca, Sarah y ella misma sumaban tres. Si esas notas estaban relacionadas a otra hoja, serían seis. Seis hojas, de once. Faltaban cinco hojas, «¿cinco víctimas?», se preguntó.

—Deberías entregar el diario al inspector. No te corresponde a ti comprender esas letras —sentenció Gregor mientras se iba al dormitorio.

Less se puso a escribir en su bloc de notas todo lo que necesitaba saber. Quería ir a denunciar el incidente de la noche anterior, pero también quería tenerlo todo previsto para poder investigar sobre el caso. Gregor volvió, ya cambiado.

—Tengo que hacer unas tareas. ¿Cenamos juntos?

—Te llamo —respondió ella, dudosa. La noche que había pasado introdujo en su mente una nueva duda, y esa tenía un nombre claro: Gregor.

ooo

Cincuenta metros antes de llegar a la comisaría de Policía, vio salir a un chico joven, moreno, bastante flaco y algo desgarbado. Lo reconoció al instante, era el chico que acompañaba a Josh cuando ella lo entrevistó. Less corrió para interceptarlo, después de que una tonta idea se le ocurriera.

—Esto, hola..., no sé... si te acuerdas de mí —dijo Less jadeando, castigada por los cincuenta metros que había recorrido en tan solo dos segundos—. Tuve una reunión con tu compañero hace unos días.

—Sí, claro, señorita. ¿Cómo olvidarla? —respondió Nick. Era la primera vez que le oía hablar y a la muchacha le sorprendió el extraño acento mancumiano que tenía—. ¿En qué puedo

ayudarla?

—Verás. ¿Sabes si está Josh por aquí cerca?

—No, él hoy no trabajó. ¿Ocurre algo?

Less pensaba en si debía o no arriesgarse a contarle todo o parte de lo que sabía al desconocido que tenía delante cuando de pronto recordó una frase que decía uno de sus profesores de la universidad: «A veces, hay que renunciar a algo de lo que sabemos para conseguir lo que buscamos, pero recordad que nunca hay que desvelar toda la información, no conviene que la otra persona se ponga al mismo nivel de conocimientos que nosotros. Es lo que en latín se conoce como: *do ut des*. Revisó en derredor para asegurarse de que nadie podía inmiscuirse en la conversación y, mirando a Nick de frente, le dijo:

—¿Podríamos ir a algún sitio más... tranquilo?

Este asintió con una sonrisa bastante forzada, intrigado por lo que la joven tenía que decirle y que nadie más podía oír. Fueron hasta el bar en el que se reunieron hacía unos días, pero esta vez se escondieron en el rincón que había más al fondo. Cuando se sentaron y tras pedir el habitual café con leche para ella y un Bitter Kass para él, Less sacó su teléfono móvil.

—¿Y bien? Dígame, señorita.

—¿Recuerdas el motivo de mi visita del otro día?

—Sí, recuerdo que preguntó por la muchacha que se suicidó tiempo atrás. Quería encontrar a su hermano.

—Bien. Creo que lo encontré.

—¡Oh! —dijo Nick acercándose más a la mesa de madera negra del bar, a petición de la joven—. ¿Y qué ha averiguado?

—No mucho. Pero creo que... —Less dudó unos segundos. «¿No me estaré precipitando?». Miró a Nick, que escuchaba atento todo lo que ella decía—. Creo que me está siguiendo.

—¿Cómo que la está siguiendo? ¿Por qué haría algo así?

—Bueno, es una larga historia...

—Acabo de salir del trabajo y no tengo nada que hacer. —Nick intentaba que la joven entrara en un círculo de confianza, como le habían enseñado en la academia de negociadores, en un curso especial que había hecho—. Less, ¿puedo tutearla?

Ella asintió.

—Bueno, Less. Ahora mismo no estoy de servicio, aunque me veas con el uniforme. Así que todo lo que me digas lo guardaré como un secreto, como si se lo contaras a un amigo tuyo. —En el fondo, ese era el caso que Nick había estado esperando desde que entró en el Cuerpo. Cuando decidió unirse a él, su objetivo era ser más importante que su padre, allá en Inglaterra. Desde muy pequeño, tuvo que ver cómo su familia se rompía a causa de la obsesión de su padre por el trabajo. Tras el divorcio, su madre junto con su hermano se mudaron a España, pero Nickolas, que era el hijo pequeño, siempre quiso ser igual que su padre. Tanta era su admiración que pidió que se hiciera cargo de él, algo a lo que se negó su padre. Desde ese momento, su vida se convirtió en una cruzada personal para ser mejor que aquel agente de la Scotland Yard tan importante. Pero en la ciudad donde fue a parar tan solo se encontraba con algún caso de atropello o algún accidente sin misterio alguno. Este era el caso que necesitaba, y no iba a dejarlo escapar.

Por otro lado, Less necesitaba alguien en quien confiar. Alguien con el poder suficiente como para conseguir la información a la que ella no tenía acceso. Eran, sin duda, la simbiosis perfecta. Así que sin dilación y con la mayor brevedad posible comenzó a desarrollar toda la historia, empezando por el principio, quince años atrás. Le contó lo que sabía de la tan fatídica broma de

Patrick, que desencadenó toda la tragedia. Le contó también lo de las notas y le habló sobre la muerte de Rebecca, todo, sin escatimar ningún detalle, salvo la existencia del diario. Nick escuchaba con los ojos brillantes, como si estuviera delante del mapa de un tesoro aún por descubrir.

—Hay algo que no entiendo. Si dices que ese tal Patrick hizo la broma que desencadenó todo. ¿Por qué querría vengarse de vosotras?

—No lo sé —mintió ella. No quería desvelar todavía el detalle del diario. No quería, por el momento, reconocer que todos allí tenían la culpa. Siempre pensó que fue la culpa lo que acabó, precisamente, con Patrick—. Es lo que tengo que descubrir. Qué relación hay con Dennis en todo esto. Solo sé que las notas que recibimos nosotras tres son como una especie de amenazas.

—Entiendo. Vamos, que no tenemos mucho tiempo. El problema más grande es que si no sabemos cómo es, no podremos localizarlo con facilidad. Necesitaremos que patine en algo.

—Creo que ya lo ha hecho.

Less rebuscó en el interior de su bolso y sacó el teléfono. Tras unos segundos desbloqueándolo y buscando en su galería el archivo, puso el terminal sobre la cuadrada mesa y presionó el botón de inicio. Nick observó durante los primeros segundos entrecerrando los ojos, con la cara mostrando extrañeza, y justo en el final, algo le sorprendió.

—A ver, un momento. —Cogió el móvil con sus pequeñas manos de dedos rechonchos e hizo retroceder varias veces la grabación, tras una última visualización, levantó la comisura de sus labios en un siniestro gesto de victoria—. ¡Fuck! Ahí está. Lo tenemos.

—Eso mismo dije yo.

—¡Vamos! Acompañame.

Nick dejó un billete sobre la mesa y se marcharon a toda prisa. Less lo seguía incrédula tras ver que acababa de dejar de propina más del triple de lo que costaban sus consumiciones. Ambos se introdujeron en el interior de la comisaría y tras avanzar unos cuantos pasos por la zona reservada solo a funcionarios, entraron en una sala con una blanca puerta de madera. En su interior, una fila de escritorios, cada uno con su ordenador encima de la mesa, se extendía a lo largo de la estancia. Tan solo unas pequeñas paredes móviles separaban cada uno de los escritorios. Nick se sentó en el primero que vio encendido y comenzó a teclear con una abrumadora avidez de llegar al fondo de todo.

—¿Me dejas el teléfono?

Less le entregó de nuevo el terminal que aún estaba bloqueado en la grabación pausada. Había parado el vídeo un segundo antes de que se terminara. En él se veía, brillante, una matrícula: V1525IC.

—Con el número de matrícula debería salir a nombre de quién está el coche. Así como toda clase de información sobre él —dijo Nick sonriendo sin sospechar que pronto se encontraría ante un muro.

Tras teclear unas cuantas veces para introducir el número en la base de datos, no apareció nada en la blanca pantalla. El rostro de Nick se endurecía por momentos mientras intentaba, una y otra vez, acceder a la información sobre la matrícula. Al fin, después de reiniciar el programa, consiguió obtener los datos que buscaba, pero su rostro se terminó de demudar cuando obtuvo la respuesta.

—¡Shit! —masculló entre dientes, y dio un golpe con el puño cerrado sobre la mesa.

—¿Qué pasa?

—Es una matrícula falsa. Debí sospecharlo. El tío ya lo tenía todo pensado. Ese número

corresponde a un Ford rojo dado de baja en el 2003.

—¿Falsa? ¿Cómo es posible?

—Pues tan solo son dos remaches.

—Pero...

—Seguramente sabía que ibas al centro de acogida. Y lo preparó todo. ¿A quién le comentaste lo de la cita?

De nuevo, las dudas atacaron el alma ya marchita y dolorida por tantos golpes recibidos en tan poco tiempo. Otra vez el mismo nombre: Gregor. Cada vez cobraba más fuerza esa teoría

—Entonces, ¿no tenemos nada?

Nick se quitó la gorra y dejó ver un cabello negro brillante engominado hasta la nuca y aplastado sobre su cráneo, como si una vaca le hubiese lamido la cabeza. Se acariciaba la sien mientras meditaba en silencio.

—¡Oh, *my*...! Creo que... —dijo entre expresiones inglesas—. Podría ser que el coche sea robado. Quizá por ese lado encontremos algo. Por lo que veo en la imagen, es un Nissan Terrano del año 2000. Voy a buscar todas las denuncias sobre ese modelo. A ver si encontramos algo.

Less revisaba su bloc de notas, buscando algo que pudiera servirle, pero no hallaba nada.

—Vale, aquí tengo algo —dijo Nick tras rebuscar en los ficheros—. Hace dos años hubo una denuncia..., pero no es. El modelo no coincide.

—¿Cuántas denuncias hay?

—Tres. La otra es del año 2009, pero tampoco es el nuestro. No coincide con el color. De todas formas, anotaré la dirección del dueño y me acercaré para investigar.

—¿Y el tercero?

—No, el tercero no es una denuncia. Pertenece a una investigación policial. Sobre un caso de homicidio. Al parecer a la víctima le robaron también el coche. Pero esto es del 14 de junio del 2004. Es imposible. Además el dueño murió, así que no podemos hacer nada. Igualmente, anotaré su nombre... —Hizo una pequeña pausa mientras se acercaba a la pantalla para leer con más claridad—, Costa. Jorge Costa, fue un homicidio no resuelto. Quizás su familia...

Los ojos de Less se abrieron por completo al tiempo que su corazón se detenía, dando la misma orden a sus pulmones y al resto de su cuerpo.

—¡Para! Es él. Es eso, es... —Sus palabras se trababan en el nudo que se había formado en su garganta. Recordó con perfecta claridad aquel caso. Jorge Costa era el director de su instituto. Fue asesinado dos años después de que ocurriera la tragedia de Martha, algo que sacudió con fuerza al instituto en pleno—. Pincha ahí, es él.

Nick obedeció sin preguntar. La reacción de la joven fue motivo más que suficiente para hacerle investigar el archivo del caso.

—No tengo acceso al archivo, está clasificado. Aunque... —Vaciló unos segundos y abrió una ventana emergente en la que tecleó unas extrañas letras—. *Voilà*. Aquí está. Por favor, guarda el teléfono, si algo de esto sale de aquí, nos meteremos en un buen lío.

Less escondió, entre temblores descontrolados, su teléfono en el bolso y tras decírselo a Nick, comenzaron a navegar por los datos del sumario del caso del director. Nick pasó de largo por la información básica y se centró en las fotos. Estas mostraban el escenario del crimen. El cuerpo de Jorge Costa aparecía sobre su escritorio con el cráneo completamente deformado, un enorme charco de sangre inundaba la mesa. Las demás fotos se centraban en las pruebas obtenidas en la sala: libros caídos en el suelo y las manchas de sangre esparcidas por todas las paredes. De pronto, Nick notó la mano de Less sobre su hombro, lo apretaba con fuerza.

—¡Para!

—¿Qué ocurre? —preguntó Nick asustado.

—Vuelve a poner la foto anterior.

Nick retrocedió una imagen y Less volvió a descomponerse al verla, su rostro reflejaba el terror más absoluto. Sus ojos mostraban el miedo con sus cinco letras escritas en mayúsculas. Nick revisó la foto sin comprender lo que ocurría. En la imagen se veía un papel amarillento, teñido por la sangre que se escurría hasta el suelo. En él, tan solo se distinguía una fecha escrita a mano con tinta azul: *Martes, 27 de noviembre de 2001.*

Capítulo 27 (14 de junio de 2004)

El cielo, despejado y oscuro, dejaba ver una enorme luna allá a lo lejos que contemplaba mi presencia frente al instituto, testigo triste de la locura que al final, había acabado dominando por completo mi alma. El recinto se mostraba distinto a como me había acostumbrado a verlo. Totalmente iluminado y con la música que se escapaba por todas sus ventanas cobraba un color algo más alegre. Como todos los años, organizaban una especie de baile de fin de curso, que no era más que un gran equipo de música colocado en el gimnasio y cuatro niños con complejo de adultos haciéndose valer alrededor. Pude ver el anuncio en las paredes del instituto el día en que hice mi visita triunfal. El día en que se perdió por completo mi alma.

Observaba cómo los chavales corrían por los alrededores del gimnasio, algunos apenas eran un par de años más jóvenes que yo. Si el edificio de ladrillo rojo, casi idéntico a todos los colegios de la zona, hubiera sido una persona, me miraría atemorizado, al otro lado de la calle, intuyendo que mis intenciones de entrar en él no traerían nada bueno. En mi mano derecha llevaba su diario, había intentado ignorarlo, esconderlo para siempre, apartarlo de mi vida, pero me fue imposible, como si se tratara de un muelle, cuanto más me alejaba de él, con más fuerza me atraía de nuevo. Mi otra mano estaba vacía por una sencilla razón, que no era otra que la de disponer de ella para empuñar la pistola que había cogido del cuarto de Toni unas horas antes. Todo estaba listo, tan solo me quedaba acabar de decidir si seguir adelante o volver por donde había venido e intentar crearme una vida que jamás tuve, por culpa de ellos. Abrí de nuevo el diario, como tantas otras veces:

Martes, 27 de noviembre de 2001

Papá hoy ha cumplido su promesa. Pasadas las nueve de la mañana, ha venido al colegio. Se ha pedido unas horas libres por asuntos propios. Ha venido a buscarme y me ha hecho acompañarle a hablar con el señor Costa. He podido ver cómo Sarah cuchicheaba algo con Less y Rebecca cuando salía de la clase.

Cuando hemos entrado en el despacho del director, que ha tardado más de media hora en atendernos, le ha recriminado a papá que me hubiera llevado con él. También le dijo que, como padre, tendría que preocuparse por hacerme asistir siempre a clases. Papá se ha enfadado mucho y le ha contestado que él, como director, tenía que preocuparse de que ningún niño se creyera superior a otro.

En principio, el señor Costa le ha intentado convencer de que eran cosas de niños. Y añadió que yo también, a veces, entraba al juego con ellas.

Papá se ha enfadado aún más cuando el señor Jorge le ha dicho eso y ha empezado a levantar la voz.

Como veía que papá no entraba en razón, el director se ha empezado a enfadar. Ha intentado que saliera de su despacho un par de veces, pero no ha podido. Incluso yo he intentado hacer que nos fuéramos. Papá le ha exigido que expulsara a Sarah y a Rebecca o, por lo menos, que las trajera para hablar todos juntos. Cuando ha visto que el director no hacía caso, le ha preguntado por qué no quería hacerlo, que si tenía miedo de sus padres. Sabemos

todos que el papá de Sarah y el de Less son los que más se involucran con el instituto, sobre todo en el AMPA. Por eso no quieren hacer nada contra ellas.

El señor Costa le ha preguntado a papá si suponía que eso iba a cambiar algo, y luego ha insistido en que no iba a hacer nada. Al final, nos ha hecho salir.

Papá ha llegado a casa hecho un toro, quería matar al director. También ha dicho algo de ir a hablar con el padre de Sarah.

Me he ido a dormir y aún estaba enfadado.

A veces me pregunto si el dinero y el poder son más importantes que la vida de una persona. Para el señor Costa, parece ser que así es.

Cada frase, cada palabra, cada letra e incluso cada punto de su nota me quemaba por dentro como una llama inextinguible. Ese texto retorció mi lamento hasta convertirlo en odio. La bilis se derramada en el interior de mi corazón, ahora ya negro y amoratado de tantos golpes recibidos. No lo dudé más, comprobé que llevara mi arma bien sujeta en el pantalón, escondida bajo mi sudadera gris, la misma que llevaba la tarde en que ella murió y que todavía podía ponerme. Sabía que Toni echaría en falta su «pipa», pero no me importaba. Desde lo que pasó en el club, tuve claro que Martha me hablaba a través de los sueños y de esas visiones, sabía que ella quería que encontrara a los responsables. Debían responder las preguntas que en su día no les hicieron. «Tengo que ser yo».

Crucé la calle y entré en el edificio rojo con ventanales blancos de metal y grafitis por todas partes. Tras la puerta, un gran pasillo exterior, cubierto por un tejado de uralita, se extendía a lo largo de todo el edificio. Tras unos metros, decidí entrar para cobijarme de las miradas ajenas de los que corrían por el patio del colegio entre risas y bromas. Una vez dentro, tuve que elegir: a mi izquierda el sonido de la música era más intenso. Sonaba la canción que estaba de moda ese verano, un nuevo estilo musical nos había invadido, el reguetón, con sus canciones obsesivas. A mi derecha, se encontraba mi verdadero objetivo, no vacilé ni un segundo. Caminaba al ritmo del compás que la música dejaba a mi espalda mientras me acercaba a la sala de dirección.

Una vez dentro, asegurándome de que nadie me veía, me dirigí al despacho del señor Costa, que estaba bordeando la pared hacia la izquierda, en la segunda puerta. Llevaba la capucha puesta por si aparecía alguien de improviso. Por suerte, durante mi trayecto, tan solo mis pensamientos se cruzaban conmigo y a ninguno de ellos parecía importarles lo que estaba a punto de hacer.

Allí estaba, las náuseas se apoderaron de mi organismo para obligarme a arrojar con fuerza parte de la poca comida que había digerido horas antes, tuve que contenerme para no empañar el pequeño cristal que tenía la puerta, por donde veía a Costa manosear unos papeles en su escritorio. Desde esa distancia tan solo podía observar su redonda cabeza, que brillaba algo más de lo que yo recordaba. La pequeña calva que tenía en su coronilla había crecido durante mi ausencia. Abrí la puerta sin avisar y la cerré nada más entrar, dejando al director a mi espalda mientras yo me aseguraba de que nadie me había visto.

—¡Eh, eh! La fiesta está en el gimnasio. Aquí no se te ha perdido nada. —Jorge Costa se dirigió a mí con su habitual voz ronca y nasal. La expresión de sus ojos cobró temor cuando vio mi rostro tras girarme hacia él.

—No vengo a la fiesta.

—¿Eres...? ¿Dennis?

—Veo que va usted bien de memoria. Hola, señor Costa.

—¿Qué haces...? Creía que estabas... —Mientras él hablaba, yo podía notar sus nervios, patentes sobre todo en su frente, que comenzó a brillar bajo la tenue luz de la lámpara de su

escritorio. Su rostro mostraba un hombre con los labios finos, apretados, la frente arrugada y unos ojos donde el negro predominaba bajo sus gafas marrones de pera. El mismo que yo recordaba.

—Salí hace casi un año.

—¡Ah! Muy bien. Y dime, ¿qué haces aquí?

—Vengo a hablar contigo sobre mi hermana.

El director se derrumbó por completo. Supuse que ya temía que mi visita tuviera que ver con ella y su reacción, prácticamente, confirmó mi teoría.

—Dennis, han pasado ya dos años. ¿No crees que lo mejor sería que pasaras página?

—¿Página dices? —Sus palabras estallaron en mi interior. Esa pregunta no hizo más que detonar una bomba que tan solo necesitaba un mínimo movimiento para explotar. El director acababa de encender una mecha a un bidón de gasolina—. ¿Que pase página? Cómo se nota que eso es fácil para alguien que se limita a sentarse en esa puta silla y corregir exámenes y faltas de asistencia. Cómo se nota que para alguien como usted, que no tiene ni ha tenido jamás dignidad, es sencillo levantarse cada mañana sin sentirse una mierda por haber acabado con la vida de mi hermana.

—¡Un momento, Dennis! No te voy a permitir que insinúes que yo tuve algo que ver con la tragedia que se produjo. Todos lamentamos lo que tu hermana hizo y nadie, repito, ¡nadie!, tuvo culpa en todo eso. Ni siquiera éramos conscientes de la situación a la que se veía sometida Martha.

—¡Que no eras consciente...! —Exploté. No solo era un cobarde, sino que también era un mentiroso—. ¿Y cómo explicas esto?

Abrí el diario de Martha e hice algo que ni se me había pasado por la cabeza. Mi intención era clara: entrar, descerrajarle dos tiros en el pecho, aprovechando el barullo del exterior, y marcharme como si nada. Pero cuando lo encontré sentado, tan tranquilo, diciendo aquello, algo me hizo cambiar de idea. Y ahora era demasiado tarde, todo se estaba descontrolando, el temblor de mis piernas volvía a subir por mi cuerpo, de nuevo la oscuridad se apoderaba de todo cuanto me rodeaba. Pronto no fui más que un títere de mi subconsciente, un robot bajo las órdenes de un virus con muy malas intenciones. Con el diario en mis manos, busqué la hoja en la que él era protagonista, la arranqué, sin pensar en lo que hacía, y se la lancé encima del escritorio. Romper aquel diario fue como arrancarme mi propio brazo, pero ya era tarde, debía continuar.

—¿Cómo explicas eso entonces?

—Dennis. Creo que lo mejor es que te marches, si no me veré obligado a llamar a la Policía.

—¡QUE LO LEAS! —grité al tiempo que sacaba mi arma del pantalón. Jorge abrió tanto los ojos que sus gafas se escurrieron por la nariz de payaso que tenía.

—¡Vale, vale! Tranquilízate, Dennis. No cometas ninguna tontería.

—¡Lee la puta NOTA!

Jorge cogió el amarillento papel, que comenzaba a desgastarse por las puntas, y a medida que avanzaba rápido entre sus líneas, se derrumbaba sobre su sillón negro de oficina. Una lágrima se deslizó por su piel bronceada.

—Yo... jamás quise que llegara a eso. —Su voz sonaba algo más apagada, entrecortada por sus nervios, parecía sollozar por momentos—. No es fácil. ¿Sabes? En este trabajo se recibe mucha presión, Dennis. Cuando vino tu padre hecho una furia, no supe cómo intentar apaciguarlo. Actuaba movido por la rabia y el rencor. Intenté que se calmara, pero no atendía a razones. Tan solo profería insultos, Dennis. No me dejó más remedio que echarlo. Quise reunirme con él días después, pero no pude localizarlo.

—Pero no hiciste nada con las personas que sabías que acosaban a mi hermana. Te hiciste el tonto. Dejaste que tuviera que defenderse sola.

—¿Y qué debía hacer? ¿Qué hubieses hecho tú?

—¡Lo que fuese necesario!

—No es tan fácil, hijo.

—¡NO SOY TU HIJO! —Mi dedo índice cerca estuvo de presionar el gatillo, pero me contuve, no sé cómo.

—Perdón, Dennis. Relájate, no cometas ninguna tontería.

Con sus manos abiertas, intentaba calmar mis deseos de descargar mi furia contra él. En mi interior se iniciaba una lucha. Una feroz y encarnizada lucha por tomar una decisión. Por un lado, el Dennis que siempre quiso una vida mejor, el que intentaba convencerme de que ese no era el camino que debía seguir, el que pensaba que Martha no lo hubiese querido. Por el otro, Martha, o mi parte oculta que se disfrazó de ella, pidiendo que acabara con él, que apretara el gatillo de una vez, que no lo escuchara. Notaba que mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Martha vino a pedirte ayuda, y tú se la negaste. Solo porque de ayudarla, hubieras ido en contra de las personas que más aportaban a las arcas del instituto. ¿No es así?

—Es algo mucho más complejo, Dennis. Por favor, no intentes juzgar algo que no conoces. Cuando tu padre y Martha aparecieron, me pusieron en una posición difícil. No puedo expulsar a alguien solo porque me lo pida otra persona. Intenté que se investigara. No pude hacer nada más. No tuve elección.

—Pero sí pudiste expulsarla a ella cuando se peleó con Rebecca.

Recordar aquello echó más gasolina a las llamas que ardían en mi interior. Me volví hacia la pared, intentando controlar mi furia, una estantería llena de libros de historia casi la tapaba, en los extremos había dos dioses egipcios de metal que, sentados en sus majestuosos tronos, sujetaban unos polvorientos tomos. Me quedé hipnotizado observándolos.

—A lo que tú llamas elección, yo lo llamo valor.

—Dennis, ni tú mismo hubieses podido hacer nada, créeme.

—¿Por qué cuando ella murió tampoco hicisteis nada?

—¡Oh! ¡Dios! Esto nunca va a acabar, ¿verdad? Dennis, nadie quiso que pasara lo que pasó —vaciló unos segundos—, nadie le puso las pastillas en la mano.

Esa fue su sentencia. Intentaba acertar con cada una de las palabras que decía, sabiendo que bajo mi estado, en cualquier momento, podía cometer una locura. Y así fue, no supo controlar bien las palabras que salieron de su boca tan rápido, y cuando intentó rectificar, ya era tarde. Mi lado oscuro acabó ganando la batalla en mi interior, asesinando al Dennis bueno que intentó por todos los medios evitarlo todo. Mi vista se nubló, toda la luz que contenía el cuarto desapareció, dejando una sala oscura donde solo estaban Jorge y el dios egipcio dispuesto a castigarlo. Lo agarré con fuerza y lo levanté a pulso, los ojos del director se salieron parcialmente de sus órbitas.

—¡No, Dennis...!

Seth se dejó caer desde lo más alto sobre Costa, que intentó detener el impacto con el brazo, pero no pudo hacer nada para evitar recibir su justa condena. Cuando el sujetalibros impactó sobre su cabeza, pude notar cómo su cráneo se hundía, rindiéndose al peso de tan asombrosa deidad. Su cabeza cayó con fuerza sobre el escritorio y la pieza metálica volvió a arremeter contra él. El segundo impacto terminó de apagar la mirada de aquel pobre hombre, que apenas pudo intentar evitar el fatídico desenlace. Mi cuerpo no se detuvo ante eso, siguió golpeando una y

otra vez, sin contemplaciones, sin piedad. Cada golpe me acercaba más a la calma, a la felicidad. Cada golpe era marcado por el compás de las agujas del reloj que decoraba una pared que se teñía de rojo, que pareció detenerse a las 24:44. Por fin, no hubo nadie que me impidiera acabar descargando toda mi furia. No estaba Toni, ni Clara, ni siquiera Dennis. No recuerdo cuántos fueron los golpes que le propiné, tan solo que tras el segundo, el director dejó de moverse. Con ese impacto noté cómo crujía su cráneo bajo el peso de mi furia. Cuando al fin terminé, contemplé, con una mezcla de asco y temor, el cuerpo con la cabeza destrozada sobre el escritorio. A su lado, naufragando en un enorme charco de sangre, se quedó la nota que le había entregado. No tuve más remedio que dejarla allí.

Los nervios se apoderaban de mí a medida que los minutos avanzaban y mi furia desaparecía. Todas mis ideas de hacerlo limpia y rápidamente se esfumaron. El despacho quedó hecho un cuadro de Van Gogh. Todo estaba salpicado de la sangre impregnada en el dios egipcio, que con cada golpe esparció por toda la estancia. Cuando cogí su chaqueta para envolverlo, un juego de llaves cayó al suelo. Eran las llaves de su todoterreno, que reconocí de inmediato cuando salí del instituto, tras haberme asegurado de que nadie me viera, corrí hasta él. Quería huir cuanto antes de allí. Una ligera y extraña sensación de paz se apoderó de mí cuando me vi sentado en su vehículo.

Capítulo 28 (15 de abril de 2017, sábado)

—¿Qué información da sobre la foto?

—¡Well! Un segundo. Pone que es la prueba número cuatro:

«Nota de 15cm x 10,5 cm. Hoja amarillenta impregnada en sangre. No se aprecia texto legible, tan solo una fecha: 27 de noviembre de 2001».

Nick se volvió hacia Less, que se había quedado congelada mirando la pantalla, tanto que ni siquiera se percató de que su nuevo compañero de aventuras la observaba.

—¡Leissy!

—Sí, perdona.

—¿Qué ocurre con esa nota?

La joven sustrajo del bolso su cartera y, con un torpe y tembloroso movimiento de manos, recuperó aquella amarillenta nota que descansaba plegada en su interior. Desdobló el papel, del cual había hablado un rato antes con Nick, pero que no le había mostrado porque no lo consideró relevante. Le entregó la nota. Tras unos segundos analizándola, Nick comprendió.

—¡Wow...! Es igual. Esta hoja es idéntica a la que veo en la pantalla. Es más, podría incluso aventurarme a confirmar que la caligrafía es la misma.

—¿Qué puede significar todo esto? —La periodista comenzaba a temerse lo peor. Si todo eso era lo que ella creía, significaba que la historia no comenzaba con el asesinato de Rebecca y que, desde luego, no terminó cuando Martha se suicidó.

—Pues si es lo que parece. Significa que lo mejor será que no duermas sola. ¿Tienes familiares con los que quedarte?

Less asintió. La imagen de Gregor le vino de nuevo a la cabeza. Intentaba recordar cómo era Dennis, buscó en su mente algún recuerdo donde apareciera él, pero cualquier intento fue en vano. Tenía que dejar de elucubrar y buscar alguna solución si no quería perder la poca ventaja que creía tener.

Con disimulo, abrió el diario que se ocultaba en su bolso, y en su mente, pues era el único detalle que había omitido a Nick, y despacio fue pasando cada página. Sus dudas se disiparon como una bocanada de humo lanzada al exterior de un coche en marcha. En el diario, justo en la página siguiente a la primera hoja arrancada, aparecía la fecha: *miércoles, 28 de noviembre de 2001*. Todo su mundo se derrumbó por completo tras confirmar el peor de los presagios. La cruzada de Dennis, por lo visto, había empezado hacía mucho tiempo.

Cuando cerró el diario, vio bajo él un papel blanco, era la nota que el director del centro le había entregado. En ella se veía el nombre que ella tanto había buscado unas horas antes. «¡Oh, genial!», exclamó para sí misma.

—Nick, esto puede ayudarnos. Es el nombre de su amigo. Tenemos que encontrar a Dennis y a Toni Martins. ¿Puedo confiar en ti?

—Sin duda. Te ayudaré en esto —dijo el joven policía que se estaba viendo inmerso, de pronto, en el caso de su vida. Aunque también podría convertirse en el motivo de su despido. El juego al que acababa de apuntarse era un arma de doble filo—. Voy a intentar encontrar la furgoneta primero, luego me pondré con Dennis y por último, buscaré a Toni Martins.

—¡Perfecto! Avísame cuando tengas algo.

ooo

Sarah estaba en casa cuando Less llegó. Vestida con su ya común pijama rosa y sin muchas ganas de parlotear o, por lo menos, eso le comentó a su amiga por teléfono cuando esta le dijo que necesitaban hablar.

—Pasa, cielo. Ponte cómoda.

Less pasó hasta el salón y se sentó en una de las sillas de la mesa, que se erigía majestuosa en el centro, justo detrás del sofá.

—¿Hoy tampoco has ido a la tienda?

—No, siguen Cris y Moni atendiendo. Y bien, ¿Qué es eso tan importante? —Sarah, a pesar de estar de un mejor ánimo, fue al grano con un semblante opaco, esperando que todo acabara pronto.

—Tengo novedades sobre el diario.

—¿Diario? ¿Todavía lo tienes? ¡Por Dios, Leissy!

—Es importante. Por favor, siéntate.

—¡No! No voy a permitir que vayas haciendo de detective por ahí. ¿No viste lo que le hizo a Rebecca? ¡Ahh! —Parecía que fuera a estallar por momentos, caminaba de un lado al otro del salón presa de la impotencia y el miedo. Less intentó relajarla, lo que tenía que decirle era importante.

—Sarah...

—¡No! Less. ¡No! Ahora mismo llamo al inspector y le cuento lo que pasa. No pienso perder a otra amiga.

—¡Sarah! —dijo Less con la voz agravada, sin llegar a gritar. Era una persona que odiaba la confrontación, pero con un carácter suficientemente fuerte como para no dejarse doblegar—. Siéntate, por favor.

Sarah obedeció ante la insistencia de su amiga, se acercó a la mesa y se sentó junto a ella.

—Dennis lleva con esto mucho tiempo. ¿Recuerdas el asesinato del director Costa?

—Sí, claro. Recuerdo que vino la tele y todo.

El caso resonó tanto o más que el suicidio de Martha. La violencia del crimen, así como el hecho de que los niños estuviesen al lado bailando, levantó una fuerte polémica que acabó provocando que el instituto dejara de patrocinar esas fiestas. Durante esa época, Less y el grupo de amigas habían dejado de estar tan unidas, pero seguían yendo juntas. Comenzaban el bachiller y toda esa historia revolvió, como si de un cóctel se tratara, el siguiente año escolar. Nadie hablaba de otra cosa. Incluso el director nuevo llegó a renunciar, tras una dura campaña, por miedo a que el asesino fuera un profesor con ansias de poder, ya que nunca se encontró al culpable.

—Fue Dennis.

—¡Oh! Less, por el amor...

—¡Escúchame! Encontraron una nota como la nuestra, con la fecha del 27 de noviembre. —La joven sacó el diario, ante la mirada de repudio de su amiga, y lo abrió—. Mira, justo la primera hoja que falta. La siguiente marca el 28 de noviembre. Todo coincide, Sarah. Todo encaja.

—Entonces, todas las demás hojas que faltan son...

—Tenemos que buscarlos. Saber quién más tiene un capítulo en este diario.

Ambas amigas se quedaron mudas, mirándose a los ojos, intentando dilucidar el motivo por el que se estaban viendo sumergidas en esa situación. No era necesario pensar mucho, estaba claro.

En momentos así, Less siempre recurría a sus recuerdos de infancia y adolescencia. Ellos le proporcionaban toda la ayuda o paz que necesitaba, y en todos ellos la protagonista era su madre. Amante de la filosofía y amiga de su hija, siempre tenía las palabras justas para ella. El recuerdo que le nublabla la mente no fue otro que una conversación, tras la muerte de Martha:

«Hay veces, hija, que nuestras actitudes forman una serie de situaciones que después se hacen difícil revertir. La juventud es una etapa muy complicada. Uno tiene que buscar en su fuero interno la personalidad más acorde y la actitud con la que va a encarar la vida. Y es por eso, cariño, que no debes dejarte guiar por nadie, si no acabarás siendo su sombra, un reflejo del logro personal de otro. Pero en la búsqueda para poder llenar ese vacío interno, que todos sentimos, necesitamos vaciar a otras personas, y es cuando se produce el conflicto. Nunca, repito, nunca, debes inmiscuirte en la estabilidad de nadie. Tu felicidad la debes conseguir por ti misma, nunca a costa de otro».

Cuanta verdad había en esas palabras, verdad que ahora castigaba a las dos jóvenes como una pesada carga en sus almas, como un castigo del destino, que duerme, pero no descansa. Un pasado que hace tiempo quiso olvidar, volvía con fuerza.

Otra frase de su madre se presentó de golpe, unas palabras que pronunció cuando Less decidió marcharse a Madrid para alejarse de todo:

«Aunque quieras olvidar el pasado, él nunca se va a olvidar de ti. Sus secuelas perduran inalterables en el tiempo, como un feroz dragón que espera despertar de su letargo».

Y ya se había despertado.

—¿Y ahora qué hacemos, Less? —La voz de Sarah sonaba como la de una niña angustiada, temerosa del destino, que no acepta su castigo.

—Ahora tengo que seguir buscando. Tarde o temprano daré con él.

—Ten cuidado, por favor.

El teléfono de Less sonó en ese mismo instante. Era un mensaje de su nuevo aliado en la guerra que se acababa de iniciar: una lucha contra el tiempo, contra un fantasma que no lo era tanto, contra sus propios miedos. Una lucha por la redención que le estaba siendo negada. Less miró el mensaje de su Whatsapp y una ligera mueca de felicidad se le escapó del rostro. «Los he encontrado».

Capítulo 29 (15 de junio de 2004)

*Soy un hombre perdido en su propia historia.
Julia Navarro (La sangre de los inocentes).*

El temblor de mis manos se trasladó a los brazos cuando me aferré con fuerza al volante. Los veinte metros que separaban el coche del señor Costa de la entrada del instituto nunca me parecieron tan largos. Por suerte, por la entrada de profesores no transitaba nadie, aproveché para perderme con facilidad en el interior del Nissan. Lancé al dios egipcio, que estaba oculto en la chaqueta de Jorge Costa, en el asiento trasero y salí a toda prisa de la zona. El corazón se detuvo cuando vi a dos críos correr detrás de la furgoneta, pensé que me habían descubierto, pero tan solo habían reconocido el coche.

A medida que avanzaba por aquella eterna recta, que era la única por la que podía circular, la silueta de aquel edificio de ladrillo rojo se empequeñecía tras el retrovisor interior del todoterreno. Mis manos se habían fundido al volante desde que inicié la huida, mi cuerpo había caído como una losa en el asiento. Me sentía paralizado en el interior del habitáculo, sin poder mover un solo músculo, salvo para pisar los pedales y cambiar de marcha. Sentía que en cualquier momento iba a desmayarme. La cabeza me pesaba, todo en el exterior parecía tambalearse sin control. Las náuseas se apoderaban de mis tripas haciendo que parte de la bilis subiera por el esófago, sin llegar a salir del todo, tan solo advertía. En mi mente, un único pensamiento corría a sus anchas, sin nadie que le plantara cara allí dentro. Solo me preocupaba que me hubiesen visto salir o entrar en su despacho, era mi principal temor. No pensaba en la viuda que dejaba el señor Costa o en sus dos hijos, no me importaban. Era consciente de que quizá, algún día, alguno de ellos decidiría hacer conmigo lo que yo acababa de hacer con él, pero no me importaba. No me importaba nada, tan solo quería cumplir los deseos de mi hermana. Si nadie hizo justicia en su día, sería yo quien la iba a hacer ahora. Me aseguré de que el diario seguía conmigo, lo guardé en el bolsillo de mi sudadera antes de sacar el arma, que también llevaba todavía encima.

Tuve que hiperventilar cuando pasé junto al cuartel de la Guardia Civil. Por suerte, era la una de la madrugada y apenas se veía movimiento. Seguí mi marcha sin un rumbo concreto, no sabía lo que iba a hacer, esa parte no la había incluido en mi plan. Cuando llegué a Gandía, lo hice en un taxi, pero nunca me paré a pensar en cómo volvería a casa. Es probable que en mi subconsciente, el plan que tramé no incluyera que iba a necesitar escapar, quizá, en mi interior, pensé que no saldría de allí. Los faros amarillentos del Nissan iluminaron un cartel que devolvió el destello hasta mi cabeza, activando un recuerdo que ni contemplaba. En el cartel se leía CAMINO DE LA VITAL. Era un viejo camino, usado antiguamente para unir varios pueblos de la zona, ahora casi abandonado. Tan solo lo transitaban vecinos de las casas que había por la zona y borrachos que intentaban escapar de los controles de alcoholemia. Recordé que ahí, mis abuelos tenían su casa, cientos de imágenes alojaron en mi mente un pensamiento rebelde que bailaba en su interior.

Con decisión, me perdí en la oscuridad de esa carretera estrecha y agrietada, con la luz que

proyectaba mi nueva adquisición como única guía y compañera. Fueron unos dos kilómetros y varios intentos fallidos lo que me costó encontrar la entrada a la casita de mis abuelos. Era un camino de tierra conquistado por la maleza que tras tanto tiempo sin nadie que se opusiera a ella, crecía sin control, ocultando casi por completo el camino. Sin asustarme por eso, me metí con la Terrano por el camino, creando una nueva senda, humillando a los arbustos que se rendían ante mi presencia. Al final, una vieja casa blanca de un solo piso se mostraba casi intacta. Tan solo la pintura exterior había sufrido el paso del tiempo. El resto estaba en perfecto estado, a excepción de los hierbajos de más de un metro de altura que, al igual que en el camino, inundaban todo el jardín .

Tuve que romper el candado de la puerta metálica y forzar la puerta de madera blanca de la entrada. Por suerte, al estar la casa tan apartada del pueblo, ni siquiera los vagabundos se habían adueñado de ella. Permanecía como nueva, salvo por la capa gruesa de polvo y varias familias de roedores, viejos inquilinos de la vivienda. Me abrí paso a través del oscuro salón con un mechero como linterna. Al fondo, una puerta refrescó mi memoria. Nuevos recuerdos circularon ante mis ojos a modo de resumen de una película. En ellos me veía con mi abuelo, un hombre canoso y de piel arrugada y amarillenta. Reía sin control mientras me observaba, yo intentaba desmontar una pieza de un motor. Tan solo tenía cuatro años, el recuerdo aparecía borroso, pero estaba seguro de que tras esa puerta había un garaje que mi abuelo usaba a modo de taller. Abrí y pude comprobar que su interior estaba completamente vacío, perfecto para esconder ahí la furgoneta. Era lo mejor, si me arriesgaba a circular hasta casa, podrían descubrirme.

Decidí regresar a casa, Toni debía de estar preocupado. Había perdido la noción del tiempo dentro de ese recuerdo hecho de hormigón, tanto que la noche empezaba a clarear. Sobre el cielo, dos nubes sedosas paseaban agarradas de la mano frente a la luna, con paso lento pero constante.

ooo

Eran casi las diez de la mañana cuando llegué a Teulada. El coche de Toni no estaba, por lo que supuse que había pasado la noche fuera o había salido temprano. No me preocupé por su situación, tan solo me apetecía volver a dormir, había cerrado los ojos un rato mientras el taxi me traía de vuelta.

—¿Toni? —Recibí el silencio por respuesta. La casa estaba desierta. La luz del anaranjado amanecer comenzaba a recorrer el comedor, empezando por la cocina, que todavía albergaba los platos sucios en el fregadero.

Cerré la puerta con llave y colgué esta en la pared, el cansancio y, sobre todo, la tensión habían consumido toda mi energía. Necesitaba descansar. Me lavé las manos, arrancando de ellas algún resto de sangre seca que todavía quedaba y repetí el proceso sobre mi rostro, que se mostraba ojeroso y demacrado. La camiseta interior estaba limpia, igual que el pantalón, lo único que se manchó fue la sudadera, que dejé en el Nissan, antes de volver. Tan solo me restaba guardar la pistola en el escondite de Toni y el diario en mi caja de Pandora. Lo último, fue lo que hice primero, y cuando me disponía a guardar el arma, algo en el exterior frustró mis planes. El ruido de un coche, derrapando en la entrada me sobresaltó. «Toni no conduce así», me dije. Sin soltar el arma, caminé despacio hasta la puerta mientras un segundo vehículo se oyó fuera. Una nube de polvo pasó por delante de la ventana del comedor, creando una pequeña sombra en el interior de la casa. «¿Qué coño...?», exclamé. Sin hacer ruido, retrocedí unos pasos, evaluando las opciones que tenía: «Las ventanas tienen rejas, por ahí no puedo. La del baño es muy pequeña. Tengo la pistola, sí, eso es. En cuanto abran, los coso a tiros», pensaba. Me preparé detrás del

marco de la puerta que daba a las habitaciones y esperé, era cuestión de esperar. Levanté mi arma, apuntando hacia la entrada, el cañón bailaba en mi mano, como si estuviese enfermo de párkinson.

Oí cómo la puerta del exterior gemía, avisándome de que se acercaban. Me preparé. Una sombra pasó rauda por delante de la ventana del comedor y mientras vigilaba por si volvía a pasar, otra corrió ante la ventana de la cocina. «¡Mierda! Me están rodeando». Era cuestión de tiempo, iban a entrar. Un golpe fuerte y seco sacudió la puerta. Apunté con más fuerza, intentando que el temblor se detuviera, quería disparar, pero debía esperar. Esperar hasta que entraran. Un segundo golpe, esta vez más fuerte, hizo que la puerta crujiera.

—¡Guardia Civil! Abra la puerta.

Esas palabras me hundieron en la más profunda oscuridad. «¿Cómo es posible que me hayan encontrado tan rápido? Alguien debió verme», pensé. Todo se volvió gris. La casa comenzó a temblar, los gritos de los agentes en el exterior se alejaban poco a poco. Un tercer golpe tiró la puerta abajo, yo tan solo miraba un punto fijo del suelo, sin moverme, con el arma en una floja mano, a punto de caer. Tres hombres uniformados entraron corriendo con sus pistolas apuntándome a la cara.

—¡Quieto! ¡Tira el arma! ¡Tira el arma! —gritaban los tres al mismo tiempo.

Dejé caer la pistola y al instante, volví a verla a la altura de mis ojos. Mientras uno de ellos daba una patada a la pistola para alejarla de mí, los otros dos me retenían, uno clavando sus rodillas en mi espalda y el otro, retorciéndome los brazos. El dolor que me causaba su pierna al machacar mis vértebras y el sonido de mis hombros crujiendo me devolvieron a la realidad. Algo que mi mente por sí sola no había sido capaz de hacer.

—Queda detenido por el homicidio de...

Todo se volvió negro. Mi cuerpo no soportó tanta presión y se deshizo como el algodón dentro del agua. Los ojos negros, cargados de furia, de ese Guardia Civil fue lo último que vislumbé.

Capítulo 30 (16 de abril de 2017, domingo)

«Ha llegado a su destino», dijo la dulce y lenta voz del navegador del coche de Less. Frente a ella apareció el centro penitenciario. Con el coche aún en marcha, aparcado en los reservados para visitas, la joven se dedicó unos segundos a reflexionar sobre las últimas veinticuatro horas. Faltaban quince minutos para las cinco de la tarde, la hora de visita. El sol comenzaba a hornear el interior del habitáculo y la incomodidad se hacía patente en la muchacha, que intentaba deshacerse de los nervios sacudiéndoselos del cuerpo como si se quitara el polvo de encima. Desde la reunión con su amiga, todo había ido muy rápido: la visita a Nick, las novedades sobre el caso, el rechazo a Gregor para que no se quedara con ella aquella noche y la visita de Claudia. De hecho, fue ella quien convenció a Less para que fuera a dormir con su madre.

Aquello extrañó a su progenitora porque desde que la periodista se marchó a Madrid, no se había vuelto a quedar ni una sola noche a dormir, pero no hizo preguntas, nunca lo hacía. Era una mujer de pocas palabras, pero concisas y eficaces, y conocía a su hija lo suficiente como para no necesitar hacerlas.

La hora se acercaba, Less tuvo que ponerse en marcha, su cita la esperaba. Eran tantas las preguntas que necesitaba hacer. Tantas las respuestas que quería obtener. Tantos los miedos que la amilanaban.

Cuando bajó del coche, pudo contemplar cómo los dos mundos se unían en una perfecta paradoja. A un lado, estaba la cárcel, enorme, hecha de bloques prefabricados de hormigón, cercada por un gigantesco laberinto de verjas y alambradas, con torres de vigilancia que se alzaban decenas de metros hacia el cielo. Un mundo donde la privacidad era tan solo una palabra inventada por algún demente. Al otro lado, justo cruzando la carretera, había un majestuoso prado verde que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, cuidado minuciosamente, con alguna que otra laguna artificial que se mostraba para el deleite de los presos que la contemplaban desde el otro lado. Se trataba de un gran campo de golf, el perfecto significado de la libertad.

Less cruzó el alargado paso elevado cubierto de cristal, que unía el centro con el exterior, y se presentó en la entrada para poder ser atendida. Un policía, bastante mayor, la acompañó a través de los pasillos blancos, idénticos todos. Recorrieron varios de esos pasillos eternos hasta que llegaron a una habitación donde otro funcionario la esperaba, sentado en una pequeña silla de plástico. Era un hombre con cara de pocos amigos y el cuerpo como si se hubiese comido a los pocos que todavía le quedaban. Se puso de pie para recibir a la joven periodista, algo que la silla agradeció. Less casi tuvo que romperse el cuello para poder mirar a los ojos de aquel hombre.

—Deje todo lo de metal sobre la bandeja. No puede entrar a la sala con nada que tenga punta: bolígrafos, peines, clips, pinzas para el pelo..., nada.

—Hola, verá, necesito hacer unas preguntas a un preso. Soy periodista y necesito el boli para...

—No se puede entrar nada. Todo lo que lleve debe usted dejarlo en la bandeja, lo recogerá al salir.

—¿Un lápiz y un papel tampoco?

—¿Le repito las normas, señorita? —El funcionario recogió la bandeja con sus enormes manos de dedos como morcillas y con un resoplido, más semejante al de un toro que al de una persona, le hizo un gesto para que pasara bajo el arco detector.

La muchacha esbozó una mueca de asco ante la actitud del funcionario que la acababa de atender y con los ojos cerrados y la barbilla levantada se perdió tras la puerta de la sala de visitas. Una vez dentro, vio a otro policía, más joven y con una sonrisa algo más expuesta, que estaba sentado ante una pequeña mesa, en un rincón de la sala, observando para que nada saliera mal. Less revisó la habitación mientras se sentaba en la última de las sillas libres para esperar a su visita. Era una sala con varios departamentos, todos juntos, solo separados por un contrachapado gris. Eso y unas sillas negras era todo el mobiliario. A su espalda, la luz se asomaba, entrecortada por las barras que protegían la estancia de cualquiera que quisiese entrar, o salir. La sombra de las barras se proyectaba sobre el suelo, desplazándose a un ritmo casi indetectable, marcando el avance del tiempo, que corría igual que la sombra: muy lento. La puerta se abrió a las cinco y cinco de la tarde, de ella salió un joven acompañado por dos policías, revolviéndose y proporcionando algún que otro apelativo *cariñoso* que por suerte Leissy no oyó. Su resistencia se diluyó de golpe cuando vio a su visita, que lo esperaba sentada, con el rostro algo caído y las mejillas sonrojadas. El preso se sentó frente a ella y descolgó el teléfono. Less hizo lo mismo.

—¡Vaya! Me habían dicho que tenía visita. Pero si llego a saber que eras tú, hubiese venido antes.

Less carraspeaba con delicadeza mientras intentaba encontrar las palabras justas para iniciar la conversación.

—¿Y te han dicho por qué estoy aquí?

—Hombre, imagino que para un vis a vis, no será. ¿No?

—¿Tu nombre es Toni? ¿Toni Martins? —inquirió la joven que intentaba recuperar la información que tenía en la libreta que el estúpido funcionario no le dejó pasar. Sin duda era él, el día anterior, cuando se reunió con Nick, este le mostró una foto de Toni, era el mismo. La reunión con Nick le vino de pronto a la mente:

—He encontrado a Dennis. Y a Toni también —dijo Nick en cuanto ella atravesó la puerta del bar donde se conocieron—, pero tengo una mala noticia.

—¿Qué pasa?

—La pista de Dennis se pierde en el 2010.

—¿Cómo puede ser eso?

—Te cuento. Estaba buscando información sobre el caso de tu director y llegué hasta la última imagen que se tiene del vehículo. Se le vio pasando por el centro comercial Plaza Mayor. Después de eso, desapareció.

—¿Y qué tiene todo eso que ver?

—Pues mucho. Por lo que he encontrado. Dennis trabajó en un desguace, en Teulada, de ahí salió la matrícula falsa que vimos en tu teléfono.

—¿Eso quiere decir que...?

—Sí, es muy probable que fuera él.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven mientras recordaba aquella conversación. Tras eso, tuvo cada vez más la certeza de que podía ser él quien la embistió hacía varias noches, guardaba una cierta esperanza de estar equivocada, pero después de su conversación con Nick, no le cabía duda. El miedo pasó a ser un compañero acérrimo de la periodista.

—Dennis fue detenido justo el día después de la muerte de Jorge Costa. Y condenado a seis años. —Nick sacó un papel donde tenía todo apuntado y Less recordó que le había leído algo de la condena. Algo de homicidio y varios agravantes. También por posesión de armas—. Salió en el 2010 —concluyó.

—¿Y por qué no se sabe nada más de él?

—Eso es lo extraño. Unas semanas más tarde, un hacker se coló en la base de datos de la penitenciaría y borró un montón de datos, entre ellos su foto y su expediente de interno.

—¿Crees que fue él?

—No lo sé.

—¿Y de Toni Martins, qué sabemos de él?

—A ese sí lo tengo localizado. Está en el centro penitenciario de Valencia. Fue detenido en el 2014 por tráfico de drogas y condenado a siete años.

Less se levantó con toda la información anotada y agradeció a Nick todo lo que estaba haciendo por ella. Aunque parecía un muchacho extraño, mucho para ser policía, era un verdadero compañero y entregado a la causa.

—¡Ey, morena! ¿Estás conmigo? —Toni se mostraba chulo, fanfarrón, y parecía que siempre tenía una broma en la recámara.

—Sí, perdona —dijo ella volviendo al presente.

Observó a Toni, intentando encontrar su punto débil. Le gustaba mucho utilizar los recursos de la psicología y sabía que si iba con rodeos con él, no conseguiría nada, tan solo dar vueltas sin sentido. Toni mostraba un aspecto macilento y enfermizo. Su cara solo era piel y huesos y en los dientes se mezclaban tonos negruzcos y amarillentos. Sus tatuajes le llegaban hasta el cuello, y en sus ojos se leía una profunda pena.

—Bueno, ya veré si te perdono. Depende de lo bien que te portes.

—Ya, vale. El motivo de mi visita es Dennis. Sé que fuiste tú quien lo sacó del centro. Y que desde el 2010 ya no se supo nada más de él. ¿Qué podrías decirme tú sobre su paradero?

—Ja, ja, ja... ¿Y qué te hace pensar que voy a ayudarte a encontrarlo?

—No creo que puedas ayudarme a encontrarlo. Es más, no creo que sepas ni dónde encontrarlo. Tan solo quiero que me digas lo que sabes de él.

El rostro de Toni comenzó a transformarse bajo la atenta mirada de Less, que no perdía de vista ningún gesto o palabra que pudiera darle alguna pista para contraatacar al hermético, arrogante y amargado muchacho.

—Entonces, ¿eres la siguiente? —preguntó mirando a un punto de la blanca mesa de al lado, donde tenía apoyada la mano que no sujetaba el teléfono.

—¿Cómo que la siguiente? ¿A qué te refieres? —Less levantó el tono de voz, angustiada tras aquella pregunta. Desde luego, algo sabía—. ¿Cómo sabes...?

—Nadie podrá pararlo. Cuando decidió perderse en ese puto viaje de odio y venganza, lo hizo a costa de todo. Si sales en ese diario, ¡eres un fiambre! Es solo cuestión de tiempo.

—¿Conoces el diario?

—Cualquiera que estuviera con él lo conoce. Y si estás aquí, es porque tú también sospechas algo. ¿O me equivoco? —Desde luego, su actitud podía ser de lo más alterada, pero estaba claro que era una persona realmente inteligente y perspicaz.

En el rostro de la joven se dibujó el miedo con trazos negros y un profundo sentimiento de vacío destrozó cualquier esperanza que pudiera conservar en su interior. Entre toda esa

información, una frase le llamó la atención: «A costa de todo».

—Toni, tienes que ayudarme. Antes de que sea demasiado tarde.

—Dame una buena razón para hacerlo.

—No necesitas una razón. Sé que quieres hacerlo. Sé que quieres que lo encuentre, igual que querías encontrarlo tú. ¿Por qué estás aquí? Contesta.

—Veo que eres una chavalita inteligente. Si fueras rubia llegaría hasta a preocuparme —dijo riendo—. Estoy aquí por confiado.

—¿Y en quién confiaste?

Los ojos de Toni se posaron en Less, que acababa de clavar una daga en lo más profundo de su ser, acertando por completo con cada una de sus palabras.

—Se lo llevó todo —dijo tras pasar unos segundos pensativo. Se frotó la cara y continuó—. ¡Todo! No dejó nada. Siempre quise protegerlo. Él era mi hermano, y me vendió. Me abandonó, llevándose todo con él. ¡Ese puto libro de mierda le llenó la cabeza de basura!

Less recordó la frase que el conserje del centro de acogida pronunció cuando se reunió con Pablo: «Ese libro lo destruyó». De nuevo escuchaba lo mismo, pero en boca de otro.

—¿Te refieres al diario?

—Sí, al mismo. La cuestión es por qué lo conoces tú.

—Apareció hace poco en casa de mi amiga.

—No, no debe ser el mismo. Es imposible.

—Es un diario con la tapa de cuero y con lunares rojos y azules. Es el diario que su hermana escribía.

—¡No! Es imposible. Él no se desharía de ese diario. Eso no puede ser.

—¿Tan importante era?

—Casi nos matamos por él. Lo era, ese diario fue su tumba. Ese diario es una obra del mismísimo diablo. —Toni comenzaba a desvariar.

—¿Qué puedes decirme de él? Necesito que colabores, por favor.

—Todo comenzó con lo de José. Desde ese día, no volvió a ser el mismo. Después, lo del puticlub. Cloe salió realmente asustada, dijo que la había llamado por el nombre de su hermana...

—Una alucinación —interrumpió ella.

—Sí. Unos días después, lo detuvieron. Y cuando salió de la cárcel, ya no era el mismo. Era frío, calculador, metódico, una verdadera máquina para hacer el mal. El muy cabrón lo había planeado muy bien. Se llevó todo. Mi dinero, mi pipa, todo. Unas semanas después de marcharse, pasó lo del chaval ese. Aunque, ahora que recuerdo...

—¿Qué chaval?

—No recuerdo su nombre. Solo sé que antes de escaparse, todas las noches tenía las mismas pesadillas. En ellas gritaba un nombre... —Se quedó unos segundos pensando—. Erick, o Kimi...

—¿Patrick? —preguntó Less, temerosa, recordando la llamada que recibió, estando aún en Madrid, de una joven Sarah con una trémula voz. En ella le contaba el desgraciado suceso de su amigo y antiguo novio, Patrick se había suicidado. Hace siete años.

—¡Eeeeso! Patrick. Las noticias dijeron que se había suicidado, pero yo siempre supe que fue él.

—¿Cómo puedo localizarlo?

—No podrás. Yo mismo lo hice invisible. Yo mismo le alejé de la sociedad. Quizás me merezca estar aquí —afirmó con una triste voz—. En vez de ayudarlo a salir de ese pozo de maldad, le di una pala para que siguiera cavando. Y el jodido cavó muy hondo. Ni yo mismo pude

encontrarlo. Pero aquel día, cuando me pescaron, él estaba allí, sé que era él.

—¿Qué quieres decir?

—Dennis dejó de existir en el 2010. Yo le regalé una identidad nueva. Y joder si la aprovechó.

Less se hundió en la negra y dura silla mientras constataba que con cada paso que daba para acercarse a él, Dennis iba cinco más por delante.

—¿Qué identidad?

—Nunca llegué a saberlo. Fue un gran fallo mío.

—¿Quién se la proporcionó? —preguntaba ella desesperada, antes incluso de escuchar la respuesta completa de Toni.

—Alguien que no se daba a conocer. Recibía y entregaba los encargos por mediación de otra persona que no sabía ni su nombre.

—¡Ah! Gracias, Toni, has sido de mucha ayuda. —Las prisas de la joven por escapar de allí le hicieron perder por completo la compostura.

—¿Qué dices, morena? ¿Te volveré a ver?

—Ni lo sueñes —susurró ella en un tono inaudible para Toni, que se quedó intentando convencer a Less para que no se marchara todavía, dando gritos mudos tras el cristal.

Dos policías lo sacaron de allí y se perdió en el interior de la cárcel de la misma forma en que apareció. Revolviéndose entre insultos y gestos obscenos dirigidos a sus vigilantes. Less se marchó a toda prisa de la prisión con el teléfono en la mano, que desbloqueó en cuanto le fue devuelto para informar de las novedades a Nick y a Sarah. A Gregor no. Prefirió no darle más detalles. Una sombra de incertidumbre se interponía ante el hombre que hasta hacía solo unos días pensaba que podría ser el amor de su vida. Aquello era como un amor de película, donde no siempre el guapo es el bueno.

Se subió al coche y enseguida escribió:

«Investigar la muerte de Patricio Claro».

Capítulo 31 (25 de febrero de 2010)

Cinco años después

Después de cinco largos años, casi seis, he vuelto a ver la luz del sol sin rejas que se interpongan entre el astro y yo. Han sido unos años interminables y difíciles. Años en los que mi propio rencor me ha ido consumiendo a fuego lento. Creía que estar aquí encerrado me ayudaría a eliminar mis visiones, pero ha sido lo contrario. Todo ha ido a peor. Cada noche, Martha me atormentaba en sueños, en la oscuridad. Se permitía también el lujo de introducirse sin permiso en mis propios pensamientos, retorciéndolos a su antojo. Cinco años, cinco malditos años.

Toni me esperaba aparcado ante la entrada de la cárcel, de pie junto a su nuevo coche. A lo lejos, podía verlo haciendo aspavientos con las manos al tiempo que gritaba algo inaudible desde donde yo me encontraba. A medida que me acercaba, su apariencia difuminada comenzó a cobrar una imagen más nítida y contrastada. Vestía un vaquero y una chaqueta que, a simple vista, parecía muy cara, al igual que sus zapatos marrones. En cuanto a su coche, se trataba de un flamante Audi A6 negro bastante nuevo y cuidado.

—¡Ahí está! El más grande de todos —gritaba él, mostrando sus dientes amarillentos todavía—. ¡Ven para acá y dame un abrazo, hermano!

Cuando llegué hasta él, cumplió con la amenaza que acababa de lanzarme, apretándome entre sus brazos, bastante más formados de lo que yo recordaba. Su apariencia había cambiado bastante en estos cinco años, sus brazos eran, si cabe, más definidos, los tatuajes que los decoraban se habían reproducido hasta el cuello, su mirada se había perdido aún más. Yo no había visto el resultado del castigo que el tiempo me había causado a mí. Durante mi estancia en la cárcel intentaba evitar todos los espejos o cualquier superficie que pudiera reflejar mi imagen. En casi seis años tan solo había visto pequeños detalles borrosos de mi cara. Eso sí, podía notar la barba que crecía algo descontrolada sobre mi rostro.

—¡Qué ganas debías tener de salir! ¿O me equivoco?

—Desde el día en que entré —respondí yo con el mismo tono ofuscado y recio que tenía ya antes de entrar.

—Bueno, bueno, sube. Verás cómo está todo ahora. Vas a flipar, chaval.

Antes del juicio, Toni intentó conseguirme un buen abogado. Pero ni siquiera por esas me libré. Todo estaba en mi contra y cuando me detuvieron, tenía una pistola en la mano. La agresión a José la presencié su amigo, que declaró como testigo en el juicio, y encima se sumó a todo ello la coca que encontraron en la habitación de Toni, que hacía poco que había cambiado el trajinar con hierba por pasar coca. Él permitió que esa losa cargara sobre mi espalda, no reconoció que era suya, no dijo nada, algo que yo no olvidaba ni iba a olvidar. Subí al coche sin dirigir ni una sola mirada al centro. Deseaba largarme de allí cuanto antes.

—¿Te mola el carro? —Señalaba la insignia que estaba incrustada en el volante mientras hacía la pregunta—. Quería darme un caprichito.

—Un caprichito caro, por lo que veo.

—Sí, bueno. El negocio no va mal.

—Sigues siendo el mismo canalla que cuando entré.

—Pero ahora más profesional —concluyó él con un aire de superioridad en sus palabras que incluso parecía que fuera a cobrar por decirlas—. En un día puedo ganar lo mismo que en todo un año de la época en que estabas tú conmigo.

Yo tan solo asentí. No me interesaba lo que quisiera decirme, y menos sobre ese tema. Me limité a observar cómo el paisaje comenzaba a distorsionarse por el lado de mi ventanilla. El verde de los árboles se mezclaba con el ambiente, como si alguien hubiera decidido pintarlo todo con una mano de ese color sobre un lienzo blanco. Toni, se mostraba serio mientras conducía, bastante atento a la carretera. Aunque ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras, podía verlos por el lado de las mismas cuando me miraba de reojo de vez en cuando.

—Y dime, ¿cómo es la cárcel?

—Normal. Cada uno va a su bola.

Lo cierto es que no fue así en un principio. Cuando entré, tuve varios encontronazos con algunos tipos, que tan solo querían hacerse notar. Fue entonces cuando mi locura empezó a ir en auge. Cuando todavía una pequeña parte de mí intentaba luchar para no ceder todo el control a la otra. Fue un tiempo en el que incluso yo notaba que mi serenidad se perdía entre los llantos de mi hermana, los gritos de mi padre y mis propios recuerdos. Bastó un simple desafío para que me enzarzara en una pelea que casi le cuesta un ojo a un gitano. Aquella lid no solo me costó pasar una semana encerrado, varias más bajo vigilancia y poder salir al patio cuando no había ningún preso más allí. También me otorgó la tranquilidad y la paz que justo necesitaba para terminar de perder la cordura. Durante todo ese tiempo de aislamiento, las noches se me hicieron eternas y la oscuridad se convirtió en mi sombra.

La voz de Martha me atormentaba cada noche, se lamentaba por que no siguiera con lo que había comenzado. «¿Ya me has olvidado, hermano?», me preguntaba noche tras noche. Cuanto más me resistía a su presencia, más fuerte se hacía. Y todo ello desembocaba en más aislamiento. Mis intentos por escapar de aquella sala de tortura fueron en vano, cuanto más me oponía al encierro, con más ímpetu me ganaba el castigo. Al final, una noche algo terminó por romperse en mi cabeza. No sé si fue un sueño o fue algo real. A mí, por lo menos, me pareció tan real como la vida misma.

Estaba tumbado en mi cama, completamente a oscuras y, como todas las noches, la voz de Martha comenzó a latir en mi mente. «¿Por qué, Dennis... Por qué?», repetía incansable. Yo intentaba taparme los oídos, pero su voz penetraba a través de mis dedos y traspasaba la piel para colarse en mi cabeza, y siempre repetía la misma puta pregunta. Una y otra, y otra vez, insaciable, como si se alimentara de mi frustración.

De pronto, se hizo el silencio. Pensé que iba a ser como en las noches anteriores, que me atormentaba durante unos instantes y después, se volvía a ocultar entre las sombras para observarme desde ellas, en silencio. Esa noche fue distinto.

Cuando liberé mis manos de una inservible llave con la que intentaba escapar de las réplicas de mi hermana, dejándolas caer sobre el duro colchón, lo noté. Fue justo en ese momento, algo se aferró a mis muñecas, atrapándolas contra el somier, con tanta fuerza que mis intentos por liberarme fueron insuficientes. Mi cuerpo, poco a poco, se anquilosaba, desde las piernas hasta la cabeza. Mi pecho se hundía cada vez más, privándome de casi todo el aire reinante en la sala. Por debajo de la cama emergió una sombra, no pude ver lo que era y no decía nada, tan solo era una sombra oscura con dos afilados ojos blancos en lo que debía de ser su cabeza. Se posó sobre mi cuerpo inutilizado y fui notando que se colaba despacio en mi interior. Sentí cómo me devoraba

por dentro, cómo asesinaba a esa pequeña parte de mí que siempre había intentado alejarme de todo mal. Cuando acabó, allí dentro tan solo quedaron sombras.

Desperté entre sudores fríos y gritos de desesperación. Fuera lo que fuera, no lo soñé. Para mí fue muy real.

Después de aquello, dediqué mi tiempo a cultivar mi mente, a leer y leer sin parar. Pasé meses estudiando psicología para intentar deducir qué fue lo que me había pasado. Por lo que leí, debió tratarse de lo que llaman parálisis del sueño. Un sueño que conllevaba un mensaje oculto en el que mi mente me informaba que estaba dejando de luchar contra todo eso que quería dominarme. El sueño simbolizaba la derrota ante mi parte maligna. Ante mi propio némesis, un ente que todos tenemos, pero que la mayoría tiene a buen recaudo. Estudié también un poco de informática, algo de diseño digital, filosofía y otras cosas, pero todo por cuenta propia, no quería a nadie adoctrinándome.

—¡Yeh! Llevas todo el viaje *callao*. Ya casi hemos *llegao* y no has dicho ni una puta palabra.

—Estoy cansado. Nada más.

—Ya, bueno. En cuanto lleguemos podrás dormir en una buena cama. Verás la casita que he *pillao*.

—¿La casita que qué? —pregunté volviendo mi rostro descompuesto hacia su persona. En ninguna de sus visitas me dijo que se había mudado.

—Sí, la mierda de casa esa donde vivíamos cuando te pescaron, se me quedó pequeña. Hace unos años me mudé a otra. Está al otro *lao* de...

—¿Que te mudaste? No me habías dicho nada. —No dejé que terminara la frase.

—No, quería que fuese una sorpresa. Hay más.

—Allá tenía mis cosas. ¿Qué...?

—Tranquilo, que ya lo sabía. Está todo en la casa nueva. Pero, tío, sabes que para mí eres mi hermano y que lo que te digo es por tu bien. Esa caja de zapatos, que tenías debajo de tu cama, no te va a ayudar. Tendrías que...

—¿Has tocado mi caja? —inquirí con furia. Mis ojos se nublaron por completo. Mi mente se bloqueaba por momentos al pensar que Toni había sido capaz de inmiscuirse en la vida de mi hermana. No tenía derecho a hacerlo. Mi rabia iba creciendo por segundos—. ¿Por qué has tocado mi caja?

—¡Eh! Dennis, tranquilo. No he *tocao* nada, pero no hace falta, sé lo que es esa caja. Tan solo...

—¿Qué derecho tienes...? —Alargué mi brazo izquierdo para atrapar el suyo derecho y lo sacudí con fuerza mientras levantaba la mano que me quedaba libre con intención de golpearlo. Apreté el puño—. ¿Por qué?

—¡Eh. Eh! ¿Qué haces, tío? Suéltame.

—¿Dónde está el diario?

—¡Que me sueltes te estoy diciendo! Nos la vamos a pegar.

El coche se descontrolaba por momentos mientras mi brazo le sacudía. Mi mano permanecía levantada con el puño cerrado con fuerza. Tan solo quería golpearlo. No entendía por qué había cogido mis cosas, con qué derecho. Volví a sacudirlo de nuevo, el coche se tambaleó.

—¡Que pares, Dennis! ¡Nos vamos a matar, joder! —Se quitó mi brazo de encima como pudo y volvió a coger con fuerza el volante—. ¡Tu puto diario está a salvo en casa, loco de mierda! No voy a ser yo quien se deshaga de él.

Poco a poco, volví a la normalidad. Algo confuso por lo que acababa de pasar y

desorientado, recuperé la posición y volví a perderme en mis pensamientos. Toni me mataba con la mirada.

—No vuelvas a tocar mi diario.

—¡Que te den, tío! ¡Que te den! —replicó furioso—. Jamás he *tocao* ese libro. Si tú quieres dejarte matar por él, es cosa tuya, pero yo lo quiero bien lejos.

Tras esas palabras, el silencio gobernó en su coche, tan solo lo rompía el Waka Waka de Shakira que se oía por la radio. Varias canciones más tarde, llegamos a Teulada.

De nuevo, casi seis años después, volvía a ese pueblo. Esta vez no nos detuvimos en la primera rotonda, sino que continuamos hasta cruzar todo el casco urbano y nos colamos por un camino entre huertos justo a la salida del pueblo. Al final del mismo, una casa de dos plantas apareció. Abajo se veían dos grandes puertas blancas, parecía que eran dos garajes separados. En el piso de arriba, al que se podía acceder por una escalera en forma de “L” desde el exterior, estaba la vivienda, o eso parecía a simple vista.

—Esta es la casa —dijo Toni rompiendo el hielo.

Cuando accedimos al interior, pude apreciar que tan solo el comedor ya era igual de grande que la casa entera donde habíamos vivido antes. Al fondo, estaba la cocina y junto a ella, separado por otra puerta, un baño. En el lado opuesto, había tres habitaciones.

—La del fondo a la derecha es la tuya, la mía es la de al lado y la otra es la sala de juegos.

Toni siguió avanzando con rostro serio y cabizbajo. Arrastraba los pies por el salón mientras se quitaba la chaqueta, a juego con sus zapatos. Se dirigió a la entrada de nuevo, cogió unas llaves de un pequeño cuenco de madera que había sobre una mesita justo al lado de la puerta y me las lanzó antes de que entrara en lo que sería, según él, mi habitación:

—El coche azul que hay aparcado abajo es tuyo.

Recogí las llaves y sin mirar siquiera por la ventana, me perdí en mi cuarto. Ritual al que Toni ya estaba acostumbrado.

Cuando rebusqué debajo de la cama, lo vi, tal como lo había dejado en la otra casa, solo que con una fina capa de polvo cubriéndolo.

La puerta principal de la casa se cerró a lo lejos cuando la tapa de la caja se abrió ante mí. En el interior encontré de nuevo mi vida. Un ligero susurro, dulce y escalofriante, me acarició el oído.

Capítulo 32 (17 de abril de 2017, lunes)

El teléfono de Sarah daba señal, pero nadie contestaba al otro lado. Less intentaba por todos los medios localizarla, tarea que se antojaba imposible.

—Cielo, te has levantado muy pronto. ¿Quieres que te haga un cafecito? —preguntó la madre de Less mientras entraba en la cocina, donde estaba ella con su portátil y unos cuantos papeles sobre la mesa.

—No podía dormir. Sí te agradecería un café.

—¿Mucho trabajo?

—No especialmente. —Less prefirió no darle detalles sobre sus investigaciones. No quería preocupar a su madre, aunque ella sabía que no podría ocultarle lo sucedido durante mucho tiempo—. Estoy trabajando en un solo caso concreto.

—¿Y de qué se trata? —Cindy, que así se llamaba su madre, la miraba de reojo, dedicándole una sonrisa blanca y de perfectos dientes hechos a medida. A pesar de su edad, era una mujer de aspecto juvenil, y de espíritu, aún más.

—Nada importante. Estoy investigando una desaparición.

—¡Ah! Y el hecho de que estés durmiendo en casa, ¿tiene algo que ver con esa desaparición?

—No, mamá. Ya te dije que era para poder concentrarme mejor.

—¡Um! Vale. Y... —Se acercó a la ventana de la cocina, desde la cual se podía ver parte de la entrada, que era donde se aparcaban los coches—, tu coche destrozado, ¿tampoco?

—Ya te dije lo que pasó. —Según la versión de Less, había sido un golpe en un semáforo—. Esta tarde lo llevaré al taller, me dejarán otro mientras me arreglan el mío.

—Bien, bien, hija. Sabes que no quiero que te pase nada malo. ¿Me juras que si crees que estás en peligro, avisarás a la Policía?

—Sí, mamá. Te lo juro.

—¡Estupendo! Toma, ya te dejo tranquila. —Tras entregarle el café recién hecho, cumplió su promesa y se marchó. Su hija observó su aún esbelto cuerpo mientras se alejaba hacia el salón.

Less continuó con sus notas, analizando todo lo que le había dicho Toni la tarde anterior. Cuando tuvo a su madre bien lejos, sacó el diario y lo dejó a un lado para recurrir a él en caso de que fuese necesario. Intentaba encontrar quién pudo ser la siguiente “víctima”, si es que la hubo, antes de Rebecca. Entre las notas que escribió en cuanto salió de la prisión, en las que apuntó todo lo que consiguió rescatar de su memoria, una de ellas le llamó la atención. Toni dijo que en el club, Dennis tuvo otra alucinación y que por las noches tenía pesadillas en las que nombraba a Pattrick. ¿Quizá él fue el siguiente? Toni dijo que a los pocos días de desaparecer Dennis, murió Patt. Abrió su portátil y comenzó a navegar por la red, donde si no se encontraban respuestas, es porque no existían. Su objetivo era las alucinaciones o visiones que, al parecer, no solo se produjeron en el centro. Tras unos largos minutos leyendo y apuntando datos relevantes, comenzó a resumir lo obtenido:

1. Alucinación: Percepción provocada por un elemento irreal. El individuo no reconoce de dónde proviene, por lo que no puede deducir que es un producto de su mente. Causas: trastorno

bipolar, paranoia, esquizofrenia. También por causas no mentales: drogas, alcohol, medicamentos...

No, a Dennis no le fue diagnosticada ninguna enfermedad.

2. Alucinosis: Como la alucinación, pero el paciente sí es consciente de que algo no va bien. Sabe que las visiones no son reales y suele pedir ayuda. Causas: las mismas.

Es más posible, aunque Dennis nunca pidió ayuda.

3. Pseudoalucinación: Alucinación. El individuo reconoce que es un producto de su mente, pero no cree necesario pedir ayuda. Causas: las mismas, también se menciona como causa la soledad extrema.

Tras terminar su lista, Less subrayó la última de las hipótesis como la más probable. No tenía constancia de que Dennis hubiera pedido ayuda y la causa podía ser cualquiera de ellas.

Cuando terminó de analizarlo todo, continuó con otro de los temas en cuestión: intentar buscar alguna pista nueva entre las páginas de aquel cuaderno. Abrió con suma cautela el diario, con un miedo atroz, como si ese diario fuese producto del diablo y cada palabra sumara un peldaño hasta el infierno. Fue pasando páginas, tras la primera hoja arrancada, hasta que llegó a la segunda. Intentó encontrar algo en la hoja posterior, pero no había nada, la anterior era una llamada de auxilio perdida en el amarillo de esas páginas, un grito mudo que nadie escuchó:

Jueves, 12 de diciembre de 2001

Otra vez me he reunido con la psicóloga. Otra vez para nada, o eso me parece. Me ha vuelto a preguntar por el diario. Sigo sin querer decirle nada. Tampoco sé ni por qué sigo escribiéndolo. No veo que me haga bien, sigo poniendo todo lo que me pasa con la esperanza de que algún día pueda demostrar cómo son Sarah y sus amigas, y para que alguien haga algo por ellas. Porque está claro que con su carita de niña buena, se gana a todo el mundo, pero en realidad, es mala, muy mala. Siempre está riéndose y burlándose de todos.

No deberían de dejar a la gente burlarse de otros o hacerles sentir mal. Esa gente, que es mala, mala en sus adentros, son personas que quizás tengan más problemas o los mismos que yo, pero tienen la suficiente ayuda de sus amigos para que cuando salen de casa, se les olvide todo. Yo no tengo eso, yo cuando salgo de la pesadilla de mi casa, entro en otra pesadilla aún peor, y cuando salgo de esa, vuelvo a mi oscura realidad. Los odio, los odio a todos, los odio con todo mi corazón. Odio a Sarah y a Rebecca. Odio al director, odio a los profesores. Odio a papá.

Los odio.

Los odio.

Los odio.

Aquellas frases se clavaron en los ojos de Less como alfileres al rojo vivo. No tenía más remedio que cerrar el libro para que sus palabras no poseyeran también su alma, pero antes de cerrarlo, descubrió unas pequeñas manchas, que parecían ser de grasa, en una de sus hojas. Recordó la conversación con Nick. Su memoria la trasladó a ese momento en el que nombró el desguace donde Dennis había trabajado. De nuevo, un torbellino de dudas arremetió contra toda la voluntad que se aferraba a su espíritu incansable, haciendo tambalear sus motivaciones. «¿Sigo adelante o es el momento de avisar al inspector Galas?», se preguntaba.

La risa de su madre le llegó desde el salón. Le hizo recordar una conversación que había mantenido con ella, donde la instaba a seguir aguantando en su pequeña cadena cuando su interior le decía que no avanzaría nunca. Su madre la animaba prometiendo que algún día llegaría su momento, que tan solo debería reconocerlo y aprovecharlo. ¿Era este su momento? Sin duda.

Guardó su ordenador y el diario, apuró su café con leche y se marchó despidiéndose de su madre mientras salía por la puerta.

ooo

Less tenía el sol como sombrero cuando bajó del coche frente al desguace, un sol que se asomaba en el borrascoso firmamento. Hacía tan solo unos minutos que tuvo que pasar por las mismas curvas donde días atrás fue protagonista de uno de los peores momentos de su vida, aunque ella, lo consideraría el peor.

La imagen de su vehículo accidentado le dio una cruel idea a la periodista, que urdía su maquiavélico plan mientras llamaba al timbre de un pequeño contenedor acondicionado que hacía la función de oficina.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó un joven y brusco moreno.

—Hola. Verá, es que hace poco recibí un golpe y como buen y cortés ciudadano, el implicado no me dejó ningún dato para contactar con él. Así que me toca arreglar a mí el estropicio. ¿Tendrías alguna puerta trasera de repuesto?

—Maletero.

—¿Perdón? —Less ladeo la cabeza, algo confusa por la respuesta extraña del muchacho de ojos negros y sonrisa deformada a causa de unos dientes mal cuidados.

—Digo que lo que buscas es el maletero. ¿Qué modelo es?

—¡Ups! No sé. Es un Ford Kuga. Es todo lo que puedo decirte.

—¿Año?

—Lo compré hace un año.

—¿Tienes la ficha técnica? —preguntó sin dejar de mostrar la sonrisa que tanto incomodaba a la joven—. Así acabaremos antes.

—¡Ah! Sí, sí. Toma.

Less le entregó el papel verdoso donde aparecía toda la información sobre su vehículo. El joven lo revisó a fondo y comenzó a buscar en la base de datos de su ordenador con una expresión que denotaba confusión. Tras unos segundos, concluyó:

—Pues no, lo siento. Es un modelo demasiado nuevo, es muy difícil que encuentres nada.

—¡Vaya pues! Menuda faena. Bueno, gracias de todas formas. —Less hizo ademán de marcharse, pero justo antes de salir por la pequeña puerta de cristal, se volvió—. Una pregunta. Tengo un amigo al que no veo hace mucho tiempo. No sé si lo conocerás, pero sé que trabajó aquí una temporada. Se llamaba Dennis. ¿Te suena de algo?

—Yo llevo en este taller hace poco. Antes lo llevaba mi padre, pero murió hace un año, así que no creo que pueda ayudarte. De todas formas, recuerdo que cuando yo era algo más joven, entró un chico a trabajar aquí. No me acuerdo de su nombre, solo sé que mi padre lo quería mucho. Hasta que... —Hizo una pausa mientras su sonrisa se perdía en un rostro cabizbajo y triste—, lo arrestaron. Según supe después, mató a un chico de aquí del pueblo. No sé si será el chico que buscas.

—Sí, ese es. ¿No sabrías dónde puedo encontrarlo?

—No, lo siento. Hace muchos años de eso.

—Bueno, gracias de todas formas.

Less se marchó del desguace con el corazón encogido por no haber avanzado nada en sus investigaciones. Cuando creía que se acercaba a algo importante, de pronto, un muro aparecía al final del túnel, arrojándola de nuevo a la fría oscuridad de aquel abismo en el que estaba cayendo

sin frenos. Un sonido la devolvió a la luz natural que era su vida. Era Sarah, estaba llamándola.

—Hola, Sarah.

—Dime, cielo, ¿cómo te va? —Sarah se mostraba algo más animada. Una voz cálida y agradable se deslizaba por los altavoces del coche.

—Ayer me reuní con alguien. Tengo algo importante.

—¡Ay, Less! No te cansas.

—Sarah, escúchame. Tenemos que averiguar por qué se suicidó Patt.

—¡No. Eso sí que no, Less! —La calidez y tranquilidad de su voz se transformó por completo—. ¡Ya está bien, por favor! Ya basta de estar removiendo la tierra de esa manera, Less. ¿Qué será lo siguiente? Patt se suicidó, punto.

—Sarah, creo que Dennis podría estar detrás de todo. Tengo que descartarlo.

—¡Joder, Leissy! ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué tengo que pasar otra vez...? —De nuevo, su voz mutaba, por tercera vez durante la llamada, ahora se desquebrajaba por momentos, se ahogaba en sus propios lamentos.

—Sé que es duro, Sarah, pero...

—¿Que sabes que es qué? Por Dios, Less. ¿Qué vas a saber tú? Si cuando todo esto pasó, tú estabas en Madrid, viviendo tu bonita y maravillosa vida, alejada de todo. Solo quedo yo. Solo yo sé lo que fue toda esa pesadilla.

—Tienes razón, pero no olvides que aunque estuviera lejos, también lo sufrí, no seas injusta. —La voz de Less también comenzaba a desangrarse tras la puñalada de su amiga, que no dudó en clavarle un ardiente dardo en pleno centro de su corazón—. Ahora no es el momento de reprocharnos mutuamente lo que hicimos o dejamos de hacer. Tenemos que descartar que Dennis tenga algo que ver.

—Y si tiene algo que ver, ¿qué va a pasar? ¿Qué cambiaría?

—Quizá encontremos algo que nos acerque más a él. Tú solo ocúpate de hablar con su madre. ¿Aún tienes su teléfono?

—Obvio que lo tengo. Te juro que como no haya nada...

—Tan solo quiero descartarlo, Sarah. Nada más.

—¡No pienso perdonártelo!

—Cuando llegue al pueblo, te recojo.

Sarah colgó y Less se quedó unos segundos meditando. ¿No estaría yendo demasiado lejos? ¿Qué precio estaba dispuesta a pagar por descubrir a Dennis? Otro nombre surgió en su mente al pensar en Dennis, alguien que llevaba guardado en su interior: Gregor. Hacía casi un día que no hablaban. Y desde luego, no era porque él no quisiera. Less decidió hacer de tripas corazón y buscar un nuevo acercamiento:

—¿Cómo va el trabajo?

Capítulo 33 (30 de marzo de 2010)

*Todos tenemos dos mitades. Cada una siempre intentará dominar a su contraria.
Tú eliges a cuál darle la espada.*

Dennis Duga

Muchos años habían castigado mi cuerpo. Frente al espejo miraba, absorbo en mi propia imagen, los estragos del tiempo que no perdona a nadie.

Tuvieron que pasar unos días, desde mi salida de la cárcel, para que pudiera enfrentarme a mi propio reflejo. No me atrevía. No me sentía con fuerzas. Presentía que sería una lucha, si me atrevía a desafiarme, que acabaría enfrentándome al sueño que había tenido tiempo atrás. Seguía sintiendo esa siniestra sombra en mi interior, que intentaba controlarme por todos los medios.

Lo cierto es que mi situación, desde que salí, no había mejorado mucho. Con Toni todo seguía igual, apenas nos habíamos hablado tras el incidente del coche. Cuando llegamos a casa, él se marchó y no volvió hasta tarde. Yo me dediqué a recuperar todo el tiempo perdido con mi hermana, volviendo a sumergirme en ese abismo insondable que era su maldito diario. El sol pasó por mi ventana unas cuantas veces, cada una de ellas con más lentitud que la anterior, al fin, tras cuatro vueltas del mismo, decidí enfrentarme a mi reflejo, afrontar mi destino.

Salí de mi cuarto y me encerré en el baño. Mi cuerpo quedó paralizado frente al cristal del espejo mientras mi mente analizaba cada detalle del extraño ser que tenía delante. Todo era distinto. A mi rostro lo cubría una frondosa barba negra que se extendía hasta las mismas orejas. El color de mi piel había palidecido debido al encierro. Tan solo conservaba intactos mis ojos de ámbar, porque incluso mi mirada era distinta. Mi cuerpo también había sufrido, mostraba unos músculos más definidos. La poca grasa que cubría mi abdomen, ahora ya no existía y mis pectorales se veían firmes y cuadrados. Solo quedaba mi cicatriz del brazo y las estrías de mi piel para recordarme un pasado que tan solo me perteneció a mí.

Los días siguieron pasando en silencio entre esas frías paredes. Toni seguía, la mayoría de los días, entrando y saliendo a sus anchas, con algún que otro amigo nuevo. Los domingos se dedicaba a su negocio y el resto de la semana, disfrutaba. Todo era distinto, incluso el color del ambiente era diferente. Todo cuanto me rodeaba me hacía sentir que aquello no era para mí, todo excepto Toni, que a pesar de su visible enfado y notable malestar con la situación, siempre tenía algún detalle conmigo. El último fue hace dos días, apareció en casa con un sobre.

—Sé que me culpas por haberme *callao* como una puta por lo de la coca que te colgaron a ti. Por eso te he traído algo.

Yo no respondí, me limité a seguir viendo en la televisión un programa dedicado a la búsqueda de una chica que había desaparecido hacía tiempo.

—Toma, este sobre es un regalo. A partir de ahora, si quieres, podrás moverte libremente sin que te pillen. Si sigues adelante, el Dennis que todos conocen ya no existirá. Lo único con lo que tienes que tener cuidado es con tus huellas. Es lo único que no se puede borrar.

Como un alma errante que busca la luz, pero no sabe dónde encontrarla, entró en su cuarto y

tras unos segundos, volvió a salir y se marchó de casa. Yo me quedé observando aquel pequeño sobre blanco. Al tacto, parecía que contenía alguna tarjeta y papeles, la observación se quedó en eso, en solo una apreciación táctil, por el momento.

Toni se había marchado hacía unas horas. Me encontraba otra vez solo, frente al espejo cubierto de vaho, con mi cuerpo todavía húmedo, acababa de salir de la ducha. Una ligera brisa fresca se coló por el pequeño espacio que dejaba la puerta en su parte más baja, acariciándome los pies desnudos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Estaba quitando el vapor del cristal para verme reflejado en él cuando justo en ese momento, un ruido en mi habitación me sobresaltó. Abrí de golpe la puerta y salí, temeroso, hasta mi cuarto, no había nadie. Todavía mojado, me puse un pantalón y una camiseta que pronto se aferró a mi piel a causa de la humedad. Mis pies habían dejado una serie de huellas que se perdían en el interior del baño. La caja de zapatos donde tenía el diario se encontraba sobre la cama, sin la tapa, a su lado, el sobre todavía cerrado que Toni me regaló. Saqué el diario y lo abrí, sin intención de leer nada, simplemente lo abrí.

—¡Eh! Creía que estabas en la ducha. Yo me voy, venía tan solo a... —Era Toni el que había causado aquel ruido, pensé que había sido en mi cuarto. No lo había oído entrar. Me miró desde la puerta y tras un fuerte suspiro, se acercó a mi cama, observando el libro, y se sentó a mi lado—. No te dejes vencer, Dennis.

—¿Qué?

—Te lo digo por el libro. No dejes que se apodere de ti.

Dejé el diario sobre la cama y me levanté de un salto.

—Ojalá pudiera. Lo he intentado.

—Tienes que intentarlo con más fuerza. Sé que es duro, pero no...

—¿Qué sabrás tú!

—Quizás yo sepa algo también. No solo tú has sufrido.

—¿Quieres hablar de sufrimiento? —respondí con un atisbo de ira en mis palabras

—¿Se te olvida quién te recibió cuando llegaste al centro? Yo también sé lo que era estar allí. También he vivido esa soledad.

—¿Y has tenido que vivir la muerte de tu padre, y la de tu hermana? ¿Has tenido que ver cómo tu vida se derrumbaba delante de tus ojos sin poder hacer nada para evitarlo? —reproché con un violento tono de voz. Sabía que solo quería ayudarme, pero no estaba en las condiciones idóneas para hacerlo—. Todo por culpa de unas personas que hoy se ríen y disfrutan de su vida, ajenas al mal que causaron.

—¿Y tú cómo sabes que viven ajenos al mal que causaron? ¿Cómo sabes que esas personas no están ya sufriendo el castigo por lo que hicieron?

—¿Castigo? No. El sentimiento de culpa no es castigo suficiente. Tienen que sufrir lo mismo que sufrió ella.

—Entonces, ¿hablas por ti, o por ella? —Toni se levantó de la cama y se acercó a mí con la intención de colocar sus manos sobre mis hombros, acción que impedí de forma tajante dando dos pasos hacia atrás—. ¿Por quién quieres hacer justicia, Dennis?

Su pregunta llegó a descolocarme por completo. «¿Es a ella a quien quiero vengar en realidad?». Quizá tenía razón y el motivo de mi cruzada personal era solo por el daño que me causaron a mí, que lo disfrazaba de aquella forma como excusa para seguir adelante con mi venganza.

—Será justicia de todas formas.

—¿Y cuándo todo acabe?

—Podré descansar en paz.

—¿Quieres morir, Dennis?

—Ya estoy muerto. Morí junto con mi hermana y mi padre. Morí el mismo día en que mi madre cerró los ojos para siempre.

—Pues entonces nadie podrá detenerte —dijo dejando caer cada una de sus palabras con pesar al suelo—. ¿Sabes algo?

Toni comenzó a caminar con la lentitud de una tortuga moribunda, arrastrando el hombro por las paredes, yo lo seguía con la mirada, esperando a que terminara de hablar.

—Siempre pensé que serías mi hermano. Para mí, lo eres. En algo tienes razón, yo no sé, nunca supe lo que es perder a un padre o a una madre. Cuando mi madre enfermó y me internaron, yo era muy pequeño, y a mi padre no lo llegué a conocer.

—Entonces deberías sentirte afortunado. Así nunca necesitarás llorarlos. No se puede llorar por alguien que nunca has conocido.

—Así es. Por eso espero no tener que llorarte a ti. —Tras sus duras palabras, se marchó sin más.

Salió dando un portazo, yo me quedé de pie, al borde del pasillo, analizando toda la maldita conversación que había encendido una pequeña vela en el interior de mi alma. Pronto esa luz se extinguiría para siempre.

Siempre supe que en mi interior se libraba una ardua batalla, una batalla entre el bien y el mal. Una batalla en la que uno de los dos bandos estaba a punto de alzarse con la victoria. Todos tenemos en nuestro interior dos mitades: una buena y una mala. Ambas están siempre luchando por controlar a la otra. La que va a ganar depende de nosotros, de a cuál de las dos le demos la espada.

La luz del espejo del baño comenzó a titilar, como si estuviera siendo víctima de algún cambio de tensión continua. La discusión con Toni se había alargado más de la cuenta, tanto que la luz natural del exterior se había ya extinguido, ahora era el momento de que las sombras surgieran de la nada, apoderándose de todo, poco a poco. El pasillo, la habitación y el salón estaban a oscuras. El único foco de luz provenía de aquella bombilla. Me acerqué a ella para intentar ajustarla, le di al interruptor de la luz del techo del baño, pero no se encendió. Volví a accionarlo varias veces más, pero se había declarado en huelga por tiempo indefinido, así que me vi obligado a ajustarla sin ningún otro tipo de iluminación, a oscuras. Alcé la mano hasta ella y cuando posé mis dedos sobre el cristal, noté que un temblor recorría todo mi cuerpo, un chispazo que se originó en mis dedos. Retiré mi mano dolorida con rapidez y soplé sobre las yemas de los dedos. La bombilla quemaba. Cogí una toalla para evitar el contacto directo y poder manipularla sin dañarme. Cuando la toalla cubrió el vidrio, una rojiza y tétrica luz la traspasaba. La luz comenzó a brillar con más fuerza, destellando por momentos. Parecía que en cualquier momento estallaría. En ese instante, con la tensión recorriendo mi cuerpo, miré hacia el espejo y la vi. Una sombra blanca caminaba, como flotando, por el pasillo en dirección a mi habitación.

—Pero ¿qué coño...? —Fue lo único que me atreví a decir.

Mis ojos se abrieron con tanta fuerza que incluso me dolieron. Mis manos apretaron la bombilla que se había apagado del todo. Mis pies parecieron hundirse en los blancos azulejos de porcelana del suelo, ocultándose hasta los tobillos. Todo en mí se paralizó, excepto mi corazón, que latía con fuerza haciendo que lo único que oyera fueran sus latidos clavándose en mi cabeza. Era ella, era Martha. La vi de espalda, pero sé que era ella, llevaba su batín blanco, el mismo que llevaba el día que la vi en el centro de acogida.

—¿Martha?

No respondió. Tan solo seguía su curso, que parecía tener por objetivo mi habitación. Intentaba moverme, pero algo aprisionaba mis músculos como una pesada roca, que me inutilizaba por completo. Martha se detuvo frente a la cama, tras unos interminables segundos de lenta travesía. Vi cómo su cabeza se movía de un lado a otro, como si estuviera observando lo que allí encima había, y un momento después, la volvió a dejar inmóvil. Se quedó paralizada unos segundos, igual que yo, que no podía separar mis ojos de aquel espejo. De golpe, se dio la vuelta y de golpe, también, se cerró la puerta de la habitación, arrebatando a mi alma la paz y la calma que intentaba ganar. Al fin, mi cuerpo se liberó, provocando que retrocediera a gran velocidad contra la pared. Al pretender evitar el encontronazo, resbalé y caí al suelo. La toalla también se deslizó para hacerme compañía allí abajo y la luz iluminó el baño con naturalidad.

Unos minutos después, tras haberme relajado y asegurado de que no se producirían más movimientos, decidí asomarme al pasillo. Oscuridad tan solo. Era consciente de que todo aquello había sido producto de mi mente, que algo me quería decir por medio de esas visiones. Me acerqué a la cama y lo entendí. El diario estaba abierto en la parte del siguiente responsable. Lo primero que había escrito era una fecha como título: *Viernes, 13 de diciembre de 2001*. Junto al diario seguía el sobre. Lo abrí sin dilación y un montón de papeles y fotos cayeron sobre la cama. Un documento me sorprendió. Un nombre nuevo, una nueva identidad, una vida nueva. De eso se trataba todo. Desde ese instante, así me llamaría.

Capítulo 34 (17 de abril de 2017, lunes)

«Nick, por favor. Tienes que decirme todo lo que averigües sobre esta persona. Se llama Gregor Hanson. Gracias».

El tráfico en la zona por donde circulaba Less, en Gandía, era bastante denso a esas horas de la tarde. A aquella hora coincidían los padres que llevaban a sus hijos al colegio, después de comer, con los que volvían a sus trabajos. Así que la joven aprovechaba los tiempos perdidos para hacer sus cálculos sobre posibles hipótesis para encontrar a Dennis. «¿Será Gregor?». No, eso lo descartaba casi al instante, hacía apenas media hora que habían hablado, él se mostraba cariñoso y preocupado. No porque no tuviese pruebas, sino porque no se atrevía a tener que afrontarlo. «¿Quién entonces?». No encontraba respuestas. Sarah la esperaba con los pies clavados en el suelo, delante de su adosado, y sus brazos cruzados sobre el pecho.

—Hola. ¿Qué has averiguado, Sarah?

—Tenemos que ir a casa de Patt. He hablado con su madre, nos está esperando.

—¡Bien! ¿Recuerdas dónde vive?

—¿Tú no?

—La que estuvo saliendo con él fuiste tú, Sarah.

—Bien, pues te iré indicando. Ves hacia la playa. —El rostro de Sarah esbozaba una clara mueca de disgusto e incomodidad. Less lo sabía, pero la investigación era más importante.

Diez minutos después, y gracias a las malas indicaciones de Sarah, que no se podría ganar la vida como guía, llegaron a la casa de los padres de Patrick. Vivían en la misma desde hacía veinte años. Fue Sarah quien tomó las riendas de la conversación cuando la mujer abrió la puerta.

—Hola, señora Moreno —dijo Sarah agachando un tercio su cabeza a modo de saludo. Less imitó el gesto—. Hemos estado hablando por teléfono hace un rato.

—Hola, cariño. ¡Cuánto tiempo! Sí, claro, me acuerdo, estoy vieja, pero aún tengo memoria. —No mentía. Recordó también a Less, que era la única a la que había perdido la pista desde hacía más de diez años—. Hola, Leissy, tan guapa como siempre. ¿Qué tal estás?

—Bien, señora Moreno. Gracias.

—Por favor, llamadme Gloria —dijo la mujer sonriendo. Estaba jubilada, era una mujer de cabellos rubio claro y ojos oscuros. Un contraste que de joven debió ser impactante. Tenían el ejemplo en su hijo, pues Patrick heredó sus características—. Pasad, no os quedéis ahí.

Las dos chicas entraron en el silencioso chalé donde vivían los padres de Patt. No avanzaron mucho por él, tan solo se adentraron hasta el comedor, donde Gloria las invitó a sentarse a una mesa redonda de madera blanca.

—¿Y bien? ¿A qué se debe esta visita, chicas?

—Verá, es que Less y yo estamos preparando un trabajo. Y no encontramos una libreta que nos hace falta para poder terminarlo. Juraría que esa libreta se la presté a Patt poco antes de..., bueno..., ya sabe.

—Puedes decirlo, cielo. De suicidarse —se aventuró Gloria a completar los huecos con una estirada sonrisa, no exenta de dolor—. Después de tanto tiempo, hemos aprendido a hablar de

ello. Aunque a Enrique le cuesta más. Ya sabes que él y Patt, eran inseparables.

—Sí, lo sé. El otro día lo vi. Son dos calcomanías. Cualquiera que no los conociera, habría jurado que eran gemelos, ¿verdad, Less?

Less asintió de forma automática, dudando de sí misma, apenas conocía al hermano, dos años menor que Patrick, pero Sarah intentaba involucrarla en la conversación, así que tenía que improvisar.

—En fin. ¿Qué libreta buscáis en concreto?

—Queremos saber si, después de lo que pasó, encontrasteis algo entre sus cosas. Lo que buscamos es una hoja de color amarillo o alguna libreta que contenga hojas sueltas. Como ha dicho Sarah, es para un trabajo.

—Pues no lo sé, hija. Yo no recuerdo nada. Pero... —Gloria se levantó de un salto y se precipitó hacia las escaleras—. ¡Un segundo!

Less y Sarah se lanzaron una corta y esclarecedora mirada. La primera, sonrojada y con un ligero sentimiento de culpa por haber metido a su amiga en todo aquello, y no solo a su amiga. Sarah, en cambio, le devolvía una mirada de furia, sabedora de que todo aquello no traería más que dolor a todos los participantes por tener que abrir una herida ya cerrada.

—¿Qué pretendes encontrar, Less? —susurraba Sarah para evitar que la mujer la escuchara.

—Descubrir si hay algo relacionado.

—¿Y si no hay nada?

Less no respondió. Ni sabía que decir, ni tampoco le iba a dar tiempo. Los pies de la madre de Patrick se asomaban de nuevo por los últimos peldaños de la escalera que llevaba al primer piso. Cuando el resto del cuerpo se apreció con nitidez, las chicas vieron que traía una caja grande en sus brazos. La dejó caer sobre la mesa, levantando una enorme nube de polvo que saludó con descaro a las dos jóvenes y les provocó un irresistible picor nasal.

—Esto eran sus pertenencias. Las trajimos dos días después de que muriera y desde entonces, nadie lo ha tocado. Es más, las guardamos bajo llave.

—¡Guau! —dijo Leissy sorprendida. No se esperaba que algo así siguiera intacto. Tal como estaba cuando él murió. Si no encontraban ahí nada, sería porque no existía nada.

Las dos muchachas comenzaron a inspeccionar la caja bajo la atormentada mirada de su madre, que observaba con el rostro pálido. Estaba presenciando la carnicería del pasado de su hijo. Algo que ni siquiera ella se atrevió a hacer. Pero era el momento de pasar página.

Cada libreta que extraían, cada lámpara que movían, cada papel que comprobaban era un golpe en el cristal del alma de Less que, poco a poco, se iba agrietando. Cuando lo único que quedó a la vista fueron varias libretas en blanco, una calculadora y algunas pelotas de tenis, tanto Less como Sarah comenzaron a devolver todo a su sitio dentro de la caja.

—Señora Moreno, ¿podría darme un vaso de agua? El polvo este me ha dejado seca la garganta —dijo Sarah.

—Claro, hija. Ven, vamos a la cocina.

Las dos se apresuraron hasta la cocina. Sarah, durante el trayecto, se giró con una mirada de reproche hacia su amiga al tiempo que le lanzaba un «te lo dije» con los labios. Less se quedó guardándolo todo en la caja. Ya casi estaba terminando cuando un detalle le llamó la atención. La cartera de Patrick se había quedado escondida en una esquina de la caja, llena de polvo y acartonada. Una cartera de cuero negra. De su interior asomaba la esquina de un papel amarillento. El miedo recorrió por completo el cuerpo de Leissy, abrió la cartera. Lo primero que vio fue una foto de él y Sarah, ambos sonriendo felices. Tras ella apareció el papel plegado en

cuatro para confirmar sus peores teorías, cuando lo desdobló, la letra de Martha se clavó en la piel de Less, erizándole el vello de todas sus extremidades.

Viernes, 13 de diciembre de 2001

He visto por la tele, incluso en algunos anuncios o libros, eso de: «Querido diario» cuando comienzan a escribir. ¿Por qué iba yo a decir eso? ¿Acaso este diario es mi amigo? No. No y no. Tan solo es el cuaderno que deja como muestra todo lo que es mi penosa vida. Me cuesta dormir, cuando lo hago, no quiero despertar y cuando despierto, tan solo me apetece volver a dormir para siempre. Es un círculo que no me deja escapar. A veces pienso que estoy cada vez más cerca del final.

Hoy le ha tocado hacerse el gracioso a Patrick. Cómo no, un chico. No solo soy el hazmerreír de las chicas. También lo soy de los chicos.

Todo empezó cuando salíamos de clase. Como de costumbre, durante todo el día, Rebecca y Sarah no han dejado de molestarme. Sarah se ha puesto detrás de mí en Matemáticas y ha estado toda la clase dando pataditas a mi mochila. Ha sido un día muy largo y cuando pensaba que ya había acabado todo y que ya podía irme a casa a disfrutar de mi soledad y de mi amargura, ha llegado él.

Saliendo de clase vi que Sarah y Rebecca me seguían, haciendo de las suyas. A ellas, se sumó Patrick, que habló con Sarah y enseguida, los dos se han puesto a mi lado. Sarah a mi izquierda y Patrick a mi derecha. Tras unos segundos en los que tanto si yo aceleraba como si frenaba, ellos me imitaban, Sarah me dio un empujón con el hombro para provocar que chocara contra Patt, pero este, en vez de sujetarme, se apartó a un lado y levantó la pierna para que tropezara y me cayera al suelo. Caí sobre mi brazo, haciéndome mucho daño, tanto que el grito alertó a los demás chicos. Enseguida, Patt se ha arrodillado, pero no a mi lado, sino sobre mí. Me ha clavado su pierna en mi costado, causándome todavía más dolor. No pude hacer nada más que soltar unas enormes lágrimas de impotencia y dolor.

A ver si miramos por donde vas, cojita, exclamó Patt, después se ha levantado haciendo más fuerza con la rodilla que tenía clavada en mi cuerpo, yo he vuelto a gritar.

Se han marchado riendo mientras yo me quedaba en el suelo retorciéndome de dolor. ¿Por qué nadie me ha ayudado? ¿Por qué, a pesar de ver que lo que hacen está mal, nadie hace nada? ¿A qué esperan, a que pase una desgracia? Quizás sea eso lo que tengo que darles. Tal vez eso es lo que esperan. El silencio es lo que mata. El silencio de los profesores, que solo consigue dar refuerzo a los actos de los niños. El silencio de los padres, ciegos ante lo que a su alrededor sucede. El de los demás niños, que hace que el ego de los que acosan crezca hasta límites peligrosos. Y el peor de todos. MI SILENCIO. Con él que tan solo consigo morir de agonía lentamente, y sola, muy sola.

Ojalá, algún día, alguien me oiga.

Entre sudores fríos y gestos de dolor, tras leer esas hirientes letras, que parecían malditas, guardó la nota en su bolso, cerró la cartera y la arrojó al interior de aquella caja negra de cartón. Terminó de recoger todo lo demás y se puso de pie para esperar a que su amiga apareciera. Como así hizo dos minutos después, sonriendo ante los graciosos halagos de su exsuegra.

—A ver si vienes a verme otro día cuando esté Miguel, que seguro que se alegra de verte.

—Será un placer.

Sarah torció el gesto cuando se percató de la palidez Less y de que la esperaba de pie frente a la mesa. En cuanto sus miradas se cruzaron, Less le hizo un gesto con la cabeza indicando que era el momento de largarse de allí. Sarah comprendió que algo no iba bien y se despidió de la señora

de la casa, prometiendo volver a visitarla pronto. Ya en el coche, el rostro de la joven morena se demudó por completo.

—Fue él. Lo hizo él.

—¿Qué pasa, Less? Relájate, por favor.

—Yo tenía razón. —La joven comenzaba a romperse por momentos, cediendo a toda la presión recibida de tantos días. Era una mujer de fuerte espíritu, pero también tenía su límite, y este estaba siendo rebasado. Comenzó a respirar con fuerza.

—Less, tienes que calmarte. ¿Qué has encontrado?

La periodista le entregó la nota a Sarah, que no hizo más que romper a llorar en cuanto leyó el fragmento del diario. El remordimiento comenzaba a socavar su tan habitual falsa alegría. Una nueva Sarah afloraba, más real, más sufrida.

—¿Qué hacemos, Less?

—No nos queda más remedio que encontrarlo —respondió entre fuertes suspiros—. No podemos permitirnos que sea él quien nos encuentre antes.

—Pero él ya lo sabe todo de nosotras. En cambio, nosotras...

—Pronto. Pronto daremos con él.

Less se mostraba convencida, debía adoptar esa actitud para poder seguir adelante con todo. Si se derrumbaba, sería lo mismo que esperar a que la muerte llamase a su puerta, y no estaba dispuesta a que eso pasara. Arrancó el vehículo, pero cuando se disponía a iniciar la marcha, su teléfono vibró. En la iluminada pantalla se podía leer: «Ahí lo tienes». Era un mensaje de Nick seguido de una imagen que debía ser descargada.

Capítulo 35 (10 de abril de 2010)

Cuando vi pasar a Patrick por la acera de enfrente, todos los recuerdos de las últimas semanas me invadieron de repente. Una ola de imágenes que revolviéron mi ser hasta las náuseas.

Todo había pasado muy rápido desde que Toni me acogió en su nueva casa diciendo que también era la mía, pero en realidad para mí nunca lo fue. No lo dudé ni un segundo, cogí una vieja bolsa de deporte que tenía escondida mi compañero en su armario y guardé lo imprescindible, un poco de ropa, la caja de zapatos con mi diario, bueno, el de Martha, y lo que más iba a necesitar: las pertenencias de Toni. Su confianza en mí lo había llevado a no disimular a la hora de esconder sus bienes más preciados. Siempre que cobraba algún trabajo, lo escondía en bolsas de basura en un pequeño butrón hecho en la pared, detrás de su armario. Me lo llevé todo, sin pensar, sin temor, sin miramientos, todo. Subí al Seat Toledo azul que me había regalado y aceleré, alejándome de aquella casa para siempre. No miré atrás.

Pasé varios días durmiendo en el coche y buscando la manera de encontrar a Patrick. Fueron sus padres quienes me dieron la dirección. Vivía en una calle justo al lado del estadio del Valencia, precisamente en la ciudad que compartía el mismo nombre. No tardé ni unas horas en presentarme en la zona. En las bolsas de Toni encontré una pistola de 9 mm y varios cargadores, guantes negros de cuero, varios teléfonos apagados y más de cuarenta mil euros en billetes pequeños. Con ese dinero alquilé un apartamento justo enfrente de la vivienda de Patricio, que no sé por qué idiota motivo se hacía llamar Patrick. Ahí pasé los últimos días espiando todos sus movimientos.

Desde el otro lado de la calle, vi cómo aquel individuo, que tanto daño hizo al apellido Duga, caminaba tranquilo vestido con ropa deportiva y su móvil en la oreja. Con mucho cuidado, pero también con suma agilidad, comencé a perseguirlo.

—Sí, mamá. Tranquila, estoy bien.

—[...]

—Vale. Te llamaré cuando sepa seguro el día que bajo.

—[...]

—Imagina. Yo creía que esa la arrastraría hasta septiembre. Bueno, mamá. Te llamo mañana, besos.

Cuando finalizó la llamada, aceleró un poco el ritmo. Todos los días sobre esa hora salía a correr, así que supuse que ese día también lo haría. Debía tener mucho cuidado con mis movimientos, no dejar que nadie sospechara que lo estaba siguiendo. Si no acababa con él esa noche, tendría que esperar otra semana. Patrick vivía con dos compañeros más en aquel piso, con un chaval más joven, bajito y muy feo y otro algo más alto y con un físico muy cuidado. Casi siempre salían juntos a correr, pero el viernes los dos compañeros se fueron y hasta el momento no habían regresado. Supuse que lo harían el domingo.

El cartel de la farmacia que acababa de pasar marcaba las 20:09 y una temperatura de 18 grados. Una noche perfecta para salir a correr. Cruzó dos calles más hasta llegar a un gran parque, que antes debió ser un río, pero ahora lo habían reconvertido en un gigantesco terreno cuidado que

partía la ciudad en dos.

Patrick comenzó a calentar, haciendo estiramientos y dando pequeños saltos. Yo pasé de largo y me escondí unos metros más adelante. Esperé impaciente a que me rebasara, calentando también para no sufrir ningún calambre. Al fin, pasó por mi lado, dando pequeños trotes a un ritmo bastante lento. Esperé unos segundos y lo seguí desde una cierta distancia, con una llama en mi interior que crecía a cada paso que daba. Las ganas de sacar la pistola, que tenía escondida en mi ropa, y pegarle un tiro en la nuca llegaban a dominarme por momentos, tenía que sacudir mi cabeza para librarme de ellas. Si me volvían a coger, pasaría un largo tiempo entre rejas. Debía ser prudente. Pasados unos minutos, vi cómo aquel tío, de espalda cuadrada, alto y con unas greñas castañas que comenzaban a oscurecerse debido al sudor, aceleraba el paso. Intenté perseguirlo, pero mis piernas se resistían a obedecerme, algo anulaba cada uno de mis movimientos con furor. Minuto a minuto, el dolor aumentaba, haciéndose más y más intenso. Mis piernas aullaban de dolor tras cada paso, mi espalda crujía, en mi costado se había clavado un puñal que se hincaba con fuerza en mi interior a cada paso que daba. El aire se convertía en fuego en mis pulmones. No podía seguir, solo veía cómo el sujeto que quería perseguir se alejaba cada vez más entre imágenes intermitentes de su silueta, que se perdía de vez en cuando en las sombras que se formaban en los puntos ciegos de las farolas. Al fin, dejé de verlo. Un intenso sentimiento de frustración se apoderó de mí. A pesar de mi cuerpo bien formado y de estar en un claro buen estado de forma, mi interior estaba podrido, deshecho por completo. No iba a dejarlo ahí, tenía que ser esa noche, y sería esa noche.

Tardé casi veinte minutos entre recuperarme y llegar al portal del edificio donde vivían Patrick y sus amigos. Tan solo tenía que esperar ahí a que él llegara y asegurarme de no levantar sospechas, así que crucé de nuevo la calle y me senté en un banco de madera al otro lado. Fueron casi cuarenta minutos los que pasaron, aunque en mi mundo, en el que me encerraba cuando no tenía ningún objetivo o plan, se tradujeron a décadas. Mi alma se hundía en esas letras que me atrapaban en el fondo, impidiéndome respirar. Todo el tiempo que pasé esperándolo, lo hice con su hoja en mis manos, el papel que tenía que entregar a su protagonista, pero su lectura me devoraba sin compasión alguna. Al fin lo vi. Me incorporé y me dispuse a seguirlo.

Entró en su portal, y yo lo hice detrás de él, simulando que también vivía en su edificio. No sospechó nada. Caminaba absorto en sus pensamientos, ajeno a que los míos se posaban en él convertidos en una mirada de furia y odio. Cuando entramos en el ascensor, me miró de reojo y preguntó:

—¿A cuál vas?

—Al último.

Él pulsó el número siete. Era un edificio de trece plantas, yo pulsé el botón de la última. Mientras el ascensor subía, entre movimientos bruscos y ruidos raros, los típicos de un ascensor viejo, saqué la pistola y la sostuve con mi mano derecha. En la izquierda llevaba la nota. En el reflejo metálico que proporcionaba la puerta, podía ver la expresión chula de Patrick, sus ojos verdosos y su barbilla afilada resaltaban sobre todo lo demás. Sabía que en un cara a cara podría perder, así que no le iba a dar esa opción. El timbre que anunciaba la primera parada me puso en alerta. Había llegado la hora.

—No des ni un paso —dije apretando los dientes con la misma fuerza con la que incrustaba el cañón del arma en su riñón—. Si te mueves, te dejo seco aquí mismo.

—¡Eh, eh, eh! Tranquilo, tío. Tranquilo.

Patrick levantó las manos y se quedó paralizado. Yo lo agarré con fuerza por el hombro y

esperé a que se cerrara la puerta. El rostro que se había reflejado hacía un minuto escaso en esa superficie, se acababa de transformar por completo. Un semblante descompuesto, unos ojos perdidos en el infinito y unos labios temblorosos era lo que mostraba en ese momento.

—Llévate lo que quieras, tío, pero déjame en paz.

—¡Calla la boca!

El ascensor llegó al último piso. Cuando se abrió, empujé a Patrick fuera de él y le ordené que subiera a la terraza.

Cerré la puerta a mi paso. Tan solo el viento fresco nos acompañaba en presencia de una noche despejada.

—No sé lo que quieres, tío. Pero toma, mi cartera. Es todo lo que tengo. No llevo nada más encima. ¿Quieres el móvil?

—No quiero tu sucia cartera.

—¿Entonces? Si quieres entrar en casa, vivo en la puerta cuatro del séptimo.

—¿Tú me has visto pedirte algo?

Patrick se quedó unos segundos pensativo, mirando mi arma, que en ningún momento había dejado de apuntarlo.

—¿Y qué quieres pues?

—Que me digas el porqué.

—¿Perdona?

—No sabes quién soy, ¿verdad?

En ese momento vi en sus ojos un verdadero terror. Vi como su expresión se torcía cuando supo que mi visita era por algo más que un atraco. Aunque su gesto interrogante demostraba no tener ni idea de quién era yo.

—No, te juro que no sé quién eres, tío. A ver si te estás equivocando de persona.

—Lo dudo. Sé muy bien a quién busco. Busco a la persona que aparece en esta hoja —escupía cada una de mis palabras con tanta furia que hasta yo mismo me daba miedo. Le lancé la hoja del diario a sus pies—. Recógelo y léelo.

Acojonado, atrapó el papel y comenzó a leerlo. En cuanto vio la fecha, como título, y empezó a recorrer con los ojos cada una de las líneas de la nota, sus piernas se derrumbaron y se quedó de rodillas. Sus ojos empezaron a derramar la culpa por sus mejillas y sus labios intentaron entonar algún tipo de excusa que, sin duda, llegaba demasiado tarde.

—Lo..., lo... siento. Yo...

—Ahora ya sabes por qué estoy aquí. Vengo para cobrarme la justicia que se le negó entonces a mi hermana. Tú y tus amigas no hicisteis más que arruinar la existencia de una joven que tan solo necesitaba ser aceptada. Pero en vez de eso, la destruisteis más si cabe. Hundisteis en la pena a alguien que intentaba, tan solo, dejar pasar los días para ver si en algún momento todo mejoraba. Pero no la dejasteis comprobarlo. Vosotros —grité furioso antes de hacer una pausa para evitar que el odio me arrebatara la voluntad—. ¡La matasteis!

—Te juro por mi vida que nunca quise que pasara eso. Nunca imaginamos que todo acabaría tan mal. Yo mismo le dije a Sarah, aquel día, que esa broma era muy pesada. Te lo juro, yo no quise hacerlo. Pero ella...

—No culpes a quien no está. Ahora hablamos de ti.

—Lo sé. Intenté detenerla. Todo por un maldito comentario.

¿Un comentario? No entendí bien lo que quiso decir con esas palabras. En el diario de mi hermana no había nada escrito sobre un comentario.

—¿Qué comentario?

—Sarah comenzó a cargar más sobre Martha cuando se me escapó un día que... —Su boca se cerró de golpe, sus ojos me miraron fijamente. Mi odio crecía por momentos—. Dije que si no fuera..., bueno, ya sabes..., cojita, pues que sería muy guapa. Sarah enloqueció después de oír eso y comenzó a acosarla aún más.

—¿Y tú, sabiendo que lo que hacía estaba mal, por qué la ayudabas?

—Era un crío que solo quería ligarse a la más guapa del colegio. ¿Tú que hubieses hecho? — La pistola comenzó a temblar en mis manos. Patrick se dio cuenta y añadió—: Te juro que quise detenerla.

—Hoy ya no vale arrepentirse.

—Me he arrepentido todos los días desde que pasó —dijo volviéndose a levantar y dando unos pasos hacia atrás. El muro que anunciaba el final de la terraza le impidió seguir caminando.

—¿Por qué? ¿Era necesario humillarla de esa manera? ¿No lo teníais todo? Amigos, belleza, comodidad. ¡Teníais que joderles la vida a los demás para sentirlos realizados! ¿VERDAD?

—¡No! No se trata de eso. No sé porque lo hacíamos. De verdad. Quizá, nos dejábamos llevar. Por ella. Éramos críos que con tal de encajar hacíamos lo que hiciese falta. Pero nunca quisimos llegar tan lejos. Te lo...

—¡CALLA! —Mi furia crecía por momentos. Cada una de esas palabras, todo, era mentira. Tan solo intentaba escapar de ahí. Tan solo quería convencerme—. ¡Mientes!

—¡Te juro que digo la verdad! —gritó él con los ojos brillantes. Su voz parecía deshacerse por momentos—. Te juro que las palabras que me dijo aquel día son como una enorme losa que tendré que arrastrar toda la vida. Nunca he olvidado ninguna de ellas.

—Entonces —dije bajando el arma y dirigiendo mi mirada al suelo—, espero que el peso de sus palabras te arrastre al infierno.

Volví a mirarlo con todo mi odio y descargué sobre su pecho mi furia convertida en una poderosa patada. Patrick se quedó tumbado sobre el pequeño muro lanzando quejidos de dolor. Intentó agarrarse a él, pero no se lo permití. Lo cogí por las piernas, que se sacudían buscando algún punto de equilibrio, y lo arrojé al vacío, sin contemplaciones. Su grito se perdió en la oscuridad de la noche, otros nuevos surgieron cuando el suyo se apagó.

Mientras regresaba a la puerta, vi su nota desplazándose por el suelo, presa del suave viento que la movía de un lado a otro, acariciando con él el rojo suelo de la terraza. La recogí, la plegué y la guardé dentro de su cartera, que era lo único que quedó de él en ese tejado, su teléfono había salido despedido cuando le golpeé. La dejé en su buzón antes de perderme entre la multitud que se agolpaba junto al cadáver. Lo último que dijo se quedó grabado en mi mente. «Sus palabras me acompañarán toda la vida».

Capítulo 36 (17 de abril de 2017, lunes)

Unas nubes negras y tenebrosas amenazaban con romper la paz que el cielo había otorgado a todos allí abajo durante el día. El reloj apenas superaba las seis de la tarde, pero la escasa luminosidad hacía que pareciera ser mucho más tarde. Sarah y Less caminaban hasta la tienda de la primera con pasos lentos y pesados. Sarah se dejaba atormentar por los recuerdos en los que se veía feliz con Patt, su primer y gran amor. Less intentaba asimilar la imagen que Nick le había mandado unos minutos antes.

En el mensaje, que había leído antes de bajar del coche, se veía la captura de una pantalla de ordenador. En ella se mostraba una especie de ficha con la foto de Gregor, unos cuantos años más joven, y cierta información que ella desconocía. Todo le pareció normal hasta que se dio cuenta de que la ficha había sido extraída de un informe elaborado por la Policía Nacional. Se trataba de la ficha que había rellenado tras su presentación a las pruebas. Todas las había superado con muy buena nota, excepto una: la de la entrevista personal. En las tres pruebas que le hicieron no lo consideraron apto. En todas ellas se justificaba el mismo motivo: «Posible misandria. Se aprecia un odio irracional hacia todo el género masculino. Posible desorden emocional. No apto para el servicio público». Ese fue el detalle que le ocultó desde el primer día. Less recordaba que le contó que no lo habían aceptado por unos tecnicismos. ¿Por qué esa necesidad de mentir? ¿Qué más ocultaba? Nick no pudo acceder a más datos, le dijo que podría ser que Gregor fuera un santo y nunca se metiera en líos. Ni siquiera una sola multa tenía.

—Hola, Cristine. ¿Está Mónica por aquí?

—¡Hola, jefa! Sí, está colocando la ropa de hombre.

—Bien. Less y yo vamos a estar en el sótano. No quiero que nos moleste nadie.

—¡Listo! —Era la compañera más veterana de Sarah. La acompañaba desde que abrió la primera tienda. Y a pesar de ser una muchacha bastante poco lúcida, siempre actuaba de buena fe —. Por cierto, jefa. Ha venido Robert. Ha traído un sobre y ha dicho que era no sé qué de unas fotos, algo que tú le habías pedido.

—¡Ah! Vale. ¿Dónde está?

—Se fue hace ya un buen rato. Tenía prisa dijo.

—¡No! El sobre. ¿Dónde está el sobre?

—Pues... —Comenzó a rebuscar en el mostrador. Tuvo que acomodarse el largo y denso cabello castaño detrás de sus orejas para que no le entorpeciera la vista y dejó entrever su nariz roma. Tras unos segundos, dio un salto y se plantó frente a Sarah de nuevo con el rostro sonrojándose por momentos—. ¡Ups! Ya sé dónde está.

—¿Y bien? ¡Dámelo, mujer! —dijo Sarah resoplando, con un claro tono de enfado en la voz.

—Lo tiene Julián. Está abajo esperando. Vino hará unos minutos, y dijo que te esperaría allí.

—¡Leches, Cris!

—Perdón, jefa. Estoy liadísima con el stock y se me va la cabeza.

Sarah le lanzó una mirada asesina a su compañera, que se quedó mordiéndose los labios mientras miraba cómo Sarah y Less bajaban por la escalera.

Cuando las dos jóvenes llegaron al piso inferior, vieron a Julián de pie, estudiando el sobre con la precaución con la que un forense investiga una prueba. Estaba tan inmerso en su causa que no se percató de la presencia de las dos chicas en su retaguardia.

—¿Qué haces? —espetó Sarah con el rostro todavía más endurecido que su pregunta.

—La... —Julián dio un salto y soltó el sobre marrón encima de la caja que le servía de mesa a Sarah—. ¡Joder, Sarah! Que susto me has dado. Casi me da un infarto, ¿sabes?

—¿Qué estabas haciendo con el sobre?

—Nada, solo quería ver las fotos.

—¿Y por qué lo abres? ¿Quién te ha dado permiso?

—Yo no he abierto nada. Cuando he llegado, Cris me lo ha dado, y ya estaba abierto. Tan solo estaba intentando sacar alguna foto, ¿sabes? Pero entonces has llegado tú. —La típica coletilla que Julián decía en todas sus frases y que tanta gracia le hacía a Sarah, ahora empezaba a crisparla de una manera que se salía de toda norma.

—Bueno, pues dámelo. ¿Qué querías?

—¡Uf, tía! Vaya mala hostia que traes. ¿Te ha ido mal el día?

—¿El día...? —Sarah cerró los ojos y respiró con fuerza, haciendo que su nariz danzara al compás de la melodía que creaba al expulsar el aire—. Bueno, dime. ¿Qué ocurre?

—No es nada. Tan solo venía a ver cómo estabas, ¿sabes? Nada más.

—Less, ¿me traes el bolso que tengo en la percha?

—¿Quieres que cenemos juntos?

—Pues no estaría mal. La verdad es que me apetece, si a Less no le importa.

—Para nada, Sarah. Te sentará bien despejarte un poco.

En el momento en que Less iba a coger el bolso que su amiga le pidió, un tremendo ajeteo en el piso superior las llenó de inquietud. Las dos amigas se acercaron a la escalera para escuchar el vocerío que provenía de arriba.

—Señorita, dígame si se encuentra aquí. Nos han informado en su trabajo que lo han visto entrar en la tienda.

—Está abajo.

Los pasos descendieron veloces. Sonaban a pares, por lo que ambas dedujeron que se trataba de dos o más personas. En efecto, fueron tres los que aparecieron al fondo de las escaleras. Primero bajaron dos hombres vestidos con el uniforme de la Policía Nacional. Justo detrás de ellos, apareció el inspector Galas, ataviado con su característica chaqueta y un pantalón vaquero, aunque no el mismo del otro día.

—¿Julián? ¿Julián Núñez? —preguntó el inspector.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis?

Galas le hizo un gesto a sus dos compañeros para que se colocaran al lado de la pareja de Sarah.

—Debes acompañarnos. Tenemos unas preguntas que hacerte.

—Pero ¿estoy detenido? —El rostro del muchacho temblaba como una gelatina en un microondas, aterrado y sin saber siquiera el motivo de todo aquello.

—Pues eso depende de ti. Vamos —Galas hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros. Los dos cogieron de los brazos a Julián que intentó de forma patética resistirse.

—¡Eh, esperad! ¿Qué pasa? ¿Por qué me lleváis?

—¡Eh, eh, tranquilo, chaval! A ver si vamos a tener que esposarte —respondió uno de los agentes con aire chulesco.

—Pero vamos a ver...

—Tan solo queremos hacerte unas preguntas —concluyó el inspector.

Julián desapareció por la escalera. Sarah y Less habían enmudecido ante la escalofriante escena. No pudieron hacer nada más que observar paralizadas cómo en cuestión de tan solo dos minutos el sótano se había llenado y vaciado casi por completo. Galas se quedó rezagado unos segundos junto a las jóvenes, que empezaban a reaccionar con lentitud.

—¿Están ustedes bien? ¿Necesitan algo?

—¿Por qué se lo han llevado? —preguntó Sarah con un tono de preocupación—. ¿Qué ha pasado?

—Es tan solo un procedimiento rutinario. Tenemos que hacerle unas preguntas. Pronto volverá a estar con ustedes. No tienen por qué preocuparse.

—¿Pero cuál es el motivo para tomarle declaración? —Less se adelantó esta vez e intentando disimular sus nervios, continuó preguntando—: ¿Tienen alguna prueba contra él?

El inspector se aseguró de que nadie más podía oírle, se puso la carpeta marrón que traía consigo bajó el brazo y le dijo a las chicas:

—Se han encontrado sus huellas en el apartamento de la señorita Danez. Estamos intentando confirmar que no tiene nada que ver con su muerte. Aunque su coartada es sólida, ya le tomamos declaración en su día. No creo que tengan nada de qué preocuparse. Si necesitan algo, tienen mi tarjeta. Buenos días.

Sarah palideció tras oír aquel alegato que sentenció a su alma al más cruel de los castigos: una vida encerrada solo con sus propios lamentos. Ni siquiera siguió con la mirada el cuerpo del inspector cuando se marchaba. Se quedó paralizada en la misma posición en la que estaba cuando Tomás Galas comenzó a dar aquella información. Less la asió por los hombros con rapidez, alertada por la situación, sabedora de que su amiga no soportaría la sospecha. Ambas se quedaron de pie, una frente a la otra.

—¿Qué ha querido decir, Less?

—Nada. No te preocupes. Serán unas preguntas tontas y lo dejarán ir.

—No. ¿Qué quería decir con que han encontrado sus huellas? —Sus ojos comenzaron a humedecerse. Su voz se agudizaba tras cada palabra. Su cuerpo se encorvaba—. ¿Qué hacían sus huellas allí?

—Sarah, no te atormentes con eso ahora. Puede haber mil razones. Cuando él venga, te lo explicará.

—Pero ¿por qué nunca me dijeron nada, que se veían, que...? —Sus labios empezaron a temblar y rompió en un silencioso llanto que se tradujo en una cascada de lágrimas mientras su cuerpo convulsionaba debido a los espasmos.

—Sarah, no pienses en eso ahora. Vamos, te llevo a casa.

—¿Rebecca y...?

—¡No!

Less pidió a Sarah que subiera al piso de arriba mientras ella recogía sus pertenencias.

—Coge también el sobre con las fotos —suplicó Sarah entre sollozos antes de desaparecer.

Cogió el bolso blanco de su amiga y una chaqueta negra, cuando levantó el sobre, todo lo que contenía se esparció por encima la caja. Less se apuró a recogerlo todo y en ese momento lo vio, una pequeña tarjeta negra, como las típicas memorias de las cámaras digitales. Extrañada y con temerosa curiosidad, la observó, pero no se veía nada raro. Guardó todo de nuevo en el sobre, excepto la tarjeta. Guardó ese objeto negro dentro de su cartera y volvió corriendo al piso

superior, donde su amiga esperaba, más relajada, aunque con la cara hinchada y los ojos inyectados en sangre. Less le indicó con la cabeza que era el momento de irse, miró su teléfono para ver la hora y vio el mensaje:

«¿Podemos quedar? Llevamos varios días sin vernos».

El mensaje era de Gregor. Less lo ignoró.

Capítulo 37 (25 de junio de 2013)

Cuando una batalla está perdida, solo los que han huido pueden combatir en otra.
Demóstenes

Tres años después

—Una cerveza.

—¿Alguna marca en especial? —respondió la camarera rubia de la barra con una sonrisa que invitaba a pedirle algo distinto.

Negué con la cabeza, con mi ya tan particular rostro de pocos amigos, dando a entender que no necesitaba más conversación. A pesar de la buena predisposición de la muchacha, que estaba de muy buen ver, no necesitaba distracciones. Me sirvió una botella verde de fresca cerveza y se marchó a atender a los demás clientes. El local estaba repleto de universitarios y jóvenes con ganas de pasar un rato en compañía de sus amistades, aprovechando que el día se prestaba a refrescarse.

Un atormentado sol entraba por las cristaleras del bar, intimidando a todos allí dentro, obligándoles a dirigir sus miradas hacia otros enclaves. Yo observaba cómo los chavales reían y gritaban, mientras tanto, esperaba a una persona en concreto. Notaba en mi interior un profundo vacío. Habían pasado ya cuatro años desde que abandoné a Toni a su suerte. Durante todo este tiempo, con la única persona con la que me he relacionado ha sido mi hermana. Es ella quien me habla todas las noches. Quien me acompaña todos días. Quien dicta mis instintos y conduce mi alma. A veces, he echado de menos la compañía de otra persona, pero en este camino que he elegido, incluso mi sombra se aleja de mí. En mi mente, volvía atrás en el tiempo y tan solo imágenes oscuras y tristes aparecían proyectadas, incluso mi primera vez, que fue con una prostituta, mientras estaba preso. A Toni se le ocurrió mandarme una chica de pago a la cárcel para que según él «matara el rato». Fue una experiencia fría e insípida. Algo que no he querido nunca recordar. Cuando todos aquellos recuerdos fueron avanzando en el tiempo, tuve que revivir toda la situación que me había traído hasta este momento. A cientos de kilómetros de lo que fue mi hogar.

Todo pasó tras la muerte de Patrick. Decidí seguir en el apartamento que había alquilado unas semanas antes para no levantar sospechas. Pasé mucho tiempo observando los movimientos que se sucedían en la calle. Vi llegar a sus padres, tres días después de su muerte, y marcharse con una caja marrón bastante grande. También vi cómo sus dos amigos colgaban en su balcón una corona de flores. Todo transcurría con tranquilidad, hasta que, un par de semanas después, pasó algo que me hizo abandonar a toda prisa la zona.

Fue durante mi turno de vigilancia diario. Había estado casi toda la mañana sin ver nada extraño, hasta que justo un poco antes del mediodía, vi aparecer a dos jóvenes que apenas superarían la veintena. Uno era muy gordo y bajito, el otro, flaco, pero de la misma estatura. Lo que me llamó la atención de ellos fue que se estaban interesando por mi coche, el que me había regalado Toni. Lo miraron de lejos primero, para después ir, poco a poco, acercándose a él. Tras

dar varias vueltas en torno al coche, el flaco le dijo algo a su colega, algo que desde la distancia ni siquiera podía intuir, y se marcharon. En un primer momento, supuse que querían robar el coche. Había estado aparcado ahí dos semanas y el polvo que se acumulaba en sus cristales hacía pensar que estaba abandonado. Más tarde, aparecieron de nuevo. El chaval más ágil tenía un teléfono pegado a la oreja, estaba hablando con alguien, Supe, cuando los vi apoyados en el maletero del Seat, que era el momento de huir. Recogí la bolsa de deporte, que nunca llegué a deshacer, y me marché con todos mis recuerdos encima.

El gordo me miró a los ojos cuando salí por la puerta, pero no se inmutó. Algo raro estaba pasando. ¿Por qué me estaban espiando si no sabían quién era? Esa pregunta no tardó en ser contestada.

Apenas había llegado a la esquina cuando el Audi negro de Toni apareció en escena. Conducía como un salvaje, haciendo rugir el motor mientras cambiaba de carril, como si estuviera inmerso en una película de *The Fast and the Furious*. Un sudor frío comenzó a escurrirse por mi espalda. Mis brazos y piernas me picaban, mi corazón latía justo por debajo de mi ojo. Lo vi salir del coche y ponerse a hablar con los dos chicos. Fue en ese momento cuando entendí que había comenzado una lucha en la que nunca pensé que entraría: la mía con Toni. Me había convertido en el objetivo del que fue mi hermano durante algún tiempo. Ahora se había empeñado en encontrarme. Aceleré el paso y me perdí entre esa la selva de asfalto, para no volver nunca más.

Fue difícil deshacerme de él. De hecho, nunca llegué a hacerlo del todo. Durante estos tres años he tenido que recorrer medio país huyendo de Toni. Primero me encontró en Castellón, apenas dos meses después de haber huido de Valencia. Más tarde, en un pueblo de Tarragona, en esa ocasión llegamos a vernos cara a cara. Supongo que tenía un rastreador muy eficiente. Siempre me encontraba cuando daba mi nombre real para poder entrar en alguna base de datos.

Había pasado más de un año desde mi primer encuentro con él. Decidí alquilar, sin contrato, una pequeña casa en las afueras de un pueblo pequeño. Una casa con varias salidas por si me tenía que ver en la situación de huir. Era una casa de apenas tres habitaciones, vieja y con las paredes llenas de humedad. Para acceder a ella había que hacerlo por un camino que se unía con la carretera nacional. Por la parte trasera había otro camino de tierra que se perdía por los huertos. Fue por aquel camino polvoriento por el que tuve que huir cuando él llegó. Aparqué justo en la puerta, aunque cuando lo hizo yo ya estaba saliendo por la ventana de la habitación. Mi coche siempre lo aparcaba justo detrás. Toni se asomó por la ventana justo en el instante en que yo ponía en marcha el mío.

—¡Dennis, espera! —gritó desde dentro de la casa, alargando la última sílaba.

Nos miramos fijamente unos segundos, los justos para poder comprobar que ese físico que tanto cuidaba se estaba echando a perder por momentos. Se veía flaco y bastante hecho polvo. Incluso la voz la tenía más cascada. Me perdí en el huerto dejando una gran nube de polvo detrás de mí.

Después del encuentro, me mudé de nuevo a un pueblo cerca de Valencia. Donde pude vivir otro año más, pero no tranquilo. Siempre dormía con un ojo abierto, siempre en casas donde pudiera tener una doble salida. Siempre con la certeza de que en cualquier momento Toni aparecería. Me encontraba, siempre me encontraba. Incluso en mis sueños me encontraba. Hiciera lo que hiciera, acababa encontrándome. Así lo hizo en el 2013 y una vez más, me vi obligado a huir.

Cuando llegué aquí sabía que no tenía mucho tiempo para seguir con mi plan. Martha me visitaba cada vez más seguido, el peso de la bolsa de basura que le había robado a Toni cada vez

era más ligero. La cuenta atrás estaba llegando a su fin.

—¿Quieres algo más, guapo? —repitió por segunda vez la chica que me atendió cuando llegué. La primera pregunta se había perdido en el interior de mi cabeza, haciendo que pareciera un eco entre mis recuerdos.

—No, gracias.

—Bueno, cualquier cosa..., ya sabes.

En ese momento entró ella. Su belleza hipnotizaba a cualquiera, sus ojos azules, que penetraban el alma, una sonrisa que podía derretir al sol y un cuerpo hecho para pecar se fusionaban para formar una sinfonía perfecta. La acompañaba una chica de pelo castaño, muy atractiva también, y un chico de la misma edad que ellas, moreno y corpulento. Caminaban los tres muy juntos, riendo y bailando con los brazos. Se detuvieron justo a mi lado, en la barra.

—Tres cervezas, por favor —pidió el chico a la misma camarera que me había atendido.

Cuando las tuvo en su mano, entregó dos a sus amigas e intentaron aventurarse entre la muchedumbre. Less se quedó rezagada. Fue entonces cuando aproveché. Me acerqué por la espalda con rapidez y choqué contra su brazo. Su botella salió volando y se estrelló en el suelo.

—¡Oh, vaya! Lo siento mucho, no te había visto —dije simulando una dolorosa sonrisa.

—No pasa nada. Los accidentes ocurren.

—Deja que te invite a otra.

—No te preocupes.

—No, insisto. Aún no habías ni siquiera tomado un sorbo.

—¿No será esto una estrategia para ligar, no? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—¿Tanto se ha notado?

—Pues un poco.

Sonreí todo lo que pude, estirando mis comisuras tanto que se me cuarteaban los labios. Mi intención no era hacerle daño, todavía. Tan solo quería comprobar que no me reconocía, que no sabía quién era. Cuando tuve claro que no tenía la más mínima idea, supe que era el momento de volver.

—Ahora en serio, deja que te pague otra.

—No te preocupes, de verdad.

—Ahora vuelvo.

Me acerqué a la barra y pedí una cerveza, esta vez a un chico que atendía en compañía de la otra chica. Me la sirvió con relativa celeridad y apenas un minuto después, volví a estar con Leissy.

—Toma, y lo siento de nuevo.

—No pasa nada. Gracias.

—Bueno, ha sido un placer chocar contigo. —Sonreí nuevamente y alcé mi botella para brindar. Ella imitó mi acción.

—Igualmente —respondió sonriendo con timidez.

Comencé a alejarme, pero no pude contenerme. Necesitaba hacerlo. Algo en mi interior me lo pedía. Me acerqué a su oído y le susurré:

—Hasta pronto, Leissy.

Tras eso aceleré el paso, sin mirar atrás. Tan solo sé que ella se quedó paralizada cuando le susurré su nombre. A lo lejos pude ver que no se había movido ni un centímetro. Segundos más tarde, estaba en el exterior del local. Con la mano en el bolsillo del pantalón apretando con fuerza su página:

Martes, 17 de diciembre de 2001

Lo que me faltaba. Ahora también Less. Y sé que no lo ha hecho queriendo, sé que no ha sido culpa suya. Pero por qué...

Por qué...

¿Por qué no hizo nada? Se quedó mirando mientras las de siempre hacían de las suyas.

Todo empezó cuando entrábamos del patio. Nos tocaba Música, así que entramos en clase a recoger las mochilas para llevarlas al aula de Música. Salieron todos, yo esperaba a que salieran todos para ser la última. Cuando iba a entrar, pensando que la clase estaba vacía, salió corriendo Less, me llevó por delante y caí de espalda contra el suelo. En un principio, vi que ella intentó acercarse para ayudarme, vi su cara de susto. Pero Sarita y Rebecca, cuando me vieron en el suelo, no tardaron en venir corriendo hasta donde estaba, riéndose y burlándose.

En cuanto llegaron las dos, apartaron a Less de mi lado, ella se quedó quieta, mirándome por detrás de Sarah. La rubia no dejaba de reírse, me llamaba patosa y tonta. Me decía que me cambiara la prótesis, que la que tenía estaba ya rota. Rebecca se limitaba a señalarme y a reírse.

Me quedé un rato en el suelo, me hice mucho daño en la espalda. Después de unos segundos, me quise levantar, pero Sarah me obligó a que siguiera sentada en el suelo. Estuvo unos minutos peleándose conmigo, intentando impedir que pudiera levantarme, hasta que al fin, me rendí y me quedé tumbada, esperando a que se fueran.

Less se quedó mirándome, como si se sintiera culpable, pero a la vez como si yo tuviese la peste, como si le diese miedo tocarme. Sarah no tardó en llamarla y ella se fue enseguida, sin decirme nada, ni siquiera un lo siento.

Entré en clase, cogí la mochila y me vine a casa. No sé si volveré al instituto. El 23 es el último día, luego hay vacaciones hasta enero. Quizás yo las empiece antes.

A veces no entiendo la actitud de la gente buena, que se limita a agachar la cabeza y permite a los malos hacer siempre lo que quieran. ¿Es que no saben el daño que están causando? ¿No se dan cuenta de que con cada broma, cada insulto, me están matando un poquito más?

Siento que algún día estallaré. ME SIENTO PERDIDA, MAMÁ, TE NECESITO.

Capítulo 38 (18 de abril de 2017, martes)

Los quejidos de aquella noche rebelde no cesaban e iluminaban la habitación de la joven Leissy cada pocos segundos. Los truenos hacían temblar las ventanas de la pequeña y colorida habitación, llena de recuerdos y fotos de una Leissy feliz junto a sus amigas. Una gran foto dominaba la pared central, en ella se la veía junto a Sarah, con apenas nueve años, radiantes, jugando a las muñecas.

El día se había negado a asomarse, dando su relevo a una casi perpetua noche. Las nubes negras amenazaban la paz de un pueblo tranquilo en esencia, tal y como habían predicho en los telediarios.

Sobre las ocho de la mañana, la periodista ya estaba en la cocina con su ordenador portátil encima de la mesa, su diario a un lado y una taza de café con leche en el otro. En su mente se debatía entre seguir adelante con la investigación o cederla con generosidad al inspector, que parecía dispuesto a cerrar el caso. Recuperó de su bolso la pequeña tarjeta negra que salió despedida del sobre con las fotos de Sarah. «¿La habrá puesto Julián ahí? ¿Quién si no?». Oyó unos pasos detrás de ella, se acercaban.

—Hola, mamá. Has dormido poco hoy.

—Te oí levantarte de buena mañana. ¿Continúas con esa investigación?

—Sí, aunque no sé si seguir con ella.

—Está afectándote, ¿verdad?

A pesar de todos sus intentos por mantenerla al margen, era su madre, y a ella no podía esconderle nada. Less asintió con la cabeza y la dejó caer acto seguido.

—Cielo, siempre te he dicho que tuvieras paciencia. Que algún día llegará ese trabajo que te dará toda esa fama que tanto mereces. A veces uno tiene que arriesgar para ganar. Hay momentos, hija mía, en que todo se pone cuesta arriba. Es entonces cuando tenemos que apretar los dientes, pensar en algo bonito y seguir corriendo, aunque los calambres amenacen con arrancarnos las piernas.

—Lo sé, mamá, pero ¿merece la pena perderlo todo por eso?

—Si lo pierdes, hija, es porque nunca fue tuyo. Solo perdemos aquello que no nos pertenece.

Las palabras de su madre levantaban unos ánimos que parecían condenados a extinguirse en el negro fuego del lamento y el temor.

—Gracias.

—Veo que ya te has hecho el café. Así que te dejo sola para que sigas con lo tuyo. De todas formas, cielo, recuerda que siempre tendrás más oportunidades.

Less no pudo estar de acuerdo con esa última frase. Si Dennis conseguía culminar su venganza, no habría más oportunidades. No habría nada más. Aventó todas las dudas que todavía albergaba en su cabeza atribulada e introdujo la tarjeta de memoria en el puerto de su ordenador. Tardó apenas un par de segundos en abrirse una carpeta externa sin título. La vibración del teléfono la distrajo unos segundos.

«¿Podremos vernos hoy?», preguntaba Gregor por un mensaje de Whatsapp. Less no

respondió. Su mirada se apagó con tristeza y bloqueó el móvil.

De nuevo enfrascada con la tarjeta negra, movió el cursor hacia ella y con varios clics, se introdujo en su interior. Dos carpetas nuevas emergieron con tan solo el nombre que propone, por lo general, el propio sistema: *Nueva Carpeta*. Cuando el contenido comenzó a cargarse, el rostro de Less se perdió en un mundo imaginario donde todo era perfecto. La comisura de sus labios se distendía, al igual que sus cejas y párpados, intentando comprender lo que el ordenador le mostraba. Decenas de fotos se habían cargado en su pantalla, de Julián, de Sarah, incluso de la ya difunta Rebecca. Lo extraño es que eran capturas de pantalla de las páginas de Facebook de todos los implicados. El corazón de Less se aceleraba por momentos, intentando adivinar la causa de aquella colección de imágenes. Por momentos, las dudas de que el descubrimiento fuera algo casual se alejaban de su mente. A medida que avanzaba con el repertorio de capturas, su temor crecía como la espuma. Salían fotos de toda clase, en algunas estaban Rebecca y Sarah juntas, en otras, solas, incluso Julián aparecía en las primeras. Siguió avanzando hasta que llegó a la última foto, era una foto capturada del Facebook de Sarah, con fecha del 28/01/16. Los ojos de Less, que todavía mantenía entrecerrados, se abrieron de golpe. Su corazón, que no había dejado de acelerarse, se paró por un segundo. Su cuerpo se estremeció. Un nudo en el estómago. En dicha foto se podía ver a una Sarah sonriente, posando frente a un McDonald, con un título: *Comer bien es de guapas*. Less no salía de su asombro, cogió el teléfono y desde su aplicación buscó aquella foto de su amiga para corroborar lo que sus ojos veían.

Fueron varios minutos de búsqueda, minutos que asemejaron horas. Horas que restaban de su vida y se sumaban al reloj de la muerte, que ya tenía programada en su alarma. Al fin, encontró la foto que se mostraba en la pantalla de su ordenador, la misma, con la misma fecha e idéntico título. Resopló con fuerza y dio un último paso que la catapultó al abismo más oculto de su mente. Dentro de todos los cientos de *Me gusta* había uno que hizo que su cuerpo se sacudiera con un tétrico temblor que tan solo la ancló todavía más al asiento de madera. «¡No es posible. No!», repetía incansable. Bloqueó el móvil y cerró la captura maldita. Se plantó frente a las dos carpetas. Era el turno de la *Nueva Carpeta 2*. Una voz en su cabeza le pedía que se rindiera, que no entrara ahí, que no encontraría nada bueno. Otra, en cambio, la alentaba a reparar aquella fisura que se había formado en su interior, llena de dudas. Cerró los ojos y dio los dos clics correspondientes, cuando los abrió, algo raro había pasado. No solo no se había abierto, sino que un letrero se mostraba ahora en su pantalla donde ponía que necesitaba la clave para acceder. Tras varias pruebas negativas, Less comprendió que allí obtendría todas las respuestas. No lo dudó, cerró el portátil y salió de casa sin avisar, con el teléfono en el oído.

—¿Qué pasa ahora?

—Elson, necesito tu ayuda.

—Como siempre que me llamas por teléfono.

—Es importante.

Elson resopló al otro lado del auricular, mantuvo unos segundos de silencio y volvió a responder a su compañera.

—Ven a mediodía, a la una. Antes imposible.

—Eres el mejor.

Él colgó el teléfono sin responder. Less se quedó con mal sabor de boca al saberse una oportunista, pero en ese momento no podía permitirse el lujo de ser la buena niña que siempre había sido. Era el momento de obtener todas las respuestas sobre aquella tarde. La tarde en que Martha murió.

Capítulo 39 (25 de marzo de 2014)

Había vuelto, al fin, después de cuatro larguísimos años donde el encierro y el disimulo fueron mis únicos compañeros. Cuatro malditos años permitiendo vivir en paz a todos los que hundieron en las profundidades a mi hermana. Pero ya estaba aquí, dispuesto a todo.

El taxi me dejó frente a una pequeña oficina de Rent-A-Car. Ahí fue donde alquilé un pequeño coche para pasar desapercibido. Mi primer objetivo fue el de ir a la casa de mis abuelos. Ahí sería, si todo seguía igual, donde instalaría mi nuevo hogar, al menos por un tiempo.

Cuando llegué, tan solo el paso del tiempo seguía castigando aquellas paredes que dejaron de ser blancas hacía muchos años. Utilicé el coche para crear unas nuevas marcas de acceso y mis manos para abrirme paso entre los matorrales y las zarzas que crecían sin control por todo lo que había sido el jardín, en alguna bonita época. La puerta seguía rota y el interior seguía tal y como lo dejé hacía casi diez años. Sin dilación, me dirigí al garaje para poder comprobar que la furgoneta del señor Costa seguía allí, aunque totalmente inservible. La observé con mucho cuidado: las ruedas estaban acartonadas y pinchadas, la pintura, bastante oxidada, sobre todo por las zonas donde tenía algún golpe, la batería, obsoleta y tanto el exterior como el interior, cubierto por una gruesa capa de polvo. No era más que una chatarra inútil, aunque con mis manos podría recomponerla de nuevo, pero tenía otro plan. Dejé en el interior de la furgoneta la caja de zapatos con todos los recuerdos obtenidos hasta el momento y me marché para zanjar un asunto pendiente.

ooo

20 de abril de 2014

Había pasado varias semanas espíándolo. Ahora sé bien todo lo que hace. Sé que sabe que ando por aquí. Sabe que he vuelto. Durante la última semana lo noté bastante más nervioso, no cesaba de dar vueltas por el pueblo, como si estuviera buscándome. Mi apariencia física ha cambiado mucho desde que me fui. Me he afeitado, aunque he dudado si dejar que vuelva a crecer y mantener esa barba de tres días que también me queda muy bien. Ambas opciones me sirven, mi cuerpo ha cambiado tanto que no suele reconocerme nadie, lleve el rostro como lo lleve. Aunque sé que si coincido con Toni, será mi fin, él ve más allá del físico, él podría verme el alma a mil kilómetros de distancia. He llegado a pensar que realmente era su hermano. Muchas noches me ha atormentado el hecho de ser yo el responsable de su deterioro. Ahora no es más que un alma marchita, en decadencia, que recorre esta vida sin pena ni gloria, esperando el momento en que llegue ese fatídico punto final.

Hoy era el día. No había marcha atrás, demasiado he esperado para poder dedicarme a terminar lo que Martha empezó con aquel diario. Conocía bien la rutina de Toni cada vez que tenía que realizar sus famosos repartos. Siempre los hacía en domingo, y siempre por las mañanas. Así que tan solo tuve que madrugar un poco para esperarlo.

Estaba aparcado en una calle del pueblo de Teulada, aprovechando que era un pueblo de montaña y muchas calles se encontraban a distinto nivel de altura. Desde ahí, podía ver con claridad la entrada de su casa, la misma a la que me llevó cuando salí de la cárcel. El reloj apenas

superaba las nueve de la mañana cuando Toni salió de casa y se montó en un llamativo BMW blanco, supuse que sería un nuevo juguete. Salió a toda velocidad del camino, levantando una nube enorme de polvo, causada por culpa de la sequía de varias semanas a la que la zona llevaba expuesta. Me adelanté a él, ya que sabía perfectamente cuál sería su próximo movimiento.

Minutos más tarde, tal y como esperaba, Toni apareció con dos coches más en una gasolinera que había justo en la entrada al polígono industrial. Allí sería donde harían el trueque. Toni subió a un coche rojo bastante viejo. El chaval que llegó en ese coche ocupó el de esa persona que un día me llamó hermano, era un chico joven de apenas veinte años el que ocupó el vehículo de Toni. El otro, que no llegué a ver bien, ni se bajó de su Seat blanco. Los tres se marcharon al mismo tiempo, pero cada uno por una ruta distinta. Yo seguí a mi objetivo, sabía que era él quien llevaba la mercancía. Se perdió por el pueblo vecino y a la salida optó por usar la carretera que recorría la zona interior de la comunidad, por donde sabía que tan solo se cruzaría con pueblos pequeños, «eres listo».

Era el momento, cogí mi teléfono y marqué el número de la Guardia Civil. En cuanto me atendieron, me puse a darles indicaciones sobre la ruta que estaba siguiendo, sin escatimar detalles. Toni circulaba con toda tranquilidad, ajeno a que a tan solo cien metros detrás de él viajaba aquella persona que lo vendió tiempo atrás, y que estaba haciéndolo de nuevo.

—Va a llegar a Xaló.

—Estamos de camino. Es mejor que no se acerque, señor. Podría ir armado.

Mi corazón me dolía a causa de mi perfidia hacia la persona que una vez, tiempo atrás, decidió cuidar de mí. Ese gesto me convenció de que mi camino terminaría cuando cumpliera con lo que mi hermana exigía. Comprendí que cuando uno elige el camino de la venganza, es una senda que tiene un final determinado, un final que uno conoce, pero que aun así, no duda en ir hacia él.

Dos patrullas de la Guardia Civil me adelantaron a toda velocidad, con las sirenas gritando enfervorecidas. Pude ver que el coche de Toni aceleraba, pero no lo suficiente. «Tendrías que haber seguido con el BMW», le dije en silencio desde la distancia. Las dos patrullas lo rodearon en muy poco tiempo, cruzándose en medio de la carretera. Toni no pudo hacer nada más que intentar evitarlos lanzándose al arcén, pero acabó estrellándose contra un montículo de arena que sobresalía a un lado. Con el tráfico detenido y yo en cabeza, vi cómo arrestaban a mi viejo amigo entre gritos e insultos por su parte.

—Soltadme. ¡Cabrones! No he hecho nada.

Dos agentes lo reducían con sacudidas bruscas y secas mientras él se revolvía sin poder hacer nada por evitar el desenlace. Cuando lo esposaron, se quedó mirando cómo sacaban del maletero una gran mochila de deporte con la droga en su interior, después se puso a mirar a todos los que estábamos parados, testigos en primicia de su propia película, en ese momento, nuestras miradas se fundieron por última vez. Toni estuvo intentando zafarse de sus captores hasta que me reconoció. Cuando me vio, pude notar cómo su cuerpo se derrumbaba, cómo algo en él se rompía para siempre. Tan solo una palabra pude leer en sus labios: «¿Tú?». Después se perdió por la misma carretera por la que circulábamos. Él se fue en una dirección y yo en la contraria.

Tenía poco tiempo antes de que todos supieran que lo habían pescado. Volví a su casa y con el mismo coche de alquiler rompí la valla de la entrada. Corrí a toda velocidad y entré derribando la puerta principal. No lo dudé. Fui directo a su habitación, hasta aquel butrón en la pared. Como buena persona ingenua que era, seguía guardando ahí sus tesoros. Me lo llevé todo de nuevo, sin recato, dos bolsas de basura bastante pesadas, pero esta vez, dejé las armas y varias bolsas de cocaína en el interior. En tan solo cinco minutos estaba regresando a casa con dos bolsas llenas de

dinero y un problema menos. Sabía que intentaría mandar a alguien a por mí, pero sin dinero y debiendo a la mafia el valor de lo incautado, ahora tendría bastante difícil encontrar aliados. Una siniestra sonrisa de satisfacción se plasmó en mi rostro, pero también otra vez aquella sensación de vacío me azotó. Acababa de condenar, casi con toda seguridad, a mi hermano a muerte. Al único familiar que pudo quedarme. Mis ojos se reflejaron en el espejo interior del coche que me mostraba que el alma que yacía en mí no era la de Dennis. Era testigo de cómo la oscuridad que anidaba en mi interior se adueñaba de todo a su paso, con un avance lento pero constante, como una montaña que ve cómo su ladera es dominada, sin remedio, por su propia sombra.

Capítulo 40 (18 de abril de 2017, martes)

—Hola, Less. Voy a abrir la tienda. ¿Puedes acompañarme?

—Estoy saliendo de casa ahora mismo, Sarah.

—Nos vemos allí entonces. Necesito que vengas rápido. Me ha llamado Julián, ya ha salido. Less colgó el teléfono mientras se subía al coche.

Intentó apresurarse. Pisó a fondo el pedal del acelerador, haciendo rugir el motor del coche, pero la aguja del cuentakilómetros apenas avanzó unos milímetros, circulaba con la tercera marcha puesta. La casa de su madre estaba situada a las afueras de la ciudad, apenas a dos minutos del casco urbano, pero bastante más lejos de la tienda de su amiga.

El temporal también jugaba en contra de la joven, el vehículo estaba siendo sacudido sin compasión, el volante vibraba con cada ruidoso soplo del furioso elemento que amenazaba con destruir a todo el mundo. La gente eludía enfrentarse visualmente a él, tapándose los ojos con las manos o anclando la mirada en el suelo. Incluso los árboles parecían querer salir corriendo. Tras unos interminables quince minutos, llegó al parking público de la zona comercial, aquel parking subterráneo donde empezó todo.

Las calles, todavía desiertas, eran testigo del caminar acelerado de Less, sus andares se asemejaban al de una «lavandera blanca», igual que dicho pajarito sus pasos eran cortos y rápidos. El reloj de la farmacia cercana a la tienda de su amiga mostraba las 09:56.

Cuando Leissy entró en la tienda, teniendo que sortear la puerta metálica entrecerrada, que impedía el paso al personal ajeno a la misma dando a entender que todavía estaba cerrado, vio a Sarah, que la esperaba sentada tras el mostrador con el rostro serio. Había disimulado sus abolsados ojos con bastante maquillaje, aunque la tristeza no podía disfrazarla, no existía todavía un colorete para eso.

—¡Ey! Ya estoy aquí. ¿Qué pasa? —susurró Less como si no quisiera despertar a las prendas que colgaban por toda la tienda.

—Hola, Less. Estoy esperándolo. Viene de camino.

—Pero ¿tú quieres verlo?

—No lo sé. Necesito que me aclare lo de sus huellas. Pero no sé si quiero saberlo realmente. ¿Me entiendes?

Su amiga asintió con una mueca de tristeza, torciendo la comisura de sus labios. Por desgracia, la entendía a la perfección. Esa duda también la había sufrido ella alguna que otra vez. El miedo a querer conocer la verdad y a que esta, a la vez, te destruya por completo el alma.

—¿Tú qué opinas? ¿Crees que Julián y Rebecca estaban...?

—No lo sé, Sarah. Puede haber una explicación sencilla para todo esto.

—¿Como cuál? ¿Que fue a pedirle la hora? ¿O a ver si yo estaba con ella? No sé, Less. Es todo muy extraño.

—Ya lo sé, pero ahora no puedes venirte abajo. Ya tienes bastante por lo que preocuparte.

Varios golpes sobre la superficie metálica del exterior interrumpieron la conversación. Era él, era Julián el que estaba pidiendo permiso para entrar. Sarah le indicó con la cabeza que pasara,

con un gesto frío, y cruzándose de brazos se dio la vuelta para evitar tener que mirar a los ojos al que, hasta el día anterior, era su pareja.

—Hola, Leissy —saludó cabizbajo Julián—. ¿Chiqui?

El joven esbozaba una mueca de pena. En sus ojos se leía el arrepentimiento combinado con una gran cantidad de cansancio y algo de vergüenza. Todavía vestía las mismas prendas del día anterior y un incómodo olor a sudor comenzaba a apoderarse del local, Less tuvo que retroceder, poco a poco, amenazada por el enrarecido ambiente.

—Sarah, creo que tenemos que hablar.

—No, Julián. Quien tiene que hablar aquí eres tú. Así que empieza.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Rebecca. Te lo juro. Nunca le hubiese hecho nada. ¿Sabes?

—¿Y por qué te llevaron?

—Querían hacerme unas preguntas. ¿Sabes? Nada importante.

—¿Y qué preguntas eran esas?

—Nada, chiqui. Unas preguntas tontas. Te lo juro. —Julián juntó las manos para acompañar a sus palabras y dar más credibilidad a su ruego.

—¿Y no te preguntaron por qué estaban tus huellas en su casa?

Su rostro palideció. Miró a Less intentando que ella le diera algún consejo sobre cómo actuar ante aquel ataque directo, que lo había tomado por sorpresa. Pero ella apartó la mirada, evitando inmiscuirse en aquel doloroso duelo.

—¿Cómo sabes...?

—Responde.

—Pero..., no sé..., yo...

—¿Qué hacían ahí tus huellas?! —Sarah se dio la vuelta, mostrando un rostro enrojecido, presa de la furia que contenía en esos momentos. Sus ojos brillaban como dos perlas bajo la atenta mirada de una luz blanca.

—Verás, chiqui...

—¿Estabais liados?

—No, solo..., tan solo..., una vez. —Se echó las manos sobre la cabeza, intentando aclarar sus ideas, pero no conseguía encontrar las palabras justas—. Nunca me dejaste claro si tú y yo...

—¡Ahh! ¿Que ahora es culpa mía?

—¡No! No he dicho eso, chiqui.

—¡Calla! Deja de llamarme chiqui. Te la tirabas, ¿no?

—¡No, joder! Solo quedamos una vez. ¿Sabes? Nada más. Fue una noche tonta. Te lo juro.

Sarah se dio la vuelta con los brazos pegados a su cintura y los puños completamente apretados haciendo que sus hombros se alzaran un poco.

—Vete de aquí, Julián.

—Sarah, por favor...

—Que te vayas, por favor.

—Chiqui, no...

—¡QUE TE VAYAS! —gritó estallando al fin. Se giró para dirigir su mano en la dirección que debía tomar Julián para perderse de su vista. De sus mejillas se descolgaban dos gotas brillantes, que se perdieron por debajo del mostrador. Cuando le hubo ya indicado el camino, le ignoró de forma definitiva. Él no insistió más, se marchó cabizbajo. Less había observado toda la escena en silencio.

La joven periodista se acercó por detrás del mostrador y tras ponerle una mano encima del hombro, le dijo:

—Tranquila, Sarah. No es malo llorar.

Sarah claudicó al fin ante sus propios instintos, gritando como un pobre animal herido, que agoniza en su propia soledad.

—¿Por qué, Less? ¿Tan mala he sido?

Leissy observaba a su amiga y comprendía que aquella muchacha triste e inconsolable iba dándose cuenta de la situación en la que se encontraba. Justo en ese momento, una conversación que tuvo con su madre, apenas unos meses después de la muerte de Martha, se le presentó en la mente a modo de *flashback*.

—Pero, mami, Martha era una niña súper solitaria. Nunca se relacionaba con nadie.

—Es por eso, hija, porque seguramente era la que más necesitaba de esa compañía. Verás, cielo, cada persona tiene un corazón distinto a los demás. Unas lo tienen más grande que otras. Y en él vamos guardando todo lo que nos pasa, todos esos amigos nuevos que conocemos, la gente de la que nos enamoramos, pero también hay un espacio para lo malo, las penas de amor, las pérdidas familiares, todo eso va ocupando ese corazón que cada uno tiene. Pero ojo, cuando lo que guardamos es más lo malo que lo bueno, llega un punto en que nos empieza a doler, y es entonces cuando corremos el riesgo de que algún día se nos rompa. Y eso fue lo que le pasó a esa niña.

—Ya, mami, pero ¿por qué nunca pidió ayuda?

—¿A quién debería habérsela pedido? ¿Vosotras la ayudabais?

—Pero es que nadie sabía los problemas que ella tenía.

Mira, Less. Cada uno en su vida es dueño de su verdad y libre de elegir a quién se la cuenta. Lo que tenemos que tener claro es una cosa: piensa que todo lo que conoces de una persona tan solo es la punta del iceberg. Por debajo del agua se esconde toda una historia, tan grande que solo esa persona conoce.

—Pero Sarah dice que ella no tiene culpa de que Martha fuera tan desgraciada. Que ella no tenía nada que ver con eso.

—Que nosotros no queramos hacer tanto daño no significa que podamos jugar con ese fuego. Nunca, hija mía, y recuerda esto, nunca debemos atacar a nadie. Quizás aquella persona a la que estamos hiriendo está manteniendo una dura batalla por mantenerse a flote y cada contratiempo que recibe es una piedra más con la que tiene que cargar. Nunca sabemos si será la nuestra la piedra que acabe por hundir a esa persona.

Less también recordó una frase que siempre la había acompañado.

—Recuerda, hija, que hay personas que están solas, pero que luchan por salir de esa oscura situación. Otras, en cambio, viven su soledad rodeadas de compañías que tan solo buscan conseguir algo de ellas. Cuando esas personas se dan cuenta, el dolor que sienten es inmensamente mayor.

Esa frase cobraba ahora un sentido mucho mayor que en aquel entonces, veía cómo su amiga se refugiaba en un mar de lágrimas mientras descubría una triste verdad: la del hecho de que no le quedaba nada más que cientos de comentarios en una página de internet. Que ninguna de esas personas le mandaría un ramo de flores por su cumpleaños o la llamaría para ver qué tal había dormido, ni siquiera la saludarían si se cruzaran con ella por la calle. Estaba sola rodeada de gente.

—Sarah, ¿va a venir Cristine? —preguntó Less intentando apaciguar a su amiga.

—Sí, ahora, en un rato.

—Bien, es mejor que te vayas y descanses en casa.

—No, yo en casa no hago nada. Me iré al sótano.

Las dos muchachas bajaron al piso inferior acompañadas por un travieso silencio que amenazaba con romperse en cualquier momento. Sobre todo por la presencia, en la mente de Less, del recuerdo del último día de vida de Martha. Algo pasó aquella tarde, y tenía que saberlo.

—Sarah, nunca hemos hablado en serio sobre el día en que Martha se suicidó.

—¿Y qué deberíamos hablar? —preguntó ella con la voz entrecortada debido al llanto, secándose los fluidos que desprendía sin control y que apagaban su imagen portentosa y atractiva.

—De lo que pasó realmente. ¿Qué pasó con Patt ahí dentro?

—¡Ay, Less! ¿Crees que es momento?

—Tan solo quiero saber.

—Fue una broma que se le fue un poco de las manos —mintió Sarah. Las imágenes de aquella fatídica tarde la acechaban, como en una infinidad de noches desde entonces. En esas imágenes, Sarah veía el rostro de Martha, llorando, suplicándole que parara—. Una broma, nada más.

Less, aunque no estaba conforme con su respuesta, decidió no insistir. Por el momento se centraría en su amiga. Más tarde tenía que acudir a la cita con Elson y necesitaba tener la mente clara. Revisó de nuevo su teléfono y entró en su Facebook para localizar a Julián. Se dio cuenta de que no lo tenía agregado, por lo que no podía comprobar las imágenes que guardaba esa tarjeta de memoria. Un detalle en el perfil de la página de Julián llamó la atención de Less, que no dudó en investigar. Bajo su nombre, una coincidencia destacaba, una información que notificaba que la pareja de Sarah compartía tres amigos con la periodista. Cuando indagó sobre aquellas tres personas, el mismo sentimiento de pavor que la asaltó ante la foto de su amiga la invadió de nuevo. «No, otra vez no». Era el mismo nombre que aparecía en la foto de Sarah, el nombre de una persona que no podía existir en la fecha en la que se mostraba. Esos tres amigos eran: Rebecca Danez, Sarah Plaus y Carmen Lira.

«¿Qué demonios haces aquí, Carmen?».

Capítulo 41 (4 de marzo de 2015)

*Soy un loco, perdido en mi propia cordura.
Dennis Duga*

«Tienes que ser tú, hermanito», sonó como un eco que se difuminaba con lentitud en mi interior.

«¿Martha?».

«¿Me has olvidado?».

«¡Jamás! ¿Cómo iba a olvidarte?».

«Sí, hermanito. Me has olvidado. Me has olvi... Me has...».

Aquella voz se alejaba, perdiéndose en la oscuridad de mi habitación. Cuando al fin abrí los ojos, las gotas de sudor recorrían todo mi rostro y empapaban mi nuca. Miré a mi alrededor buscándola, pero tan solo encontré oscuridad y silencio, aunque sabía que sus gritos volverían pronto.

Sin recrearme más entre las sábanas húmedas, emprendí mi camino hacia mi nuevo proyecto, sabiendo que me esperaba un largo día. El reloj de la mesita mostraba todavía las siete de la mañana y la poca luz que se colaba por los agujeros de las persianas le daban la razón, estaba amaneciendo. Torcí el gesto cuando noté el ambiente que dominaba toda la estancia. La casa donde me había instalado, a las afueras del pueblo, siempre olía a humedad, olor que provenía de las abofadas paredes que apenas lograban retener la pintura. Me preparé algo de ropa y me dispuse a ducharme. Empecé una pequeña discusión con esa persona que siempre me plantaba cara en el espejo mientras la estufa eléctrica acondicionaba el baño. Mi rostro se mostraba lejano, frío, inexpresivo. Tan solo brillaba el color de mis ojos, de esa persona que algún día fui, porque ni siquiera la mirada era la misma. «Deeeenniiiiissss», susurró ella en mi cabeza, justo antes de entrar en la ducha, cuando ya había dado la espalda al espejo. Tan solo mi sombra me acompañaba.

Entonces llegué a la conclusión de que soy un loco perdido en mi propia cordura. Un alma que recorre este mundo con un único propósito: el de acabar consigo mismo. Sabiendo que todo lo que le envuelve es una mentira, que el camino que ha escogido es el de su propia destrucción, pero sintiéndose satisfecho por ello.

ooo

Llevaba más de quince minutos aparcado frente a la puerta del desguace del señor Adelo. No había calculado bien la hora cuando salí de casa y llegué a la hora en que él solía almorzar. Tras comprobar que estaba todo cerrado, decidí esperar allí, con su diario en mi mano. Martha me recriminaba no haberla leído en tanto tiempo. Con seguridad, era mi mente la que se culpaba por querer huir de ella.

Miércoles, 25 de diciembre de 2001

Hoy, en teoría, íbamos a cenar en familia. Y lo hemos hecho, un pollo al horno y patatas fritas. Un poco cutre, la verdad, pero bueno, lo hemos pasado juntos. Papá ha reído un poco,

hacía que no lo veía así... Esperemos que el año nuevo nos traiga nuevas ilusiones.

Por la tarde, un rato antes de que papá fuera a por la cena, bajé a jugar con Ronny. Voy a preguntar a papá, a ver si me regala por Navidad a Ronny. Ojalá me deje traérmelo conmigo.

Feliz Navidad, «querido» diario.

Juan llegó sobre las once de la mañana. Yo esperaba dentro de la Mercedes Vito blanca que había comprado hacía unas semanas a un taller de segunda mano.

—Hola. ¿Buscas algo?

—Sí, vengo a buscar unos recambios.

—¿Qué recambios concretamente? —El señor Adelo no me reconoció, ni siquiera mostró señales de duda en ningún momento. Aunque la verdad es que si me lo hubiese encontrado fuera del desguace, quizá yo tampoco lo hubiera reconocido a él.

—Pues tendría que buscarlos. A ver si siguen estando aquí.

Juan me miró con sus típicos ojos de sapo, como si quisiera deducir el correcto significado de mis palabras. En los años que no lo veía, su estado había empeorado, podía verse con claridad que no solo se había hecho mayor en edad, en talla también. Aquellas entradas, que despejaban su frente, se habían convertido en un *parking público* reluciente. Lo único que conservaba era aquel olor a sudor constante.

—¿Ya habías estado aquí antes?

—Algún tiempo, sí. Trabajamos juntos.

Volvió a mirarme con atención, no llegaba a reconocermé, su rostro se modificaba, como si quisiera descifrar un puzle imposible.

—Soy Dennis.

—¿Dennis. El chico que vino de aquel centro...?

Asentí con una ligera sonrisa en mi rostro. El señor Adelo estalló en una sonora carcajada tras mi revelación e intentó abrazarme.

—¡Cómo has cambiado, chico!

Me llevó hasta su oficina prefabricada para pedirme toda clase de explicaciones: ¿por qué había desaparecido?, ¿dónde me había metido?, ¿qué había pasado conmigo todo este tiempo? Al fin, después de una hora charlando, pude convencerlo para que me proporcionara lo que le había pedido.

—¿Qué es lo que buscas, hijo?

—Pues son varias cosas. Necesito un parachoques de la Nissan Terrano del 99, las chapas delanteras y aletas.

—De acuerdo. Deja que compruebe si lo tengo todo. —Buscó en su ordenador durante unos interminables minutos hasta que encontró lo que buscaba—. Sí, tengo dos Nissan Terrano. ¿Te ayudo a desmontarlos?

—No, señor Adelo. No se preocupe, yo los desmontaré. Por los viejos tiempos —respondí al instante. Cuando llegó, lo hizo acompañado por un bastón, que le ayudaba a mover el pesado bulto que tenía por cuerpo. Aparte de eso, no quería que nadie me molestara.

Me perdí entre el laberinto de coches que era el desguace con el carro de metal que había usado siempre para transportar las piezas que desmontaba. Por el camino, decidí apropiarme de varias matrículas, sabía que podrían hacerme falta, cogí una de un Seat verde y otra de un Ford rojo. Al cabo de unas horas ya tuve todo cargado en la furgoneta. Juan se negó a cobrarme alegando que todavía me debía el último mes de trabajo, que no se olvidaba. No insistí mucho, al

fin y al cabo tenía razón él. Con todo lo necesario en la parte trasera del coche: las chapas, una batería nueva, cuatro neumáticos y las dos matrículas ya solo me faltaba cerrar el círculo.

Tras parar en una gasolinera, compré un teléfono y saqué un papel con un número de móvil que guardaba en mi cartera. Era su número, el número de Carmen. Llevaba meses siguiéndola. Fui su sombra, una proyección más de su penosa vida. Trabajaba para una empresa de esas que hacen reuniones en las casas de las viejas ricas que no quieren nunca envejecer. Era una comercial de los cosméticos esos de Avon.

—¿Sí, quién es?

—Hola. ¿Carmen Lira?

—Sí. ¿Quién eres?

—Verás. Llamaba para concertar una reunión para Martha. Estará con unas amigas dentro de unas semanas y se ha enterado de que tú haces reuniones de cosméticos.

—¡Oh! Pues no sé. —Se mostraba algo reacia, a pesar de usar un tono dulce y pegajoso.

—Sería en nuestra casa de Javea. En la calle Lastes. —Aquella era la zona más rica de la costa, una urbanización ubicada en un pequeño monte al borde del mar.

—¡Ah! Bueno, pero ¿cuántas personas serían?

—Por ahora, tres personas. —En mi mente las nombraba: Martha, Jorge Costa y Patrick, y pronto tú—. Pero quizá se sume alguien más.

—Bueno, pues creo que podría hacerle un hueco. ¿Para cuándo sería?

—Dentro de tres semanas. A las siete de la tarde.

—Bueno, pues de momento la apunto en mi agenda. Si surgiera algún imprevisto, me comunicaría con ella. ¿Podrías darme su número?

—No, lo siento, yo soy quien organiza sus citas.

—Ah, vale. Pues si hubiera algún problema, le llamaría a usted.

—Bien, entonces anoto la cita. Gracias.

Colgué sin escuchar su respuesta, aunque algo se oía en el auricular en el momento en que corté la llamada. Ahora tan solo tenía que preparar nuestra cita, tenía tres semanas. Debía darme prisa.

Capítulo 42 (18 de abril de 2017, martes)

Cuando Less bajó del coche en la plaza que siempre había tenido reservada para ella en la cadena, el viento intentó volver a meterla en el interior. Soplabla con tanta fuerza que la oscura melena de la joven fustigaba su rostro sin piedad. El camino hasta el inmueble de la televisión fue una verdadera odisea, por cada paso que daba, el viento alejaba aquel edificio otro más y medio de regalo.

—Hola —dijo ella con un suave y cordial tono de voz. Sabía que iba a enfrentarse a un Elson arrogante y cerrado en sí mismo.

—Habíamos quedado a la una. Son las dos.

—He intentado venir lo antes posible. Te lo juro.

—Ya, bueno. ¿De qué se trata?

—El otro día encontré esta tarjeta —dijo Less mostrando la negra tarjeta de memoria maldita—. El caso es que tiene una carpeta bloqueada. Me pide una clave para acceder.

—Será porque no querrán que cualquiera pueda abrirla.

—Entonces, ¿por qué iban a darme una tarjeta con una carpeta bloqueada?

—¿Y quién te ha dicho que esa tarjeta era para ti?

Less dedicó una fría mirada a Elson. Una de esas miradas que decían: ¿en serio? Elson volvió a resoplar y arrancó de la mano de su compañera el trozo de plástico negro que sostenía para acto seguido introducirla en su portátil. Cuando se abrió, Elson sonrió ligeramente:

—¡Pss! Esto está hecho por un aficionado. Tan solo han querido hacerte perder tiempo. Nada más.

—¿Tú crees?

—Listo. Ya lo tienes —respondió él casi al instante.

—Sabía yo que tú me ayudarías. No hay nadie mejor.

Se sentó en una silla junto a Elson, que observaba cómo el rostro de su compañera se perdía en el monitor de aquella pantalla.

—Espera.

—¿Qué pasa? —Less apartó la mirada del ordenador, sin entender el porqué de la interrupción.

—Pues que me tengo que ir y necesito mi portátil. —Sacó la tarjeta de la ranura y la colocó en uno de los ordenadores de mesa del estudio—. Ahora sí, todo tuyo.

Victoria apareció por la puerta, alertando a Elson, que se levantó de un salto.

—¿Vamos, Elson?

—Sí.

Antes de irse, la directora de la cadena preguntó a Less cómo estaba, ella le respondió que iba mejorando y que si no ocurría nada, el próximo lunes se presentaría a trabajar.

Ambos se marcharon dejando la cadena en manos de la joven.

—Cierra cuando te vayas, Less.

La joven los oyó conversar mientras se alejaban.

—Hay que pasar la revisión a la furgoneta, jefa.

—Y tú tienes que hacer el cambio de nombre, que aún la tienes registrada como tuya.

La carpeta número 2 tan solo mostraba más imágenes, pero estas eran distintas. No eran capturas de pantalla de fotos extraídas de las cuentas de Facebook de los jóvenes, sino que eran fotos hechas por una cámara.

Un cúmulo de dudas crecía en el interior de la joven, como una montaña formada en segundos. No lograba descifrar el motivo por el cual estaba tan intrigada con esa maldita carpeta digital.

Comenzó a pasar las fotografías. En la primera, con fecha del seis de julio de 2008, se podía ver a tres de las cuatro amigas en bañador. Eran Sarah, Rebecca y ella misma. En la siguiente, tomada tan solo unos segundos después, ella había sustituido a Carmen como fotógrafa. Siguió avanzando, como si caminara por sus propios recuerdos. La periodista estaba segura de que las fotos que esa carpeta mostraba habían sido capturadas con la cámara de Carmen, no con la suya, porque a partir de esas primeras fotografías donde salían las cuatro amigas, ella dejó de salir. Todo encajaba, fue en la época en la que ella se mudó a Madrid. Tras unas cincuenta fotos, se volvió a ver, algo más mayor, habían pasado cinco años, según informaba la pantalla de su ordenador. En su realidad, tan solo media hora. Volvió a avanzar hasta que se topó de frente con la verdad más dura.

—¡Ahhh! —gritó Leissy a la pantalla del ordenador.

Una imagen hizo que saltara de la silla negra de oficina como si hubiese visto un monstruo, pero lo que vio fue algo peor que eso. De su rostro níveo comenzaron a brotar unas gotas brillantes que atrapaban la poca luz que se condensaba en la habitación. Intentó apartar la mirada, pero algo en aquella azulada pantalla se lo impedía. Era una foto de su amiga Carmen, que en teoría había muerto en un trágico y extraño accidente. La imagen mostraba un semblante ensangrentado, sin vida aparente, dentro de lo que fue su vehículo hasta ese día. De su frente se descolgaba un pequeño hilo de sangre que recorría sus párpados y mejillas hasta perderse en el interior de su boca tras caer por encima del labio superior.

—¡Oh, Dios! Carmen, no. —Less se derrumbó y se apoyó en la pared de la sala de montaje. Parecía que su corazón iba a partirse en dos, algo que su alma ya había hecho. Un fuerte y punzante dolor se alojó en su pecho. La imagen que se mostraba en ese ordenador era una clara prueba de que Carmen también tenía una página dedicada. De que Dennis había entregado otra nota a su propietario y que no se iba a detener hasta terminar con todos los protagonistas. La duda era si ella también formaba parte de aquel elenco maldito.

La flecha azul, que permitía avanzar hasta la siguiente fotografía, se mostraba disponible, dando a entender que su pesadilla no había acabado. La joven se levantó de la pena en la que se había sumido, lo que en otros lugares se le llama suelo, y se predispuso a continuar. A terminar con aquel infierno.

La puerta del exterior comenzó a golpear con fuerza contra el marco, haciendo que el ruido metálico distrajera por unos segundos a la periodista. El temporal arreciaba por momentos. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en bloquear la puerta para evitar que siguiera molestando. Un tétrico estrépito apagó todas las luces de la cadena. Otro grito escapó de su alma.

—¿Hay alguien? —preguntó asustada, sabiendo que, de haberlo, nadie respondería. A su espalda, la pantalla del ordenador seguía encendida, combatiendo el corte de luz mientras se alimentaba de un pequeño condensador propio. El rostro de Carmen observaba con los ojos cerrados a la joven, que con lentos pasos caminaba hasta la puerta de salida, que seguía protestando. «Mierda», dijo antes de volver a acercarse al ordenador, extrajo la tarjeta y comenzó

a caminar de puntillas de nuevo hacia la salida.

El pasillo estaba totalmente oscuro, a su derecha estaba el despacho de Victoria y otro pasillo que se perdía en el interior de la cadena. De frente la esperaba aquella puerta de metal que hasta hacía un momento no había dejado de dar golpes. Inició su acercamiento hasta ella de forma suave, intentando hacer el mínimo ruido posible. Cuando apenas había dado cinco pasos, percibió que algo se movía, una sombra que provenía del otro pasillo. Pasillo que debía cruzar para salir de allí. Se le escapó otro grito, pero sus manos impidieron que se oyera. Aterrorizada, comenzó a correr por el pasillo que quedaba a su derecha, por el que llevaba al interior de la cadena. Sabía que por ahí no había salida, pero no iba a permitir que la capturasen con tanta facilidad. Corrió con todas sus fuerzas, sin mirar atrás, temerosa de que esa sombra siguiera tras ella, persiguiéndola. Tras varios giros, en que sus pies, quejumbrosos, derraparon sobre el mármol reluciente, llegó hasta la sala de proyecciones. Se metió en su interior y se paró durante unos minutos para asegurarse de que nadie la había seguido hasta allí.

Buscó en su bolso el teléfono, pero no dio con él, lo había dejado en su coche. Tras unos largos minutos, donde su mente tan solo le otorgaba mensajes de peligro, decidió volver a aventurarse. Salió por una puerta trasera, desde la cual se accedía al pasillo donde Victoria tenía su oficina. Con pasos de bailarina, caminó de nuevo hasta aquel pasillo, que permanecía a oscuras, la pantalla del ordenador, que ella había estado manipulando, acabó por sucumbir a la falta de alimento energético.

La puerta de acceso volvía a mostrarse furiosa, el viento intentaba entrar también en el edificio. No lo dudó, comenzó a correr despavorida, como si un león hambriento la persiguiera, y cuando llegó a la puerta, apenas desaceleró, con un fuerte golpe de su hombro la abrió, catapultándose al exterior.

Otro golpe recibió ella cuando sintió su misión cumplida, tan fuerte que llegó a desviarla del rumbo marcado.

El viento cada vez era más fuerte. Como pudo, recuperó el equilibrio y continuó con su huida. Ya estaba junto al coche, que había desbloqueado desde la distancia hacía tan solo un momento. Abrió la puerta y cuando iba a entrar, algo la asió del hombro, provocando que volviera a verse fuera, de espaldas al coche, frente aquella sombra que creyó ver antes de salir.

—¡Tú, eres tú!

Capítulo 43 (25 de marzo de 2015)

Observo cómo el sol se esconde tras las montañas, a lo lejos, mostrando una delgada franja anaranjada que recorre todo el horizonte partiendo la tierra en dos. Comienza la cuenta atrás. Miro a mi alrededor, posando majestuoso en aquella curva, en lo alto de la montaña, curva que dentro de poco será mi cómplice silenciosa. Bajo mis pies, veo el pueblo, que poco a poco va perdiendo su actividad normal, asesinada por la oscuridad de la noche. Termino de ultimar los detalles. Detalles que llevo semanas preparando, y hoy no puede fallar ninguno.

ooo

No pensé en eso cuando hice todos mis cálculos. El coche estaba bastante mal aparcado. No había otro sitio mejor donde detenerme y tuve que usar parte de la loma de la montaña para poder dejar espacio a cualquier otro vehículo que circulara por la misma carretera estrecha. La había elegido a propósito por eso, era la vieja carretera que une Denia con Jávea. Una carretera que serpentea por ambas laderas de la montaña para poder cruzarla, no sin dificultad. Los coches apenas pueden cruzarse sin tocarse y si a eso le sumamos lo intrincado del camino, con curvas realmente peligrosas y barrancos donde el fin está asegurado si decides enfrentarte a alguno de ellos, resulta perfecto. El escenario perfecto.

Faltaban quince minutos para nuestra cita cuando dejé su hoja dentro de un pequeño buzón a la entrada de la calle.

Viernes, 10 de enero de 2002

¡Qué poco dura la alegría! Cuando parece que empiezas a recuperarte, aparecen siempre los mismos, que intentan hacer que nunca te levantes.

La protagonista de hoy ha sido Carmen. No me esperaba que ella estuviera detrás de las bromas pesadas. Nunca se había involucrado tanto como hoy. Estábamos recogiendo para salir al patio cuando ha venido Sarah. Haciéndose la tonta, me ha preguntado algo sin sentido y de pronto, he podido ver que Carmen corría con mi mochila hacia la salida. He intentado detenerla, pero me da vergüenza correr, así que al final, he tenido que limitarme a ver cómo se la llevaba. Tras el recreo, me la han devuelto llena de marcas de rotulador y barro o caca, no sé lo que era, pero si sé que olía a caca. Yo no salí al patio, me había quedado llorando en clase, pensando en cuándo iba a acabar todo esto. O lo terminan ellas o lo terminaré yo, pero esto no puede seguir así, yo no puedo seguir así. Cada día que pasa estoy más convencida de que en algún momento voy a hacer alguna tontería.

El día ha terminado con una amenaza por parte de Rebecca y Carmen. Rebecca no había dicho nada, pero después de entrar del patio sí que ha querido sumarse a la fiesta. Las dos me han amenazado con que, si decía algo, la caca me la echarían a mí por todo el pelo y que luego me arrastrarían por el patio, durante recreo, llamándome cagona. Carmen se ha acercado y me ha dado un tirón en el pelo. Yo he gritado de dolor y las dos se han ido riéndose y lanzándome miradas asesinas.

YA ME DA IGUAL.

Ya empieza a quedarme grande todo. Cada día me levanto más tarde y me acuesto más

pronto. Creo que Dennis sabe algo. Siempre me pregunta cómo estoy y cuando le respondo que bien, vuelve a sus cosas. Papá, bueno, papá como siempre...

Siento que no encajo en esta vida. Por mucho que mire a mí alrededor, todo me recuerda que soy distinta. Todos corren, todos juegan en los parques, con sus amigos o con sus familias. A veces pienso que si no existiera, nadie se daría cuenta.

Unas luces me rebasaron. Era el coche de Carmen, que llegaba cuando todavía faltaban cinco minutos para la hora acordada. Paró su Volkswagen Golf gris junto al buzón donde su pasado esperaba para juzgarla como era debido y bajó del coche con un porte serio y calmado. Vestía un elegante conjunto de dos piezas, pantalón y camisa gris y una chaqueta negra a juego con el bolso que pude ver en el interior de su coche cuando se bajó. Su imagen era casi idéntica a la niña que cruzaba por delante de mí en aquel mal recuerdo que albergaba. Su rostro, algo más cansado, seguía mostrando una tez dorada y suave y unos labios rojos brillantes, llevaba su pelo negro recogido.

Tras unos segundos paseando cerca del coche, rebuscó en el interior de su bolso, metiendo casi medio cuerpo en el habitáculo del vehículo desde fuera por la ventanilla del acompañante. Algo en su mano comenzó a desprender una brillante luz blanca, que pronto fue a juntarse con su oído. Mi teléfono sonó instantes después.

—Hola.

—Hola. Ehm..., soy Carmen. La chica con la que quedaste hace unas semanas para la reunión con tu mujer. Hablamos ayer para concretar la hora.

—Sí, lo sé. Pero nunca te dije que era mi mujer. Has quedado con Martha.

—Oh, sí, bueno. Disculpa. A eso me refería. ¿Podrías indicarme cómo llegar?

—Sí, claro. En el buzón que tienes justo a la entrada del camino, hay un sobre con las instrucciones para llegar hasta ella.

—¡Ah! Vale, pues..., gracias. —Carmen contempló el paisaje sin soltar el teléfono, como si se sintiera observada. Después, fue hasta el buzón y sacó un pequeño sobre blanco en cuyo interior se hallaba la dedicatoria para ella. La hoja que le mostraría la verdadera velada que la esperaba.

Se sentó en el asiento del conductor de su coche y tuvo que servirse de la luz interior para poder leer la nota. Se ajustó las gafas y pude notar que se estaba dando cuenta de lo que tenía en las manos. Desde mi punto de vista, unos metros más abajo, en la furgoneta del señor Costa torcida sobre el arcén, con el nuevo parachoques decorando la parte delantera y una chapa de cada color, vi cómo su rostro se descomponía de mil formas distintas. Miraba sin mirar, con los ojos completamente idos, algún punto desconocido para mí. Abrió la puerta y salió del coche para volver entrar en él a los cinco segundos, volvió a salir diez más tarde. Al fin, un minuto después, lanzó el papel a un lado y se preparó para huir. En ese momento, decidí adelantarme. Marqué su número. A lo lejos, ella observaba su móvil, solo eso. «Vamos, cógelo».

—¿Qué clase de broma macabra es esta? —Su voz temblaba, dejando claro que la ansiedad corría por sus venas. Desde donde yo estaba, no podía distinguir su rostro, el interior de su vehículo había quedado a oscuras.

—No es ninguna broma. Nunca lo ha sido. Tu cita de hoy es para reunirte con Martha. Ha llegado el día en que pagues tus deudas.

—¿Qué deudas? Tú estás loco. ¿Qué Martha?

—¿No te reconoces en esas letras?

—Es imposible. ¿Tú quién eres?

—Soy quien viene a llevarte ante ella.

—¿Es una broma? Esto no está pasando..., esto no... Martha está...

—Sí —dije interrumpiendo su aclaración—. Martha está muerta, lo sé. Tú fuiste una de las personas que la condujo hasta su final.

—¡No! Esto no está pasando. ¿Qué, quién eres? —repitió furiosa. El coche comenzó a dar la vuelta y encaró sus luces hacia donde yo me encontraba.

—Si intentas huir, morirás.

—¡Qué cojones! Pero ¿qué clase de broma es esta?

—Veo que eres incapaz de reconocer tu culpa. Que sigues siendo el mismo reflejo de lo que fuiste en aquella época. La voz muda del reproche. Siempre siendo la sombra del bien, que pasa sin detenerse ante las injusticias. Siempre has estado pendiente de agradar a alguien que tan solo se amaba a sí misma. Y con tal de encajar, callabas ante sus injusticias, incluso participabas en ellas en algunas ocasiones. Y eso es lo que te ha traído hasta aquí. Tu anhelo de demostrar que eres alguien, el mismo deseo que te empujó a gastarle esa broma a mi hermana, tan solo para hacer ver que tú también podías herir. Solo por agradar.

—Estás chiflado. Voy a llamar a la Policía.

—Solo responde una pregunta. ¿Te hizo sentir mejor?

—¿El qué...? —De nuevo su voz adoptaba un tono melancólico, tembloroso.

—Haber humillado así a Martha.

El silencio se apoderó de ambos tras aquella pregunta. Yo, imaginando el sufrimiento de mi hermana alimentaba el odio que se generaba en mi interior, que hacía que el volante crujiera. Al otro lado, Carmen tampoco decía nada.

—Nunca fui partidaria de lo que Sarah hacía, pero éramos unos críos que aún no sabíamos bien dónde estaban los límites.

—Y de todas formas, os reíais con sus bromas pesadas. Alimentabais el ego de una muchacha inconformista que solo concebía una forma de divertirse.

—¿Me quieres decir que tú nunca te has reído cuando has visto a un gordo caerse o cuando alguien se hacía daño? No seas hipócrita.

—Yo nunca he humillado tanto a alguien como para que no viese otra salida que no fuera la del suicidio. ¡Nunca acabé con la voluntad de otro ser! —Mi furia crecía por momentos.

—Estás loco —respondió ella cuando notó la rabia que desprendían mis palabras.

—Y tú estás muerta. —Colgué tras aquellas palabras y me dispuse a arrancar la furgoneta, que hacía años pasó a ser mía. El motor rugió, alentándome.

Los dos faros amarillos del coche de Carmen enfocaron la carretera en dirección a donde yo estaba, que era la equivocada. Con un rápido movimiento, aceleré y bloqueé su escapatoria. La Nissan se encabritó ante mis estímulos y comenzó a acosar al coche de Carmen, acercándose a ella con rabia. En esos momentos sí conseguí verla con claridad. Mis luces provocaron que en el interior de su coche amaneciera para dejarme ver un semblante, ahora sin gafas, que reflejaba el miedo y el pesar. Sus ojos se mostraban hinchados y brillantes y de sus labios escapaban palabras mudas. Seguí hostigándola con una ira descomunal, que cegaba el resto de mis instintos, mientras ella iba retrocediendo despacio hasta que llegó de nuevo a la entrada del camino. Ahí hizo un cambio de sentido e inició su ruta montaña arriba. Tal y como yo tenía planeado, ahora tan solo debía perseguirla.

Había recorrido esa carretera cientos de veces durante los últimos meses. Conocía cada curva

de memoria, como si fuera el copiloto en un rally, pero sin ninguna necesidad de usar una libreta. Las primeras apenas se notaron, Carmen conducía como si estuviese borracha, dando tumbos de un lado a otro. A punto estuvo de caer por un barranco en una de aquellas numerosas curvas, pero el protector de metal hizo su función impidiendo que la joven se despeñase. Una lluvia de chispas, seguida de un chirrido molesto la alertó de que se había metido en un peligroso juego. Tres curvas más tarde, un coche que venía de frente por poco choca contra ella, tuvo que dar un volantazo para evitar el golpe y se salió parcialmente de la carretera.

«Tienes que ser tú, hermanito». Esa frase no dejaba de repetirse en mi cabeza, una y otra vez, como una maldita melodía de la que no puedes despegarte. Mi alma gritaba desconsolada cada vez que su dulce voz me atormentaba. Apreté con rabia el acelerador, «¡Aghhh!», grité en el interior del coche. La furgoneta casi se pegó al maletero de su Volkswagen, ella hubiera podido ver mis ojos llenos de rabia que la miraban por encima del volante, quizás los vio. Una larga recta, cuando llegamos a la cima, daba inicio a la cuenta atrás. Seis eran las curvas que quedaban.

Las dos primeras las superó con relativa facilidad. Eran dos curvas suaves que daban paso a dos rectas algo más relajantes.

Justo enfrente de nosotros, bastante a lo lejos, una lluvia de luces se anclaba en el suelo, como si el universo se hubiese dado la vuelta para postrarse a nuestros pies. La cuenta atrás acababa de iniciarse. Llegamos a la tercera curva, una doblez hacia la derecha. Carmen, que daba sobradas muestras de no conocer el terreno, cabalgó por encima de una loma levantando una enorme nube de polvo al tiempo que hacía volar el coche un par de metros para acabar cayendo sin control sobre el carril contrario. Las ruedas gritaron de dolor tras el duro encuentro con el asfalto. Cuarta curva, de nuevo hacia la derecha. Ahí fui yo quien se acercó demasiado a la montaña. Una lluvia de metal incandescente iluminó la noche en ese tramo de la carretera. Quinta curva, aceleré, la siguiente curva estaba a tan solo unos metros. Sin piedad. Sin miedo. Sin contemplaciones. Todos los recuerdos de Martha me atosigaban incansables, haciendo que presionara con más fuerza todavía el pedal, llegando casi a arrancarlo de su posición. Mi furgoneta se acercaba cada vez más al coche de Carmen, «la sexta y última curva ya está ahí», exclamé para mí mismo. Mis manos temblaron al impactar con la parte trasera del coche. El ruido resultó ensordecedor y los cristales volaron por todas partes. Vi cómo su coche se levantaba del suelo para volver a caer con fuerza, observé lo que pasaba, frenando despacio. Sus ruedas pedían clemencia mientras el coche perdía el control. Al llegar a la curva, impactó contra la protección que debía impedir que nadie cayera al fondo del barranco, pero no consiguió frenar el avance del vehículo. El coche voló llevándose por delante la protección metálica, que yo mismo había alterado para que no cumpliera con su función. La furgoneta se paró en el centro de la carretera, con el parachoques deformado por completo, pero con las chapas intactas. Sabía que no disponía de mucho tiempo, así que aceleré de nuevo y volví a situarme en mi carril hasta que llegué abajo.

Una nube blanca se extendía hacia el cielo. «Dudo que sea tu alma», pensé, «seguro que tu alma se perderá en el infierno, como todas las que ya he mandado allí, y me esperarán con los brazos abiertos». Me acerqué con cautela al coche. No existía una sola parte del mismo que no estuviese abollada, rota o arrancada. Lo único que permanecía entero era el capó, que parecía haber sobrevivido a la caída. Me puse unos guantes negros de cuero y observé el interior. Respiraba, la maldita no había muerto. Su rostro descansaba, inconsciente, sobre el airbag. Su pecho se movía, con dificultad, pero se movía. No podía permitirme dejarla en manos del destino, este ya me había demostrado que no estaba de mi lado. Tapé su nariz y su boca con mis manos y esperé. Uno, dos, tres... ciento cincuenta y cuatro... trescientos veintidós... Llegué hasta los

cuatrocientos. Cuando aparté las manos, todo parecía en calma. Revisé todo el vehículo, su bolso estaba detrás de los asientos. Decidí meter la nota en la guantera, dentro de un sobre vacío, y allí mismo encontré una pequeña cámara digital. Me la llevé. Su teléfono seguía encendido, así que decidí immortalizar aquel momento antes de robarle también el móvil. Coloqué a Carmen en una postura más cómoda y tomé varias fotografías. Tras eso, me marché.

«Tan solo quedan tres».

Capítulo 44 (18 de abril de 2017, martes)

—¡Lo sabía! Sabía que eras tú —gritaba Less despavorida mientras rodeaba el coche sin quitar la vista de su asaltante.

—Leissy, cálmate. ¿Qué te pasa?

—Eres tú, Dennis..., tú... —Sus ojos comenzaban a empañarse por completo. El miedo y un desconsuelo irrefrenable la invadían. Era Gregor el que apareció ante Less cuando se giró obligada por su agarrón. Era Gregor el que la miraba en ese preciso momento con el rostro desencajado mientras intentaba descifrar sus palabras.

—Less, por favor. —Con las manos levantadas intentaba tranquilizarla mientras avanzaba hacia ella, pero Less no le permitía ningún acercamiento, poniendo su propio coche como barrera entre los dos.

La joven se había situado detrás del maletero del coche, aferrada a las chapas blancas del mismo. Gregor intentaba acercarse a ella con suavidad.

—¡No te acerques! ¡Si lo haces, gritaré! ¡No lo hagas!

—Less, tranquilízate. ¿Estás oyendo lo que dices?

—¿Qué hacías aquí? ¿Por qué me sigues?

—¿Cómo que...? —Gregor mostró una mueca de desconcierto y observó a Less con los ojos caídos—. ¿Se te olvida que trabajo en la calle de enfrente? Te he visto desde la oficina y he venido a ver qué pasaba.

—¡No! No te creo —La periodista seguía al otro lado del coche, aunque era una muralla mucho más enorme lo que estaba separándolos en ese mismo instante. Cada palabra de duda, cada gesto de desagrado lanzaba una piedra más sobre su relación, que cada vez pesaba más, soterrada bajo toneladas de dudas y desconciertos—. ¿Por qué has apagado las luces entonces?

—¿Que yo qué?

—Las luces. Te he visto en el interior de la cadena. Caminando en silencio.

—¡Dios, Less! Todo esto te está superando. Tienes que dejarlo ya, por favor.

—¡Responde! ¿Quién eres? Lo sé. Lo sé todo. Sé por qué no entraste en la Policía.

La expresión de la cara de Gregor se apagó por completo y enseñó una nueva, completamente distinta. Un gesto de rabia pasó a un primer plano mientras entrecerraba los ojos y soltaba el aire por la nariz con relativa fuerza.

—¿Has estado indagando en mi vida?

—Debía hacerlo. ¿Por qué apareciste ese día en el bar? Todo encaja. Tus comportamientos extraños, esa visita a tu madre justo cuando murió Reb...

—¿Qué estás insinuando, Leissy?

—Que tú eres Dennis.

—¡Oh! Por... pero... tú estás loca. —Gregor se alejó de ella, preso de la impotencia. Su mente le pedía a gritos que descargase todas aquellas negras sensaciones contra el coche, pero tras tomarse un ligero respiro, ignoró toda frustración y se tranquilizó—. Desde luego, no sabes lo que estás diciendo.

—¿Por qué, entonces, nunca me contaste el motivo real por el que no te dejaron entrar en el cuerpo de Policía?

—¿Qué querías que te contara? —volvió a cargar contra ella, liberando en pequeñas dosis toda la rabia contenida—. Que no me querían en el cuerpo porque, según ellos, odio a todos los hombres. Que por culpa de un padre que nunca conocí, y que sigue amargándome la vida, no podré ser nunca una persona normal y corriente.

Las dudas que Less albergaba en su interior se derramaban por el suelo junto a las lágrimas que se escapaban de su cuerpo a causa de tanta tensión acumulada. Todo ello sumado a lo que Gregor le estaba contando, abría una herida nueva en su ya maltrecho corazón.

—Pensé que me esquivabas porque el caso te tenía enjaulada en tu mundo. Pensaba que estabas tan decidida a encontrarlo que apenas podías dedicar tiempo a los demás. Pero jamás pensé que el motivo fuera que dudabas de mí —sentenció Gregor lanzando su mirada al suelo, de donde ya nunca más volvería a levantarse, por lo menos para observarla a ella.

—Yo... creía que tú... —Less no conseguía formar una oración en condiciones. Un tremendo nudo se había formado en su estómago y apenas le circulaba la sangre—. ¿Por qué no dijiste nada cuando me viste dentro?

—¿Dentro de dónde?

—De la cadena. Te vi en el interior. Vi tu sombra.

—Less, acabo de llegar. Justo cuando venía a buscarte, te vi salir corriendo como una loca. Te llamé, pero ni siquiera me escuchabas. Parecías como ida.

El parking de la cadena estaba justo delante de la entrada, eran tan solo cinco parcelas reservadas para los trabajadores. El resto del edificio bordeaba la manzana, por lo que la acera rodeaba las paredes de todo el complejo, era fácil que alguien que salía del interior no viera a otra persona que caminara en cualquiera de las dos direcciones.

—¿Entonces... quién...?

—¿Quién qué...?

—Vi una sombra antes de salir. Alguien apagó las luces.

—Leissy, yo no he visto salir a nadie, ya te dije que acabo de llegar.

—Quizás siga dentro —Miró hacia el interior del edificio, pero tan solo se veía oscuridad—, pero no pienso entrar.

—Voy a llamar a la Policía, Less. Esto tiene que acabar. Va a costarte la vida.

En ese momento, con esa palabra como detonante, volvió a la realidad para que una imagen se posara en su cabeza: la de Carmen. Leissy metió la mano en el bolso y sacó de él su teléfono móvil.

—He de encontrarla, la nota tiene que estar en alguna parte. Fue él.

Se acercó a Gregor, pero no para entrar en contacto con él, sino para poder acceder a su vehículo.

—¿Te vas?

—Tengo que encontrar su nota.

El motor se puso en marcha y la joven aceleró mientras conectaba el altavoz de su terminal para poder conversar sin tener que colocárselo en la oreja. Gregor se quedó paralizado en el mismo punto que estaba cuando la joven subió a su vehículo. Su imagen se hacía cada vez más pequeña en el reflejo que mostraba el espejo retrovisor del coche. Pronto desapareció por completo, ahora tan solo el temporal acompañaba a la joven, que intentaba por tercera vez contactar con Nick. Al fin lo consiguió, a la cuarta:

—Nick, tenemos que vernos, tengo algo.

—Estoy en la comisaría. Pasa por aquí —dijo con su acento extranjero aquel que se mostraba siempre interesado en todas las novedades que Less iba revelándole—, te espero en la puerta de los juzgados, justo a doscientos metros de la comisaría.

ooo

Nick subió al vehículo de Leissy y tras saludarla con una franca sonrisa, preguntó por las novedades del caso. La joven le mostró todas las notas recopiladas, toda la información obtenida, todo. La revelación del diario supuso un golpe muy duro para el joven policía, que creía estar al corriente de toda la información correspondiente a ese caso en particular. La impresión de haber sido utilizado creció en él.

—Creía que me lo habías contado todo.

—Compréndelo, Nick. No podía darte toda la información, apenas te conocía.

Esa razón con la que se excusó su compañera no oficial devolvió una cierta esperanza al muchacho, que seguía queriendo destacar por encima de todo.

—¿Qué plan tienes? —preguntó él, queriendo saber cuál sería su siguiente movimiento.

Con el coche todavía detenido a un lado de la calle, Less le contó las opciones que a ella se le ocurrían.

—Podemos empezar a buscar algún informe sobre ella o sobre el accidente.

—Bien, vamos dentro, pero procura pasar desapercibida.

Una vez dentro, de nuevo viviendo la escena que dio comienzo a todo, Nick accedió al atestado de aquel día. Rebuscó durante unos minutos y al fin, concluyó:

—Nada, aquí no dice nada. Muestra los datos del accidente y dice que se sabe que no fue una pérdida de control del vehículo. Según esto, está claro que hubo un segundo protagonista implicado. Pero nunca se encontró.

—Dennis.

—Encontraron restos de pintura roja en la carretera, a unos metros del accidente. Se ordenó buscar todos los modelos de color rojo que pudieran tener alguna marca de golpe reciente, pero no hubo suerte. Registraron talleres, desguaces... nada.

Dentro del atestado se podían ver varias fotos. Una de ellas era una imagen del habitáculo, en ella se podía ver el rostro de Carmen, pálido, sin vida. La misma fotografía que ella vio un rato antes, aunque tomada desde otro ángulo.

—Tenemos que encontrar el coche. ¿Puedes averiguar dónde está?

—No es necesario averiguar dónde está —respondió él con una siniestra mueca de satisfacción—. Lo pone en el atestado. Fue trasladado al depósito de Denia.

—¿Sigue ahí?

El agente asintió. No pasaron ni cinco minutos cuando ambos estaban ya marchando con un destino marcado: el Depósito Municipal que nombró minutos antes. Nick aconsejó a la periodista que lo mejor sería ir en un coche patrulla. De esa manera, solo pedirían que se identificara el conductor y ella no precisaría tener que enseñar sus papeles.

El temporal comenzaba a descargar su furia por momentos. Tan pronto parecía que se iba a acabar el mundo como, de golpe, se detenía el aguacero para dar paso a un vendaval que impedía hacer vida normal a cualquiera.

El teléfono de Leissy marcaba las 15:55 cuando entraron en el depósito municipal de la Policía. Decenas de vehículos descansaban a la intemperie. Decenas de historias distintas con un

desenlace común. El Volkswagen Golf gris que buscaban ellos se encontraba dentro de un almacén cubierto. Al ser un coche accidentado, que estaba en proceso de investigación, la orden era mantenerlo en custodia hasta que el caso fuera cerrado o hasta que imperara la necesidad de ceder el espacio a otro vehículo.

—Allí está. Junto al Ford verde —dijo Nick, señalando con el dedo índice. Las luces del coche iluminaron el oscuro almacén. Las motas de polvo se reproducían a sus anchas en ese ambiente enrarecido. El olor a encierro, a grasa y gasolina evaporada se mezclaba creando un desagradable aroma.

Less se bajó antes de que el coche patrulla se hubiera detenido por completo, desoyendo la advertencia de su compañero, que le pedía que esperara. Una duda flotaba en su mente: ¿seguía su camino e investigaba o se marchaba de allí a toda prisa? La respuesta era sencilla. No había llegado hasta ahí para volver atrás. Por muy dura que fuera la respuesta que se fuera a encontrar. Se acercó al coche que durante un tiempo había pertenecido a su amiga. Seguía igual que en las fotos, salvo por el polvo que cubría por completo toda la superficie, tanto por fuera como por dentro.

—¡Espera! —intercedió el muchacho. De su bolsillo sacó un par de raídos guantes negros de cuero—. Ten, no quiero que dejes ninguna huella.

Less se los colocó, aunque parecía que sus delgados dedos bailaban un reguetón, como si no quisieran enfundárselos. Comenzó a rodear todo el coche, observando cada detalle. Cada abolladura contaba como testigo del cruel atentado que sufrieron a manos de un loco que había decidido tomarse la justicia por su mano. La puerta del conductor había sido arrancada por los servicios de emergencia para poder extraer a la joven. El capó estaba intacto, aunque oxidado. Por el otro lado, el coche apenas conservaba la forma original, estaba lleno de golpes y abolladuras. Todos los cristales desde el del acompañante hasta el de encima del maletero habían dejado de existir.

—¡Ten cuidado, Less!

—He visto algo.

Leissy se acercó con precaución a la puerta del acompañante, observando con curiosidad el interior. El cuerpo de Carmen se presentó en la mente de su amiga, todavía sentada en su asiento. Se sacudió la cabeza y siguió observando. Bajo el asiento del conductor aún seguía el maletín de cosméticos que ella usaba en su trabajo, pero vacío. Abrió la guantera. Nada, tan solo un libro pequeño con la insignia del coche y varios papeles. Entre ellos, había un pequeño sobre blanco. Less lo recogió todo y lo observó sin poner mucho interés. El primer papel era un ticket de McDonald, con fecha del 20/03/2015, la tinta se había borrado un poco. El otro papel era una copia de una venta de cosméticos. El tercero era el sobre, lo abrió y al instante su alma se partió en mil pedazos. Allí estaba, como si hubiese encontrado el arma del crimen, ese maldito papel amarillento que presagiaba el peor de los males. Esas letras escritas por la mismísima parca. Leissy cerró los ojos, respiró hondo y dejó que dos lágrimas salieran en libertad. Estaba a punto de conocer el capítulo de Carmen.

—¿Es...? —preguntó Nick.

Less no respondió. Estaba sumergida en un doloroso recuerdo de su pasado. Recuerdo que había vuelto para remover las llamas del remordimiento de todos aquellos que fueron nombrados por Martha. Cada vez quedaba menos tiempo para conocer su propio capítulo.

TERCERA PARTE

EL FINAL DEL CAMINO

Capítulo 45 (24 de marzo de 2017)

Un recuerdo puede, en un instante, destruir todo aquello que al tiempo tanto le costó sanar.
Dennis Duga

«No creo que aguante mucho tiempo más. Me escuece el alma estar junto a ellas, pero debo hacerlo. Debo ser fuerte, intentar, como sea, resistir».

Tuve que esperar casi una hora para verlas salir, al fin, de la tienda. Iban las tres juntas, como buenas amigas. Como si nunca hubiese pasado nada, como si no tuvieran nada que ocultar. Rebecca era la más efusiva en sus gestos, caminaba a paso acelerado por delante de sus amigas. De vez en cuando, se giraba para hacer algún comentario. Yo tenía que ocultarme bajo la capucha de mi sudadera gris para no ser visto. Tuve que cambiarme de forma apresurada cuando me marché para no ser reconocido. En el coche guardé esa prenda para utilizarla en el momento preciso. Además, la sudadera me hacía sentir cómodo. En todos los momentos importantes de mi vida, esa prenda fue mi compañera.

—Vamos, chicas, que llegaremos tarde. —Rebecca se veía alegre, risueña. Alejada de la muchacha a la que llevaba ya meses siguiendo. Creo ser el único que ha podido observarla realmente en su más absoluta soledad.

Tras la muerte de Carmen, alquilé un piso cerca de la finca donde vivía ella. Justo dos calles por detrás. Había aprovechado que la zona estaba repleta de edificios, todos unidos unos a otros, para poder acceder a uno de los tejados desde donde tenía una perfecta visión del apartamento de Rebecca.

Solía observarla todas las noches cuando llegaba del gimnasio. Una vez entraba por la puerta de su apartamento, toda esa felicidad que irradiaba frente al resto se convertía en pena y desamparo. Cenaba siempre preparados rápidos al microondas y se sentaba a ver la televisión con el rostro apagado y serio. Algunas noches incluso pude verla llorar. Supe, cuando comencé a seguirla, que apenas se hablaba con sus padres, tan solo lo hacía con una de sus hermanas y que aparte de Sarah, no tenía más amigas. Una verdad muy triste para una fachada tan alegre. Una tristeza que ocultaba tras una máscara de alegría y libertinaje.

De las otras dos amigas que iban con ella, la que se veía más compenetrada con ella, la mejor de todas era Sarah. Su vida se basaba en una compleja plataforma expuesta al público. Su imperiosa necesidad por ser el centro de atención la habían llevado a vender, a coste cero, su intimidad al público. Less, en cambio, era la única persona que no encajaba para nada con ellas. Era una chica fuerte de carácter, con personalidad y, al contrario que sus amigas, tenía una vida que no compartía con nadie, salvo conmigo, aunque ella nunca lo supo. Nunca llegué a

comprender por qué seguía saliendo con ellas.

Escuché a lo lejos cómo hablaban entre ellas.

—Sarah, tú y yo ya hemos cenado alguna vez aquí. ¿Te gusta la idea?

—No está mal. Si a Less no le importa.

Lo que dijo Less no conseguí entenderlo, pero acabaron entrando en el restaurante que recomendó Rebecca.

Era el momento. Cuando me aseguré que se sentaban en una mesa y comenzaban a pedir, puse dirección al parking donde Less comentó que había aparcado su coche, un rato antes. Volví a ocultarme tras mi sudadera gris. No quería caer en el error de que pudieran reconocermé. La zona donde me encontraba estaba repleta de cámaras, así que preferí recorrer todo el camino con la capucha cubriéndome la cabeza.

Tardé varios minutos en encontrar el Ford de Less. No fue nada fácil, sobre todo porque había varios modelos idénticos en aquel parking público. Por suerte, conocía la matrícula del suyo. Cuando me acerqué, saqué el diario de Martha y arranqué una de las hojas finales. Esas que decían: «NO HAY JUSTICIA». Tras colocarla en el parabrisas de su coche, seguí mi camino, en dirección a la tienda de Sarah.

La idea principal era otra, pero no salió bien. Tras el accidente que se suponía había causado la muerte de Carmen y, sobre todo, después de robarle su teléfono, pude descubrir que era una joven bastante despreocupada o con muy mala memoria. Tenía todas las aplicaciones sin ningún tipo de contraseña o bloqueo. Escondí su teléfono durante varias semanas, después de haberle quitado la cobertura, pero sin apagarlo del todo. Cuando al fin, pude asegurarme de que no investigaban más, fue cuando di inicio a mi primera estrategia. Durante varios meses agregué amigos suyos a las redes sociales de Carmen, interactuaba con las fotos que Sarah colgaba en su Facebook, pero nunca dio ningún resultado. Cada foto que Sarah colgaba en su muro recibía al instante cientos de reacciones. Al final, tuve que optar por otra estrategia, sobre todo tras un pequeño descuido que me costó quedarme sin el móvil de Carmen. Aunque antes de eso, tuve tiempo de hacer capturas de todas las imágenes con las que había interactuado.

Esa fue la razón por la que decidí cambiar de plan y opté por este. Esta nueva estrategia pasaba por una fase realmente dura, sabía que iba a desgarrarme el corazón llevarla a cabo. Pero así lo había pensado y así es como debía hacerse. Caminé hasta la puerta de la tienda de Sarah, que estaba cerrada cuando llegué, y con mucho cuidado de no ser visto por la cámara que tenía justo en la entrada deslicé su nota por debajo de la puerta. Ya solo me quedaba una nota por entregar, la de Rebecca. La dejé para lo último para poder esconderme en mi nuevo apartamento tras dejársela.

El camino hasta su edificio se me hizo eterno. Pensé que no terminaría de caminar nunca. Cada paso por la que un día me sentí orgulloso de que fuera mi ciudad me devolvía a años pasados. Cada cruce, cada calle, me mandaban imágenes de aquella tarde. Poco a poco, en mi mente, se reproducía todo el camino que recorrí hasta llegar a aquel momento: una imagen a color de mi madre, Martha y mi padre jugando en un parque de la zona fue la primera que me atosigó sin compasión, retorciéndome el alma hasta que me hizo dejar escapar una pequeña lágrima de dolor.

«Dennis. Dennis. ¡Corre!», oía una voz a lo lejos que resonaba en mi interior sin cesar. «¡Que te pillo. Que te pillo!», esa voz, tan dulce y tan serena era la de mi madre, sonriente, con un pañuelo blanco y rojo cubriéndole la cabeza. Fue la última tarde que salimos todos juntos. A ese parque, justo por donde estaba caminando en ese momento. Fue como un *flashback*, una imagen muy real. Me veía corriendo entre los columpios, levantando el polvo de la tierra cuando

derrapaba con los pies al intentar girar. Oía los gritos de otros niños. Las palomas alzar el vuelo al unísono. Mi madre corría detrás de mí, riendo a carcajadas. Martha y mi padre nos alentaban. Tuve que acelerar el paso atosigado por la pena. Duró poco. La oscuridad se apoderó de mi interior, aquel hermoso recuerdo a color dio paso a otro totalmente oscuro. Ahora me veía de nuevo en mi casa, en ese pasillo, viendo cómo sacaban a Martha del cuarto de baño. La sábana blanca parecía moverse. Veía cómo intentaba salir. «Dennis. ¡Por favor! Sácame de aquí. ¡Quiero salir!». Todos esos recuerdos querían hablarme. No eran recuerdos, eran imágenes, en mi mente, alteradas por completo. No podía deshacerme de ellas. Me sacudía la cara, intentaba sacar de mi cabeza todos esos malditos pensamientos, pero era imposible, las imágenes se sucedían una tras otra, hostigándome sin compasión.

Tras la muerte de Martha, tuve que presenciar mi descenso al mismísimo infierno. Recuerdos de mi estancia en el centro de acogida. Esa visión, los ojos de mi hermana, mirándome desde la distancia. El niño gordo rodando por las escaleras. José escupiendo sangre y convulsionando en el suelo. El señor Costa rodeado de sangre. Patrick, Carmen. Todas las demás visiones. Todo pasaba cada vez más rápido. Repitiéndose una y otra vez en mi mente. Hasta tal punto fue intenso el recuerdo que al final, se detuvo, la última tarde en que recuerdo que mi parte cuerda todavía me hablaba. La tarde en que descubrí que mi hermana había desaparecido para siempre. Intenté buscarla, sin éxito. ¿Cómo fue posible que dejara a mi hermana en manos de unos carniceros en prácticas? Fue entonces cuando comprendí, que aunque quisiera pasar página y seguir adelante, esa tarde terminó de destruir todas las esperanzas. Fue cuando pude entender que por mucho que el tiempo intente curar una herida, es un recuerdo el que tiene el poder de permitirte pasar página. Por mucho que el tiempo intente hacerte seguir adelante, no es más que un juguete en manos de la memoria. Un recuerdo puede, en un instante, destruir todo lo que al tiempo tanto le costó sanar.

Tras todas esas películas, que mi mente trasladaba ante mis ojos a una velocidad tan rápida que apenas podía distinguir una de otra, vi que estaba justo frente al portal de Rebecca, que vivía cerca de la periferia de la ciudad, en una zona muy tranquila. Me aseguré de que mi capucha seguía cubriéndome la cabeza y sin dudar, metí la nota en su buzón de correos, acto seguido, marché a mi apartamento. Se acercaba el fin. A partir de esa noche, comenzaba la cuenta atrás para ella, para todas.

Capítulo 46 (18 de abril de 2017, martes)

El teléfono móvil de Less informaba que eran las 18:50. El temporal parecía que fuera a arreciar por momentos. Aunque no llovía, la oscuridad del firmamento amenazaba con desatar toda su furia en cualquier instante. Less entró en la tienda de su amiga, fatigada, con el semblante castigado por el cansancio. Sarah esbozó una mueca de preocupación al verla:

—¿Less? —preguntó con una voz algo más firme que la que tenía cuando su amiga se marchó por la mañana—. ¿Qué pasa?

Ella se acercó al mostrador y le pidió entre susurros que bajaran al sótano. Necesitaba intimidad para poder explicarle todas las novedades que tenía. Cristine, que en aquel momento estaba doblando ropa, sustituyó a su jefa con un «sin problema». Una vez llegaron al piso inferior, Less comenzó a rebuscar en su bolso. Sacó el diario, todas las notas que tenía recopiladas y su teléfono, lo puso sobre las cajas que tantas veces habían servido de mesa.

—Todo está relacionado, Sarah.

—¿Cómo que todo está relacionado? No te entiendo.

—Todas las muertes. El director, primero. Luego Patrrick, Rebecca fue la última y... —Mantuvo un corto silencio con la mirada perdida entre sus manos, apoyadas ambas sobre las cajas—. Carmen también.

Sarah levantó la barbilla, abrió los ojos y lanzó una sonora expiración que se oyó en todo el sótano. Se acercó con cautela a las hojas, como si fueran a morderle, y con miedo las revisó una por una. Primero cogió la nota de Patrrick, la leyó. La luz comenzaba a reflejarse sobre sus ojos, dando prueba de que aunque fuera una mujer muy superficial, tenía sentimientos.

—¿Carmen? —preguntó tras coger su nota, todavía sin leerla.

—Fue la tercera. Hay una hoja dedicada a ella. En el diario... —Lo sacó y comenzó a pasar las páginas con una perfecta combinación de rapidez y cuidado—, la nombra varias veces, pero por lo que veo, tan solo como anécdota.

Sarah leyó aquella corroída y amarillenta página. Volvía a desgarrarse por dentro, cada palabra que sus atormentados ojos leían, provocaba que se enrojecieran todavía más. Al finalizar, una pequeña y brillante lágrima se escurrió por su mejilla, sin llegar a nada. Con un grácil movimiento, se deshizo de ella.

—¿Que crees que debemos hacer?

—¿Qué sabes de Julián?

—Ya te lo dije. Hace casi dos años que nos conocemos. Al poco de iniciar la revista. Él fue uno de mis primeros modelos, me lo recomendó Robert. Luego ya empezamos a salir juntos cuando volvimos a coincidir, cuando él encontró el trabajito este aquí al lado.

—¿Y antes de eso?

Sarah no respondió. Se quedó pensando en qué sabía de Julián en realidad. Nada, esa fue la respuesta que su mente le devolvió. Había conocido a su pareja poco después de la muerte de Carmen, y apenas conocía nada sobre su pasado. Solo sabía lo que él le había dicho. En teoría, tenía madre, pero no padre, era hijo único, y vivía a varios pueblos de distancia. Poco más.

—¿No te resulta extraño que lo conocieras justo después de que muriera Carmen?

—Nunca lo pensé, he conocido a mucha gente después de que Carmen...

—¿Y a su familia, la conoces?

—No. Lo he visto alguna vez hablar por teléfono con su madre. Pero nunca me la ha presentado. Nunca formalizamos lo nuestro.

—¿No te resulta extraño?

—Pues no sé, hija —respondió lanzando un pequeño bufido—. En su Facebook tiene fotos de él con su madre. No creo que sean inventadas.

Less no respondió, no terminaba de creerse la versión de su amiga. Cualquiera podría hacerse pasar por su madre.

—¿Y lo que pasó en tu casa? —Less cerró el diario y lo acercó a su amiga—. ¿Quién tiene acceso a tu casa?

Sarah volvió a levantar la cara, sellando por completo los labios, apretándolos tan fuerte que el inferior pareció ser devorado por completo. Meditó unos segundos y, dando un salto corto, ya que nunca se llegó a sentar, corrió hacia un armario blanco de madera que tenía en el fondo del sótano. Abrió un pequeño cajón en la parte superior y comenzó a rebuscar. Sus nervios aumentaban a medida que comprobaba que su acción no daba ningún fruto.

—¡No! Estaban aquí. ¡No puede ser!

—¿Qué pasa, Sarah?

—Las tenía aquí. Siempre las guardo aquí. —Sarah cerró el cajón y arrastrando la mirada por el suelo volvió hasta donde estaba su amiga—. No puedo creerlo. —Rompió a llorar derrumbada sobre el hombro de su amiga, no podía soportar tanta presión y al final acabó cediendo. Entre sollozos contaba a su amiga que en ese cajón guardaba una copia de sus llaves de casa. Ya no estaban ahí, eso confirmaba la teoría de su amiga.

—Fue él —afirmó Less.

—¿Cómo pudo saberlo? —preguntó con la voz entrecortada—. Yo nunca le dije a nadie que las tenía ahí.

—No creo que hiciera falta. Cualquiera que estuviera contigo lo sabría.

No respondió, tan solo intentó asimilar todas las verdades que estaba descubriendo. En tan solo unas horas, había pasado de tenerlo todo para ser feliz a verse sola, atormentada y perseguida. Una situación realmente dura para alguien acostumbrado a vivir entre nubes de algodón. Comenzaba a entender una verdad irrefutable, cuando la vida golpea, es mejor que hayas creado unos cimientos fuertes.

—¿Qué hacemos ahora, Less? —Sacó su móvil y un gesto de asco se dibujó en su rostro—. Es él. Me está pidiendo perdón. ¡Le odio!

—No lo sé. Tenemos que asegurarnos de que es él.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Estoy pensando. No puede sospechar que sabemos que es él. Hay que actuar con normalidad. —Volvió a abrir su diario y pasó cada una de las páginas arrancadas—. Faltan tres hojas más.

—¿Tres víctimas más?

Less se encogió de hombros. Tan solo quedaban Sarah y ella misma. Que ella recordara, no hubo nadie más en aquella época que acosara a Martha. ¿Quién era la tercera?

—Lo que sí sé es que no tenemos mucho tiempo. Necesitamos encontrarlo antes de que sospeche. O tal vez... —Volvió a coger su teléfono y rebuscó en su agenda.

—¿Qué estás pensando?

—Creo que es hora de avisar al inspector Galas.

—Pero...

—Sarah, nosotras ya no podemos hacer nada más. Ellos tienen más medios.

Tras unos segundos con el móvil en la oreja, comenzó a hablar por él:

—Hola, ¿inspector Galas?

—Sí, soy Less. Le llamaba porque creemos que tenemos algo que puede ser relevante. — Asentía a lo que el inspector respondía al otro lado—. ¿Cuándo podríamos vernos?

Tras despedirse, volvió a guardar su terminal en el bolso.

—Viene de camino.

—¿Qué vas a decirle cuando venga?

—La verdad. Le daré el diario, le contaremos todo lo que sabemos y a partir de ahora... — Less comprendió que había llegado demasiado tarde a aquella conclusión.

Ya lo había perdido todo con su cruzada particular. Quiso jugar a los detectives y acabó pagándolo muy caro. Su relación con Elson ya no era la misma desde que conoció a Gregor, también con él se había acabado todo, seguramente. El trabajo ya no le reportaba tanto como ella pensaba. Estaba en un callejón sin salida y a su espalda, un muro se alzaba majestuoso, aprisionándola poco a poco. Debía delegar su investigación en alguien con más recursos Aunque satisfecha por haber logrado llegar hasta ahí, un cierto malestar la invadía. No podía ser que tras haber llegado tan lejos, se rindiera. «Pero ¿qué podría hacer ahora?». No se le ocurría ninguna idea.

—Aunque... —dijo arrugando la cara—. Creo que puedo tener algo. —Volvió a abrir el diario y comenzó a pasar las páginas—. Aquí, sí.

Sarah, extrañada, la miraba sin llegar a entender nada de lo que estaba haciendo. Con una tenue, pero a la vez inquisitiva voz le preguntó qué había descubierto.

—Mira esta página. Habla de un recuerdo de su infancia en el que fueron a jugar a casa de sus abuelos, nombra a su tía también. Quizá alguien que viva en ese pueblo se acuerde de ellos. Es probable también que algún vecino haya tenido contacto con él últimamente.

Jueves, 9 de enero de 2002

Hace dos días que empezaron las clases de nuevo. Yo he vuelto a ir el primer día, aunque sin muchas ganas. Hoy me he cruzado por los pasillos con la psicóloga del colegio, me ha vuelto a preguntar por este diario. Ya me está cansando tanta preguntita. Es una pesada.

No hace más que mandarme ejercicios tontos. Hoy me ha pedido que le cuente algún recuerdo alegre, de cuando era pequeña, por ejemplo.

Le he contado la vez que fuimos con papá y mamá a la casa de los abuelos. Yo nunca llegué a conocerlos, ni a la tía tampoco. Murió cuando yo era una niña, pero papá contaba que siempre iban a esa casa los domingos a comer y a pasar el día. Dennis sí que tiene algún recuerdo de la tía, pero dice que de los abuelos casi ninguno. Le conté que aquel día comimos ahí y que pasamos el día jugando y corriendo. Recordar todo aquello me hizo llorar, intenté controlarme, pero la psicóloga dijo que eso era bueno.

Cuando llegué a clase, aún tenía los ojos rojos, así que, cómo no, Rebecca y su amiga se han empezado a burlar. La tonta de Sarah, como siempre, se hacía la graciosa. A veces me dan ganas de darle una buena bofetada.

Sarah agachó la cabeza cuando escuchó a su amiga leer esa anécdota, avergonzada al recordarse en esa época. Todo lo que estaba ocurriendo era consecuencia de lo que ella había

hecho de joven, era la principal protagonista, lo tenía muy claro.

—¿Y cómo vas a encontrarlos? Han pasado ya más de quince años. ¿No crees que te lo estás tomando demasiado en serio? —Sarah se mostraba, por primera vez en mucho tiempo, realmente preocupada por alguien.

—No puedo quedarme esperando a que venga a por mí.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Less sacó su teléfono de nuevo y comenzó a escribir.

«Nick, tengo un dato. ¿Puedes investigar la familia del padre de Dennis y Martha Duga? Sus abuelos tenían una casa. También tenía una tía».

Volvió a guardar su teléfono, que no tenía mensajes. La imagen de Gregor en el retrovisor de su coche la acosó de nuevo en un destello fugaz. Recordó cómo se quedó mirándola, cómo se iba alejando poco a poco de él, como una metáfora de su vida, también se alejaba.

Un ruido procedente del piso de arriba les llamó la atención. Era el inspector Galas, que tardó solo veinte minutos en presentarse en la tienda. Less, con gran astucia y rapidez, grabó en video cada una de las páginas del diario. «No me da tiempo de sacarle fotos», pensó.

—Buenas tardes, señoritas —dijo Tomás.

Capítulo 47 (9 de abril de 2017)

No hay nada más injusto que buscar premio en la justicia.

Cicerón

Sobre las cinco de la madrugada, me acerqué a la finca donde ella vivía. Subí por mi edificio hasta el tejado y de ahí accedí a la terraza que estaba justo enfrente de su vivienda. Eran dos edificios de idéntica altura y ella vivía en el último piso. Así que tenía unas vistas privilegiadas. Era la hora perfecta. Prácticamente, todos los fines de semana traía a alguien para mitigar su soledad, aunque solo fuera por unas horas. Su forma de actuar era siempre la misma: llegaba un rato después de cerrar el local con cualquier hombre y pasadas unas horas, lo veía salir por la misma puerta por la que había entrado. Supuse que no quería que nadie se quedara a dormir con ella.

Pasé toda la tarde siguiéndola. Desde la reunión que había tenido con sus dos amigas, pasada la hora de comer. Less había sido la última en llegar y fue la primera en marcharse. Sarah y Rebecca salieron juntas una hora después, riendo y hablando sobre sus cosas. No pude escuchar nada desde donde me había situado.

Tras dejar a Sarah, Rebecca se marchó a un pequeño bar de la zona y pidió algo de comer para llevar. Yo seguía detrás de ella, sin que nadie se diera cuenta. Sobre las siete y media de la tarde cenó sola en su casa y se preparó para irse a trabajar unas horas más tarde.

Ahora eran cerca de las seis de la mañana. Debía prepararme. En cualquier momento su acompañante se marcharía. Aunque no la llegué a ver entrar en la finca, sabía que alguien estaba con ella. Las luces de su habitación, que podía ver desde el otro lado de la calle, seguían encendidas, pasadas las cinco de la mañana, cuando me presenté. Corrí hasta mi apartamento, recuperé el diario de Martha y arranqué la nota que le pertenecía a Rebecca. No tuve que esperar ni media hora en las escaleras de su finca. A oscuras, me oculté entre las sombras, yo era una más, como siempre lo he sido desde que inicié este camino. Un camino lleno de tragedias. Siempre recuerdo las palabras que Toni me decía. Recuerdo aquella noche, cuando pasó lo del club. No olvido su mirada, apagada, entristecida, cuando me dijo aquello: «No dejes que te atrape, Dennis. Si dejas que la oscuridad te domine, nunca volverás a ver la luz». Cuánta razón tenía ese idiota con aires de filósofo. Fue el único que siempre trató de ayudarme. Pero nunca debió confiar en alguien que tan solo tenía en mente un objetivo: vengarse. «Ese maldito libro. No puede ser que mi hermana quisiera esto». Siempre me rondaba ese pensamiento por la cabeza. En realidad, mi hermana nunca me habría dejado hacer algo así, pero ella estaba muerta por culpa de todos esos que nombraba en su diario. «Sin duda, debo hacer justicia. Por ella, por mí, por mi padre. Tanto daño no puede quedar impune».

Ahogado en mis pensamientos, dejé pasar el tiempo, estaba tan sumido en ellos que casi no me percaté de la salida de su captura del día. Era un chico bastante joven, moreno de piel y pelo, con el cuerpo bien formado y una larga sonrisa tonta. Pasó cerca de mí como flotando. Caminaba

tan ausente que podría haberme plantado a su lado y no me hubiera visto. Se perdió tras un pequeño pitido procedente del ascensor, dejando tras él la oscuridad. Me moví entre ella como un gato cuando todos duermen. Con pasos firmes y silenciosos. Me acerqué hasta su puerta y, sin dudar ni un solo momento, aunque con un temblor en mis piernas y manos, llamé. Tardó quince segundos en llegar. Quince eternos segundos. Segundos en los que imágenes de Martha se sucedían en mi cabeza sin cesar para enardecer mi odio hacia todas ellas, hacia Rebecca en particular, de momento.

—A ver. ¿Qué te has dejado? —Una aguda y punzante voz traspasó la madera que nos separaba, clavándose en mi pecho. Tras esas palabras, abrió la puerta. Sus ojos se agrandaron por completo y su rostro se torció en un gesto de incertidumbre. Vestía un albornoz medio abierto y pude ver su ropa interior negra de encaje, con gran rapidez cubrió por completo al verme—. ¡Eh! ¿Qué haces aquí?

Me dieron ganas de estrangularla en ese mismo instante, como siempre que veía a alguna de ellas. Pero debía contenerme, cualquier vecino podría descubrirme.

—¿Te ha comentado algo Sarah? —preguntó mostrándose extrañada.

—No. No vengo por ella, es que pasaba por aquí y me he quedado sin batería para pedir un taxi. Quería ver si podías dejarme llamar, es que tengo que ir a la playa —dije improvisando. No cambié mucho la expresión, pero fue suficiente para convencerla—. Y al ver la luz de tu casa encendida pensé que...

—¡Ah! Sí, claro, ahora te traigo mi teléfono. Pero ¿por qué no has llamado al timbre?

—Un chico salía justo cuando yo quería entrar. Lo siento, no lo pensé —mentí. Sus mejillas se tiñeron de un rojo atenuado.

—Tranquilo, no pasa nada... es que... no sé, me has asustado.

—No era mi intención. Lo siento.

—No te preocupes. Ya mismo vuelvo.

En cuanto ella se marchó a por su móvil, miré a ambos lados antes de entrar en su apartamento. Cerré la puerta con llave y me pasé por el salón-comedor hasta el pasillo que daba a las habitaciones y la cocina, lugares que conocía bastante bien.

Ella estaba rebuscando entre sus cosas. Los ruidos procedían de una de las habitaciones, justo al fondo del pasillo. En la cocina vi un cuchillo con mango negro sobre la encimera. Me hice con él y lo escondí entre mi ropa. Protegía mis manos con unos gastados guantes negros, los mismos que llevaba cuando murió Carmen. No quería dejar ninguna huella.

—¡Ahh! —Rebecca dio un salto y retrocedió varios pasos al verme frente a ella—. Creía que estabas en la puerta.

—Oh. Perdón, no era mi intención...

—No te preocupes, toma. No creo que tarde mucho en llegar. Seguro que no tendrás que esperar mucho ahí abajo. —Claramente, mientras me ofrecía su móvil, me lanzó una indirecta para que me marchara.

Cogí con suavidad su teléfono y lo observé. La imagen principal era una foto de ella, en ropa interior, posando con sensualidad. Aquello confirmaba mi teoría de que era una mujer superficial y ególatra. La rabia aumentaba por segundos. Su olor, su mirada y su falsa sonrisa me producían un dolor tan intenso que solo podía calmar dejándome llevar. Lancé con fuerza el aparato contra el sofá, que se hallaba a lo lejos.

—Pero ¿qué coño haces? —preguntó enfadada. Su cara enrojeció de golpe, mostrando un rostro enfurecido.. Sus ojos se habían cerrado un tercio y sus labios temblaban. Sus manos estaban

cerradas y apenas acertaba a mirarme sin levantar la cabeza—. Creo que lo mejor es que te vayas.

—Yo creo que no, Rebecca. —Di unos pasos hasta la puerta del salón para cortarle más la salida—. Creo que debemos hablar.

—¿Qué mierda quieres? Que te pires, tío.

—Aún no sabes quién soy en realidad ni por qué estoy aquí. Ha llegado la hora de que lo sepas.

—¿Cómo que no sé quién eres?

El semblante de esa chica insegura, que estaba delante de mí, cambió por completo. Su mirada se apagó. Su piel cobriza se volvió blanca y las pecas que decoraban sus mejillas comenzaron a brillar. De pronto, como si una luz se hubiera prendido en su cabeza, abrió al máximo los ojos y comenzó a andar hacia atrás.

—¡Eres tú! El loco de las notas. En el gimnasio. Eras...

—En efecto. Soy el loco, pero las notas no me pertenecen a mí. Esas notas os pertenecen a cada una de vosotras. A ti y a tus amigas. —Sonreí con un halo siniestro y aparté un segundo la mirada—. Es el momento de que tú recibas la parte que te falta.

Saqué de uno de mis bolsillos la hoja que había arrancado en casa, antes de salir, esa en la que ella era la protagonista. Se la lancé con fuerza, pero el poco peso del papel hizo que apenas planeara un poco y cayera a un metro de ella.

—Cógela, es tuya.

Rebecca miró el papel plegado que había aterrizado en el suelo y volvió a mirarme a mí. No hizo ningún movimiento, tan solo se limitó a observarme. De reojo, volvió a mirar la nota.

—Si te acercas, gritaré con todas mis fuerzas.

—Puedes hacerlo, no tengo nada que perder. Para cuando llegue alguien a ayudarte, ya será tarde.

—¿Que es lo que...?

—¡Que la cojas, te digo!

Su cuerpo se estremeció, sobresaltada tras mi grito. Dio un par de pasos y se agachó para recoger aquel papel. Con una mano abrió la nota mientras con la otra seguía intentando cubrir su cuerpo.

Sus ojos brillaron incluso antes de comenzar a leer su dedicatoria. Segundos después, dejó caer el papel y volvió a mirarme, y en ese momento sí, vi cómo caían varias lágrimas. De inmediato, se llevó la mano al cuello para acariciarse la firma que mi hermana le dejó de por vida. Aquellos dos puntos que marcaban su cuello.

—Yo... no sé que... nunca pensé que fuera a hacer eso. Nunca quisimos que eso pasara. Tan solo...

—¿Tan solo? —pregunté lanzando con rabia cada una de mis palabras, cortando por completo su diálogo. Sabía lo que me iba a decir. Intentaría decirme que era una broma. Querría convencerme de que todo fue un malentendido, que ellas solo estaban jugando y que Martha se lo tomó a la tremenda. Mentiras, todo mentiras. De nuevo, como en tantas ocasiones, mis piernas iniciaron su ya tan temido baile, dando un negro presagio de lo que iba a suceder—. Tan solo ¿qué?

—Éramos unas crías. Nuestra intención solo era divertirnos. Si hubiésemos sabido que iba a pasar eso. Te juro...

—Jurar hoy no va a redimirte de tus pecados de ayer. —Mi dolor se convertía en furia, contenida durante los dos últimos años. Viendo cómo cada día jugaban con el regalo que se le

negó a mi hermana, que me negaron a mí: disfrutando de la vida. Cada día que dejaba pasar me consumía luego, por la noche. Y cada noche me dejaba consumir deseando que se hiciera de día para actuar. Me sumí en un oscuro bucle de autodestrucción que acabó conmigo. Ahora, nada de lo que pudiera decirme podía convencerme. Su hora había llegado, ha sido demasiado el tiempo que he estado aguardando, como para dejar que se esfume hoy.

—No quiero el perdón. No lo merezco, sé que no lo merezco. —El tamaño de sus lágrimas crecía por momentos. Intentaba contenerlas, pero se escapaban entre sus pestañas sin ningún control —. Solo quiero que sepas que nunca quisimos hacerle tanto daño. Era una muchacha muy cerrada. Si hubiésemos conocido su verdad.

—Su verdad. ¿Es necesario conocer la verdad que cada uno esconde en su vida?

—No..., lo que quería decir...

—¿Acaso tus amigas saben que casi todas las noches lloras frente a un televisor que jamás te dirigirá la palabra? ¿Sabe Sarah tu verdad? ¿La verdad que le ocultas?

Rebecca negaba con la cabeza, no con la intención de rebatirme, sino porque no quería sentirse responsable de todas las verdades que estaba oyendo.

—No me refería a eso. Solo digo que si alguien nos hubiese comunicado que tenía tantos...

—¿No sabíais que su padre tenía problemas? ¿Y que hicisteis? —Algo en mi interior se reproducía como bacterias a una temperatura idónea. Era mi rabia que crecía descontrolada—. Burlaros, eso hacíais. Os burlabais siempre de ella. Si hubieseis conocido su problema, tan solo os habríais mofado más.

—Yo... no...

—Sé lo que querías decir. Cada uno es dueño de su verdad. Nadie, ni tú, ni tus amigas, tiene derecho a introducirse en ella si su dueño no lo permite. La verdad de mi hermana. Su triste verdad era suya y, para su desgracia, llegaron cuatro niñas a hacer que esa triste historia en la que estaba sumergida se convirtiera en una puta película de terror.

Rebecca retrocedió dos pasos más, los mismos que yo avancé acto seguido. Como en una partida de ajedrez, nos dedicamos a movernos por turnos. Cuando ella hacía un movimiento, yo respondía con otro, siempre con la intención de anular cualquier posible vía de escape. Seguía con los ojos totalmente abiertos, enrojecidos y húmedos.

—Fue culpa de Sarah.

—Lo sé. —Di dos pasos hacia ella, que retrocedió dos también.

—Ella era quien siempre nos alentaba a molestar a Martha.

—Lo sé. —Dos más. Ella intentó dar dos pasos de nuevo, pero algo se lo impidió. Se giró sobre sí misma y enseguida volvió a su posición original, en un movimiento tan rápido que pareció que no había hecho ninguno. Se acababa de topar con su cama, yo estaba más cerca y a ella no le quedaban más opciones que avanzar o rodear la cama. Apagó la expresión de su rostro y entre sollozos, volvió a intentar convencerme.

—¡Te lo juro! Yo nunca quise hacerle nada.

—Lo sé. Lo sé todo. Llevo tanto tiempo viéndote desde las sombras que he llegado a ser la tuya, y tú no eres más que la sombra de otras personas. Lo fuiste siempre. Siempre has sido la sombra de... —Miré alrededor de la habitación, decorada en blanco y rosa, con las sábanas rojas y las paredes forradas con fotos suyas en todo tipo de poses y ligera de ropa—. Siempre has basado tu vida en lo superficial, eres un mero objeto para los demás. La prolongación de otras personas. Te has centrado tanto en ser aceptada que al final, has llegado a perder tu esencia propia. Sé que no eres Rebecca, sino una extensión de Sarah. Siempre has querido ser como ella,

siempre has intentado ser ella. Y tan enorme es tu vacío, que has acabado intentando llenarlo con cualquier hombre. Con cualquier persona que llene ese pequeño espacio que necesitas, aunque solo sea un par de horas a la semana, suficientes para poder acallar esa voz que en tu interior te pide que te encuentres de nuevo. Es por eso que cuando estás sola, lloras. Es por eso que cuando nadie te ve, te arrepientes de no ser tú, sino de ser quienes los demás creen que deberías ser.

Pude ver cómo su pecho se sacudía con virulencia, justificando su agitada respiración. Miraba hacia todos los lados desesperada, consciente de que su cuenta atrás llegaba a su fin.

—Sarah lo tenía todo. Y yo quería tener lo mismo.

—Lo sé. No tienes que darme más explicaciones. Todo lo que dices, ya lo sé. Lo único que quiero es que comprendas el porqué estoy aquí. Sarah es y ha sido siempre una persona superficial, pero tú podrías haber elegido otro camino. Sin embargo, elegiste el suyo, sin que te importara cuántas vidas arruinadas dejabas a tu paso por lograr el éxito. Elegiste ser una sombra en contra de tus propios principios. Elegiste ser el reflejo de tu amiga, ser su fiel seguidora, y acabaste siendo el cuchillo en su mano para mi hermana, que cayó en vuestras redes, sucumbiendo, al fin. Todas las bromas y ataques que le regalabais destruían más a una niña que tan solo quería ser feliz. Como tú, como Sarah. Ella... —Empezaba a perder el control de mi cuerpo. El dolor del recuerdo abría de nuevo esa herida que nunca se cerró—. ¡Ella solo quería una vida normal!

Saqué el arma que tenía oculta entre mis prendas y la oscuridad volvió a cubrirme, cegándome por completo. Tan solo la veía a ella. Rebecca abrió más los ojos cuando vio su vida conminada por aquel filo metálico en mi mano izquierda.

—¡No. Por favor. Espera!

Había esperado demasiado tiempo. Ahora ya era tarde, y ella lo vio en mi rostro.

Cuando se supo acorralada, intentó gritar, pero yo estaba demasiado cerca. Me lancé sobre ella y caímos sobre la cama los dos, yo encima. Apoyé mis rodillas en el colchón y se hundieron con suma facilidad en él. Con mi mano derecha apretaba con fuerza su nariz y su boca, mientras forcejeaba con la otra mano, que empuñaba el cuchillo de cocina. Ella no dejaba de mover la cabeza y de revolverse en la cama, complicando mi labor de asfixiarla.

Dolor, un dolor caliente y agudo penetró en mi mano derecha a través del guante. Me estaba mordiendo. Aparté la mano de su cara un segundo y la abofeteé con fuerza, haciendo que su melena rojiza cubriera parte de su rostro. Un agudo grito rompió el silencio. Volvimos a forcejear, yo seguí apretando su boca con mi mano.

De pronto, sus ojos se abrieron del todo mientras de su boca salía un gemido de dolor. La resistencia que sentía en mi brazo izquierdo se hizo menor. El cuchillo se introducía en su cuerpo por un costado, desgarrando la piel, arrancándole una parte de su vida. De sus ojos brotaban enormes lágrimas que se perdieron en su enmarañada melena. Saqué el cuchillo y expulsó otro gemido de dolor mientras lo extraía.

La asfixia ya no era una opción. Levanté el cuchillo sobre mi cabeza. Rebecca clavó sus ojos en la ensangrentada y afilada hoja de metal. Su rostro se torció, intentando suplicar, negando con la cabeza y sollozando. Varias gotas rojas pasaron por delante de mis ojos, dejando un perfecto círculo en su alboroz. ¡Había llegado el fin!

Dejé caer con fuerza mi brazo e impactó de lleno en su pecho. Pude notar cómo se rompía su vida con aquel golpe, entre gemidos de dolor y llanto. Otro golpe más, y otro. Tres fueron los golpes que sacudieron un cuerpo que, tras el primero, apenas opuso resistencia.

Sus pupilas se dilataban mirando al techo, donde un espejo, salpicado de sangre, mostraba al

único testigo del crimen: ella misma. La nota quedó descansando sobre su pecho. Ella se durmió para siempre, pero sin cerrar los ojos.

Ahora faltaba la persona responsable de todo, la que, según contó mi hermana, juró vengarse. Ahora será ella quien reciba su justo castigo.

Martes, 21 de enero de 2002

Yo no sé, pero he empezado el año de la peor manera posible. Escribir aquí no me ayuda, pero necesito hacerlo, necesito que alguien me oiga, aunque solo sea este estúpido trozo de papel.

Hoy he vuelto a clases y Sarah y Rebecca, desde que he entrado, no han dejado de insultarme, burlarse y amenazarme con que me iban a esperar afuera, que ya vería. Le he dicho a Sarah que si quiere, que me espere ella sola, a ver si es tan chula. No lo sería. Rebecca tenía una pequeña quemadura, como dos gotitas de agua, en el cuello, dice que se le va a quedar marca de por vida. Su madre vino a hablar con el director para que me expulsaran para siempre. Y según he oído, le dijo que lo iban a estudiar para ver qué hacían. Ojalá me expulsen. Ojalá se acabe todo ya.

Al salir, como era de esperar, me encontré con Sarah, Rebecca, Carmen y Patrick. Ha sido Sarah la que se ha adelantado a los demás para insultarme. Patt la animaba riéndose. Después, se ha puesto a empujarme, yo me he enfadado y la he empujado también. Ambas nos hemos insultado y al final, le he soltado una bofetada. Ella ha pegado un grito y me la ha devuelto, nos hemos caído y ahí ha sido cuando la agarré del pelo rubio ese que tiene. Si no es por Rebecca, la hubiese dejado calva. Ha venido muy rápido su amiguita a rescatarla.

Ahora tengo la cara y las piernas llenas de arañazos, me duele la cabeza y tengo una uña rota. Pero ella también tiene lo suyo.

Recuerdo que mientras se iban, no dejaba de repetir que se las iba a pagar.

Capítulo 48 (18 de abril de 2017, martes)

Las manos de Less aún temblaban, apoyadas ambas en el volante de su coche. La oscuridad se adueñó del cielo. El temporal arreciaba por momentos, al vendaval, que sacudía por completo todo lo que intentaba plantarle un mínimo de resistencia, se le sumaba una incipiente lluvia. Desde arriba, alguien animaba la cruenta batalla lanzando sonoros estallidos seguidos de centellas.

Marchaba en la dirección que Nick le acababa de mandar hacía escasos minutos.

«Encontré varias direcciones. Una es la de un apartamento que compró la tía y su pareja poco antes de morir en un accidente de tráfico. La otra es la de una casa que está registrada a nombre de sus padres, pero está abandonada desde hace diez años. Dudo que ahí vayas a encontrar nada».

En el teléfono aparecían ambas ubicaciones. La más cercana era la de la hermana del padre.

Dejó mal aparcado el coche cuando llegó, no tenía intención de perder el tiempo buscando un espacio. No tardó en llegar al número 50 de la calle San Vicente. Entró en el edificio y subió por las escaleras hasta el primer piso. La tercera puerta era la que Nick le dijo que tenía en propiedad la supuesta tía de Martha, Evelyn Duga.

La puerta parecía descuidada, polvorienta y sin ningún tipo de información sobre quien vivía en su interior. Intentó llamar al timbre pero no emitió sonido alguno. El interruptor hacía contacto pero el timbre en el interior parecía ignorar su reclamo. Probó aporreando la puerta, sin éxito tampoco. Lo intentó varias veces más, pero daba la impresión de que nadie vivía ahí dentro. Justo cuando iba a probar una vez más, percibió una sombra que la sobresaltó.

—¿A quién buscas, cielo?

Less se volvió de un salto. Detrás de ella, una anciana, con el pelo ceniza y una expresión tranquilizadora observaba a la joven periodista. Llevaba un abrigo negro y una bolsa de la compra en su mano derecha, con su izquierda jugueteaba con un juego de llaves entre unos arrugados y nerviosos dedos.

—¡Oh! Disculpa, guapa, no era mi intención asustarte.

—No. No se preocupe, señora. Es que no la he oído llegar. —Less soltaba las palabras entre jadeos a causa del sobresalto que casi le costó un ataque de pánico.

—En esa casa no vive nadie. No sé, pero creo que te han dado mal la dirección.

—Verá. Mi nombre es Leissy, Leissy Cotton. Trabajo en una pequeña cadena de televisión de la zona y...

—¡Ah! Sí. Ya decía que me sonaba tu cara. Mi hijo está enamorado de ti. Siempre que viene a casa pone las noticias para verte. Deberías conocerlo, está soltero. ¿Te gustaría pasar y tomar algo?

—No, gracias, señora. Lo cierto es que andaba buscando a una pareja que vivió aquí hace tiempo. No sé si usted recordará a los inquilinos.

—¡Ay! Hija mía. No me hables de esa casa. —Con un gesto atribulado, contempló cada uno de los recovecos de aquel descansillo para asegurarse de que no había nadie. Cuando se sintió segura, susurró al oído de Less—: A veces se oyen ruidos ahí dentro. Dicen, que está embrujada. Solo un par de personas han pasado por esa casa desde..., duraron poco.

—¿Conoció a la pareja que compró este apartamento?

—Claro que los conocí, cariño. Qué triste, qué lástima. Ella era tan guapa, tan buena niña. ¡Qué tragedia!

—¿Puede ser que se llamara Evelyn?

—Sí. Cielo, soy vieja, pero tengo una memoria de elefante. Podría decirte hasta la ropa que llevaba puesta cuando salió por última vez. Se fueron los dos juntos a cenar a un pueblito cerca de aquí. Me lo contó aquel mismo día su pareja, Mauro, un joven majísimo. Eran tal para cual. Se marcharon esa noche y no volvieron nunca más. Qué triste. —La anciana cambió el amistoso gesto que traía consigo por otro más hundido—. Pero eso fue hace ya muchísimo tiempo. Hace casi treinta años. Mi hijo tiene ahora la misma edad que tenía ella cuando...

—¿Y nadie volvió a vivir aquí?

—No, encanto. Desde que pasó eso, el piso se lo quedó la madre de él. Lo han intentado alquilar, pero el que lo hace apenas dura unos meses.

—¿Y de la familia de ella?

—¡Ay, hija mía! Eso sí que es una tragedia. La maldición que cayó sobre aquel apellido, no tiene perdón. Cuánto castigo para una gente tan buena. Cuánta pena para unos corazones tan puros. Desde luego, cualquiera en el lugar de ese pobre hombre, se hubiese vuelto loco —dijo entre lamentos la anciana. Tras una pausa, matizó—: Bueno, mucho antes. Sabes la coincidencia que hubo, ¿no?

—No. ¿Coincidencia?

—Sí, hubo un periódico que lo publicó, días después de que pasara lo de la niña esa. El papá tuvo el accidente en la misma curva donde se mató su hermana. La misma curva sobre la que él había hecho una denuncia porque no tenía protección. Que negra coincidencia.

Less asimilaba cómo podía toda la información. Sobre todo, aquel detalle que nunca llegó a conocer. En el colegio trataban al padre de Martha como a un borracho. Incluso Sarah llegó a burlarse en alguna ocasión, diciendo que su madre había muerto por culpa de su padre. Que el tumor ese le salió por la pena de tener que aguantarlo.

—Yo tenía entendido que el padre de la chica esta tenía problemas con el alcohol bastante antes de su suicidio.

—¿Tú no te echarías a la bebida? —inquirió furiosa la mujer. Que veía a Less como una mujer más interesada en los trapos sucios de aquella familia que en conocer la verdad—. Creo, jovencita, que no sabes nada de lo que tuvo que pasar esa gente. Ese hombre tuvo que ver cómo sus padres morían en un accidente de tráfico cuando su hermana aún estaba estudiando la carrera. Tuvieron que traer los cuerpos de Italia, casi quedó arruinado tras eso. ¿Sabes lo que sufrió ese hombre por todo? A mí me lo contó todo ella. Era un amor. Luego, tres años después, muere Evelyn, también en un accidente. Al poco tiempo, lo de su mujer, pobre, una mujer que no tenía familia, tan solo tenía a Ernest y a sus hijos. Cualquiera perdería el juicio si tuviera que vivir algo así. Y cuando pasó lo de la niña. ¡Ay, qué pena más grande!

Less sentía punzadas en el pecho. Conocer todo eso tan solo le traía más dolor, más culpa. Pensar que se habían cebado en una niña, a la que la vida ya había castigado de una manera tan exagerada, la estaba quemando por dentro.

Las palabras de su madre nunca cobraron tanta fuerza como en ese momento: «Lo que conocemos de las personas, tan solo es la punta del iceberg. Lo que vemos es solo lo que nos quieren mostrar».

La anciana se perdió en la oscuridad de su apartamento, con el rostro más apagado que las

tenues luces que iluminaban el interior de su hogar.

Less se marchó con otra derrota en su historial. Ya tan solo quedaba una bala en la recámara. Pero una bala mojada. Una dirección que hacía más de diez años que había sido declarada abandonada. Poco encontraría ahí. Como mucho, ratas y polvo.

La dirección que tenía anotada se encontraba a las afueras de la ciudad, así que mientras conducía podía reconstruir todo lo que había leído en aquel diario. Que ahora yacía en algún laboratorio de la Policía Nacional.

El inspector Tomás se lo había llevado unas horas antes. Cuando llegó a la tienda de Sarah, la conversación no duró mucho. Cuando la periodista le entregó la libreta, se limitó a escuchar su alegato sobre que lo había tenido guardado en una caja de recuerdos. A Galas no le convenció mucho su excusa, pero no tuvo más remedio que aceptarla. Cogió el libro con unos guantes y lo introdujo en una pequeña bolsa, la típica que suelen usar para guardar pruebas.

Cuando se hubo marchado, Less le dijo a Sarah que se tenía que ir.

Una página del diario emergió en su mente de forma abrupta. Recuperó su teléfono e indagó en el video que había realizado un rato antes hasta dar con ella:

Miércoles, 22 de enero de 2002

Maldigo este diario, maldigo esta vida y maldigo todo cuanto me ha tocado vivir. Nunca olvidaré esta fecha, nunca lo haré. Ha sido el peor día de mi vida. EL PEOR. Aunque sé que ya he repetido esta frase muchas veces.

Ha empezado en clase, con Sarah y Rebecca amenazándome. Desde la pelea que tuve ayer con Sarah, han jurado que se iban a vengar. Pero eso no es lo peor. Eso no ha sido todo.

Hoy he llorado más que nunca desde que murió mamá. Ronny ha muerto. Llevaba desde el domingo sin venir a comer. Yo me he preocupado, así que he entrado en los huertos que hay por detrás de casa. He estado un buen rato buscando, hasta que se ha hecho casi de noche.

Cuando ya iba a regresar, he visto un bulto marrón debajo de uno de los árboles. Era él. Uno de los árboles tenía una especie de cueva en su base, se ve que ahí dormía porque tenía varios juguetes míos junto a él. No se movía. Estaba acurrucado junto a una pelotita mía. Hasta sus últimos momentos de vida quiso compartírmelos conmigo, pero yo no fui capaz de defenderlo como se merecía. SOY UN MONSTRUO, Ronny me necesitaba y yo no hice nada. Sabía que había enfermado, lo vi la semana pasada, sabía que algo le ocurría y no hice nada por él. Su cuerpo estaba hinchado, se ve que murió el domingo. Me fui corriendo y me metí en casa llorando. Me he encerrado en el cuarto y no quiero salir. Estoy harta de esta vida. A veces me gustaría estar muerta, lo he llegado a pensar. Pero no me atrevo. Dennis ha venido a preguntarme qué me pasa y se lo he dicho. Le he dicho que lo odio, a él y a papá, porque han dejado morir a mi único amigo, y me he encerrado aquí. Pero a quien odio realmente es a mí misma. Él murió solo, mi único amigo.

Solo quiero dormir. Dormir para siempre.

El camino se volvió borroso bajo los empapados ojos de la joven, que intentaba, sin éxito, desprenderse de ese sentimiento que la abatía sin compasión.

De camino a la segunda dirección, la joven recibió un mensaje de audio de su amiga.

«Less, voy a tardar un poco en llegar a casa, me ha llamado Robert. Viene de camino para enseñarme el montaje final. No me quedaré a verlo, pero tengo que esperarlo para que me lo entregue. Si tienes algo, llámame. Un beso».

Su voz sonaba tranquila, relajada, algo más animada incluso. La joven amiga pensó que el

hecho de tener algo de trabajo la distraía. Ella, en cambio, no tenía tiempo para esas cosas.

El camino de entrada se mostraba a un lado del grisáceo asfalto por el que conducía. Un camino de tierra enfangada por el temporal, que aunque había dejado de descargar su furia, todavía seguía amenazando con sus soplos rabiosos y sus estremecedores bramidos.

El coche comenzó a saltar, víctima de aquel irregular sendero.

La casa, al final, se distinguía mejor a cada metro que avanzaba. Era como si el tiempo nunca hubiese pasado por esa vivienda, salvo por la maleza que crecía sin control a su alrededor.

«Para estar abandonada, está en muy buen estado», pensó.

En realidad, su ubicación era propicia para mantener una buena conservación, sin vecinos, alejada de todo contacto humano, un lugar perfecto para pasar desapercibido.

Se bajó del coche y sin demora, se acercó a la puerta metálica. El portón prestó una mínima resistencia a la joven, que entró sin esfuerzo alguno. Leissy examinó todo cuanto decoraba el exterior de la vivienda, con mucha cautela y atención, pero no halló nada extraño, tan solo abandono.

Tras constatar que no había nadie, se acercó a la edificación con la clara intención de entrar, pero algo la paralizó: el picaporte de la puerta estaba roto. Alguien había estado allí. «Dennis».

Sacó su teléfono y lo puso en modo linterna. Primero se asomó ligeramente, como un perro que pide permiso para entrar en una habitación. Revisó, ayudándose de su móvil, toda la sala, pero no vio nada, tan solo polvo y muebles viejos. Parecía que el único dueño de aquel hogar había sido el tiempo.

Avanzó con precaución por el salón, dando vueltas sobre sí misma a cada paso, buscando una pista, pero no encontró nada.

Solo le faltaba revisar una habitación más, la que estaba justo detrás de una metálica puerta gris, la abrió con suavidad.

Toda la calma que hasta aquel momento había sentido, desapareció. En su lugar, el terror, el miedo y una sensación de desconcierto la abrazó por completo, clavándola al suelo con fuerza, tanta que no podía moverse.

Abrió sus azulados ojos, ya amoratados por la falta de sueño, y contempló aquella espantosa estancia. La habitación del terror.

Se introdujo en ella, con el teléfono en una de sus manos, y dando una vuelta completa observó con horror todo lo que en ella se encontraba.

Atónita y desorientada, comenzó a retroceder hasta que tropezó con algo que se hallaba inerte en el suelo. Un ruido a chatarra resonó por toda la habitación, Less chilló al tiempo que se giraba para descubrir con qué había tropezado. Su respiración se detuvo.

Capítulo 49 (18 de abril de 2017)

Todo está llegando a su fin. Mil veces he recreado este día en mi cabeza. Mil situaciones, mil posibles desenlaces. Pero en todos ellos hay algo que nunca cambia: mi futuro. He centrado tanto mi vida en vengarme que mis ojos no alcanzan a ver nada más allá. Mi vida acabará con la de ella.

El camino de la venganza tan solo trae oscuridad, tanta que llega un punto en que dejas de ver la senda para dejarte llevar solo por tu odio, el cual te consume hasta no dejar nada de lo que fuiste alguna vez. Tan largo ha sido mi trayecto que he llegado a olvidar quien fui, no sé quién soy ni quién podría llegar a ser. Mi mente se hundía todos los días en los mismos pensamientos. Todas las noches evocaba su diario, sus dolorosas palabras. Había transformado el dolor de Martha en mi propio odio.

Hay momentos en los que cualquiera que decide aplicar venganza apenas piensa en el motivo de su cruzada, como si perdiera interés, pero, irremediabilmente, no se puede detener su avance, como un tren que viaja sin control.

La última semana, desde que Rebecca murió, fue la más intensa. Mi cambio de estrategia me había llevado a tener que acelerar mis planes. No imaginaba que Less fuera a pisarme tanto los talones. Todos mis intentos por disuadirla fueron en vano. No tardó en encontrar el centro donde fui a parar. Ahí fue la primera vez que me acerqué a ella.

En la tienda de Sarah o en el estudio, nada de lo que intenté hacer pudo con ella. Es una mujer perseverante. Debí acabar con ella en aquel momento.

Ahora todo jugaba en mi contra: su apremio por descubrirme, mi precipitado deseo de venganza y el peso de las bolsas de Toni, que cada vez era más ligero.

Por suerte, gracias a eso, pude pasar desapercibido, viviendo una vida a bajo coste, sin gastos innecesarios para no ser localizado. Sin trabajos ni otros quehaceres que implicaran tener que dar unos datos falsos. Por suerte, Sarah nunca me pidió que hiciera mi trabajo legalmente. Pero todo tiene su fin, todo, tarde o temprano, se acaba.

Estaba frente a la vivienda de Sarah. A cierta distancia para no levantar sospechas, pero desde donde podía observar todo lo que ocurría en su interior. Mi reloj de aguja, que había sustituido al viejo Casio digital que tanta compañía me había hecho, marcaba las 21:20. La lluvia había dejado de acosar, dando una pequeña tregua, aunque el viento no amainaba. Veía, a través del ventanal del salón, cómo caminaba de un lado a otro dentro de su hogar. Marchaba a paso ligero, entrando y saliendo de la cocina, como si no supiera lo que estaba haciendo. No la distinguía. Tan solo veía su silueta moviéndose en la penumbra del salón.

Había llegado el momento decisivo. Recordé los últimos movimientos de aquella tarde.

Estuve todo el día detrás de Sarah, siguiéndola a una distancia prudencial para no ser visto, pero lo suficientemente cerca para que no se me perdiera. Por la tarde llegó Less a la tienda, angustiada, con el diario de mi hermana en las manos. La agonía me invadió por un instante. Un sentimiento indescriptible recorrió todo mi cuerpo, subiendo desde las piernas para acabar perdiéndose en mi nuca.

Sabía que haber dejado el diario en su casa me dolería, pero volver a verlo despertó dentro de mí, de nuevo, a aquel Dennis del centro. Ese que perdía el control con facilidad, que no pensaba, que tan solo actuaba. Debía controlarme, no estaba en situación de cometer ningún error en mi última etapa. Ya estaba tan cerca del final que no podía permitirme el lujo de fracasar, otra vez, como lo hice con Martha.

No podía volver a fallarle. «Ahora no, hoy no, nunca más». Me sacudí la cara, lanzando al viento mis malos pensamientos para que fuera él quien se los llevara muy lejos.

Había pasado cerca de una hora desde que las dos amigas se reunieron en el interior, cuando vi aparecer en escena al inspector que estaba llevando el caso de Rebecca. Arrastraba los pies y con el rostro enrarecido conversaba consigo mismo. Desde que empezaron a investigar, tan solo habían dado pasos de ciego, sin encontrar nada que yo no quisiera mostrarles. Aunque estaban más cerca de lo que ellos pensaban, pero ni siquiera se habían parado a analizar con detalle las pistas recibidas.

Una imagen volvió a azotarme unos minutos más tarde. El inspector salía de la tienda con una bolsa transparente en la mano. Era el diario. «¡Maldita! ¡Le ha dado el diario! ¡Será zorra!».

Ese sentimiento de rabia y frustración me ha acompañado hasta aquí mismo. Todavía, delante del adosado de Sarah, sentía la furia rondar mi cuerpo, insondable, como una llama que nadie puede extinguir.

Deseé entrar en la tienda y acabar con aquellas dos mal nacidas de una maldita vez, pero tuve que contenerme. Vi salir a Less poco después, así que aproveché para dar el siguiente paso. Tan solo me quedaba un simple movimiento. Debía darme prisa.

Sarah se perdió en la oscuridad de su casa mientras yo lo hacía en la de mi mente. Vi que las luces del piso superior se encendían, así que aproveché. Había llegado el momento.

Comprobé que llevaba todo lo necesario. En mi sudadera se escondía el papel de Martha, su hoja, su dedicatoria, el motivo que desencadenó el fin de todo para mi hermana.

Crucé la calle y me acerqué hasta su entrada. Todos los recuerdos se agolparon en mi mente, como si resumieran mi camino hasta aquí. La imagen de Martha se cruzó en mi cabeza, el rostro de Jorge, de Patrick, de Carmen. Toni con cara triste, pidiendo que no me dejara vencer por la oscuridad. «Te juro que intenté hacerte caso, amigo. Te lo juro». Pero mi debilidad sucumbió ante la virulencia del oscuro deseo, de la necesidad de hacer justicia, de cumplir con la última petición de mi hermana. Volví a aclarar mi cabeza y me preparé para dar los últimos pasos. El teléfono sonó a las 21:40, apartándome de mi propósito por un instante. Lo observé. «¡Ya es tarde!».

Capítulo 50 (18 de abril de 2017, martes)

Los ojos de Leissy querían escapar de sus cuencas, debía huir de aquel infierno. Se había colado en la mismísima boca del lobo y en cualquier momento, se cerraría para siempre, lanzándola al olvido.

Tras ella, en el suelo, varias chapas rojas arañadas y oxidadas reposaban tranquilas, ajenas a todo el caos que se había formado. Leissy se encontraba dentro de un oscuro garaje, rodeada de todas las pruebas necesarias para comprender que tras esos quince años, las consecuencias de sus bromas de adolescentes no se hacían esperar.

El Nissan del señor Costa descansaba junto a las chapas con las ventanillas abiertas y las llaves puestas. Less lo revisó de arriba abajo para determinar que, sin duda, se trataba del mismo coche que la había atacado días atrás. La parte delantera estaba abollada, tenía un faro roto y se veían restos de pintura blanca sobre el guardabarros hecho de plástico negro.

La periodista siguió observando todo cuanto había en el garaje. En concreto, las chapas con las que había tropezado. «¿Serán las chapas del coche que llevaba cuando mató a Carmen?», se preguntaba. «Son tal y como se describían en el atestado: de color rojo y arañadas por completo, como si se hubiesen peleado con un tigre. Tienen que ser estas».

Siguió mirando, con el corazón encogido pidiendo que le hiciera el favor de salir de ahí, pero su cuerpo se negaba rotundamente a moverse. Aquella lucha interna continuaba mientras ella hacía avanzar el pequeño haz de luz que desprendía su móvil por la pared. Las dos primeras se mostraban desnudas, desconchadas y humedecidas. La tercera volvió a sacudir la firmeza de la periodista, que por un momento llegó a ponerse del lado de su corazón.

Fotos, muchas fotos, recortes de periódicos y objetos colgados a modo de trofeo. Era un auténtico museo del mal el que Dennis mostraba en aquella pared. Con espanto, comenzó a analizar las imágenes, que se sucedían por orden cronológico de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo.

Las primeras eran varias fotos de las cuatro amigas, cuando aún eran adolescentes, sonriendo en clase de Educación Física, tomadas en el gimnasio del colegio. Se podía ver en una de ellas a una triste y apagada Martha al fondo, sentada en uno de los bancos del gimnasio.

Lo siguiente era el mismo titular de prensa que había leído ella, del día después de la tragedia. A medida que avanzaba, los recortes daban protagonismo a las fotos a color de todo lo que Dennis iba haciendo.

Leissy vio las imágenes del cadáver del señor Costa, que fueron publicadas en la prensa, junto a más recortes. Patrick también tenía su mural, pero no fue eso lo que la atormentó más, las imágenes fechadas en el 2013 despertaron en ella un sentimiento de horror, en ellas se veía a sí misma con varios amigos en Madrid, hasta allí mismo la había seguido.

«El día del bar», recordó. Fue un día raro. Su respiración se agitaba sin control, alertando a su mente que estaba cerca de perderse, sus latidos eran fuertes y rápidos. De sus manos se desprendían gotas de sudor que recorrían sus brazos hasta los codos, perdiéndose por el interior de su camisa blanca.

Carmen, Rebecca. Todas eran imágenes tenebrosas, tétricas. Fotografías funestas de sus amigas y también retratos de ellas dos, de Sarah y de ella misma. El día del entierro, la tarde en que encontraron el diario, todo estaba clavado en aquella lúgubre pared. Un último vistazo desató en Leissy el terror más absoluto.

«¡Oh! ¡Dios!», exclamó en voz alta. «No puede ser. No puedes ser tú».

Sobre una mesita pequeña, junto a la puerta grande de metal que daba al exterior, unas fotos yacían, separadas del resto, junto a un ordenador portátil. La primera de las fotos era la misma que Rebecca mostró a sus amigas aquella tarde. Junto a ella, varias fotos revelaban la identidad de Dennis. Y vio dos notas más: una carta escrita para Martha, con la letra de Sarah, y la carta que escribió Martha antes de suicidarse, nota que decidió ignorar para evitar hundirse más, si cabe, en la miseria.

—¿Cómo pude no...?

La joven corrió para dejar lejos ese infierno, aunque su mente volaba más rápido que su cuerpo, dejándola atrás con gran celeridad. Pronto, no era más que un cuerpo moviéndose por la inercia del mismo esfuerzo, con los ojos en blanco y el alma vacía. Subió a trompicones al coche y aceleró con rabia, en su mano tenía el teléfono, todavía desbloqueado. Marcó el número de su amiga:

—¡Vaaamos! —Less se desplazaba de un lado al otro de su asiento, presa de la impotencia y los nervios que habían anulado el sosiego de su espíritu y secuestrado su optimismo—. Cógelo. ¡Vamos!

Alguien al otro lado descolgó, pero no era ella. Una voz femenina informaba que no podía ser atendida en ese momento y que, si lo deseaba, podía dejar un mensaje en su buzón de voz.

—¡Sarah! Escúchame bien. Sé quién es Dennis. Por favor, cuando oigas este mensaje, llámame. Sal de ahí. ¡Sal ya! Dennis es...

18 de abril de 2017, martes

Sarah

Aquella tarde resultó ser más tensa de lo que en un primer momento se podía esperar. Tantos percances en un mismo día no ayudaban en nada a la joven rubia de poca paciencia y escasos ánimos. Apenas hacía unos minutos que había llegado a casa y, sin encender la luz todavía, decidió que era el momento de concederse un tiempo para relajarse. Ya prepararía la cena más tarde.

El vapor de agua, que dejaba los cristales cegados, se desprendía de su cuerpo tapado con una toalla de algodón blanca. Perdió la noción del tiempo sentada en el baño, intentando comprender todo lo que estaba sucediendo. Todas las penas en las que se había visto sumida de golpe, sin avisar y sin pretenderlo. Una imagen le saturó la mente, dejando el resto de pensamientos anulados. La última escena, aquella que le cambiaría la vida, aunque nunca llegara a reconocerlo. Recordó, como hacía casi cada noche desde lo sucedido, todo lo que pasó la tarde en que Martha se quitó la vida. Todo lo que hicieron Patrick y ella. Esa escena se repetía en su mente cada vez que pretendía olvidarla. No era capaz de contar cuántas noches despertó desgañitada por culpa de una Martha de aciago rostro y furiosa presencia que volvía a por ella.

Pasó incontables minutos perdida en su mundo hasta que el timbre de la puerta sonó varias

veces. Sarah se levantó e intentó consultar la hora en su teléfono, pero no conseguía dar con él. «¡Va! Me lo habré dejado en la tienda. Bueno, chica, pues mejor». El reloj digital que reinaba sobre la mesita de su habitación, y que Sarah observó mientras pasaba por delante, marcaba las 22:05. Un nuevo timbrazo crispó a la joven.

—¡Que ya va, leches!

Abrió sin comprobar antes la identidad del que tanto insistía al otro lado, ya fue tarde cuando pensó que debía haberlo hecho. Arrepentida, abrió los ojos consternada cuando vio que era Julián el individuo que la reclamaba.

—¿Tú...? —El rostro de la joven se deformó por completo—. ¿Qué haces aquí?

—¡Eh! Esto... ¿Puedo pasar?

—¿Te he hecho una pregunta? —El tono de ella se endurecía con cada nueva frase que pronunciaba.

—Vamos, chiqui. No seas así. No me gusta hablar de nosotros en zonas públicas. ¿Sabes?

—¿Que qué haces aquí te he preguntado?

—¿Cómo que qué hago aquí? —Julián ganaba terreno, adentrándose un paso en el interior del adosado de Sarah mientras ella, inconscientemente, se apartaba un poco para perderse en la oscuridad de su hogar, cediendo ante la presión de él, que con el móvil en la mano le dijo—: Tú me has pedido que venga.

—¿Que yo te he pedido que vengas?! —preguntó Sarah sorprendida. No recordaba haber siquiera pensado en él, mucho menos iba a pedirle que fuera a verla. Comenzó a sentir una incómoda desconfianza hacia aquella persona que hasta hacía muy poco yacía con ella en el mismo lecho—. Será mejor que te vayas.

—Sarah, ya que estoy aquí, al menos, deja que me explique.

Ella se desplazaba de espalda con pasos cortos y lentos hacia el salón que seguía a oscuras en su totalidad. Él empujó la puerta cuando su propio cuerpo dejó de ser un impedimento e inició la misma ruta que ella pero de frente, mirándola a los ojos, a sus penetrantes ojos azules.

—Por favor, Julián, vete. Vete o llamaré a la Policía.

—¡No! No pienso irme sin explicarme.

—No hay nada que explicar. Te tirabas a mi amiga. No hay nada que...

—Sarah —interrumpió.

—¡No! Te he dicho que te vayas.

—¿No vas a perdonarme nunca?

—Ahora mismo, no tengo eso en mente. ¿Qué haces aquí?

—Te lo he dicho, ¿sabes? ¿Acaso no recuerdas que me has pedido que venga?

—Yo no te he...

—Sarah, vamos.

—Eres...

Su bolso seguía sobre la mesa, tal como lo dejó cuando entró en casa. Lo cogió y con unos rápidos movimientos empezó a rebuscar en su interior, sin éxito. Tan solo encontró un montón de aparejos inservibles: varios paquetes empezados de pañuelos de papel, un mechero que no funcionaba, tickets de compra y un par de pintalabios casi extintos. De todo, salvo su móvil, de este no había rastro alguno. Siguió rebuscando con más ímpetu y un sentimiento de desamparo crecía a medida que iba dándose cuenta de que, definitivamente, ahí no estaba. La sensación de debilidad aumentaba por segundos mientras Julián iba ganando terreno.

—No sigas, Julián. Te juro que si no...

—Sarah, cálmate. Solo quiero hablar.

—Y yo quiero que te vayas.

El miedo llegaba con fuerza al corazón de la joven, que comenzando a derramar enormes lágrimas silenciosas intentaba despachar a Julián. Este no solo no obedecía, sino que cada vez se acercaba más, ya había superado la escalera que daba a la cochera.

—Julián. Te pido por favor que...

De pronto, la oscuridad envolvió a Julián, emergiendo por detrás de él, desde las mismas escaleras que acababa de cruzar. Los ojos de Sarah se tornaron blancos al presenciar cómo aquella sombra crecía frente a ella.

—¡NO! —vociferó.

18 de abril de 2017, martes

El motor del coche rugía con voracidad. Los árboles, que se extendían a ambos lados de la carretera, se fusionaban formando una enorme mancha verde en los cristales del coche. Tan solo el viento era capaz de seguir a Less a través de aquel camino viejo, ahora abrumado también por el temporal que llevaba golpeando a la ciudad desde hacía días.

El teléfono de Sarah seguía sin dar señal. Siempre respondía la misma voz al otro lado, el robot predeterminado que intentaba convencerla para que dejara un mensaje. El reloj del coche ya marcaba las 22:24 y Sarah no daba señales de vida.

Atribulada por sus propios temores, decidió marcar otro número.

«Sarah corre peligro. Voy a su casa. Sé quién es Dennis».

Corto y conciso fue el mensaje, pero la imperiosa necesidad de llegar pronto a casa de su amiga la obligaba a no detenerse ni desviar su atención a nada que no fuera ir a comprobar que Sarah estaba bien.

Su coche estaba aparcado frente a su casa, el Mini Cooper rojo del que siempre tanto presumía, por lo que ella debía de estar dentro.

La angustia de la joven creció todavía más cuando observó que el interior estaba totalmente a oscuras. Algo no iba bien, algo estaba pasando ahí.

Se acercó a la casa en silencio para comprobar si ocurría algo raro, tan solo el silencio respondió a sus sospechas. Empujó con precaución la puerta y comprobó, consternada, que esta cedía a su impulso, un ligero ruido chirriante y molesto de la misma anunció su presencia. Cuando la puerta se abrió lo suficiente, la oscuridad del interior se sumó a la que Less albergaba en el suyo propio, creando un abismo negro insondable. Tan solo una pequeña franja de luz, que provenía del piso superior, destacaba por encima de todo.

—¡No! Sarah. —Less corrió escaleras arriba, abrazándose a sus propios miedos, temiéndose el peor de los desenlaces—. ¡Sarah! ¡Sarah!

Cuando llegó arriba, observó el interior del cuarto iluminado, que no era otro que el mismo donde apareció el diario, el dormitorio de su amiga, ahora vacío.

Tan solo una lámpara de luz amarillenta daba claridad a la habitación. Leissy buscó con ahínco por todos los rincones, pero tan solo encontró soledad y nuevos miedos que no creía conocer.

Corrió hasta la siguiente habitación para volver a sentirse defraudada, no había nadie en ella.

Desolada, inició su camino hacia el piso inferior para buscar en el salón y en la cocina, no sin

antes gritar el nombre de su amiga un par de veces más.

Enfiló las escaleras, pero apenas llegó a bajar el primer escalón cuando un dolor atroz le sobrevino por la espalda.

De pronto, vio que el suelo se alejaba de ella mientras que, a una velocidad cada vez mayor, su cuerpo volaba hacia los últimos escalones. De su espalda crecía un fuego que iba dominando el resto del cuerpo hasta que impactó contra el suelo.

Un quejido escapó de su interior, un grito desesperado de su alma, que cansada de luchar, al fin, se rendía ante el peligro del que tanto había intentado advertir a Sarah.

Less rodó por lo que quedaba de escalera hasta que quedó tumbada, inmóvil, sobre el confortable suelo alfombrado de su amiga, observando el techo con sus cansados ojos marinos.

Un rostro se asomó por encima de ella y acto seguido, notó cómo su cuerpo se desplazaba con suavidad por el suelo.

Capítulo 51 (18 de abril de 2017)

No hay verdad más dolorosa que aquella que destapa una mentira eterna.
Leissy Cotton

Cuando dejó de sonar el teléfono, abrí la aplicación de Whatsapp y releí el mensaje que Julián acababa de mandar.

«En nada voy. Me ducho y salgo para allá, dame media hora».

Respondía al cebo que le había enviado yo haciéndome pasar por Sarah, con el que le citaba en su casa. Fue todo muy sencillo. El hecho de que nunca sospechara lo más mínimo de mí, sumado al caramelo que me regaló Rebecca al acostarse con la pareja de su mejor amiga, facilitó que se me ocurriera la idea que iba a llevar a cabo. Tan solo esperaba que saliera tal y como yo había planeado en mi mente.

Unas horas antes, acudí a su tienda para rematar unos pequeños detalles de su revista. Aproveché para hacerme con su teléfono, sin que ella se diera cuenta. Sus llaves estaban en mi posesión desde hacía unas semanas y las utilicé para dejar el diario en su habitación.

Entré de puntillas, tras asegurarme de que nadie en el vecindario me había visto, evitando el ruido de la puerta gracias a las fuertes sacudidas del vendaval que azotaba con rabia todas las ventanas. Fui directo a la cocina, buscaba algo para taponarle la boca, «esto me sirve», susurré al pequeño gato de plástico que me observaba desde lo alto de la encimera. Guardé el pequeño paño de cocina y corrí en silencio hasta el garaje.

«Tienes que ser tú, hermanito». Martha me susurraba sin descanso todos los detalles que debía tener en cuenta. Me recordaba cuál era el motivo por el que estaba allí siempre que alguna ligera y escurridiza sensación de arrepentimiento se colaba en mi mente. Cada vez que dudaba de lo que iba a hacer, una retahíla de imágenes de todo mi trayecto hasta aquí me sacudía sin contemplaciones. Mis pesadillas se tornaban siniestramente reales, tangibles. Esas pesadillas en las que aparecía Martha debajo de una sábana blanca, levantándose y clamando venganza. Volviéndose hacia mí para arrastrarme con ellos al infierno. Hoy todo cobraba vida. Hoy se cerraba el libro. Hoy pondría el punto final con ella, con la protagonista de todo.

El timbre de la puerta principal sonó varias veces.

—¡Que ya va, leches! —escuché a lo lejos. Era su voz, esa voz que revolvió mis tripas. Que se clavaba en mi pecho como una daga ardiendo, destrozando todo a su paso.

Pude escucharlos desde el garaje, a oscuras, mientras visualizaba como iba a ser mi siniestra aparición. Tenía que deshacerme de él lo más pronto posible, pero sin acabar con su vida. De todas formas, tenía la pistola en la mano por si se torcía algo. A ella la arrastraría hasta el garaje para poder hablar con tranquilidad. Su hoja reposaba en el bolsillo de mi chaqueta, sobre mi pecho. Un maniquí, apoyado contra la pared, me lanzaba una mirada desafiante. Le robé uno de los brazos, que al tacto era duro y pesado, y me precipité escaleras arriba cuando la vi pasar a ella. Mientras subía, Julián se paró justo delante de mí, dándome la espalda. Era mi momento.

—¡NO!

Escuché su grito a lo lejos mientras hacía acto de presencia en el duelo que estaban manteniendo. Apreté con fuerza los dientes, los dedos de los pies y los de mi mano izquierda, que sujetaban la pistola, el brazo del maniquí lo sujetaba con mi mano derecha.

Sin miramientos, levanté el brazo derecho y descargué toda la furia que había contenido durante dos años. Años en los que veía cómo Sarah reía, bailaba y cantaba sin mostrar el más mínimo arrepentimiento. La prolongación de mi extremidad cortó el aire tan rápido que incluso llegó a emitir un ligero zumbido antes de impactar contra la cabeza de Julián. Un ruido seco y fuerte estalló en el salón, como si hubiera abierto un coco. Su cabeza salió despedida contra la pared y volvió a crujir cuando recibió el segundo impacto, el resto de su cuerpo la siguió sin oponerse al inesperado viaje. Cayó desplomado en el suelo, temblando espasmódicamente debido al golpe recibido, su pierna era la única alegre en aquella fiesta, pues bailaba sola, «alguna canción de Salsa o Bachata», pensé jocosamente.

—¡AAHH! ¡Lo has matado! ¡Dios! —gritó Sarah sin apartar sus ojos de Julián. Cuando al fin lo hicieron, su rostro mostró una expresión de terror al verme. Su cara brillaba en la oscuridad de la noche—. Dennis eres tú. Siempre has sido tú. ¿Cómo...?

—¿Te sorprende?

—¿Por qué, Robert? —Su voz se torció por completo en una muestra clara de pena ante el descubrimiento—. ¿Todo este tiempo?

—¿Todavía tienes el valor de hacerme esa pregunta?

—No... yo...

—No sabes cuánto he deseado que llegara este día. No sabes cuántas noches he querido acabar con todo de una vez, cuánto odio he tenido que tragarme. —Aquella última palabra sonó apretada, tanto que el ruido de mis dientes rechinando se podía escuchar en todo el salón con total claridad.

Comencé a acercarme a ella y en ese mismo instante, volvió a la realidad y se puso a correr, queriendo evaporarse. Yo salté sobre ella como una leona sobre su presa, impidiendo su fuga. Apenas llegó a recorrer un par de metros cuando la atrapé y caímos ambos al suelo. Un grito de dolor escapó de su boca. Me levanté y la cogí de los pelos. Siguió gritando mientras la arrastraba por el suelo, pateaba cual niña chica presa de una rabieta.

—Pronto acabará todo, Sarah. Te lo prometo —dije con un suave y relajado tono de voz mientras ella gritaba y agarraba mi mano para intentar librarse de su destino, que en ese mismo instante parecía querer dejarla calva. La lancé por las escaleras que llevaban al garaje. Mientras rodaba y gemía de dolor tras cada golpe contra la pared, hice lo mismo con Julián, que aguantó la caída con el arrojo de un héroe, sin dejar escapar ni una sola palabra, quizá el hecho de que siguiera inconsciente jugó a su favor.

Sarah intentaba levantarse, pero se había hecho mucho daño en una pierna. A cambio, se empezó a arrastrar por el suelo como una salamandra, apoyando el estómago sobre el mismo. Su mórbido rostro se clareó un tono más cuando presenció varias sillas con cuerdas en el centro del garaje, que se podían ver claramente gracias a la intermitente luz blanca que había encendido yo. Sin prestar mucha atención a los reclamos que intentaba hacerme, la senté en una de las sillas y repetí la misma acción con él, aunque con algo más de dificultad.

—A estas alturas, creo que ya sabrás por qué estoy aquí, pero de todas formas, quiero darte la oportunidad de que te expliques. Y te aconsejo que pienses lo que vas a decir, porque si no puede salirte mucho más caro —dije mostrando la pistola que llevaba en mi mano. No mentía, si optaba,

como hizo Jorge en su día, por decir algo indebido, podría verse junto a ellos antes de hora.

—Robert, por favor. No lo hagas.

—No soy Robert. Soy Dennis.

—Te pido perdón, Dennis. Te juro que no pienso decir nada, pero, por favor, déjanos libres.

—No, lo siento, pero dejaros libres no es una opción en este momento. —Miré a Julián, estaba firmemente atado a la silla, el cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza sobre sus rodillas —. Siento que él tenga que estar aquí, pero sin su ayuda nada de esto podría haber sido posible. Si no hubiera sido por él, quizá ninguno de los dos estaríamos aquí ahora mismo.

Pude ver cómo los ojos de Sarah ganaban volumen ante las palabras que estaba oyendo. Se giró a observar a Julián, como si esperara que en cualquier momento levantara la cabeza, sonriendo, como en las películas americanas donde el novio de la prota siempre es el malo, pero no, ni siquiera se movió. Parecía muerto.

—Ja, ja, ja... No, el pobre no sabe nada. Ni siquiera va a saber dónde está cuando despierte. Tan solo sabrá que todo el cuerpo de Policía está buscándolo por el asesinato de su pareja. Si no me equivoco, serás las número catorce de este año. Por fin, ¿no? Al fin, serás famosa.

Veía cómo un río de lágrimas empapaba su pijama. Cómo su pecho se agitaba casi sin control. Cómo sus labios, reseco, temblaban.

—No era lo planeado, te lo juro, pero después de ver que tu amiguito también se tiraba a la que considerabas tu mejor amiga, me dio la idea de preparar toda esta historia. Sabía que la Policía lo investigaría tras su muerte, así que tan solo debo dejar sus huellas en el arma y listo.

—Eres un... monstruo —dijo entre fuertes suspiros.

—¿Yo, un monstruo? Lo dice la persona que ha pasado media vida usando su físico para controlar todo cuanto podía. Esa a quien, cuando era adolescente, no le importaban los sentimientos de nadie. Que procuraba hundir en la mismísima mierda a todos con tal de conseguir una maldita hora de fama. ¿Yo soy el monstruo? —Su cara se hundía poco a poco ante mis palabras, que eran como dardos lanzados directamente a sus ojos, hiriéndolos hasta hacerlos sangrar—. Sarah, la explosiva promesa del instituto Tirante. La estrella del colegio que tenía a todos encandilados con su mera presencia. Esa, que con una sonrisa conquistaba hasta al más difícil de conquistar. La misma que con sus bromas crueles destruía la autoestima de mi hermana. Que junto a sus fieles seguidoras masacraba la voluntad de Martha de seguir adelante, hasta el punto de destruir por completo sus esperanzas. Sarah, la devoradora de almas, diría yo. Y bien. ¿Qué puedes exponer a tu favor hoy en día?

—Yo... —Apenas tenía recursos para intentar plantear una defensa sólida. Cosa que tan solo enardecía mi odio—. Nunca imaginé que todo iba a acabar tan mal.

En ese momento se rompió del todo. Sus suspiros se convirtieron en un llanto vivo, que hacía que su voz se distorsionara por completo. Intentaba hablar, pero estaba tan sofocada que tan solo conseguía lanzar gritos agudos y palabras cortadas.

—Patt y... nun..., él me lo di... —Sacudió la cabeza, respirando con fuerza para poder alejar ese jadeo constante y continuó—: nunca pensé que mi broma la afectaría tanto. Nunca quise que acabara así.

—¿Realmente piensas que tu culpa solo fue de una tarde?

—Lo sé. Sé que me porté mal. ¿Crees que no me pesa? Cada noche se me aparece en sueños. Me viene a buscar, sé que me viene a buscar. ¡Joder, sé que la cagué! Pero yo no puedo quitarme la vida, por mucho que me sienta culpable. Yo quiero seguir adelante.

Mi rabia aumentó tanto que ardía en mi interior, trasladando todo aquel fuego a mi piel, que

cambió el moreno característico por un rojo dorado que calentaba incluso el ambiente.

—¡Entonces, Martha no quería vivir! ¿Es eso lo que estás insinuando? —grité levantando la pistola y apuntando a su pecho, esperando con ansia el momento de agujerear su cuerpo sedoso y claro.

—¡NO! Yo solo...

—¡Maldita! Debería...

—Yo solo quería ser la más bonita. Y sabía que ella, dentro de su infinita tristeza, era una chica realmente hermosa. Tenía celos. No quería que...

—Y dime, ¿has cambiado?

—Yo...

—Sigues siendo la misma. Sigues valorando lo que tienes solo por el aporte que representa cada cosa para ti. Sigues pensando que solo por ser tú, ya mereces todo. Que todos a tu alrededor deberían postrarse ante tu mera presencia. No has cambiado. Nunca lo hiciste.

Su rostro se deformaba tras cada una de mis palabras, su verdad se descubría a través de sus ojos derretidos.

—¿Y tú, has ganado algo con esta venganza?

—¿Ganado? ¿Crees que esto es un juego? Yo lo perdí todo el mismo día en que condujisteis a mi hermana a su muerte. Yo...

—¿Sarah? —Una nueva voz se oyó en lo alto del adosado.

Corrí a taponar la boca, justo a tiempo de evitar que gritara con fuerza. Había cogido aire para poder expulsarlo con toda la intensidad que sus pulmones le permitieran, pero llegué a tiempo de impedirlo.

—¡Shhh! Calla. —Usé el trapo que había cogido un rato antes para metérselo en la boca y lo até con el trozo de cuerda que me sobró tras maniatarla.

Apagué la luz del garaje y subí por las escaleras, dejando a Sarah intentando deshacerse de alguna de las cuerdas que sujetaban sus extremidades a la silla. Julián seguía durmiendo, tranquilo. Cuando llegué arriba, abrí la puerta con suavidad para comprobar que en efecto era ella quien la llamaba, Less subió al primer piso, gritando el nombre de su amiga. Yo corrí detrás de ella. Cuando llegué al piso superior, vi cómo la buscaba en su dormitorio y me escondí en la habitación inmediata a la escalera. Tras pocos minutos volvió a dirigirse al piso inferior. Fue en ese momento.

La imagen del niño gordo del centro se reprodujo en mi cabeza mientras veía cómo Less rodaba por las escaleras, imitando a aquel chaval. Quedó tendida varios metros por debajo de mí.

«Hoy terminaré lo que dejé pendiente contigo». Saqué las notas que me quedaban del diario de Martha, entre ellas, la suya, y bajé las escaleras.

Cuando llegamos al garaje, Sarah gimió desconsolada al ver a su amiga también sin alma.

—Siempre metida en medio. Siempre tu amiga, siempre ella.

—Umm...

Lancé su nota sobre su pecho, que se movía con escasa frecuencia. Y mostré también la nota que tenía guardada para ella.

—Esta es tu historia, Sarah. Esta es la hoja que te pertenece, el final del libro. En efecto, te lo dedicó a ti.

Sus ojos, inyectados en sangre, parecía que no iban a soportar más aquel aguacero que generaban. Con el trapo aún en su boca, intentaba pronunciar algo que ni me interesaba escuchar. Tan solo quería acabar con todo de una vez, pero la visita inesperada de Leissy lo complicaba.

—Espero que te guste. —Desdoblé el papel para que viera las tristes últimas palabras de mi hermana, que escribió presa de la pena y de la furia el fatídico 14 de febrero del 2002—. Dice así:

Tonta.

Tonta.

Tonta y más que tonta.

¡Qué tonta he sido! ¿Cómo iba yo a pensar que...?

Un ruido a mi espalda me distrajo. Era Less, que tras mi descuido por no haber comprobado si estaba realmente inconsciente y no haberla atado para evitar que escapara cuando despertara, se había incorporado y a cuatro patas intentaba llegar hasta la escalera que llevaba hasta la entrada. Al verme de frente, un grito acompañado de una expresión de terror hizo que se incorporara casi sin esfuerzo.

—¡Mierda! ¡Serás zorra! —espeté con rabia al tiempo que la apuntaba con mi arma. Dos fuertes estruendos hicieron retumbar el garaje, amplificadas en aquel estrecho habitáculo. Less gritó. Sarah gimió. Yo grité. Había fallado ambos tiros. La puerta recibió los dos proyectiles, quedando malherida y tambaleándose—. ¡JODER!

Corrí tras ella que, aunque cojeaba, subía todo lo deprisa que podía por las escaleras. Volví a descerrajar otro tiro al aire. Leissy gritaba, presa del pánico, mientras intentaba huir a toda velocidad. Yo le gané algo de terreno al subir de tres en tres los escalones, en tan solo tres saltos. Cuando llegué arriba, vi cómo ella estaba ya saliendo por la puerta principal, debía atraparla. No podía dejarla escapar, aunque no pudiera seguir guardando sigilo, era demasiado tarde ya para eso. Una vez saliera por ese quicio, me verían, así que la apuesta estaba sobre la mesa. Levanté mi arma para tenerla en una mejor posición mientras avanzaba con celeridad hacia la puerta. Ella arrastraba una de sus piernas, corría un ritmo no preocupante para mí. Gané dos metros con respecto a ella cuando me asomé al exterior, la espalda de Less se puso delante del cañón.

—¡Gregor! —exclamó ella.

—¡Al suelo! —gritó una silueta que se acercaba corriendo por entre dos coches.

Lo observé furioso. Sujetaba algo en la mano y lo dirigía hacia mí, sin miramientos. Disparé. Dos estruendos resonaron en la fría calle. Miré mi arma, yo solo había disparado una vez. De pronto, escuché un pequeño grito, provenía de mi alma ya desangrada, embargada por aquel demonio insaciable, infalible hasta el final. Pude notar cómo de mi pecho se escapaba el calor, deslizándose poco a poco por mi abdomen. Mi camisa se empapó de un rojo fuego tan rápido que en unos segundos se tiñó por completo. Less cayó al suelo. Yo sonreí con alegría, una extraña paz comenzaba a llenar mi interior. Mis piernas me convencieron al fin de que contemplara el cielo desde una posición más horizontal, y así lo hice. No hubo dolor, tan solo paz. Los gritos del exterior enmudecían poco a poco. Mi odio se vaciaba por el agujero que se había abierto en mi pecho, dejando en mi interior solo calma y serenidad. Sonreía. Sabiendo que Sarah todavía seguía viva en el interior de su casa. Sonreía. Aun habiendo dejado incompleta mi obra, a pesar de ello, sonreía. Y sonreía porque en aquel momento, de absoluta placidez, comprendí que el legado que dejaba era más importante que haber acabado con ella. Supe que las secuelas que había incrustado en su alma pesarían más que cualquier castigo que le hubiese podido imponer. Por eso sonreía, y porque por fin, yo era libre, libre de todo el mal al que me vi sujeto. Libre de todo el odio que me llevó por un camino oscuro de maldad y sangre. Libre del rencor que atesoraba como una joya valiosa, alimentándome de él para poder justificar mis actos. Al fin, mientras mi luz se apagaba lentamente, pude respirar hondo, mirar el negro firmamento, que comenzaba a llorar sobre mí, y

sonreír.

«¿Dennis?».

«Martha. ¿Eres tú?».

«Ven, abrázame, te estaba esperando».

Capítulo 52 (18 de abril de 2017, martes)

La pierna de Leissy se había rendido, inútil de rodilla para abajo le recordaba que no quería seguir con su labor cada vez que la apoyaba en el suelo.

Haciendo acopio de valentía la arrastró hasta llegar a la puerta. Tuvo que correr cuando Dennis se dio cuenta de sus intenciones. Entre gritos de dolor y pánico, huía de aquella casa, llevando tras ella al que las había perseguido durante tanto tiempo. La carrera llegaba a su fin y ella era consciente de ello mientras corría cojeando hacia su coche. Dennis salió detrás de ella, apuntándola con su arma.

—¡Less! —gritó una sombra que se acercaba corriendo desde la otra calle.

No distinguía nada, pero supo que se trataba de Gregor, que había acudido raudo tras su petición de auxilio.

—¡Gregor! —suplicó ella, exhausta. Su futuro se resumía en una cuenta atrás que no superaba el cinco. Less volvió a girarse y vio que Dennis se percataba de la presencia de Gregor.

—¡Al suelo! —gritó Gregor.

Apenas hubo tiempo para nada más. Dos truenos retumbaron en la calle, sin destello alguno que los hubiera anunciado. Dos disparos casi al unísono. Leissy cayó desplomada al suelo. Bajo el quicio de la puerta, Dennis también se derrumbaba, esbozando una siniestra sonrisa. Gregor, que había aparecido entre dos coches, también cayó tras los estruendos.

Segundos después de las detonaciones, la joven abrió uno de sus ojos, completamente bañados en lágrimas, para contemplar con horror la fúnebre imagen que presidía la calle. A unos metros de ella, Dennis ya no respondía. Con los ojos abiertos, mirando al cielo, había dejado ya este mundo para reunirse con el resto de su familia, en un trágico desenlace que firmaba un macabro final para ese apellido que como dijo la anciana del edificio que Less visitó, estaba maldito.

Su rostro se desfiguró por completo cuando al volver la vista en dirección a Gregor, pudo ver que su cuerpo yacía en el suelo boca arriba.

—¡No, Greg...!

Leissy se levantó de un salto, olvidando que en algún momento, durante todo el conflicto, su pierna se había rendido, y corrió renqueante a socorrerlo.

Del estómago de Gregor se escurría un delgado río de sangre que caía en forma de gotero al suelo, formando un pequeño charco. Todavía respiraba, pero sus ojos empezaban a bailar alguna extraña sintonía que su cabeza entonaba.

—Greg, Gregor. Mírame. Por favor, mírame —suplicaba Less con la voz rota mientras sus lágrimas caían sobre el cuerpo del joven, perdiéndose entre sus telas.

—He..., he —tosió—. Tu mensaje, lo he leí...

—¡Shhh! No hables. Te pondrás bien.

—Creía que..., no vuelve..., no volvería a ver...

—Lo siento. —Se derrumbó sobre su pecho—. He sido una estúpida. Lo siento.

Gregor acarició el rostro de la joven, intentando consolar su alma marchita, rota por el dolor

y la pena. Ella descargaba toda aquella aflicción sobre su pecho, notando cómo poco a poco, su corazón perdía fuerza.

Las sirenas se oían a lo lejos. Less miró hacia el principio de la calle para comprobar que las luces azules y naranjas se acercaban a una gran velocidad a donde ella estaba. Cuando la ambulancia paró, indicó a quién debían atender primero.

—Ya están aquí, Gregor. Ya...

—¡Less! ¡Less! —Otra voz se dejó oír antes de que llegaran los equipos médicos—. ¡Oh, shit!

Era Nick, que también había sido avisado por Leissy tras salir de la casa de los abuelos de Dennis. Corría hacia ella con el rostro desfigurado, observando la macabra escena.

—¡Es Gregor! Está... —dijo Less.

No respondía, su cuerpo iba perdiendo color poco a poco. Su respiración se había apagado. Less rompió a llorar, atrapada en una vorágine autodestructiva que devoraba su alma. Los enfermeros apartaron a la joven en cuanto llegaron y, sin dilación, empezaron a reanimarlo.

«¡Uno, dos tres, fuera! Vamos, otra vez. ¡Uno, dos, tres, fuera!».

Intento tras intento, siguieron sin rendirse, una y otra vez. Tres interminables minutos más tarde, el cuerpo de Gregor reaccionó a las descargas de los enfermeros. El llanto de la joven creció tras liberar toda la tensión que había acumulado, sabiendo que Gregor acababa de superar la primera barrera. Ahora, lo que necesitaba era tener la esperanza de que se recuperaría del todo.

—¡Less! —gritó Sarah, que salía de la casa corriendo en su dirección.

Ambas se fundieron en un abrazo doloroso y triste, llorando desconsoladas.

—¡Oh, Dios mío, Less! Pensaba que te había matado.

—Si no hubiese sido por él... —dijo ella mirando a Gregor.

Sarah lo observó extrañada, ajena a toda aquella historia.

El tráfico de camillas fue constante. Less observó cómo se llevaban primero a Dennis, oculto bajo una sábana blanca, más tarde, a Gregor, que se perdió a toda velocidad en la oscuridad de la noche, y después, a Julián, que era trasladado en camilla mientras dormía plácidamente, ajeno a todo lo acontecido.

—Tengo que recoger una cosa —dijo Less adentrándose en el adosado.

Cuando bajó al garaje, varios policías tomaban apuntes y fotos de todo cuanto les rodeaba. Less vio que bajo un maniquí mutilado reposaba una nota amarillenta, la cogió con disimulo y volvió a salir sintiendo un intenso dolor en su pierna, que latía con fuerza en ese momento. En el bolsillo de su pantalón guardaba la nota que Dennis arrojó sobre su cuerpo, su propia nota. La que acababa de recuperar era la dedicada a Sarah, la respuesta a todo. El motivo que lo originó todo:

14 de febrero de 2002

Tonta.

Tonta.

Tonta y más que tonta.

Qué tonta he sido. ¿Cómo pude crearme que alguien podía fijarse en mí? ¿Cómo no me di cuenta de que todo esto era una estrategia de la misma de siempre? Nunca, nunca llegué a imaginar que llegaría tan lejos. Lo tenía todo pensado.

La carta que recibí hace semanas, sin duda, la escribió Patt o Sarah. Lo supe en cuanto entré en el aula de Tecnología.

Todo comenzó cuando entré en clase, sobre mi pupitre había una nota. Tan solo decía: «A la hora del patio, nos vemos en clase de Tecnología». Yo, tonta de mí, me ilusioné pensando en

quién iba a aparecer en aquella clase, soñaba con mi admirador secreto. Le gustaba a alguien en esta absurda vida. Pensé que era Oscar, el chico colombiano. También deseaba, de una forma estúpida, que fuera Saúl o incluso Patt, los dos chicos más guapos, pero que formaban parte del grupito de las fantásticas. Al fin, llegó la hora.

Cuando entré en el aula, ya sospechaba que algo no iba bien. Estuve esperando más de diez minutos y nadie aparecía. Cuando estaba a punto de irme, vi abrirse la puerta del almacén y salir de ella a Patt. ¡Oh, Dios! Mi corazón iba a mil. Debí poner alguna cara medio rara porque Patt enseguida agachó la mirada y se puso serio. Ahora entiendo el motivo.

Se acercó a mí y me preguntó: «¿Me esperabas a mí?». Yo respondí que no, sacudiendo la cabeza, completamente roja. Él sonrió y me dijo: «Cierra los ojos». No debí hacerlo. Nunca debí entrar en ese aula. ¡Maldita la hora! Cuando los cerré, Patt me subió encima de la mesa del profesor, me rodeó y me agarró con fuerza los brazos, gritando algo que no entendí. Mi ilusión se convirtió en miedo.

Estaba tan ansiosa por escapar de ahí que había dejado de oírlo. Sarah apareció saliendo del mismo cuarto que Patt, con algo en la mano, no sé qué era, pero parecían unas tijeras. Vino corriendo hasta donde yo estaba y comenzó a sacudirme los brazos. Hablaba muy rápido y no paraba de repetir lo mismo: «Así que quieres tener novio, eh, zorrита. Pues ahora verás» y «Te lo dije, que te ibas a arrepentir». Yo intentaba liberarme, suplicaba a Patt que me soltara, pero no me hacía caso. Tan solo miraba hacia la puerta por si alguien entraba. Sarah intentaba quitarme el pantalón mientras le decía a Patt que me sujetara más fuerte. Un poco de pis se me escapó por culpa del miedo y Sarah lo vio, vio mis braguitas manchadas. «Oh, qué guarra», dijo. Le dijo a Patt que mejor que me quitaran el sujetador y se puso a estirar de mi jersey. El jersey que Dennis me había regalado. Oí cómo se desgarraba y entonces exploté. Conseguí darle una patada para alejarla, pero ella me devolvió un bofetón y me dijo: «Hoy todos verán lo zorra que eres». Yo seguía dando sacudidas, pero ella no dejaba de intentar romperme toda la ropa. Patt intentó convencerla para que parara, pero ella estaba ciega de ira, lo veía en sus ojos. Tras unos minutos de lucha, al final, pude pegarle otra patada que hizo que cayera al suelo. Patt me soltó y salí de allí pitando.

Fuera del aula estaban todos los de mi clase, esperando. Comenzaron a reírse y a burlarse. Yo me fui corriendo.

Ya está bien.

Se ha acabado.

Ya se ha acabado todo. Ya no puedo más. No quiero seguir viviendo una vida que no ha sido nunca para mí. Mamá me dijo que debía ser fuerte, pero yo debo de haber salido a papá. No puedo más con esto. Ya ni siquiera Ronny está para consolarme. Tan solo deseo que algún día, alguien le pague con la misma moneda a ella. A todos.

Espero no tener que volver a escribir una página más.

Tan solo sé que en esta vida, la injusticia se paga.

Para los demás no existe la justicia.

No hay justicia. Tengo claro que no hay justicia.

NO HAY JUSTICIA

NO HAY JUSTICIA

Varias gotas cayeron sobre el papel, gotas que provenían de las mejillas de Less, que consternada descubría cómo su amiga no solo había destruido las fuerzas de Martha, sino que también había condenado a todos sus amigos. No comprendía cómo pudo ocultar durante tanto

tiempo lo que allí dentro pasó. Solo para evitar ser juzgada. Solo para mantener una apariencia. Esa era la palabra que definía el trayecto de la vida de Sarah hasta esa noche, APARIENCIA. Less dobló la nota, sacó un bolígrafo de su bolso y escribió:

«Al fin, he descubierto el verdadero motivo. No hay verdad más dolorosa que aquella que destapa una mentira eterna. Siento que mi alma se rompe al comprobar cómo todos hemos pagado por tus errores. Espero que algún día puedas arrepentirte. No me busques más».

Guardó la nota en la chaqueta de su amiga, que se encontraba testificando ante dos policías, y tras testificar ella misma, decidió perderse entre la estridente melodía de las sirenas de los coches patrulla que ocupaban la calle. Sarah la vio marcharse, pero ya era tarde para intentar interceptarla. Ya era tarde para ellas dos. Cogió su chaqueta para ir en busca de su amiga y encontró la nota en uno de sus bolsillos. La sacó.

Tres meses después

Less salía de su estudio tras grabar una entrevista sobre el caso que la había catapultado al estrellato. Acababa de aceptar un trabajo en una importante cadena de televisión nacional. Tan solo había puesto una condición, que Elson fuera su ayudante, condición que todos aceptaron. En un mes se incorporaría.

—¡Wau! Así que mi niña se muda a la capital. Te voy a echar de menos —dijo Claudia. Sus ojos marrones brillaban en una redondeada y rechoncha cara.

—Seguiremos en contacto, no voy a perder tu amistad.

—Claro que no, tonta. Siempre estaré aquí. Solo intenta no meterte en más líos.

—Esperemos que no. Aunque el puesto que me ofrecen es de periodista de investigación. Eso supondrá hacer preguntas que no debería.

Ambas amigas rieron. Tras mirarse con un gesto triste, se abrazaron en una sincera y dolorosa despedida. Un nuevo camino le esperaba a la joven. Un camino que se antojaba algo más dulce y plácido.

Entró en el bar de siempre para tomar su ya típico té vespertino, recordando que, tiempo atrás, esa decisión la llevó a una historia de amor que jamás volvería a tener. Una historia que terminó incluso antes de empezar.

Gregor se recuperó de la herida que le ocasionó el disparo de Dennis con serias dificultades y secuelas de por vida, pero jamás se recuperó de lo demás que también pasó aquella semana: de la desconfianza de Less, de su desidia y su alejamiento. Todo, al fin, restó lo suficiente para que el resultado diera negativo. Ambos decidieron seguir su camino por separado, aunque Less intentó recuperarlo, todo el tiempo que él permaneció ingresado, estuvo a su lado. De todas formas, todo se acabó.

Gregor hacía un mes que se había mudado de nuevo a Tarragona y Less ya solo pensaba en su futuro, aunque apenada por haber perdido su presente.

Su vida había cambiado por completo en tan solo tres meses. No solo Gregor se había marchado, Sarah también pasó a ser un punto y aparte en su vida, tras descubrir lo que hicieron, decidió marcharse para siempre. Su amiga intentó, por todos los medios, recuperar su amistad, hablar con ella, explicarse, pero nada de lo que dijera le servía ya a Less. Lo último que supo de Sarah fue que había cerrado la tienda y que se iba a mudar a Madrid. Hacía unos pocos días que la había visto, se había convertido en una muchacha destruida, consumida por su dolor y por la pena,

sabiendo que todo lo que había pasado era, en una gran parte, culpa suya.

Nick fue el único vencedor de toda la historia. Gracias a sus conocimientos de informática y a su ayuda en el caso, recibió primero un castigo por actuar por su cuenta, pero después, una oferta para trabajar en la Unidad de Delitos Informáticos. Trabajo que aceptó orgulloso.

—Un té, por favor.

—Para llevar, ¿no?

Ella sonrió. Preparaba el efectivo para pagar cuando un susurro se coló por su oído.

—Yo pensaba que eras más de café con leche.

De un salto, se dio la vuelta, sobresaltada por la pregunta, para comprobar que a su espalda tan solo el olor a café recién hecho la acompañaba. Su corazón acababa de enviarle un pequeño recordatorio de que Gregor seguía presente allí dentro. Un brillo especial se clavó en sus azulados ojos, humedeciéndolos.

«Hay decisiones que te pueden cambiar no solo la vida, sino también la perspectiva que tenemos de ella», pensó mientras recogía su pedido y se marchaba de aquel bar que tantas alegrías le había dado y que ahora la sumía en un pozo de recuerdos dolorosos.

SOBRE EL AUTOR



Si has llegado hasta aquí, querido lector, espero que me regales este último minuto, que para mí es muy importante.

Tan solo quiero darme a conocer, ya que, seguramente, cuando elegiste este título ni siquiera habías oído hablar de mí. Por eso quiero darte las gracias de nuevo por otorgarme esta oportunidad y espero que puedas ofrecer una valoración sincera de este libro para poder ayudarme a seguir en esta senda que ha sido y sigue siendo la que siempre quise recorrer. También dispondrás, al final de este texto, de todas las opciones donde poder contactar conmigo para mostrarme tu opinión personalmente, si quieres. Estaré encantado de recibirla.

No quiero cansarte con una biografía estilo Wikipedia, pero si quiero que me conozcas un poco. Es por eso que aquí te cuento un poco mi historia.

Nací el 2 de diciembre de 1987 en Argentina, y tan solo tres años después tuvimos que mudarnos a España.

Mi llegada no fue la deseada, ni mucho menos. Aterrizamos en un pequeño pueblo, vecino de Gandía, de apenas unos miles de habitantes. Pronto tuvimos que mudarnos a un par de kilómetros más allá.

Mi infancia no fue mala, ni tampoco la mejor. El hecho de ser un extranjero en un pueblo de no muy grandes dimensiones la condicionó toda, aunque conservo muy buenos recuerdos y mejores amigos.

Todo fue a peor cuando llegué al instituto. Fue ahí donde encontré, en las letras, una escapatoria a mi día a día. La poesía alimentaba mi alma y ensanchaba mi espíritu, pero mis cambios físicos no me ponían nada fácil la convivencia diaria fuera de mi hogar. De toda esa presión recibida, y por todo lo mencionado antes, nace «Secuelas del pasado». La historia que diseñé con apenas doce años y que me acompañó durante toda mi vida, hablaba de un niño que se

quitaba la vida debido al acoso al que estaba sometido. Más tarde, su hermano decidía vengarse de todos los culpables.

El acoso que sufrí llevó a que me apartara también de mi pasión. Me olvidara de escribir y decidiera buscar una personalidad que me permitiera camuflarme entre el resto de la gente. Así fue como continuó mi vida, con más amistades, pero alejado de mi pasión, hasta que falleció mi padre en el 2012.

Mi padre siempre fue mi compañero de letras. Esa persona que vivía con un poema bajo la lengua y un lema para todo el mundo. Es por él por lo que decido retomar mi pasión. Y tras varios años de leer y estudiar por mi cuenta porque no disponía de dinero para estudiar, ya desde los diecisiete años tuve que ponerme a trabajar para ayudar en casa, y tras la muerte de mi padre todo fue a peor. Todo lo que hice fue por mi cuenta, y es solo por eso que hoy, seis años más tarde, nace BULLYING. SECUELAS DEL PASADO. Una historia que pretende mostrar posibles consecuencias del acoso. Algo que podría pasar, y de hecho está pasando, en cualquier momento.

No quiero aburrirte más con mi vida, si deseas conocer más, puedes contactar conmigo en cualquiera de estos enlaces. De igual modo, así como tú te has molestado en conocerme, también a mí me gustaría conocer a quien está leyendo esto ahora mismo. Por eso, te invito a que contactes conmigo en cualquiera de estas páginas:

Twitter: @Eminegre2

Instagram: @eminegresecuelas.

Gmail: eminegre.bsdp@gmail.com

¡Gracias, gracias y mil veces gracias!